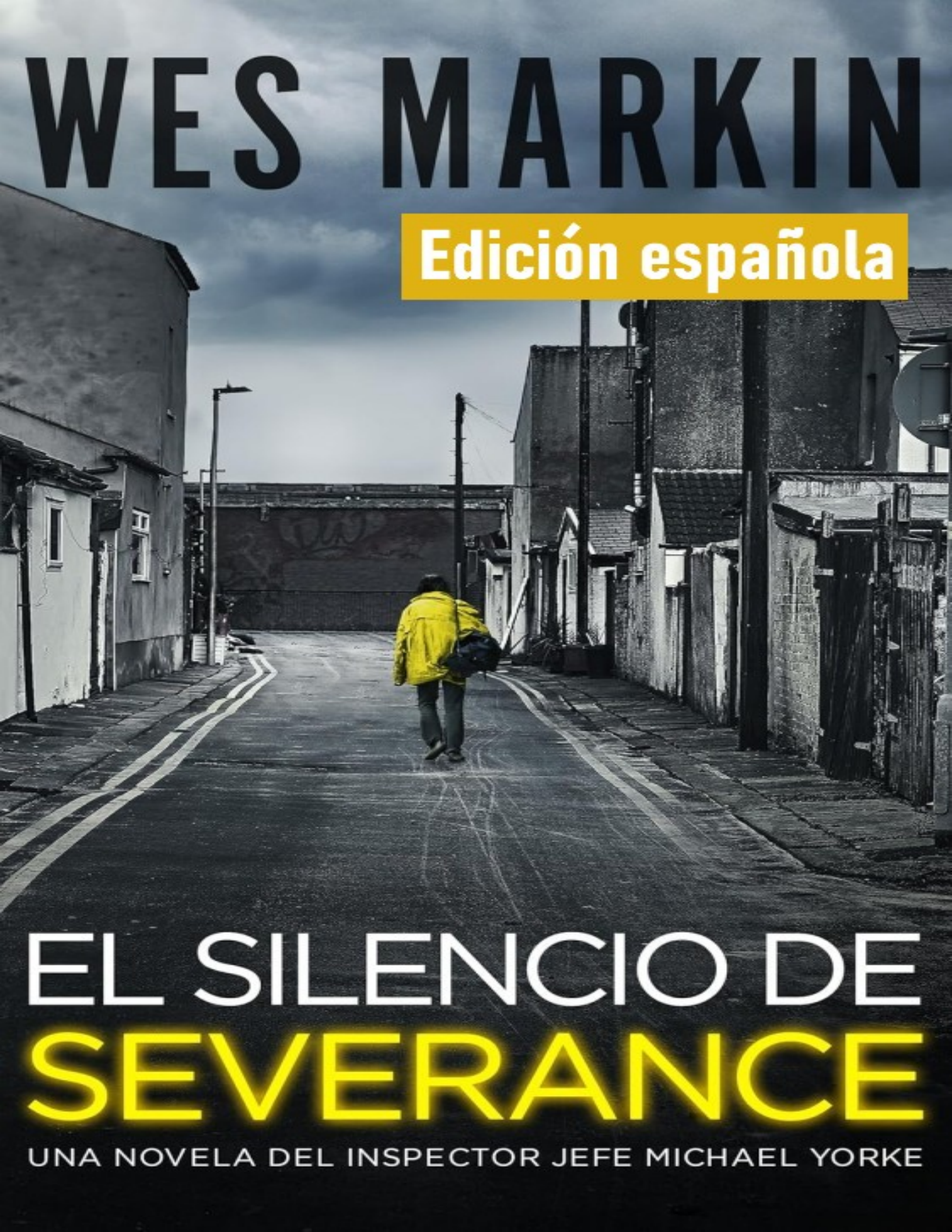

WES MARKIN
Edición española
EL SILENCIO DE
SEVERANCE
UNA NOVELA DEL INSPECTOR JEFE MICHAEL YORKE

El Silencio de Severance

Los Casos del Inspector Jefe Yorke

Libro 3

Wes Markin

Para Marjorie

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable DCI Frank Black y su ingenioso compañero, el DI Gerry Carver. También es autor de los thrillers del DCI Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados *(Forgotten Bones)*

Vidas Olvidadas *(Forgotten Lives)*

Almas Olvidadas *(Forgotten Souls)*

Tumbas Olvidadas *(Forgotten Graves)*

Sombras Olvidadas *(Forgotten Shadows)*

Profundidades Olvidadas *(Forgotten Depths)*

Los Casos del Inspector Jefe Yorke

La Última Oración *(One Last Prayer)*

El Serpiente Arrepentido *(The Repenting Serpent)*

El Silencio de Severance *(The Silence of Severance)*

El Resurgimiento de los Ray *(Rise of the Rays)*

Baile con el Segador *(Dance with the Reaper)*

Navidad con el Conducto *(Christmas with the Conduit)*

Mejor el Diablo *(Better the Devil)*

El Diario Secreto de Lacey Ray *(The Secret Diary of Lacey Ray)*

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino *(The Killing Pit)*

Fuego en los Huesos *(Fire in Bone)*

Cataratas Azules *(Blue Falls)*

El Núcleo Podrido *(The Rotten Core)*

Entre la Espada y la Pared *(Rock and a Hard Place)*

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Jenny Cook

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

11:02 a.m
Iglesia de Santa Ágata, Salisbury. 13:05 h

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Epílogo

Agradecimientos

Reseña

11:02 a.m

Atractivo, pensó mientras se miraba al espejo.

O eso le habían dicho siempre. Primero su madre, y luego los muchos hombres y mujeres con los que había compartido su cuerpo a lo largo de los años.

—Elegante como Robert Pattinson —le había dicho un amante anterior.

Pero eso fue hace mucho tiempo, pensó, trazando una línea horizontal bajo su nariz en el reflejo, y separando su cara en dos mitades.

Arriba y abajo... antes y después... entonces y ahora... atractivo y feo.

Se inclinó y apoyó su frente contra el frío cristal.

No deberías estar haciendo esto. No ahora. El tiempo de la aceptación ya ha pasado. Recrearse puede resultar tentador pero deprimente.

Recrearse puede resultar tentador pero deprimente, repitió en su mente.

Entonces, levantó la cabeza del cristal y volvió a mirar su rostro.

Has trabajado muy duro para sanar y has encontrado cierta satisfacción. Deberías estar orgulloso de lo que has logrado.

Miró su reloj y vio que casi era la hora. Un día importante le esperaba. Un momento importante. Se preguntó si alguna vez regresaría a este espejo. Después de todo, cualquier cosa podría salir mal a partir de ahora.

Antes de marcharse, se giró para mirar la habitación.

Podía ver: la humedad en las paredes, el óxido en las viejas bicicletas con ruedas torcidas, las moscas bailoteando alrededor de la única y tenue bombilla, los agujeros de rata manchados de excrementos, y la joven sellada en el ataúd de plástico a sus pies.

Iglesia de Santa Ágata, Salisbury. 13:05 h

A través de la vidriera, la luz se fragmentaba y luego se mezclaba, formando un guiso burbujeante de colores alrededor de Marie Holt. Cuando se giraron para mirar hacia el pasillo, ella observó a su padre.

Él sonrió y dijo: —Te quiero.

Ella le devolvió la sonrisa y repitió sus palabras.

—¿Vamos? —preguntó él, ofreciéndole su brazo.

A pesar de la música nupcial, Marie podía oír el bastón de su padre golpeando contra las losas de piedra. No le molestaba. Lo había usado desde que ella tenía memoria, y lo asociaba con una presencia tranquila y reconfortante que la había criado hasta convertirla en la mujer que ahora era.

Y esto es lo que siempre has querido, pensó, *desde que tenías cinco años y casaste a todas tus muñecas y ositos en una ceremonia explosiva...*

Mirando hacia el pasillo, rápidamente se dio cuenta de que algo iba mal.

No podía ver a Ryan. Sus ojos se movieron nerviosos entre el padrino, Andy, y los dos acompañantes.

¿Dónde estaba?

Apretó el brazo de su padre con tanta fuerza que él jadeó. Miró a los invitados, que parecían ajenos a la ausencia del novio. Observó que estaban divididos en dos hemisferios cerebrales, palpitantes y a punto de estallar de alegría. Alzó la vista hacia un modelo a tamaño

real de *Jesucristo* que miraba desde encima del altar. La sangre manaba de Sus manos heridas.

—Está bien —le susurró su padre al oído—. Estás preciosa.

Pero no estaba bien, ¿verdad?

A medida que avanzaba por el pasillo, sus ojos escudriñaron la pared este. Santa Ágata, a quien estaba dedicada la iglesia, aparecía representada en una vidriera. Estaba sentada en un burdel, rezando y *entregándose* a Dios a pesar de los actos bárbaros que soportaba. Respirando más rápidamente ahora, los ojos de Marie volaron hacia un mural en la Capilla Sur de la iglesia que representaba a Ágata llevando sus senos amputados en un plato.

A mitad del pasillo, se detuvo y dijo: —No está aquí.

—Seguro que hay una razón —respondió su padre.

Andy la miraba fijamente desde el frente. Parecía confuso, incluso arrepentido. Ryan no estaba entonces... ¿la habían plantado?

Ahí estaba su vergüenza. Sus pechos en una bandeja.

La música se detuvo y ella se quedó mirando los tubos del órgano sobre el altar, de repente separada del conjunto. Los invitados, que les habían acompañado hasta ahora en su mágico viaje, comenzaron un nervioso murmullo. Este no era el final feliz que esperaban.

—¿Dónde está Ryan? —dijo Marie. Las lágrimas le escocían en los ojos, haciendo que los murales alrededor de la sala se derritieran —. ¿Dónde está Ryan? —Esta vez más alto para que todos en la iglesia pudieran oírlo.

La puerta de la iglesia se abrió, y ella se giró rápidamente, rezando en silencio para que Ryan estuviera allí, entrando con la camisa por fuera, el pelo despeinado, con una expresión de desesperada disculpa.

Nada. Solo una fuerte ráfaga de viento, atravesando la iglesia. Sintió todo el calor y sus últimos restos de esperanza filtrarse fuera del edificio perforado.

Escuchó el golpeteo del bastón de su padre contra las losas de piedra al dejarlo caer para estrecharla entre sus brazos.

Sintió los ojos de la congregación sobre ella.

Pechos en una bandeja.

—No me lo puedo creer —dijo y saboreó las lágrimas que corrían hacia las comisuras de su boca.

Andy se acercó a ella corriendo. Su flor del ojal, una rosa roja de tela, se desprendió y revoloteó hasta el suelo.

—¿Dónde está Ryan? —dijo ella de nuevo, apartándose de su padre.

—No le he visto desde hace diez minutos —dijo Andy.

Los susurros llegaban desde su familia a la izquierda. Identificó el gruñido de su imponente tío y un siseo de su hermana abogada, directa y de alto vuelo. El juego de culpas había comenzado. Estarían mirando ahora hacia la familia del novio, evaluándolos.

Miró fijamente las orquídeas moradas que adornaban los extremos tallados en madera de los bancos. No se veían tan frescas como cuando las eligió. —¿Adónde fue?

—Realmente no lo sé —dijo Andy.

Entonces notó algo peculiar en el púlpito. *Muy peculiar*. —Mira al sacerdote.

Andy se volvió para observar al sacerdote y luego se giró de nuevo. —Sí, es extraño. No es el mismo del ensayo de ayer.

—No —dijo Marie, negando con la cabeza—. ¿Dónde está el Padre Simon?

—¿Quizás está enfermo?

Un golpe sacudió la iglesia.

Su padre le agarró el brazo. —¿Qué dem...?

Otro golpe.

Marie se llevó la mano a la boca. Andy se volvió de nuevo para buscar el origen del sonido extraño.

Golpe-golpe-golpe.

Venía de la puerta de la Capilla Sur, situada justo delante del altar y del presbiterio.

Golpe-golpe-golpe.

Alguien quería desesperadamente salir de allí.

—¿Ryan? —dijo Marie, lanzándose hacia delante. Su padre tiró de ella por el brazo, casi haciéndola caer, pero en su lugar empujándola contra un banco. Una orquídea quedó aplastada bajo su peso. La congregación jadeó al unísono.

Golpe-golpe-golpe.

—¡Suéltame! —dijo Marie, liberando su brazo. Delante, vio que Andy casi había llegado a la puerta de la Capilla Sur.

Corriendo por el pasillo, notó que el misterioso sacerdote la miraba fijamente desde el púlpito. ¿Por qué no corría hacia la capilla junto con Andy y algunos de los otros invitados? Se le heló la sangre cuando vio una gran sonrisa extenderse por su rostro.

Percibió movimiento a su alrededor ahora que los golpes se habían vuelto más desesperados. Los invitados habían salido de los bancos y se habían congregado en el pasillo. Ignoró al sacerdote, manteniendo su mirada fija en la capilla. Andy tiraba de la puerta mientras la persona seguía golpeándola desde el interior.

Entonces, por el rabillo del ojo, notó un destello. El sacerdote se inclinó y le presentó una antigua llave esquelética. Asintió cuando ella la tomó. Era mucho más joven que el Padre Simon, y sus pequeños ojos parecían tristes, a pesar de la sonrisa.

Levantando su vestido de novia, marchó hacia la capilla, apartó a Andy, cuyo rostro estaba rojo y sudoroso por sus desesperados tirones, e introdujo la llave en la cerradura. Estaba rígida, pero finalmente giró. Los golpes cesaron inmediatamente. Dio un paso atrás mientras la iglesia quedaba en silencio.

Marie contuvo la respiración, escuchando sonidos en el silencio. *Nada*. Extendió la mano hacia el tirador-

La puerta se abrió de golpe y Ryan salió disparado de la capilla. Todos ahogaron un grito.

Estaba encorvado, sin aliento tras intentar abrirse paso a la fuerza.

Andy se abalanzó y agarró el hombro de su mejor amigo. —Ryan, gracias a Dios, gracias a Dios, ¿qué ha pasado?

Ryan alzó la mano para agarrar el hombro de Andy con una mano manchada de sangre.

Marie miró hacia atrás al sacerdote, que observaba con sus ojos tristes. *—¿Qué has hecho?*

Se volvió para ver a Ryan ahora erguido y mirando hacia ella. Al menos, *parecía* estar mirándola. Había un vacío en los ojos de su prometido. Reprimió un grito cuando notó que su barba y su

corbatín estaban cubiertos de sangre. A su lado, Andy retrocedió tambaleándose con la mano en la boca.

Ryan avanzó tambaleándose hacia Marie. A pesar de su miedo, se obligó a mantenerse frente a él. Cualquiera que fuera la razón del vacío en su rostro, la sangre en su corbatín, no lo abandonaría. No le fallaría. Sintió el brazo de su padre rodeándola, y eso la ayudó a mantenerse firme.

—Ryan, estoy aquí. Háblame —dijo.

Su traje estaba completamente arañado. Su cabello estaba despeinado. Se movía sin energía, como si ahora hubiera más sangre en su barba y en su pecho de la que realmente quedaba en sus venas.

—¡Por el amor de Dios, llamad a una ambulancia! —gritó su padre a la multitud.

Ryan dio un paso adelante, abrió sus palmas ensangrentadas y las presionó contra el pecho de ella. Ella puso sus manos contra los codos de él para sostenerlo, pero él se desplomó hacia adelante y se deslizó por su cuerpo, hasta que sus manos quedaron sobre sus muslos. Ella observó fijamente las dos largas líneas rojas que él había dibujado en su vestido de novia.

Miró a su padre, temblando, sintiéndose como una niña ahora, necesitando su orientación, pero él no tenía la respuesta. Por el rabillo del ojo, vio de nuevo al sacerdote sonriendo con suficiencia.

Bajó la mirada hacia Ryan. Las lágrimas corrían por su rostro y goteaban sobre la frente de él.

Él inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla, pero persistía esa misma expresión vacía. La sangre manaba de las comisuras de su boca y goteaba de su barba.

Su boca se abrió y más sangre brotó sobre el vestido de ella. Miró fijamente la oscuridad líquida y vio algo retorciéndose. Le recordó a un gusano de arena intentando abrirse camino hacia la superficie antes de-

Lo que quedaba de la lengua de Ryan se liberó y se balanceó en el aire. Ella retrocedió, atragantándose y, cuando los restos de su lengua cayeron de nuevo en su garganta, vomitó.

Entonces, el Agente Detective Ryan Simmonds comenzó a gemir.

Y resonó en el silencio.

1

El inspector jefe de policía Michael Yorke ahora era un hombre casado, y se sentía inmensamente feliz.

Sin embargo, mientras el confeti caía a su alrededor, descomponiendo el mundo en un caleidoscopio colorido, no podía evitar pensar en su madre y su hermana —dos personas a las que había amado y odiado a partes iguales, y que tanto echaba de menos. Ellas habrían disfrutado de este día. *Merecían* estar aquí hoy.

En ese momento, los vítores y un estallido de intensa luz solar le devolvieron al presente, y atrajo a Patricia Yorke hacia él. Ella estaba impresionante con su vestido de novia poco convencional, de un precioso verde esmeralda, que combinaba perfectamente con su cabello pelirrojo. La besó. Un beso largo en público. Perfectamente aceptable en tu día de boda.

Su mano se posó sobre el vientre de ella y dejó que el dorso de sus dedos rozara a su hijo nonato. Siete meses. Género desconocido.

El padrino, el sargento detective Jake Pettman, una figura grande y corpulenta, les interceptó.

—¿No pensabas que te ibas a librar tan fácilmente, Mike? —Vació un cubo de confeti sobre la cabeza de Yorke.

—¡Menos mal que no queda mucho pelo para que se pegue! —oyó decir a la inspectora Emma Gardner a su lado. También escuchó la risa estridente del inspector Mark Topham.

La multitud vitoreó y Yorke besó a Patricia de nuevo.

Después de la cena, Yorke pronunció su discurso bien ensayado. Soltó algunas bromas sacadas de una página web dedicada a oradores novatos. Yorke era cualquier cosa menos un orador novato. Se había demostrado muy eficiente en ello, como sugería su alto rango, pero este era un contexto muy diferente. Hacer reír a la gente nunca había sido su fuerte. El estímulo, la tranquilidad y la simple y tradicional gestión de personas eran más lo suyo. Miró a Patricia en numerosas ocasiones, quien le animaba con gestos de asentimiento. Ella había escuchado el discurso multitud de veces, y aunque sonaba rígido, al menos no metió la pata. Después de elogiar a Patricia durante varios minutos por su inteligencia, belleza y determinación para triunfar en su papel como Cirujana Divisional, dijo:

—Y ahora llegamos a la parte del discurso que no ha sido revisada y editada por mi querida esposa...

Risas de fondo. Yorke se preguntó si eran auténticas o inducidas por el alcohol, y luego se cuestionó si esto realmente importaba. Las bodas trataban de convenciones, ¿no?

—Solo quería dar un *saludo* a mi madre, Paige, y a mi hermana mayor, Danielle. Ninguna de ellas pudo estar hoy aquí, pero están siempre en nuestros pensamientos. —Hizo una pausa, conteniendo las lágrimas. Alzó su copa de champán—. Así que, uniros a mí en un brindis por los amigos ausentes...

Mientras bebían, Yorke se dio cuenta de que Neil, el novio de Topham, estaba sentado solo. Se percató de que llevaba un rato sin ver a Topham. Yorke miró hacia Gardner, quien también observaba a Neil beber solo, claramente con la misma curiosidad que él.

—Bueno —dijo Jake, poniéndose en pie—, parece que Mike nos ha agasajado hoy con un evento bastante lujoso, lo que resulta increíble porque nunca le he visto abrir su cartera. De hecho, ni siquiera sabía que tenía una hasta que la vi siendo fumigada por control de plagas por una infestación de polillas...

Más risas. Yorke se unió esta vez.

El discurso de Jake continuó tan despiadado como había comenzado.

—Y cuando corrió aquella maratón, todos nos maravillamos con ese tiempo tan fantástico. Poco sabíamos que Mike simplemente perseguía al hombre que tenía delante porque llevaba pegado un cupón de descuento del 10% de Morrison's en la suela de su zapato...

Las risas se volvieron más estruendosas. Yorke se preguntó por qué había decidido hacer a Jake su padrino. Sonrió a Patricia, y ella le devolvió la sonrisa, sin duda pensando lo mismo.

Mientras el discurso continuaba, se fue preocupando cada vez más por la ausencia de Topham. Miró a Gardner y vio que también parecía ansiosa. No dejaba de revisar su móvil por debajo de la mesa y claramente no prestaba atención a los discursos.

—Y entonces, finalmente, alguien que podía soportar al workahólico dominante surgió de la oscuridad...

Oscuridad siendo la palabra apropiada, pensó Yorke. Yorke había conocido a Patricia mientras ella examinaba el cadáver de una víctima de asesinato.

—Sheila, la luz de mi vida, y yo —Jake miró a su sufrida esposa, y ambos compartieron un raro momento de ternura—, ahora tenemos la pareja perfecta para pasar una velada. Ya no sería Año Nuevo sin ellos. Incluso llego a ver a Mike con un par de copas encima, lo que es interesante. Como seguramente descubriréis más tarde... ¿sabíais que tenemos un barril de *Summer Lightning* detrás de la barra?

—¡Lo sabemos, Jake, es de lo único que has estado hablando toda la semana! —abucheó uno de los invitados desde el fondo.

Después de enumerar las cualidades de Patricia, de las que había muchas, Jake hizo una pausa antes de volverse hacia Yorke.

—Y ahora es momento de ponernos serios por un instante. A lo largo de diez años de amistad, hemos pasado por momentos difíciles y, aunque Mike no siempre es el primero en contar un chiste, siempre es el primero en poner un brazo sobre tu hombro y levantarte cuando estás hundido, y estoy seguro de que es igual para muchas personas alrededor de esta mesa. Nunca he conocido a

un hombre tan comprometido con la justicia y con tal deseo de hacer las cosas bien. No hay nadie mejor a quien querrías tener de tu lado. Tiene un corazón de oro... lo guarda en una caja fuerte debajo de su cama, pero lo tiene.

Esperando a que las risas se apagaran, Jake hizo una pausa para dar un sorbo a su pinta.

—Finalmente, también me gustaría proponer un brindis por nuestros amigos ausentes, Iain y Jessica Brookes, que estarán por siempre en nuestros corazones y que seguramente nos están mirando desde arriba en este momento.

Yorke dejó escapar algunas lágrimas. Sintió que el agarre de Patricia en su mano se intensificaba. Miró hacia la mesa principal donde su hijo adoptivo, Ewan Brookes, estaba sentado junto a Gardner y su familia. Él también tenía lágrimas en los ojos, pero les ofreció a Yorke y Patricia una sonrisa a pesar de la angustia. Solo habían pasado siete meses desde que había perdido a sus padres de una manera tan salvaje.

Qué niño tan valiente, pensó Yorke. *Qué niño tan valiente y maravilloso.*

—Y recordad —continuó Jake—, Iron Mike dejará a un lado su rugosa y fría fachada esta noche y subirá al escenario con su guitarra junto a algunos de sus colegas de la universidad. ¿Cómo se llamaba la banda, Mike?

—Heist.

—Veremos a Mike como nunca le habéis visto antes, y nunca volveréis a ver, tocando clásicos del indie con Heist más tarde esta noche. Así que solo queda pediros que os pongáis de pie para el brindis, deseándoles una vida juntos llena de risas y felicidad, por los novios...

Mientras Yorke bebía su champán, observó de nuevo a sus invitados.

Topham seguía sin aparecer por ninguna parte.

2

El inspector detective Mark Topham aparcó en una línea amarilla doble, colocó un distintivo de asuntos policiales en el salpicadero y salió de su vehículo. A paso constante, en un día que superaba los treinta y cinco grados, avanzó sudando junto a una ambulancia y la furgoneta negra de incidentes graves que acababa de aparcar. Volvió a mirar la ambulancia y reconoció que estaba en espera para emergencias. El detective Ryan Simmonds, la víctima, ya había sido trasladado urgentemente al hospital casi una hora antes.

Con la mayor parte de su lengua amputada.

Al menos eso es lo que había descubierto por la llamada de emergencia de la detective Collette Willows. Ella se había disculpado por recurrir a él para una respuesta temprana en su día libre. Él le había dicho que no se preocupara. No existía tal cosa como un "día libre" cuando la víctima era uno de los suyos.

Saludó con un gesto a dos agentes uniformados. Ellos le devolvieron el saludo, manteniendo los dedos enganchados en sus cinturones reglamentarios, con aspecto oficial. Intentaban controlar a los inquietos invitados de la boda.

Las camisas colgaban sueltas de los hombres a su alrededor, mientras que los sombreros quedaban aplastados más allá de todo reconocimiento en los puños apretados de las mujeres. Bajo el sol ardiente, la calima distorsionaba el aire sobre la pequeña multitud y le recordó a Topham a un público cocido a fuego lento en un festival de verano.

Mientras serpenteaba entre la palpitante muchedumbre, levantó la mirada hacia la sencilla iglesia de piedra. Sobre la puerta occidental, en un nicho, había una estatua de Santa Águeda. Una mujer torturada por el hombre, pero también una mujer que encontró consuelo en su fe inquebrantable. Su rostro estaba esculpido para mostrar las dos emociones contrastantes. No era la iglesia más popular de Salisbury, y Topham se preguntó si se debía a la expresión conflictiva de Águeda y la sensación de inquietud que se sentía en su presencia.

En la puerta abierta de Santa Águeda, se dio cuenta de que él también había sudado excesivamente. Se quitó la chaqueta del nuevo traje negro que había comprado especialmente para la boda de Yorke.

Al cruzar el umbral para enfrentarse a cualquier monstruosidad que hubiera tenido lugar ese día, una vieja cita shakespeariana memorizada durante sus días escolares surgió en su conciencia.

Pues ahora, en estos días calurosos, la sangre enloquecida se agita.

Dentro, le sorprendió el repentino descenso de temperatura. Como hombre gay, no había tenido muchos motivos para ir a la iglesia en los últimos años. Estaba seguro de que, en esta era moderna, sería más que bienvenido, pero aun así, históricamente, decir que la iglesia nunca había sido realmente partidaria de la homosexualidad sería quedarse corto. Incluso hoy, la boda de Yorke había sido oficiada por un funcionario del registro en un acogedor club campestre, por lo que Topham no tenía experiencia inmediata de estos dominios arcaicos de piedra.

El agente Sean Tyler emergió de las sombras e inmediatamente comenzó a anotar el nombre de su superior en el registro. —Hola, señor, ¿cómo va la boda del inspector jefe Yorke?

—Pues realmente no sabría decirte, Sean, ya que estoy aquí.

—Oh, sí... lo siento.

—Empezó bien, de todos modos —dijo Topham, tomando los cubrebotas y el traje embolsado de la mano extendida de Tyler. Se cubrió para proteger la escena fresca del crimen para los técnicos de

la Científica que esperaban fuera como halcones en las copas de los árboles.

—Siempre hace frío en las iglesias —dijo Willows, acercándose.

Topham asintió, pensando que tendría que fiarse de su palabra.

Ella le dio una palmadita en el estómago. —¡Señor! ¡No está a su nivel habitual!

Topham, a quien habitualmente se le elogiaba por su envidiable físico y su buen aspecto, bajó la mirada hacia su cintura. Los botones de su camisa, efectivamente, parecían tensos. No apreció la broma, pero siguió el juego de todos modos. —He estado demasiado ocupado para hacer abdominales.

Ella sonrió. Estaba intentando mantener la conversación ligera, pero se la veía obviamente conmocionada. Ella y Tyler eran los primeros en responder en la escena del crimen. Sus responsabilidades eran enormes, y no solo con el registro. Tenían que evaluar y proteger la escena sin interferencias.

Además, ella conocía a la víctima, Ryan Simmonds —no increíblemente bien porque estaban destinados en diferentes comisarías por Wiltshire—, pero lo suficiente.

Bajó la mirada. —Acabo de recibir noticias del hospital, Ryan aún no está fuera de peligro. Ha perdido mucha sangre.

—¿Pueden volver a unirla? ¿Su lengua?

—Lo siento... señor, pensé que se lo había explicado. No ha sido recuperada. Hay mucha sangre, pero ninguna lengua.

—Mierda —dijo Topham—. Esto es demasiado surrealista para que yo pueda darle sentido ahora mismo.

Ella señaló con un movimiento de cabeza a un hombre mayor y una mujer más joven en el último banco justo detrás de ella.

—Marie Holt, que estaba a punto de convertirse en Marie Simmonds. Está con su padre, Jason Holt.

Topham miró de nuevo. Marie estaba enterrando la cabeza en el pecho de su padre y sollozando.

—Iba a darle unos minutos más con su padre y luego llevarla a la ambulancia —dijo Willows—. Necesita ser tratada por el shock. Esperaba que los uniformados pudieran dispersar a las masas antes de que ella saliera.

—No hay tanta suerte por el momento —dijo Topham—. Siguen merodeando. Probablemente piensan que pueden ser de ayuda. Tan pronto como me hayas explicado todo, deberías volver a salir e indicarles a todos que regresen a casa. La prensa estará aquí en breve, sin duda, así que lo último que queremos es una multitud.

—De acuerdo —dijo Willows y lo condujo hasta la cinta policial tendida entre los dos últimos bancos, explicándole lo que Marie había presenciado mientras caminaba por el pasillo. Por el camino, Topham echó un vistazo a la escultura de *Jesucristo* colgando de un arco normando. Se preguntó qué pensaría el Mesías de los acontecimientos que habían tenido lugar recientemente allí.

Willows explicó el incidente con el sacerdote sonriente y Topham se detuvo en seco. —Entonces, ¿me está diciendo que la persona responsable de toda esta depravación estuvo aquí?

Willows asintió.

—¿Parado justo *ahí*? —Topham señaló un púlpito cubierto de terciopelo púrpura.

—Sí. Exactamente como Marie y Jason Holt me lo describieron. —Abrió su libreta y examinó sus apuntes—. Mucho más joven que el sacerdote que iba a casarlos... el padre Simon tenía unos sesenta años... este tendría unos veintitantos... ¿empiezan tan jóvenes?... en fin, era bastante atractivo... Marie dijo que tenía una sonrisa que parecía atravesarte, aunque no especificó si era en un buen o mal sentido...

—¿Y estaba parado justo ahí?

—Sí, y...

—*¿Entonces dónde está?*

Willows se encogió de hombros. —Marie y Jason no lo saben. Estaban atendiendo a Ryan mientras esperaban la ambulancia. Supusieron que se había marchado.

Otros dos agentes estaban siendo registrados en la puerta por Tyler. Topham les hizo señas para que se acercaran. —Escuchad con atención.

Inmediatamente echaron los hombros hacia atrás y se pusieron firmes, con aspecto resuelto. Recibir órdenes de oficiales superiores

en una escena del crimen evidentemente aún les resultaba novedoso y emocionante.

—Quiero que acompañéis a Marie y Jason Holt afuera. Decidles que necesitan tomar aire fresco. Preguntadles si el sacerdote que iba a casarlos hoy está presente entre la multitud de la boda, vestido de civil o de otra forma. No el sacerdote original... —miró a Willows.

—El padre Simon —dijo Willows.

—No el padre Simon... el sacerdote sustituto.

—¿Y si lo vemos? —preguntó uno de los jóvenes agentes.

Topham se detuvo a considerarlo y luego se dejó guiar por su instinto. —Detenedlo.

—De acuerdo, señor —dijo la otra agente. Sus ojos se agrandaron. La tarea había dado un verdadero propósito a su día.

Topham y Willows observaron cómo los agentes escoltaban al padre y a su hija fuera de la iglesia, pasando junto a un creciente grupo de técnicos forenses con trajes blancos, y luego continuaron su camino por el pasillo hacia el púlpito.

Willows miró sus notas nuevamente. —Fue aquí donde el sacerdote sonriente le entregó una llave a Marie.

Topham le lanzó una mirada confusa. Willows señaló una capilla a varios metros de distancia.

—¿De donde salió Simmonds? —dijo Topham.

—Sí. Después de que ella la abriera para él. Antes de eso, Jason Holt dijo que parecía que hubiera un pequeño elefante ahí dentro.

—No me sorprende —dijo Topham, sintiendo que su corazón se agitaba en su pecho—, después de ser mutilado de esa manera.

Willows asintió, manteniendo la cabeza alta y los ojos bien abiertos, desesperada por mostrar una actitud despreocupada. El temblor en sus párpados y labios traicionaba su fachada.

Los ojos de Topham se posaron en las losas de piedra frente a ellos. Se había derramado suficiente sangre como para convertir las grietas de las piedras en venas ennegrecidas. Por un momento, en su mente, vio al novio de rodillas mostrando el interior de su boca destrozada a su futura esposa. Esta vez su corazón latía como las alas de un cuervo.

—No avancemos más. Que los forenses trabajen en el área inmediata. Alrededor de la capilla, este púlpito —señaló el suelo—. Hay tanta sangre jodida. ¿Va a estar bien?

—No lo sé, señor.

—¿Probasteis en la rectoría para buscar al sacerdote? ¿A cualquiera de los dos?

—Sí. Ninguno estaba allí.

Topham examinó la escena y sus ojos se posaron en una pequeña puerta a su izquierda, adyacente al extremo del banco delantero. *Una salida conveniente*, pensó Topham, *a apenas unos pasos del púlpito*. Se la señaló a Willows y le preguntó adónde conducía.

—No llevo aquí mucho más tiempo que usted, señor. ¿Al jardín de la iglesia, quizás? ¿Al cementerio?

—Espere aquí —dijo Topham y se dirigió hacia la puerta.

En el camino, echó un vistazo al programa de la ceremonia. Un pequeño folleto rosa con una foto de Ryan y Marie preparándose para comprometer sus vidas el uno al otro. Pensó en Neil por un momento y consideró la ceremonia civil sobre la que habían estado hablando bastante últimamente. Admitidamente, era un momento inapropiado para estar pensando en esto, pero dado el contexto de esta situación en desarrollo, probablemente se le podía perdonar por acordarse de ello.

Se paró frente a la puerta que había quedado entreabierta y temblaba ligeramente con la brisa. Al salir, sintió la repentina transición de frío a calor nuevamente. Se sintió como si estuviera entrando en algo ardiente. Ahora que estaba envuelto en su traje blanco, tendría que marchitarse durante unos momentos.

Willows había acertado. Un cementerio. Un cementerio ordenado y bien cuidado. Césped cortado y lápidas intactas en líneas paralelas. Tejos entrelazados daban sombra a los durmientes eternos. Parecía extraño renovar cementerios, pero eso seguramente debió haber sido el caso. Pensó en el cementerio adjunto a su escuela primaria anglicana cuando era niño: un lugar aterrador con lápidas rotas, suelo pelado y animales muertos.

Anteriormente, había llovido brevemente, así que cuando dejó el sendero empedrado para deambular por el cementerio, aminoró el paso para evitar resbalarse. Agradeció la sombra ofrecida por los tejos, y rodeó el más lejano para enfrentar el otro lado del cementerio.

Había un hombre, vestido de blanco, arrodillado sobre una tumba.

Un sacerdote *joven*.

3

Yorke mostró a muchos de sus colegas algo que aún no sabían de él. Que sabía cómo rockear.

Al menos eso es lo que Patricia le había asegurado que sería el efecto del regreso de su banda. Ahora, no estaba tan seguro. ¿Realmente disfruta la gente viendo a un hombre de cuarenta y tantos años sudar sobre un instrumento de cuerda? Al menos no estaba cantando. Había dejado esa ingrata tarea a Nigel, un viejo amigo de sus días universitarios, que en ese momento estaba haciendo su mejor imitación de Liam Gallagher con *Rock n Roll Star.*

Afortunadamente, cuando bajó del escenario, volviendo a meter dentro del pantalón su empapada camisa blanca, Jake le esperaba con una pinta de su cerveza favorita.

—Extra fría, como te gusta —dijo Jake—. Hice que la metieran en el congelador justo antes de que salieras al escenario. Ha sido especial, por cierto. Bien hecho por tener agallas.

—¿Entonces te ha gustado? —dijo Yorke, cogiendo la pinta que le ofrecía su padrino de boda.

—He dicho que ha sido *especial*. Dejémoslo ahí.

—Eres un capullo, ¿lo sabías?

Jake se rio y dijo:

—Sí, lo soy, pero de todos los capullos que conoces, soy el único que es amable contigo.

—Joder. ¿Dónde me deja eso entonces? —dijo y dio un gran trago a su cerveza.

—Necesitando esa bebida —dijo Jake, sonriendo.

Gardner se acercó a ellos y dijo:

—Bien hecho, Mike. Incluso conseguí bailar cuando tocasteis a los *Stone Roses*.

—¿Estuvo bien entonces? —le preguntó Yorke arqueando una ceja.

—Bueno... fue mejor de lo que yo podría hacer.

—¡No empieces tú también!

Notó que Patricia estaba a lo lejos, hablando con un grupo de amigos, así que era una buena oportunidad para plantear sus preocupaciones sobre Topham.

—Ahora, quiero la verdad. Sin tonterías. Sigo siendo el jefe, incluso en mi día libre.

Jake y Gardner asintieron.

—¿Adónde ha ido Mark?

Ambos hablaron al mismo tiempo. Jake dijo: «Emergencia familiar». Gardner dijo: «Se sentía mal».

Yorke puso los ojos en blanco.

—Así que habéis optado por las mentiras, ¿eh? —Observó cómo sus colegas intercambiaban miradas—. Emma, habla.

Gardner se bebió lo que quedaba de su vino, se aclaró la garganta y dijo:

—Operación Otoño. Por eso no queríamos decir nada. Mañana te vas de luna de miel.

—¿La habéis encontrado? —dijo Yorke, incapaz de contener un ligero temblor en su voz.

—No —dijo Gardner—, solo estamos siguiendo una pista...

—De la que no vamos a hablarte —dijo Jake—. Dos semanas en Sudáfrica. Eso es lo único en lo que deberías estar pensando.

—Es difícil no pensar en una chica de diecisiete años desaparecida.

—Susie Long es ahora asunto nuestro, Mike —dijo Gardner—, *nuestro*. Necesitas este tiempo libre. Has hecho un trabajo fantástico delegando durante las últimas 48 horas. No puedes seguir cancelando vacaciones... y especialmente estas.

—¿Me dais alguna pista sobre la información que tenéis?

—No —dijo Gardner.

Yorke vio que Patricia se acercaba.

—Sí, tenéis razón. Ahora no.

Minutos después, Yorke estaba de nuevo en el escenario con una guitarra acústica, proporcionando el ritmo para *Fake Plastic Trees* de Radiohead. Durante el último verso, mientras rasgueaba las cuerdas y la voz de Nigel alcanzaba un clímax increíble a pesar de sus cuarenta años, Yorke se dio cuenta de algo.

Muy a menudo, hasta ahora, siempre había sido por los demás.

Pero su tiempo era ahora. Y se lo merecía. Y se sentía bien.

4

—¿Hola? —dijo Topham, acercándose al sacerdote arrodillado. No hubo respuesta. Así que lo intentó de nuevo. Más fuerte. Esta vez, no solo le oirían desde el cementerio, sino también desde la iglesia.

Seguía sin responder.

Se limpió el sudor de la frente y se acercó más al sacerdote. —Disculpe, padre.

Las zonas más alejadas del cementerio eran más antiguas y se estaban deteriorando. Las lápidas estaban desgastadas y las inscripciones se volvían ilegibles. La hierba amarilleaba, los dientes de león coronaban los escalones de piedra, mientras que las malas hierbas fracturaban los cimientos.

Las nubes empezaron a espesarse en lo alto.

Con el pulso acelerado, se detuvo y miró por encima del hombro. Ni rastro de Collette. Sin refuerzos. Volvió a mirar al sacerdote arrodillado. *¿Y si era peligroso? ¿Y si tenía un arma?*

Pensó en su pareja, Neil, quien la noche anterior había empezado a quejarse sobre el riesgo que implicaba el trabajo de Topham. Quejas que nunca antes había expresado. Aunque suponía que, después de tres años de relación, era de esperar ese tipo de preocupaciones.

A un metro del sacerdote, Topham preguntó de nuevo. —Disculpe, padre.

El sacerdote echó la cabeza hacia atrás y gimió. El largo gemido fluctuaba en tono, sugiriendo que abría y cerraba la boca al mismo tiempo.

Preocupado por su bienestar, dio un paso adelante y puso una mano en el hombro del sacerdote. El sacerdote detuvo aquel ruido horroroso, bajó la cabeza y giró la mitad superior de su cuerpo para mirar a Topham.

Tendría poco más de veinte años. Su cabello lacio y sudoroso estaba pegado a su frente.

—Me llamo Inspector Detective Topham. ¿Es usted consciente de lo que ha sucedido hoy en la iglesia?

El sacerdote extendió una mano. Topham la tomó y le ayudó a levantarse. El sacerdote giró mientras se incorporaba, lo que le permitió tomar también la otra mano de Topham.

Topham sintió algo blando y húmedo siendo forzado contra su palma. Retrocedió, con arcadas, mirando un trozo de carne ensangrentada en su mano.

La lengua de Ryan...

Topham dejó que cayera al suelo y se alejó tambaleándose del sacerdote sonriente.

5

DECIDIENDO IGNORAR la moderna costumbre de agitar un smartphone en el aire para grabar el momento entero, Jake y Gardner se contentaron con simplemente observar y disfrutar mientras su jefe bailaba lentamente con Patricia al ritmo de *Angels* de Robbie Williams.

Jake se inclinó y susurró al oído de Gardner:

—En realidad, tal vez deberíamos grabarlo. Ya sabes, *casi* parece feliz. Podríamos necesitarlo como prueba en el futuro...

Gardner le dio un codazo en el costado.

—Me lo estoy perdiendo.

Jake sonrió.

Después de que terminara el baile, y el DJ cambiara por completo la atmósfera sentimental con *A-ha*, Jake y Gardner se dirigieron hacia la barra. En el camino, Ewan Brookes, el hijo adoptivo de Yorke, se cruzó en su camino. Jake le revolvió el pelo y lo agarró suavemente por el cuello.

—¡Tío Jake! —exclamó Ewan.

—Te he pillado mirando —dijo Jake, soltándole y señalando a una chica, que no tendría más de trece años, bailando sola en el borde de la pista—. Ve y pídele que baile contigo.

—¡No estaba mirando!

—Ve y pregúntale qué está bebiendo, y luego ven a decírmelo.

Ewan se puso rojo como un tomate.

—¡Déjale en paz, Jake! —Gardner le tiró hacia atrás por el hombro.

Jake le guiñó un ojo a Ewan mientras continuaban hacia la barra.

—¡En serio! ¿Coca-Cola o limonada? Ven y díselo al tío Jake.

Ewan se escabulló, radiante de vergüenza.

En la barra, tanto Jake como Gardner pidieron una *Summer Lightning.* Mientras esperaban, observaron a la multitud.

—Qué buena asistencia. Me alegro por él, la verdad. Han sido un par de años difíciles —dijo Jake y dio un gran trago a su pinta cuando se la sirvieron. Suspiró mientras la fría cerveza le provocaba un cosquilleo al bajar por su garganta. Entonces, se dio cuenta de que Gardner ya había bebido casi un tercio de su pinta—. ¡Vaya! ¡Tranquila, fiera!

—Ha sido una semana estresante.

No le faltaba razón.

Hace dos días, Susie Long, una estudiante de instituto de diecisiete años, había desaparecido. La joven de coletas, vaqueros rotos y un nuevo aparato dental había estado recogiendo vasos el miércoles por la noche en *The Cloisters,* un popular pub frente a la catedral de Salisbury. Sus compañeros la habían visto por última vez a las 23:31 saliendo por la puerta trasera del local. Después, fue captada por el ojo electrónico de las cámaras de vigilancia en el aparcamiento donde debería haber comenzado su camino a casa.

Pero nunca llegó a empezarlo porque un secuestrador con pasamontañas la había capturado mientras estaba absorta en un mensaje de texto. Luego la metió a la fuerza en la parte trasera de una furgoneta. A pesar de que el agresor se había camuflado de pies a cabeza de negro, las imágenes eran lo suficientemente claras como para sugerir que se trataba de un hombre, alto y de complexión bastante delgada. Desafortunadamente, la furgoneta negra llevaba una matrícula falsa, pero un técnico de la Científica había conseguido recuperar el teléfono de Susie, que se le había caído durante la emboscada.

Había estado enviando mensajes a un chico de diecisiete años llamado Johnny West. O más bien, *sexting.* Johnny, la primera pareja sexual de Susie, había sido interrogado hasta la saciedad, pero la

conclusión fue que no había estado implicado. Otras balas de información habían llegado rápida y abundantemente. Estaba el consumo recreativo de marihuana. Aunque esto era bastante común, y no necesariamente un gran problema, aun así habían localizado y presionado a un camello adolescente. Como era de esperar, esta pista se había apagado como un petardo defectuoso. Los extractos bancarios de Susie mostraban una adicción a la moda de bajo presupuesto. De nuevo, algo de lo más común. Los vecinos y familiares afligidos no tenían una mala palabra que decir sobre ella; claramente, no sabían nada del consumo de drogas. Tenía un pequeño círculo social que se deleitaba en el exceso emocional, y ahora estaban prácticamente ahogándose en él desde que ella había desaparecido. Sus compañeros de trabajo en el pub *The Cloisters* afirmaban que ella aportaba un brillo muy necesario a un lugar que experimentaba un declive en su clientela. Tenía excelentes notas y era una joven brillante.

Hasta ahora, una adolescente muy normal.

Un rescate, o cualquier forma de contacto por parte del secuestrador, no se había materializado. El equipo había continuado investigando y habían presionado a Angela Long, su madre. Razonablemente acomodada, pero no lo suficiente como para convertirla en objetivo de secuestradores. Divorciada. Dos hijos que incluían a un chico de catorce años llamado Francis. También un joven brillante.

Fue con el padre cuando las cosas empezaron a ponerse interesantes. Marcus Long era un ex profesor que ahora cumplía condena por intento de asesinato. Lo habían entrevistado varias veces, pero su entusiasmo duró poco, ya que él mantenía que la conexión con su hija estaba muerta hacía tiempo y no habían descubierto nada que sugiriera lo contrario.

Aun así, habían perseverado. Habían entrevistado a cualquiera que Long hubiera molestado o con quien estuviera vagamente relacionado. Sin embargo, la persona con la que realmente necesitaban hablar, el hombre al que Long había intentado matar, había desaparecido hace seis meses. No había sospechoso más

claro, pero se había destinado mucho personal a localizarlo. Hasta ahora, no había ni rastro de este individuo.

Todo motas. Polvo en el aire. Nada que se concretara.

Volverían a ello a primera hora, y Jake se había prometido que hoy se detendría en cuatro pintas. Necesitaba mantener la mente clara, por si acaso surgía algo hoy o mañana en la Operación Autumn. Si Susie Long seguía viva, su vida podría depender de su agudeza mental.

—¿Crees que Mike sabe que acabamos de mentirle? —dijo Gardner.

—Sí —dijo Jake—, ¿cuándo fue la última vez que le engañaste?

—¿Crees que lo aprecia?

—No, pero creo que sabe que es bueno para él. Imagina si le hubiéramos dicho que han agredido a un agente. Ya se habría marchado.

—¿Has oído algo más? —preguntó Gardner.

—No —dijo Jake—. Lo mismo que tú. Topham recibió la llamada para investigar una agresión en la boda de Simmonds. No dio más detalles. Con suerte, no será nada. ¿Quizás fue solo una pelea con el ex amargado de su prometida, desesperado por sabotear la boda?

Gardner negó con la cabeza. —¿Tu mente? ¿Qué demonios pasa ahí dentro?

Jake se encogió de hombros. —Buena pregunta —Sintió que su teléfono vibraba en el bolsillo. Se apartó a un lado. Era uno de los agentes de la Operación Otoño.

—Sargento, intenté contactar con la inspectora Gardner, pero no contesta.

—Estamos en una boda, Tom, ella hizo lo sensato y lo apagó. *A diferencia de mí*, pensó.

Tom dijo: —Acabo de terminar una entrevista de seguimiento con una de las profesoras de Susie, Mary Stradling. ¿Qué pasa con los profesores hoy en día? ¡Siempre tan a la defensiva! No dejaba de pensar que estaba cuestionando su capacidad para cuidar niños...

—Al grano, por favor, Tom. Es mi día libre.

—Lo siento, sargento. Se le escapó algo que Susie le había contado en confianza. Susie ha estado escribiendo cartas a su padre.

Marcus Long había afirmado que su conexión con su hija estaba muerta desde hacía tiempo.

—Dos años —dijo Jake—. Dos malditos años. Eso es lo que había dicho que hacía desde la última vez que hablaron. ¿Por qué mentir? Cuando a tu hija la han metido a la fuerza en una puta furgoneta y nadie sabe dónde está.

—No lo sé, señor, ¿quiere que vaya a visitarle ahora?

Miró hacia Yorke y varios de sus amigos y familiares bailando al ritmo de *Wham!*

Mierda, pensó Jake. *¿Qué debería hacer?*

¿Qué haría Mike?

—Llama a la prisión, Tom. Me reuniré contigo allí en menos de una hora.

Volvió hacia Gardner. La expresión de su cara lo decía todo.

—Mierda, ¿en serio, ahora? —dijo Gardner.

—Fue una buena idea apagar tu teléfono, Emma, desafortunadamente, yo dejé el mío encendido.

—Continúa.

—¿Esa pista de mierda que acabamos de comunicarle a Mike? Ha dado resultado. Marcus Long ha estado en contacto con Susie. El cabrón mintió. Iré a hablar con él ahora. Pero tú, Emma, no vas a ninguna parte. Yo iba a tomarme al menos otra pinta, así que tendrás que tomártela tú ahora. Y también tendrás que apaciguar a Sheila. Va a estar cabreada. —Podía oír a su hijo de dos años, Frank, empezando a llorar en la distancia—. Incluso más cabreada que de costumbre.

6

El sacerdote seguía sonriendo, aunque no tan abiertamente como antes.

¿Quizás estaba perdiendo el entusiasmo?, pensó Topham. Casi una hora de interrogatorio en una sala de entrevistas pequeña y calurosa acabaría afectando a cualquiera de sus detenidos, incluso a los candidatos con más temple. Sin embargo, este muchacho estaba demostrando una resistencia impresionante y continuaba ejerciendo su derecho a guardar silencio ante aquel interrogatorio incesante.

A estas alturas, lo único que sabían con certeza era que no era un sacerdote. Lo habían confirmado mediante una fotografía suya. La Iglesia Católica no había podido identificarlo como uno de los suyos.

El ADN, las huellas dactilares y el software de reconocimiento facial no habían dado ningún resultado. No estaba en el sistema.

Topham se impacientó. Se inclinó hacia Willows y le dijo, en voz baja, al oído: —Vaya a ver cómo está Simmonds. Averigüe si han podido reimplantarle la lengua.

La habían envuelto en hielo y la habían llevado urgentemente al hospital menos de un minuto después de que se deslizara de la palma de Topham. Miró la mano que se había restregado hasta dejarla en carne viva.

Después de que Willows saliera de la sala, Topham se levantó y se dirigió hacia un lado de la habitación.

Desde la pared, observó al falso sacerdote. Parecía demasiado impecable. Se había engominado el pelo con una raya lateral muy marcada. Su rostro era pálido, lampiño y sin imperfecciones. Todo el tiempo miraba al frente, parpadeando ocasionalmente, pero siempre manteniendo una expresión de satisfacción. De vez en cuando, se detenía para rascarse la parte interior del antebrazo.

—¿Le ha picado algo? —dijo Topham.

No hubo respuesta.

—Bueno, es la época del año para eso. Mosquitos, garrapatas y demás —continuó Topham—. Hemos encontrado al sacerdote, ¿sabe? En un viejo aseo en desuso en la parte trasera de la iglesia. Está en el hospital con un gran golpe en la cabeza. ¿Fue usted, por casualidad?

Siguió sin responder.

Topham intentó controlar su enfado ante la obstinada determinación de este hombre de ejercer su derecho a guardar silencio. —Descubriremos quién es, debe saberlo, ¿no?

Ni un movimiento. Cincuenta minutos y todavía no había ni asentido como respuesta.

Topham insistió. —¿Un día de boda? ¿El día más feliz de sus vidas? Alguien debe haberle cabreado de verdad.

Nada.

Topham miró hacia la cámara en el techo, que registraba cada uno de sus movimientos y los del joven. Podía entender por qué muchos de sus predecesores, en la época anterior a las cámaras, habían detenido la grabación de audio y habían sucumbido a la locura. Podía sentir esa misma locura creciendo dentro de él ahora. La cita de Shakespeare volvió a cruzar su mente: *Porque en estos días de calor, la sangre enloquecida se agita.*

—¿Y cómo lo hizo? ¿Cortar un trozo tan grande de la lengua de alguien? Tuvo que dejarlo inconsciente primero, ¿verdad?

La expresión del muchacho permaneció inalterada.

Topham miró su reloj. *Cinco minutos más*, pensó. *Es todo lo que te queda, cabrón*.

—Debe tener veinte años, ¿veintiuno? Un joven apuesto. Toda la vida por delante, *o al menos así era*... ¿por qué ha ido y la ha

arruinado?

Topham notó un movimiento. En sus ojos. Muy leve, pero ciertamente estaba ahí.

—No sé nada sobre quién es usted, pero ¿por qué no está estudiando? ¿Preparándose para la vida? ¿Persiguiendo a chicas?

Los ojos del joven se movieron de nuevo. Se dirigieron hacia Topham y volvieron a su posición en menos de un segundo. La sonrisa también parecía estar desvaneciéndose.

Topham sintió que su enfado se transformaba en emoción, volvió a tomar asiento, lo miró fijamente y dijo: —Sí, es guapo. Yo lo pasé muy mal a su edad. Tenía mala piel y estaba pasado de peso.

Los ojos del joven se ensancharon. Una descarga de adrenalina recorrió el cuerpo de Topham. —Le han llamado así antes, ¿verdad? *Guapo*.

La sonrisa del muchacho desapareció. Miró a Topham y...

Llamaron a la puerta. El joven se sobresaltó y apartó la mirada.

Mierda, pensó Topham, *¡casi lo tenía!*

Topham vio que era Willows quien estaba en la puerta, así que salió para hablar con ella. Estaba allí de pie, con un aspecto mortalmente pálido. —¿Señor?

Él puso una mano en su hombro para intentar calmarla. Ella le dio la noticia.

Volvió a entrar en la sala de interrogatorios y se sentó de nuevo frente al joven. Se preguntó si ahora tendría el mismo aspecto mortalmente pálido que había mostrado Willows. Desde luego así se sentía.

El joven volvía a sonreír.

—No tiene nada de qué sonreír, joven. Ya no tiene toda la vida por delante.

7

Su unión fue tan apasionada como siempre, y el momento posterior tan afectuoso. Yacían sobre sábanas enredadas en su suite nupcial.

—Cirujana de División Patricia Yorke —dijo él, pasando los dedos por su pelo.

Ella lo miró desde donde apoyaba la cabeza en su pecho. —Me costará acostumbrarme a eso...

—Pero es mejor, ¿no?

Patricia sonrió. —Tiene gancho. A la gente le gustará, especialmente ahora que saben que estoy casada con una estrella del rock and roll.

—No empieces...

—Algunos de esos movimientos, Dios mío, no sabía que fueras tan flexible.

—No lo soy, y mañana lo pagaré.

—Hablando de mañana... ¿haremos esto todas las noches durante nuestros diez días fuera?

—¿Qué? ¿Discutir mis movimientos de baile?

Patricia le agarró el costado y él se retorció bajo ella. —No, para...

—¿Y la respuesta correcta es?

—¡Sí... te haré el amor todas las noches!

—¿Y por la mañana?

—¡Sí, si quitas esa pinza de mi costado!

Patricia se detuvo y se apartó de Yorke. Salió desnuda de la cama. Iluminada por la luz de la luna que se filtraba a través de una cortina de encaje, se veía particularmente arrebatadora, especialmente con su barriga de siete meses. Su primer hijo. O, técnicamente, su primer hijo biológico.

Esbozó una sonrisa al recordar a Ewan charlando con una chica junto a la pista de baile. Después de un rato, la joven pareja se había sentado junta, en silencio, jugueteando con sus móviles durante más de una hora. Perdidos juntos en un páramo de redes sociales. Un mundo feliz.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —dijo Yorke.

—¿Tú qué crees?

—Bueno, ya es demasiado tarde, ya estamos casados.

—¿Anulación?

—¡Qué fría eres!

—¿Cómo crees que puedo pasar tanto tiempo rondando sobre cadáveres?

Yorke sonrió. —Ahora te estás pasando.

Patricia saludó con la mano y desapareció en el baño.

Yorke cogió su smartphone. Se había hecho una promesa de no encenderlo hoy por dos razones. No quería sentirse tentado a mirar cómo le iba al Southampton en un amistoso de pretemporada. La segunda razón era, por supuesto, el trabajo.

Deliberadamente se había mantenido al margen de la Operación Autumn a pesar de su evidente devastación por el caso de una niña desaparecida. Durante las últimas 48 horas había ofrecido consejos, comprobado que las personas adecuadas estuvieran en los puestos correctos, pero había hecho un esfuerzo consciente por mantenerse emocionalmente distante.

Nunca una tarea fácil, pero una que había conseguido realizar.

Este era el día más importante de su vida, y los próximos diez días eran *suyos*. Perdón. *Suyos y de Patricia.*

Pero necesitaba hacer el check-in para el vuelo, así que encendió su teléfono, jurando en silencio no revisar sus correos electrónicos ni el resultado del Southampton —eso lo haría en el avión mañana...

Había empezado a hacer el check-in cuando la BBC News decidió enviarle una notificación de última hora. Sus ojos se agrandaron.

Patricia salió del baño.

—¿Estás haciendo el check-in?

Yorke levantó la mirada.

—¿Qué pasa, Mike?

Le costó encontrar la compostura para responder a la pregunta. En su lugar, extendió su teléfono y ella se acercó para leer la notificación. La leyó en voz alta. «*Agente de policía agredido en Salisbury fallece en el hospital.*»

Su mano voló hacia su boca. En ese momento, Yorke se dio cuenta de que no iría a Sudáfrica mañana.

8

El cabello de Marcus Long parecía musgo que infestaba una ruina histórica. La camisa de prisión que llevaba estaba tensa, y el vello corporal brotaba entre los botones como malas hierbas rompiendo el hormigón.

No era inusual que un agente de policía se sintiera incómodo al visitar una cárcel. Después de todo, la mayoría de la clientela residía allí como resultado directo de su trabajo, pero esa no era la verdadera razón por la que Jake se sentía incómodo en ese momento.

Se sentía incómodo porque el hombre frente a él había cometido, en opinión de Jake, el más atroz de los pecados. Un crimen contra un menor.

Un guardia permanecía a un lado de la pequeña habitación, mirando con anhelo un viejo ventilador que era extremadamente bueno produciendo ruido, pero no tan bueno refrescando a las personas.

—Nos mintió —dijo Jake, remangándose la camisa.

Frente a él, Long se desplomó en su silla—. No sé a qué se refiere.

—Su hija, Susie, lleva dos días desaparecida. *Su hija.* —Jake se detuvo ahí. Sentía que no había necesidad de más énfasis. Si eso no causaba impacto en aquel desalmado cabrón, nada lo haría.

—*Ya lo sé.* ¿Cree que he podido dormir? —Una gran marca de nacimiento, que conectaba sus fosas nasales con el labio superior,

tembló mientras hablaba, dando la impresión de que tenía la nariz ensangrentada.

—Ella le escribió. Su profesora nos lo dijo. Le escribió, Marcus, y usted decidió no contárnoslo, a pesar de que su vida podría estar en peligro.

—No hay nada en esas cartas que pueda ayudarles.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Claramente agitado, Long se volvió para mirar al guardia, probablemente preguntándose si debería simplemente pedir marcharse. Por supuesto, esta no era una opción—. Estoy seguro. Confíe en mí.

—¿Confiar en usted? Ha mentido una vez. ¿Cómo espera que vuelva a confiar?

—Porque no hay nada en esas cartas sobre lo que le ha pasado.

—¿Qué está ocultando? ¿Tiene que ver con él? ¿Con Christian Severance?

Long levantó las manos y las golpeó contra la mesa. El ruido hizo que Jake se sobresaltara. El guardia dio un paso adelante. Jake lo detuvo levantando la palma en el aire.

—¿Cuántas veces va a preguntarme eso? ¿Por qué tendría que ver algo con *él*? Él ya tiene su justicia. Está viéndome pudrirme aquí. Eso le vendrá de perlas a Christian. Y de todos modos, ¿aún no se lo han preguntado ustedes mismos?

No, pensó Jake, *porque no podemos encontrarle*.

—Necesitamos esas cartas, Marcus.

Long se encogió de hombros—. Está bien, no es como si me quedara algo de privacidad de todas formas.

—Su preocupación por su hija es abrumadora.

—No tiene ni idea, poli.

9

Wendy, la asistente de apoyo administrativo, arqueó una ceja al ver entrar a Yorke en la sala de incidentes. Él le respondió con el mismo gesto. Era una clara instrucción de su parte para que no preguntara por qué había renunciado a su noche de bodas para dirigirse directamente a la jefatura de Wiltshire en un taxi. Ella reconoció la instrucción con un asentimiento y dijo:

—Parece que necesita una taza de té, señor.

—No —respondió Yorke, observando a Topham mientras garabateaba en la pizarra blanca de la sala de incidentes preparándose para la reunión informativa—, esto es una situación de café.

—¿De cafetera o uno espumoso de la máquina?

—De cafetera con dos cucharadas.

Ella hizo una pausa para mirarlo de arriba abajo.

Él buscó alguna mancha en su camisa.

—¿Has visto alguna marca de dentífrico o algo así, Wendy?

—No, señor, es que nunca le había visto...

—¿...sin traje?

Ella asintió.

—¿No me sienta bien la ropa informal?

—Nunca ha tenido mejor aspecto, señor —dijo Topham, volviéndose desde la pizarra—. Supongo que la lleva para ir al aeropuerto, ¿no?

Yorke sabía que un simple arqueo de cejas no bastaría para hacer callar a Topham, así que optó por decirlo directamente:

—Sabes por qué estoy aquí, Mark. No nos...

—¡Es tu noche de bodas!

—También se suponía que era la noche de bodas de Simmonds.

—A veces creo que no confía en que hagamos un buen trabajo, señor —dijo Topham y volvió a centrarse en la pizarra. Wendy se retiró para buscar el café.

Yorke observó la telaraña negra que Topham iba trazando con un rotulador y fotos sobre la pizarra blanca. *Confío en todos vosotros*, pensó Yorke, *sois las mejores personas con las que he trabajado. Pero*...

Recordó los incómodos discursos de la boda y su intento de recuperar sus años de adolescencia tocando la guitarra.

Este es el lugar al que realmente pertenezco.

Mientras esperaba a que llegara el equipo, Yorke deambuló entre los escritorios de madera, dejando que sus dedos los rozaran. Con sorpresa, observó el polvo en sus yemas. Hoy en día, este lugar solía relucir de limpio. Inmediatamente sintió nostalgia por los tiempos pasados cuando las salas de incidentes estaban inmersas en la mugre.

Era tarde, así que solo se había convocado a los miembros principales del equipo, apartándolos de una velada con sus seres queridos. La inspectora Emma Gardner era la investigadora principal de la *Operación Otoño*, la investigación sobre la desaparición de Susie Long, por lo que su ausencia en la sala era notable. Gardner era la oficial más concienzuda y motivada con la que Yorke había trabajado jamás, además de ser madre de su ahijada, así que siempre la quería cerca.

Jake también estaba en la Operación Otoño y actualmente entrevistaba al padre de Susie, Marcus Long, en prisión. Un hombre con un historial que probablemente resultaría estar enredado con la desaparición de su única hija.

A pesar de estas grandes ausencias, Yorke no tenía preocupaciones sobre el equipo que iba entrando en la sala porque todos parecían devastados. *Absolutamente devastados*.

No solo el agente Ryan Simmonds había sido uno de ellos, sino que también había sido uno de los miembros más populares. Había sido diligente, considerado con los demás y el centro de la mayoría de las bromas de oficina. Acababa de perder la vida el día de su boda. Estos agentes irían hasta el fin del mundo, y más allá, para buscar justicia para Simmonds.

Yorke esperó a que Jeremy Dawson de HOLMES configurara su portátil para documentar cada segundo del drama que se desarrollaba. Luego, se dirigió al grupo.

—No hay una manera fácil de empezar esto, excepto diciendo que lo siento. Siento vuestra pérdida.

Recorrió con la mirada los rostros abatidos. Algunos asintieron en señal de agradecimiento por las palabras de Yorke.

—Ryan era un oficial excelente y un buen amigo para muchos de nosotros en esta sala. Podéis estar seguros de que celebraremos su vida *a fondo*, tan pronto como atendamos un asunto pendiente. Averiguar qué pasó hoy, en lo que debería haber sido el día más feliz de su vida. Y entonces haremos lo que mejor sabemos hacer: conseguiremos justicia.

El agente Luke Parkinson levantó la mano bruscamente.

—Señor, ¿justicia? El cabrón que hizo esto está en la sala de al lado. ¿No podríamos agilizar esto?

Esto animó a varios agentes que estaban desplomados en sus asientos; se enderezaron y asintieron.

A pesar de estar sorprendido por el tono áspero de Parkinson, Yorke moderó su respuesta y ocultó la sorpresa de su expresión facial. Estaba tratando con emociones en carne viva. Eran buenos hombres. Y estaban lidiando con una pérdida.

—En un momento, el inspector Topham, nuestro investigador principal, nos informará a todos sobre los detalles del caso hasta ahora. Uno de esos detalles es el hombre sin identificar que está sentado en este edificio. Sí, estoy de acuerdo, parece que tenemos a nuestro hombre. La Fiscalía nos ha informado que tenemos suficiente para presentar cargos. Pero hasta que se le identifique y se establezca el motivo, es sensato mantener nuestras opciones abiertas.

Algunos agentes negaron con la cabeza mientras otros varios asentían en señal de acuerdo.

Yorke tomó asiento bajo la unidad de aire acondicionado. Agradeció la corriente constante de aire frío. Estaba acalorado y no solo por la ola de calor; estaba acalorado porque había sido un discurso particularmente difícil de pronunciar, incluso más difícil que el que había dado anteriormente a los invitados de su boda. Esta era una sala rota. Iba a costar mucho volver a unirla. Pero al menos podían empezar por establecer los acontecimientos del día.

Topham, que todavía llevaba su traje de la boda de Yorke, se dirigió a los agentes. Señaló el nombre generado aleatoriamente para la operación: Operación Coldtown. *Lo completamente opuesto a cómo se siente actualmente*, Yorke tuvo ganas de decir, pero mantuvo su pobre intento de humor lejos de una audiencia poco receptiva.

Topham repasó los detalles del caso. Todo lo que había experimentado en la iglesia con Willows y Tyler, que ahora estaban ambos presentes. Relató la frustrante entrevista con el joven que seguía ejerciendo su derecho a guardar silencio.

—Todavía no hemos conseguido ninguna coincidencia. Las huellas dactilares, el ADN y el software de reconocimiento facial no han arrojado nada —dijo Topham—. No tenemos ni idea de quién es este hombre. Sospechamos que llegó temprano a la iglesia cuando el Padre Simon estaba preparando todo. Consiguió dejarlo inconsciente, amordazarlo y atarlo —señaló una foto en la pizarra blanca—. Lo dejó encarcelado en un antiguo aseo en desuso en la parte trasera de la iglesia.

Topham llevó a todos en un recorrido imagen por imagen a través de su pizarra. Jeremy Dawson tecleaba rápido. Todos podrían acceder a estos datos en el sistema de archivos compartidos. No había mucho aún, pero cada detalle tendría que ser repasado una y otra vez durante las próximas horas.

—Familiarizaos con todo esto en cuanto salgáis de esta sala —dijo Topham—. A medida que los datos crezcan, nosotros debemos crecer con ellos.

Yorke bajó la mirada. No era una expresión que él utilizaría. Era una hipérbole típica de Topham. —Aún no tenemos la autopsia, pero sabemos que la mayor parte de su lengua fue cortada con un instrumento afilado. Podría ser un bisturí, pero eso está por confirmar. Probablemente también confirmarán que murió de una hemorragia. —Topham hizo una pausa para consultar sus notas—. De las ramas de las arterias linguales. Esto fue mala suerte; puede que el asesino no anticipara esta reacción.

Se escuchó un resoplido de alguien entre el grupo. Era Parkinson otra vez. Yorke se mordió el labio por última vez. *El hombre estaba jugando con fuego en cuanto a medidas disciplinarias. Estaba siendo antagonista en situaciones que requerían trabajo en equipo.*

Archivó el pensamiento para después de la investigación.

Parkinson inmediatamente amenazó con una tercera cuando levantó la mano. —¿Cómo puede ser desafortunado morir por tener la lengua cortada? ¡Yo anticiparía que mi víctima se desangraría!

No era un ataque, era una pregunta justa. Yorke se contuvo.

Topham dijo: —El patólogo me explicó que una lesión similar puede ser causada por accidentes como morderse la lengua, o incluso por un piercing, *pero* que la lengua tiene buena capacidad de coagulación y el sangrado normalmente puede detenerse rápidamente. Ryan experimentó una condición rara llamada hematoma lingual.

—¡Si es que el cabrón sabe siquiera de esto! —Parkinson se cruzó de brazos—. De todas formas, como lo mires, sigue siendo asesinato.

—Nadie lo discute —dijo Yorke, mirando a Parkinson directamente a los ojos.

—El enfoque de la investigación en esta etapa —dijo Topham— es reunir toda la información posible sobre Ryan. Sí, la mayoría de los que estamos en esta sala le conocíamos muy bien. Pero todos en esta sala entendemos que nunca sabes todo sobre alguien hasta que realmente lo investigas.

—Era el mejor de nosotros —dijo Parkinson, descruzando los brazos e inclinándose hacia delante.

Yorke también se inclinó hacia delante.

—Y nadie lo está cuestionando —dijo Topham—, *nadie*. Queremos saber por qué alguien le señaló como objetivo. Porque sin un móvil, tenemos poco.

Sí, Mark, eso es correcto, pensó Yorke. Parkinson se reclinó hacia atrás.

Topham continuó: —Entrevistaremos al Padre Simon. Entrevistaremos a quienes conocen al Padre Simon. Parece obvio que fue emboscado e incapacitado, pero no es palabra divina. Hablaremos con cada persona que estuvo en esa iglesia hoy. Todos. Queremos los acontecimientos desde todas las perspectivas posibles. Grabaciones de las cámaras de seguridad alrededor de esa iglesia durante las últimas 48 horas. Las idas y venidas de cada individuo. ¿Quién hace esto? ¿En el día de la boda de alguien? Hay una cantidad severa de odio aquí y obtendremos la respuesta lo suficientemente pronto incluso si el cabrón en esa otra sala se niega a abrir la boca desde ahora hasta el día que cierren la puerta de su celda. —Hizo una pausa para respirar—. Asignaciones individuales en los tablones de anuncios como siempre. Traedme todo. Inmediatamente. Si no podéis localizarme, entonces id a Willows.

Topham se volvió para mirar la foto de Ryan Simmonds en la parte superior de la pizarra. —Por muy cansados y frustrados que nos sintamos, recordad cuánto le debemos a Ryan. —Se volvió y miró a Jeremy Dawson—. ¿Has conseguido todo?

Dawson asintió.

—Y todos, *por favor*, antes de empezar, entrad en el sistema y digerid todo esto de nuevo.

Mientras los agentes salían, Topham se quedó mirando la foto de Simmonds. Yorke se puso a su lado.

—Vaya manera de irse —dijo Topham.

—Diferente —dijo Yorke—. Creativa. Hay un propósito aquí.

—¿Te recuerda a algo?

—¿Cómo no iba a hacerlo? —dijo Yorke—. No ha pasado ni un año desde que ese cabrón carnicero destrozó esta ciudad.

—Y ahora alguien está intentando hacerlo de nuevo.

—Intentando... pero lo detendremos —dijo Yorke.

—¿Lo tenemos? ¿Está realmente en esa habitación?

—Vamos a averiguarlo.

10

Jake se había quedado sin batería en el móvil. Así que, sentado en el coche, con el motor en marcha y el teléfono conectado y cargándose, leyó detenidamente las cartas que Susie Long había escrito a su padre. Había cuatro en total. Después de terminar la lectura, comprobó su teléfono y vio que había vuelto a la vida. Tenía varias llamadas perdidas de Gardner y varios mensajes de texto indicándole que la llamara.

Ella respondió al primer tono. —He estado intentando llamarte.

—Sí, ya veo...

—Es horrible... Jake. Simplemente horrible.

Le explicó lo que le había ocurrido a Simmonds. Mientras lo hacía, él sintió como si se estuviera asfixiando, así que abrió la puerta del coche para dejar entrar aire al vehículo.

Para cuando ella había empezado a explicar que Yorke había abandonado su propia boda para ayudar en la investigación, Jake ya estaba fuera del coche, caminando de un lado a otro. No dijo nada y simplemente escuchó, por miedo a estallar en una serie de improperios incomprensibles.

Levantó la mirada hacia las imponentes vallas de la prisión y se preguntó si se sentía más atrapado que las personas que estaban dentro.

Atrapado en el conocimiento de que este era el mundo en el que vivía. Que estas cosas seguían ocurriendo. Detenías a un

orquestador de violencia sin sentido, solo para que otro comenzara una nueva sinfonía.

—Pero no es nuestro caso, Jake. Mike y Mark tienen a un sospechoso bajo custodia. Si ellos no pueden llegar al fondo del asunto, nadie puede. Nos mantenemos centrados en la Operación Otoño, y te veré mañana en la reunión.

Jake respiró hondo. *Tenía razón*. *De vuelta a Susie Long. Y solo Susie Long.* Era demasiado tarde para Simmonds, pero quizás no para ella.

—Tengo un puñado de cartas aquí. Ha estado escribiéndole a su padre en prisión durante el último año. Aproximadamente una cada tres meses —dijo Jake.

—¿Las has leído?

—Sí.

—¿Y?

Se sentó de nuevo en el coche, cerró la puerta, se aseguró de que el aire acondicionado estaba encendido para combatir la humedad del atardecer, y encendió la luz superior. Pasó rápidamente los ojos por la primera carta otra vez.

—Empieza de manera bastante obvia. Se sintió aislada y abandonada durante mucho tiempo... ahora solo quiere entender... está dispuesta a escribirle unas cuantas veces pero aún no está lista para verle.

Jake pasó a la segunda carta, le echó un vistazo rápido, y luego comprobó que Gardner seguía en línea antes de continuar: —Evidentemente él respondió con sus excusas, y parece que ella se las creyó... ahora comprende que él era un hombre enfermo... la tercera carta trata sobre el poder del amor y cómo puede causar tragedias. Ella también ha estado experimentando los mismos efectos del amor.

—¿Y la última carta?

—Va a ir a visitarle.

—Corrección. *Iba* a ir a visitarle. En tu opinión, ¿sabe él más de lo que deja entrever?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Difícil de explicar, simplemente lo sé.

—Echaremos un vistazo más detenido a esas cartas mañana por la mañana en la reunión.

11

Tumbado allí, durante ese breve momento de lectura antes de que apagaran las luces, Marcus Long anhelaba sentir en su mano un vaso de whisky frío y escuchar el hielo temblando en el áspero líquido, justo antes de que le quemara la boca, la garganta y la mente.

Sería más fácil hacer lo que debía hacer con algo del buen licor en su organismo.

Se bajó de la cama y recorrió los escasos pasos de su diminuta celda hasta el escritorio en la esquina.

Había pasado tantas noches frías, y más recientemente calurosas, en este escritorio con las cartas de su hija desplegadas ante él, sus dedos recorriendo las líneas grabadas por el bolígrafo de ella en el papel. Palabras de perdón y palabras de aceptación.

Y ahora ese maldito detective las tenía, y probablemente nunca las volvería a ver.

Alcanzó un ejemplar de *Historia de dos ciudades* de Charles Dickens. Abrió la primera página y leyó la primera línea:

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos.

Habían sido los mejores tiempos: había recuperado a su hija en su vida. Y ella no había sido forzada a entrar en su vida. Había venido por voluntad propia.

Sacudió el sobre que había escondido en el libro. Extrajo la carta, la leyó de nuevo y suspiró. Lo que le exigían era... era... impensable.

Eran los peores tiempos y ansiaba una copa.

12

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato? —dijo Yorke al joven sentado frente a él en la mesa—. Al menos di *sin comentarios* en lugar de quedarte mirando al vacío como un maldito zombi.

Topham dijo: —Incluso podrías pedir un abogado.

El joven se rascó el antebrazo y continuó ignorándolos. Al menos ya no sonreía. Topham había dicho que la sonrisa había sido persistente e inquietante.

—Bueno, como estoy seguro de que el inspector Topham le explicó anteriormente, esto va a ponerse muy feo para usted. Tenemos suficiente para acusarle. Sentarse allí con su lengua en el cementerio no fue la idea más brillante. Al menos dígame una cosa: ¿pretendía matar al agente Ryan Simmonds?

Ningún movimiento.

Yorke continuó: —No creo que lo pretendiera, ¿verdad? Deberíamos haber podido salvarle. El problema es que sufrió una hemorragia y no pudieron reanimarle. Eso significa que va a pasar mucho tiempo encerrado, señor... perdón... ¿su nombre?

Nada.

Topham se inclinó hacia delante. —Antes, cuando estuve aquí contigo, estabas a punto de decirme algo. Estoy seguro de ello.

El chico ni siquiera miró a Topham.

—Dije que eras guapo.

Yorke miró a Topham. Por creatividad en técnicas de interrogatorio, acababa de obtener la máxima puntuación.

—Creo que atractivo fue la palabra que usé —dijo Topham.

Yorke miró al joven, preguntándose si tendría que intervenir y detener este peculiar enfoque, pero entonces captó un ligero movimiento en el rostro del sospechoso. Sintiendo una oleada de adrenalina, se unió a la creatividad. —Tanto potencial desperdiciado en un chico tan joven y guapo...

Entonces el joven levantó una mano y señaló el cuaderno de Yorke.

Yorke miró el cuaderno y dijo: —¿Por qué quieres eso?

El joven señaló de nuevo, con más fuerza esta vez.

Y entonces Yorke cayó en la cuenta. —Abre la boca.

El joven se negó con un lento movimiento de cabeza.

—No puedes hablar, ¿verdad? No tienes lengua —dijo Yorke.

Se encogió de hombros y volvió a señalar el cuaderno.

Yorke le presionó. —¿Es por eso que te llevaste la lengua del agente Simmonds? ¿Tuvo algo que ver con que perdieras la tuya?

Sin respuesta.

Yorke arrancó una página y la deslizó con un bolígrafo. Miró a la cámara y dijo: —Para que conste, se le ha entregado un trozo de papel al entrevistado y ahora está escribiendo una respuesta.

Yorke lo recogió. —El entrevistado ha escrito: *alguien más me llamó guapo una vez*.

Yorke hizo una pausa y consideró las extrañas palabras. *¿Su madre? ¿Su padre? ¿Por qué le ha molestado esto? ¿Por qué una referencia a su apariencia le ha despertado de su estupor?*

—¿Quién? —dijo Yorke.

El chico escribió rápidamente, pero con letras claras y de imprenta.

Eso no importa

—Bueno, ¿entonces por qué mencionarlo? —dijo Topham.

Yorke arrancó las páginas con sus notas y le entregó el cuaderno entero.

El chico asintió y escribió:

Porque quiero que sepáis la irrelevancia de ese hombre y sus palabras

—¿Ryan Simmonds? —dijo Yorke.

El chico escribió:

No

—¿Quién entonces? —dijo Topham.

Escribió:

Irrelevante de nuevo

Lo relevante es que he sido sanado

—¿Sanado? ¿Estás hablando de tu boca? —dijo Yorke.

El chico escribió:

Simplemente sanado

Y entonces a Yorke le asaltó un pensamiento que le heló la sangre. —¿Dónde está esa persona que te llamó guapo?

El chico no necesitó mucho tiempo para producir la única palabra.

Yorke habló para la cámara. —El entrevistado ha escrito *muerto*.

13

El mejor de los tiempos...

Marcus Long pensó en la primera vez que sostuvo a su hija recién nacida entre sus brazos. 3 kilos y medio de inocencia envuelta en una mantita. Fue el momento en que verdaderamente comprendió que el mundo era el lugar más maravilloso en el que estar. Durante tanto tiempo había intentado arduamente esconder su sexualidad y encajar. Y esta era su recompensa. Una preciosa hija.

Volvió a meter el sobre dentro del libro de Charles Dickens y lo devolvió a su pequeña biblioteca en la parte trasera de su escritorio.

El peor de los tiempos...

Pero no se puede huir de lo que uno realmente es. La tentación pudo más que él y, aunque su pequeña hija, a quien tanto adoraba, apenas había cumplido cinco años, había cometido aquella atrocidad.

Sonó un pequeño zumbador y un minuto después, las luces de la habitación se apagaron. No estaba completamente oscuro, ya que todavía quedaban luces encendidas en los pasillos que permanecerían así toda la noche, pero estaba tenue.

Después se arrodilló frente al pequeño taburete en el que había estado sentado.

Desde aquel momento, desde la atrocidad, su vida había ido en una espiral descendente. Equivocadamente, había pensado que esto, su segunda estancia en prisión, sería el último clavo en el ataúd por mentirse a sí mismo y mentir a los demás. No lo había sido. Esto sí lo era.

El último clavo.

Después de esto, todo habría terminado.

Separó los dientes para dejar que su lengua saliera al aire. Su respiración se había acelerado ahora, y sus manos temblaban mientras se aferraba a los bordes del taburete. Presionó los dientes sobre el centro carnoso de su lengua.

Cerró los ojos con fuerza y sintió las lágrimas corriendo por los lados de su cara.

Rezó para que fuera rápido. Dios, necesitaba que esto fuera rápido.

Golpeó su barbilla contra el taburete con toda la fuerza que pudo. Con los ojos fuertemente cerrados, solo vio una luz blanca cegadora. Antes de que tuviera tiempo de registrar realmente el dolor, estrelló su barbilla con toda su fuerza contra la madera otra vez...

Y otra vez.

Ahora el dolor estaba apareciendo y había un sabor salado en su boca. Alzó la mano, tocó la carne que colgaba suelta de su boca, reprimió el impulso de gritar, agarró el taburete y embistió repetidamente hasta que sus dientes simplemente chocaban entre sí.

Abrió los ojos. Su lengua yacía sobre el taburete como una babosa arqueando la espalda bajo una dosis de sal.

Levantó la cabeza y aulló.

14

El joven había dejado finalmente de sonreír.

—Entonces —dijo Yorke—, ¿mataste al hombre que dijo que eras guapo de la misma manera que mataste a Ryan Simmonds?

Sin respuesta.

—¿A cuántas personas has matado? —dijo Topham.

Sonó un golpe en la puerta. Yorke agradeció la interrupción. Un pequeño descanso de este interrogatorio frustrante.

Fuera, Yorke y Topham saludaron a Willows en el pasillo. Se le había encargado investigar la carrera de Simmonds y todos sus casos. Parecía agitada.

—He encontrado algo. De hecho, no puedo creer lo que he encontrado... —Miró sus notas, negando con la cabeza.

—Continúa —dijo Topham, inclinándose hacia delante.

Yorke notó la impaciencia en la voz de Topham y el movimiento ansioso. Este caso le había atrapado. *Realmente* le había atrapado.

—Hace tres años, Christian Severance vino a la comisaría para denunciar que alguien le estaba siguiendo...

—¿Marcus Long? —dijo Yorke.

—Sí, señor.

Topham miró a Yorke y dijo:

—¿Es Christian Severance el hombre buscado en relación con la desaparición de Susie Long en la Operación Autumn?

—Sí —dijo Yorke—, continúa, Collette, ¿qué más has descubierto?

—Christian Severance presentó un informe con el agente Ryan Simmonds en el que afirmaba que Marcus Long le estaba siguiendo, dos semanas antes de que el mismo hombre intentara matarle. Simmonds había retrasado la investigación, por eso localicé el informe tan rápidamente: había sido señalado. Le interrogaron sobre su enfoque de la investigación, pero no se materializaron cargos disciplinarios.

Topham agarró el hombro de Yorke y dijo:

—Están relacionados. Los casos están *jodidamente* relacionados.

—Seguidme —dijo Yorke.

Juntos se precipitaron por el pasillo hacia la sala de la Operación Autumn. Abrieron la puerta, las luces automáticas se encendieron y un cálido torrente de aire les atravesó. Yorke pulsó el interruptor para encender el aire acondicionado.

Yorke se acercó a la pizarra, que estaba cubierta de información, todo fácilmente accesible gracias a la pulcritud de la letra de Gardner. Escaneó rápidamente las imágenes: Susie Long, su padre, Marcus Long, familiares, amigos... luego sus ojos se posaron en las dos imágenes de Christian Severance. Una tomada antes y la otra después de que su apariencia fuera drásticamente alterada por Marcus Long.

—Solo confirmadme una cosa. —Yorke señaló la cara con cicatrices de Severance—. ¿Este definitivamente no es el chico de la otra sala?

—Por supuesto que no —dijo Topham—. ¿A menos que se haya sometido a una cirugía plástica extensiva?

—Pero, incluso entonces, se parecería más a *esto* —dijo Yorke, señalando la fotografía del *antes* de Severance—, que al chico de la sala de interrogatorios, ¿no?

—Sí, salvo por algún milagro quirúrgico, no son la misma persona. Incluso sus complexiones son completamente diferentes. ¿Por qué intenta relacionarlos, señor? —dijo Willows.

—Bueno, a Christian Severance le dispararon en la cara, destruyendo gran parte de su mandíbula y su lengua. Ahora, el hombre que podría haberlo impedido, el agente Ryan Simmonds, está muerto, tras haberle cortado la lengua. Añade a eso que el tipo

de la otra sala se comunica mediante tarjetas, algo que podrías hacer si no puedes hablar, porque no tienes lengua... ¿cómo puedo no establecer conexiones?

Todos hicieron una pausa para reflexionar. Si Topham y Willows sentían algo parecido a lo que él sentía ahora, razonó Yorke, sus mentes estarían dando vueltas.

—¿Y ahora qué? —dijo Topham.

—Averigüemos si ese asesino de la otra sala tiene lengua o no, y luego averigüemos quién demonios es.

15

Christian Severance observaba por la ventana a dos jóvenes que vivían en la casa de enfrente, jugando al fútbol. Se pasaban el balón varias veces antes de que el más alto lo metiera con fuerza en una portería hinchable. Se abrazaron y compartieron la experiencia.

Uno de los chicos se dio cuenta de que les observaba a través de la ventana y susurró algo al oído del otro.

Ha descubierto al bicho raro, pensó Severance. Intentó sonreír. No pudo. Su rostro estaba demasiado dañado.

El otro chico también se giró y miró hacia la cara en la ventana. Las expresiones de alegría desaparecieron de la pareja de adolescentes como ropa desgarrada. El balón se alejó rodando. Ninguno se agachó para recogerlo, ni lo persiguió. Simplemente se quedaron quietos y miraron a Severance como hipnotizados.

¿Boo Radley quizás? ¿O peor, algo salido de una película de terror?

Severance se apartó de la ventana, preguntándose si algún día los dos chicos se retarían a entrar en el jardín del monstruo.

Bueno, tendréis que daros prisa, jóvenes, *porque un día de estos, me habré marchado.*

Al fin y al cabo, esta no era su casa.

Mientras se sentaba en el sofá, se desabrochó algunos botones de la camisa. Hacía un calor sofocante hoy. Como todos los días de esta semana. La brisa seca que entraba por la ventana abierta no bastaba.

Alargó la mano hacia la mesa de café y cogió uno de sus viejos diarios. Hojeó las páginas antes de detenerse en una entrada que no había leído en mucho tiempo.

La advertencia del Conducto le golpeó. Con fuerza. *Rememorar puede ser atrayente pero deprimente*.

Sí, pero ¿es rememorar? Tenía catorce años entonces, ahora tengo veintinueve. No deberíamos olvidar quiénes somos y por qué somos lo que somos. La memoria puede ser engañosa. Aprender sobre uno mismo puede ser una actividad académica. Mi diario es una fuente fiable.

Comenzó a leer. Escuchó al chico de catorce años hablándole.

Hoy por fin ha sido el día en que le he contado al Sr. Long lo de mi padre. Y me ha escuchado. La mayoría de las personas a las que les he contado esta historia no escuchan realmente. Asienten. Suspiran. Sonríen. Pero no escuchan de verdad. Escuchar es guardar completo silencio y no moverse. Un parpadeo o dos, quizás, pero nada más. El Sr. Long me miró fijamente cuando hablaba y eso me hizo sentir cálido e importante.

Le conté la historia porque el Sr. Long quiere saber por qué siempre me siento con él durante la comida. Me preguntó por qué el olor de sus sándwiches de atún no me había espantado aún. Así que se lo dije. Porque no tengo amigos. No desde que Jeremy encontró el DVD en su casa. Ese en el que su padre tenía relaciones con mi madre. El que mostró a todos en el colegio. Para Jeremy está bien, porque mis antiguos amigos piensan que es bastante guay que su padre engañe a su mujer. Pero mi madre, bueno, eso es otra historia completamente diferente: es una puta, aparentemente.

Después de terminar mi historia, el Sr. Long actuó como si no lo supiera ya, pero probablemente lo sabía. Es de conocimiento común. La mayoría de los alumnos lo saben, así que es más que probable que todos los profesores lo sepan también. Además, se lo he contado al orientador del colegio, y seguramente habrá enviado alguna notificación. El Sr. Long observó que hoy no tenía comida. Le dije que mi madre siempre me hacía los sándwiches antes de que todo se desmoronara, y ahora debo hacerlos yo. Así que, a veces se me olvida. Me ofreció parte de su sándwich de atún y ¡le sorprendí comiendo un trozo! Claramente había pensado que me repugnaría.

Lo que pasa con el Sr. Long es que siempre sabe qué decir y qué hacer para que me sienta mejor. Luego hablamos de música. Siempre me está contando sobre su colección de discos. ¡Suena increíble! Asegura que tiene vinilos firmados por todos los maestros. Los Beatles, los Stones, etc. Heredados de su padre, según dice. Le pregunté sobre su esposa y su hija. Solo intentaba ser educado en realidad, pero como de costumbre, no quiere hablar realmente de ellas.

Así que hablamos durante la comida, y media hora después de las clases. Antes de que me fuera esta tarde, me apartó el flequillo detrás de la oreja. Se disculpó y dijo que lo sentía. Dijo que era lo que su padre solía hacer con su pelo todos los días cuando era más joven y ahora era un hábito. Le dije que no me importaba. De hecho, se sentía bien.

Severance dejó el diario sobre la mesa y levantó la mano para pasar los dedos por su mejilla destrozada. La piel rugosa arañó sus yemas.

Miró su reloj y vio que ya pasaban de las diez. Se preguntó si Long habría cumplido con su parte del trato. Sospechaba que lo

habría hecho. Era su única oportunidad de volver a ver viva a su querida hija. Aunque no la vería de nuevo. Eso había sido una mentira, por supuesto. Severance quiso sonreír, pero su rostro destrozado no se lo permitió.

Con los ojos cerrados, pensó en Susie Long: pálida, inmóvil y silenciosa en su ataúd de plástico.

16

Yorke todavía no podía creer lo que le estaba diciendo a Gardner por teléfono. Sin precedentes, por decir lo mínimo. La colisión de dos casos.

—Entonces, ¿qué, los fusionamos en uno solo? —dijo Gardner.

—Todavía no —dijo Yorke—. Sí, Severance es nuestro principal sospechoso de la desaparición de la chica, pero el asesinato de Simmonds fue cometido por alguien completamente diferente. Alguien que está sentado en nuestra sala de interrogatorios. Pero hasta ahora solo sabemos dos cosas sobre él. Sonríe mucho y no habla.

—¿Pero le falta la lengua? Seguramente, entonces, ¿está conectado con Severance?

—La ausencia de lengua del chico aún está por confirmar. Y aunque así fuera, quiero primero su identidad. Emma, acuéstese temprano. Hoy ha aprovechado al máximo mi barra libre y debe estar lista para descansar. ¿Dijo antes que han surgido nuevas pruebas?

—Sí, las cartas enviadas a Marcus Long de parte de Susie. Jake las está examinando minuciosamente.

—Bien. Ponga a Jake al corriente después de esta llamada. Dirija la reunión informativa mañana por la mañana para la Operación Autumn. Cubra los nuevos descubrimientos, y luego yo aportaré cualquier información nueva de la Operación Coldtown e informaré a sus agentes.

—Suena bien. Entonces, si están conectados, señor, ¿qué dice eso sobre las posibilidades de Susie?

—No quiero especular, pero... no son buenas. No ha habido demandas de rescate. Si Severance está vengándose de gente de una manera tan brutal, quitándoles la lengua, entonces temo por ella. Es difícil mantenerse optimista, pero ahí es donde usted entrará, Emma.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Que usted siempre es más positiva que yo.

—¿En serio? Gracias.

—Buenas noches, Emma.

—Buenas noches, Mike... y enhorabuena por lo de hoy.

—Sí, gracias.

Al colgar, se sintió fatal porque su día de boda no era lo primero en su mente.

17

Christian Severance miró el cuerpo. Su rostro estaba oculto por el grueso plástico que acababa de envolver firmemente a su alrededor. Severance giró los hombros, oyó crujir su columna y sintió cómo el sudor caliente se acumulaba en la parte baja de su espalda.

Vio la mancha de sangre que se extendía por el interior del plástico donde la víctima había sido cortada.

Antes de mover el cuerpo, necesitaba un descanso. Se quitó la camisa húmeda, la hizo una bola y se secó el torso.

Regresó al salón y al sofá, con el torso desnudo. Si los chicos que jugaban al fútbol miraban y veían a un hombre desfigurado y medio desnudo, ¿qué más daba? Ya le consideraban fuera de lo común.

Mientras se sentaba y cogía el diario de nuevo, las palabras del Conducto regresaron: *recrearse es tentador pero deprimente...*

—Déjame en paz —dijo, y comenzó a leer:

Cuando entré hoy en casa del Sr. Long, le pregunté si le preocupaba que alguien nos viera. Me dijo que no. Me dijo que a menudo tenía adolescentes en casa para clases particulares de preparación de exámenes, así que nadie prestaría atención. Me quedé boquiabierto cuando me contó que cobra quince libras la hora por eso. ¡Quince libras! Bromeé diciendo que yo no le pagaría tanto, ya que me lleva

semanas ganar eso con mi reparto de periódicos. Se rio. Me gusta hacerle reír. Me dijo que nadie le hace reír como yo. Ni siquiera su propia mujer.

Cuando le pregunté dónde estaba su familia, me dijo que estaban fuera. Su mujer da clases en una zona diferente y sus vacaciones no coincidían, así que tenía la casa toda para él. Me enseñó su enorme televisor nuevo. Le hice reír otra vez bromeando sobre cómo sus clases particulares le habían permitido vivir como un rey. Qué va, dijo, y se rio mucho.

Me llevó arriba para ver la colección de discos de la que había estado presumiendo todas estas semanas. ¡Dios mío! No había exagerado. ¡Copias firmadas de discos de los Beatles y los Stones! ¡Todo heredado de su difunto padre! Toqué algunos y pasé los dedos por las firmas. Jagger, McCartney, Lennon... Impresionante, dije. ¡No puedo creer que ellos realmente tocaran estos discos! No me creías, dijo él. Sí te creía, dije yo. Le había creído. Cada palabra que me dice suena tan real. Siempre ha sido así. Más que las de cualquier otra persona.

Luego nos sentamos y hablamos durante horas, como siempre hacemos en el aula. Sobre música, sobre películas y sobre libros. Le encantan los libros. ¿Por qué te hiciste profesor de Historia y no de Literatura?, le pregunté. Las correcciones, me dijo. Después me habló de su trabajo. Dijo que le encanta hablar conmigo y que siente que puede hablarme de cualquier cosa. A mí también me encanta que hable conmigo, igual que me encanta que me enseñe. Cuando enseña, cada palabra, movimiento, gesto, dibuja una imagen en tu mente. Se lo digo. Le dije que da vida al Oeste

americano como nadie y que su interpretación del legado de los Khan una vez me dejó sin palabras.

Miré mi reloj. Era tarde, pero no me preocupaba. Les había dicho a mis padres que estaba en casa de Martin. Él se acercó más y me preguntó si tenía hambre. Podía oler la menta en su aliento. No me molestó. Se sentía bien tenerlo cerca de mí. Puso su mano en mi pierna y abrió mucho los ojos. Creo que intentaba preguntarme si estaba bien. Asentí.

Severance dejó de leer y arrojó el diario contra la repisa de la chimenea. Un reloj ornamental cayó y se hizo añicos en miles de pedazos sobre la falsa chimenea.

18

Topham se acercó a Yorke en el pasillo, negando con la cabeza. —No cede, no me deja ver el interior de su boca. ¿No podríamos simplemente echar un vistazo? Usted sujétele los brazos, señor, y yo le taparé la nariz. En diez segundos lo sabremos...

—Y entonces estaremos bajo investigación en lugar de él —dijo Yorke—. No, debemos hacerlo correctamente. Lo intentaré de nuevo en un momento. Si fracaso, tendremos que conseguir una orden judicial para obligarle a dejarnos ver. Estoy seguro de que podremos conseguir una con bastante rapidez teniendo una chica desaparecida en nuestro radar...

—¿Señor?

Tanto Topham como Yorke se giraron para mirar a Willows.

—La brigada de Vicio se ha puesto en contacto con nosotros. Alguien de su departamento ha reconocido la foto del chico. No está en el sistema, por eso fue pasado por alto por el software de reconocimiento facial, pero uno de los agentes lo identificó de una zona donde trabaja regularmente. Se llama David Sturridge.

Yorke sintió el corazón latiendo en su pecho. —Continúe.

—Es un presunto prostituto, aunque aún no se han presentado cargos contra él. El agente de policía Jeff Powers, de la brigada de Vicio, que me ha llamado para informarme, dice que la zona de Tidworth en la que opera está plagada de prostitución. Existen varias casas ocupadas en las inmediaciones, y Sturridge había sido visto e interrogado en una de esas casas.

—Así que está sin hogar. Bien, Collette, ¿puede buscar todos los datos de David Sturridge? Mark, póngase en contacto de nuevo con el agente Jeff Powers y consiga la dirección de esa casa ocupada.

19

Christian Severance tiró los restos del reloj a la papelera y devolvió el recogedor y el cepillo al armario bajo el fregadero. El Conducto no estaría muy contento con su arrebato.

No le gustaba disgustar al Conducto. El hombre había sido particularmente amable con él, después de todo. También poseía una fortaleza de carácter y propósito que podía dominar tu voluntad. Así que, en general, era mejor evitar estas situaciones.

Además, Severance también anhelaba unas horas de terapia, que no llegarían si el humor del Conducto estaba agrio. Eso si regresaba esta noche. Con bastante frecuencia, volvía muy tarde o se quedaba en hoteles.

Regresó al sofá y cogió otro diario. Miró la fecha y vio que era casi un año después de los acontecimientos del extracto anterior que había leído. Después de mirar alrededor en busca de objetos valiosos y frágiles en caso de que su temperamento le dominara de nuevo, abrió el diario y comenzó a leer:

Hoy ha sido el peor día de mi vida. Ver al hombre que dice amarme llorando mientras daba su declaración. La mano de mi madre agarraba la mía durante todo el proceso. Él estaba arrepentido. Confesó saber que yo tenía catorce años. Confesó que había traicionado su deber de cuidarme como mi profesor. Dijo que entendía que esto era una violación

estatutaria ahora, y que el hecho de que fuera consensuado no significaba nada. Aceptó todas estas faltas, pero dijo que no se disculparía por amarme. Que nunca se disculparía.

Enterré la cabeza en el regazo de mi madre. Le dije que había cambiado de opinión, que no quería que él fuera castigado por lo que me había hecho. Pero era demasiado tarde. Yo había dado mi declaración. Le había expuesto. Las pruebas habían sido presentadas. Mi madre seguía susurrándome que estaba haciendo lo correcto. Pero cada vez que levantaba la cabeza de su regazo, podía verle mirándome directamente. Lo peor de todo es que no era una mirada de odio. Era una mirada de perdón. Una mirada de anhelo.

Ahora, mientras estoy aquí sentado, escribiendo esto, me pregunto qué es lo que siento. Estoy triste, no porque haya perdido a alguien a quien amaba, porque nunca amé realmente a Marcus. Me siento triste porque he perdido a la única persona en el mundo con la que realmente podía hablar. Me siento triste porque he perdido a mi único amigo.

También me siento triste porque este hombre me manipuló para sentirme así.

Severance se secó una lágrima y deseó que el Conducto estuviera aquí. Realmente podría necesitar esa terapia ahora mismo.

20

Yorke estrechó la mano del agente Jeff Powers. El oficial de Vicio ya había terminado su jornada, así que se había excedido en el cumplimiento de su deber al reunirse con ellos en un lugar conocido por la prostitución y las drogas. No era el mejor sitio para que un policía anduviera merodeando.

Cuando Yorke le agradeció, repetidamente, Powers dijo: —No se preocupe. Todos me conocen por aquí. También confían en mí. Así que no tenemos nada de qué preocuparnos.

Se encontraban bajo una lámpara de sodio, frente al pub Rising Sun, y junto a la entrada de la sórdida calle por la que estaban a punto de adentrarse. Era la hora de cierre, así que varios muchachos salían del pub. Mientras el grupo cruzaba la calle hacia ellos, sacaron los vasos de cerveza que llevaban escondidos bajo sus chaquetas y continuaron bebiendo. Les lanzaron miradas de desprecio al pasar. Uno escupió en el suelo cerca de donde estaba Topham.

Topham miró a Yorke. —¿Cree que saben que somos policías?

Yorke levantó las cejas y señaló el caro traje de Topham. —¿Usted qué cree?

Powers ofreció a Topham y a Yorke un cigarrillo liado. Topham lo rechazó inmediatamente. Yorke lo consideró, y luego también lo rechazó.

Powers era un hombre imponente con la cabeza rapada y manos grandes. Fumaba rápidamente mientras les ponía al corriente. —Le tengo aprecio a David Sturridge... al menos se lo tenía. Siempre

pareció uno de los chicos más agradables de por aquí. Educado, ¿sabe? La mayoría se burlan y escupen, como acaban de ver. Al menos, hasta que realmente te *conocen*. David nunca fue así. Siempre educado. Dispuesto a hablar.

—¿Quiere decir que era un chivato? —dijo Topham.

—No, no de ese modo. Aquí se trata más de un trabajo de contención. Intentamos mantener las cosas bajo control antes de que se descontrolen. Lo último que queremos es buscarles problemas. Trabajamos estrechamente con la ONG *Second Chance*, e intentamos garantizar que las prostitutas estén alimentadas, hidratadas y *protegidas*, si entiende lo que quiero decir. Lo mejor es sacar a estas prostitutas de las drogas, de la profesión y de la calle, en ese orden. Meterlas en la cárcel solo ralentiza ese proceso.

Un grupo de chicas, apenas salidas de la adolescencia, emergió del Rising Sun. Las faldas excesivamente cortas, las blusas transparentes y los tacones de ocho centímetros le contaron a Yorke una historia que nunca dejaba de perturbarle. Cruzaron la calle y pasaron junto al pequeño grupo de oficiales. Esta vez, una de las chicas se dirigió a Powers. —Buenas noches, agente.

Powers devolvió el saludo, y luego dijo: —Buenas noches, Cindy. Directa a casa, ¿eh?

Todas asintieron y se encaminaron por la misma calle por la que Powers y los otros oficiales estaban a punto de bajar.

—Necesitamos saberlo todo sobre Sturridge —dijo Yorke mientras seguían a las chicas calle abajo.

—Desafortunadamente, no hay mucho que saber en este momento. Su historia es bastante común. Padre en la cárcel. Su madre es alcohólica y recibió a un nuevo padrastro en casa. El nuevo padrastro no simpatizaba con David, y hace más de un año, se tiró por el retrete y acabó en la calle —Powers suspiró—. Bueno, supongo que si es responsable de lo que ocurrió hoy, ya no está sin techo, ¿verdad? Estará mejor en la cárcel que aquí fuera, ¡se lo puedo asegurar!

—¿Cuánto tiempo lleva en su radar? —dijo Yorke.

—Poco menos de un año —dijo Powers—. Es un pez pequeño. Nos centramos principalmente en los proxenetas y traficantes.

Muchos hacen ambos trabajos. Mantienen a las prostitutas enganchadas, así que tienen que seguir trabajando y comprando. Es un sistema muy cíclico y vicioso.

—¿Quién es el proxeneta de Sturridge?

Powers suspiró. —Qué curioso que lo mencione. Eso es parte de la razón por la que realmente me llamó la atención hoy.

Yorke recordó las palabras de la entrevista anterior. *Alguien más me llamó guapo una vez... está muerto.*

—Está desaparecido, ¿verdad? —dijo Yorke.

Powers se sorprendió. —¿Qué le hace decir eso?

—Simplemente he sumado dos y dos basándome en algo que Sturridge dijo, perdón, *escribió* antes. ¿Sabía que no habla?

Powers parecía confundido. —De hecho, hablé con él hace un par de semanas. Así que... no.

—Bueno, las cosas han cambiado drásticamente desde entonces —dijo Yorke—. Creemos que es posible que le hayan extirpado la lengua. Como sabe, puede haber asesinado a un oficial de policía, y *también afirma* haber asesinado a alguien más. No respondió a la pregunta, ¿el proxeneta está desaparecido?

—Alex Drake. Sí. Una mala pieza. Ha entrado y salido de comisaría las veces suficientes. Sus días están contados.

—*Estaban* —dijo Topham.

—Mark —dijo Yorke—, no saquemos conclusiones precipitadas. ¿Cuánta gente hay en este okupa al que nos va a llevar?

—¿Siete u ocho?

—¿Hay alguien particularmente cercano a Sturridge?

—Todos son cercanos, a su manera. Los rechazados de la sociedad tienden a encontrar consuelo unos en otros.

—Obviamente, podemos conseguir una orden para registrar y confiscar, pero vayamos con suavidad. Actuar con prepotencia no nos dará información.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Powers—. Por aquí, es mejor mantener relaciones sólidas.

Powers les guió pasando varias casas eduardianas en ruinas. Las luces brillaban detrás de algunas cortinas. Otras casas estaban completamente tapiadas.

—¿Cuántas personas viven por aquí? —preguntó Yorke.

—La mayoría están ocupadas, y no, como podría imaginarse, por indigentes. Hay niños que salen hacia el colegio desde algunas de estas casas.

Yorke suspiró.

Giraron hacia la entrada de una casa que, curiosamente, era una de las más bonitas de la calle. Yorke miró a Powers. —¿El ayuntamiento no quiere recuperar estas casas?

—Sí, pero como dije antes, estamos realizando un trabajo de contención por aquí, y las cosas avanzan bastante despacio. Echar a la gente de un okupa nunca ha sido fácil.

—¿Incluso cuando son prostíbulos?

—¿Cómo esperan que atrapemos a los que están detrás del prostíbulo si nos llevamos a los peces pequeños? Estamos jugando a largo plazo.

—Bueno, quizás has estado jugando demasiado tiempo con Alex Drake —dijo Topham—. Creo que Sturridge puede haberte adelantado con él.

Powers llamó a la puerta.

Una joven con un camisón plateado abrió la puerta. Tenía el delineador corrido y parecía que había estado llorando. —¿Agente Powers?

—Hola, Sylvia —dijo Powers—, necesitamos hablar si le parece bien.

Sylvia tenía la mano en el borde de la puerta. Mientras sus ojos pasaban de un agente a otro, una y otra vez, Yorke se preparó para que les cerrara la puerta en las narices.

—Nadie está en problemas, Sylvia. —Powers le ofreció una sonrisa—. Solo queremos hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre David Sturridge.

Hubo una pausa mientras ella miraba al suelo.

—Sí, sé que ustedes dos son cercanos —dijo Powers.

—Pasen, pero deben saber que algunas habitaciones están ocupadas.

Topham miró a Yorke. Yorke sabía lo que estaba pensando. *¿Ignorando un delito?*

Yorke le devolvió la mirada como diciendo: *prioridades.*

—Está bien, Sylvia —dijo Yorke—, por favor, llévenos al salón y díganos lo que sabe.

Yorke esperaba suciedad: cajas de pizza y jeringuillas. En su lugar, se encontró con un salón limpio y ordenado.

Mientras se sentaban, Yorke oyó que llamaban a la puerta principal. Sylvia ahora estaba sentada con ellos, así que alguien más estaba recibiendo al cliente. Escuchó una voz masculina amortiguada y luego miró a Sylvia, quien observaba sus pies descalzos, claramente preocupada porque se estaba infringiendo la ley delante de tres agentes de policía.

—¿Sylvia? —dijo Powers.

—No he visto a David en casi un mes. —Miró a Yorke mientras hablaba—. Y he estado muy preocupada.

—David está a salvo —dijo Yorke—, y seguirá estándolo, Sylvia.

Ella miró a Powers y señaló su boca. Él se acercó y le entregó un cigarrillo liado. Después de ponérselo en la boca, cogió un mechero del brazo del sillón y lo encendió. Su mano temblaba mientras daba una ansiosa calada. —¿Así que está en la cárcel?

—Me temo que sí —dijo Yorke—, pero como he dicho, eso le mantiene a salvo.

—¿Qué ha hecho?

—Es demasiado pronto para que podamos comentar sobre eso.

—¿Tiene que ver con Alex?

Alex Drake, el proxeneta.

—¿Por qué pregunta eso? —dijo Topham.

—Porque tampoco le hemos visto en semanas —dijo Sylvia.

Topham y Yorke intercambiaron miradas.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio, y qué ocurrió? —dijo Yorke, preparando su libreta.

Sylvia ignoró la pregunta y les dio una breve historia de David Sturridge: un chico amable y sensible que había quedado muy dañado por los acontecimientos ocurridos en su ciudad natal, Southampton. Sonaba muy diferente del asesino sonriente que se

había sentado frente a Yorke en la sala de interrogatorios. Sylvia continuó explicando cómo la idea de la prostitución repugnaba a Sturridge, como a muchos de los trabajadores, añadió. Así que había intentado reducirla al mínimo y solo había recurrido a ella cuando estaba demasiado apurado de dinero. Sin embargo, el proxeneta Alex Drake, quien les proporcionaba el techo bajo el que vivían, siempre exigía más dinero. Varios cuarteles militares locales aseguraban que nunca faltara el negocio, explicó, y el número de soldados homosexuales reprimidos era asombroso. Alex quería que trabajara más duro y se estaba frustrando cada vez más con las excusas de Sturridge. Sturridge podía arreglárselas con menos porque, como ella, nunca tocaba las drogas. Una rareza, admitió, y una de las razones por las que eran particularmente cercanos. Era como el hermano que nunca había tenido. Describió cómo planeaban ahorrar el poco dinero que ganaban y conseguir un lugar juntos, lejos de las drogas y la prostitución. —Suena como una fantasía, ¿verdad?

—No —dijo Powers—. Suena como una buena idea.

Ella sonrió. —Bueno, ya no va a suceder. Le he perdido, ¿verdad? ¿Qué hizo? ¿Mató a Alex?

Yorke pasó a una página nueva de su libreta. —No lo sabemos, Sylvia. Pero nos está ayudando mucho. ¿Cuándo fue la última vez que vio a David?

—Hace tres semanas. Llevaba un mes más o menos luchando antes de eso. No me quería decir por qué; simplemente pasaba mucho tiempo en línea con una vieja tableta maltratada, callado y solo. Realmente ya no quería hablar mucho conmigo. Pensé que había hecho algo para ofenderle.

—¿Qué hacía David en internet? —preguntó Yorke.

—No lo sé. De nuevo, nos fuimos distanciando.

—¿Y qué pasó el día que desapareció?

—No mucho. Simplemente salió y no volvió.

—¿Y qué dijo Alex Drake sobre eso? —preguntó Topham.

—Lo que cabría esperar. Gritos e insultos. Exigiendo saber dónde estaba. Amenazando con echarle si alguna vez volvía. Era irrelevante. Nadie sabía adónde había ido, y eso fue todo.

—¿Viene Alex Drake a menudo? —preguntó Yorke.

—A diario. Pero ya no. Por eso pensé que podría estar muerto. Es David, ¿verdad? Mató al cabrón. Probablemente se lo merecía. Solía golpear a algunos de nosotros.

—¿Dejó David algunas de sus pertenencias? —preguntó Topham.

—Sí, pero no hay mucho. Como la mayoría de nosotros, literalmente vivía de una mochila.

—¿Puede traernos sus pertenencias, por favor? —pidió Yorke.

Cinco minutos después, Sylvia regresó con una bolsa reutilizable de *Lidl*.

Yorke pidió a Topham y Powers que registraran los objetos mientras los sacaba de la bolsa y los colocaba. Luego, Yorke sacó un par de guantes de plástico de un bolsillo interior de su traje. Justo cuando estaba a punto de empezar a colocar los objetos, sonó su teléfono. Sacó el teléfono del bolsillo y leyó el nombre en la pantalla:

Harry Butler.

El corazón de Yorke golpeó contra su pecho. Se levantó de un salto mientras una colección de imágenes pasaba por su mente: estar con su mejor amigo, Harry, cuando se graduaron juntos como oficiales. Sentado en la mesa de comedor con Harry y su nueva esposa. Arrastrando a Harry lejos de su esposa que yacía muerta en el suelo tras ser disparada por un granjero trastornado. Viendo a Harry perder su trabajo después de plantar pruebas contra un hombre inocente sospechoso de matar a la hermana de Yorke...

Yorke se apoyó contra la pared mientras miraba el nombre en la pantalla del teléfono.

¿Qué querrá?

Sintió la mano de Topham en su hombro. —¿Señor?

Yorke envió a Harry al buzón de voz y guardó el teléfono en su bolsillo. —Continuemos.

Tratando de mantener firme su mano enguantada, Yorke sacó los objetos uno a uno y los colocó sobre la mesa de café. —Objeto uno:

una novela de Stephen King. Objeto dos: una fotografía de un chico más joven, posiblemente él con su familia.

Continuó sacando los objetos, la mayoría de los cuales eran prendas de vestir, hasta llegar a: —Objeto once, una tableta de 10 pulgadas con la pantalla rota —. Levantó la mirada hacia Sylvia—. ¿Sabe cómo acceder a esta?

—Sí —dijo ella.

21

Jake llevaba más de una hora esperando para hablar con Marcus Long. Ese era el tiempo que el personal médico había necesitado para comprobar que todo estaba en orden tras la operación y para explicarle a Long sus lesiones que le cambiarían la vida.

Sus lesiones autoinfligidas que le cambiarían la vida. No pudieron volver a colocarle la lengua porque la había tirado por el inodoro.

Jake tomó asiento junto a la cama de Long y observó cómo este pasaba los dedos por la gasa que cubría su boca.

—¿Por qué, Marcus? Dios mío, *¿por qué?* —preguntó Jake.

Long se encogió de hombros. Estaba pálido y agotado. Esta entrevista no duraría mucho. Jake acercó la mesa auxiliar para comida que estaba unida a la cama mediante un brazo. Colocó un bloc de notas y un bolígrafo para que Marcus pudiera escribir.

Escribió:

No tenía elección

—Explíquese.

Severance escribió carta

Me dijo que hiciera esto o Susie muere

—¿Dónde está esa carta?

Celda

—Debería habérmelo dicho.

¿Y entonces qué?
¿Susie muerta?

Long le miró fijamente.
—Pero ¿por qué la lengua?

¿Obvio?
Yo le quité la suya y ahora él ha cogido la mía

Después de que Marcus Long cumpliera su condena por abusar sexualmente de Christian Severance, había regresado a una vida destrozada. Una vida sin trabajo *y sin amor*. Transcurrió una década en la que se hundió cada vez más en la miseria, mientras que el joven, Severance, se volvió más exitoso en su campo científico elegido.

Un día, Long decidió ir a ver a Severance de nuevo. No fue bien recibido por su antiguo alumno, pero aun así reavivó viejos sentimientos en Long. Sentimientos que contribuyeron a cada uno de sus pensamientos durante meses y meses.

Finalmente, sucumbió a sus sentimientos e inició una campaña que le llevó a acechar e intentar entretejerse, como una araña, en todos los aspectos de la vida de Severance. No era más que obsesión y locura.

Todo terminó en la cocina de Severance con una pistola que Long había adquirido en la dark web. La solución, había dicho Long al jurado, fue una nublada por el amor y el fatalismo: si él no podía tener a Severance, nadie podría. La bala entró en la mejilla de Severance, le destrozó la mandíbula y le destruyó la lengua.

—No podemos encontrar a Severance, Marcus, no por falta de intentos. ¿Está usted seguro siquiera de que fue él quien escribió la

carta?

Long garabateó.

Sí

Es él

Conozco sus palabras

Jake notó una lágrima en sus ojos. ¿Aún le amaba? ¿Después de todo este dolor y miseria?

Long pasó a otra página del cuaderno y continuó escribiendo.

Yo lo destruí

Él me destruyó

¿Justicia?

No hay nada justo en la mutilación, pensó Jake. Se guardó sus pensamientos para sí mismo.

Jake se inclinó hacia Long. —¿Dice algo más en esa carta? ¿Alguna indicación de dónde podría estar? ¿Qué más quiere?

No

Esto era lo que quería

¿Quizás liberen a Susie ahora?

—Eso espero. Sabe que necesito ver esa carta, ¿verdad?

Sí

Charles Dickens

Historia de dos ciudades

Jake le dirigió una mirada de perplejidad.

En mi estantería de la celda

—Gracias. —Jake anotó en su libreta que los guardias debían recuperar la carta de su celda.

Creí que esto sería lo mejor

Jake asintió y pensó: *¿cómo podría usted pensar que esto sería lo mejor?* —Necesita descansar ahora.

El siguiente mensaje que Long garabateó fue más largo. Jake esperó pacientemente, observando al hombre desmoronarse bajo el peso insoportable de una vida fracasada.

He cometido errores
Muchos de ellos
Me disculparé por ellos
Sufriré y moriré por ellos
Pero ella no se lo merece

—No, no se lo merece, y estamos intentando encontrarla.

Long tuvo energía para un último mensaje.

Por favor agente
Ayúdela
Se lo suplico

Jake asintió.

22

Tan solo había un botón en la pantalla de inicio para pulsar. Yorke, Powers, Topham y Sylvia se reunieron alrededor de la tableta agrietada.

Reprodujeron un archivo de vídeo de una habitación apenas amueblada. Un colchón en el suelo. Un pequeño montón de revistas a su lado haciendo las veces de mesilla. Las luces eran tenues, aunque esto podría haber sido por la calidad de la cámara de la tableta.

—Es la habitación en la que se alojaba... arriba —dijo Sylvia—. Hay un televisor frente a la cama. Aquí debe ser donde colocó la tableta.

—¿Para grabar qué? —dijo Powers.

La habitación se iluminó brevemente con una luz más brillante, presumiblemente del pasillo exterior cuando alguien abrió la puerta para entrar.

Una voz se hizo más audible a medida que se acercaba a la tableta. —¿Cuántas veces tenemos que mantener esta puta conversación? Tienes que proporcionarme lo que necesito, o yo no te proporcionaré lo que necesitas.

—Ese es Alex, encantador como siempre —dijo Sylvia.

Alex y Sturridge aparecieron frente a la cámara. La diferencia de tamaño era enorme. Alex era un hombre grande e imponente, no muy distinto a Powers. Sturridge era un chico apenas salido de la adolescencia, delgado y de rostro juvenil.

—Te di lo que querías la última vez que estuviste aquí. Hice exactamente lo que me pediste —dijo Sturridge.

Sturridge aún no había abierto la boca en presencia de Yorke, así que verlo hablar aquí resultaba desconcertante.

Alex se dio la vuelta y se alejó de la cámara. La habitación se oscureció de nuevo, indicando que la puerta se había cerrado. Cuando volvió a entrar en el campo de visión, apuntó con un dedo a la cara de Sturridge. —Un poco más alto y podrían haberte oído. ¿Cómo crees que habría sentado eso?

—Lo siento... —dijo Sturridge.

—¿Crees que soy *como* tú?

—No... por supuesto que no.

—Bien. ¿Tengo aspecto de estar desesperado? ¿De maricón?

—No.

—Creo que deberías pensar en marcharte. Llevas mucho tiempo aquí ya.

—No... por favor. Sabes que haré lo que quieras. *Ahora mismo*. —Extendió la mano y la colocó sobre la entrepierna de Alex—. Necesito este sitio.

Alex negó con la cabeza. —¿Así que no le chupas la polla a un cliente, pero me la chupas a mí? ¿De qué va eso?

—No quiero ser como los otros. No quiero que sea todo.

Alex se rio. —O podrías simplemente admitirlo. Te gusto, ¿verdad?

Sturridge no contestó.

—Di que te gusto.

—Me gustas. —Sturridge bajó la mirada. Estaba temblando.

—Mírame a los putos ojos cuando lo digas.

Sturridge levantó la mirada. —Me gustas.

Alex le acarició la cara. —Eres guapo, ¿lo sabes?

Sturridge asintió.

—Muy atractivo. —Alex le besó en los labios—. Ahora, di otra vez que te gusto.

—Me gustas.

—Otra vez. Convénceme.

—*Me gustas*.

—Bien. —Alex continuó acariciándole la cara un momento hasta que Sturridge empezó a temblar menos—. Relájate, David.

Sturridge asintió.

Alex le dio una fuerte bofetada. —Maricón de mierda.

Yorke oyó jadear a Sylvia a su lado. Yorke pausó el archivo de vídeo y miró a Powers, quien entendió la señal.

—Venga conmigo, Sylvia. Salgamos fuera —dijo Powers.

Una vez que Powers y Sylvia salieron, Yorke y Topham vieron el final de la grabación.

Alex agarró a Sturridge por el hombro y lo lanzó sobre la cama. Antes de que el joven pudiera darse la vuelta, Alex se había colocado a horcajadas sobre él.

—Dios mío —dijo Topham—. El hombre es casi el doble de su tamaño. ¿Qué oportunidad tenía?

Al principio, Sturridge forcejeó, pero fue inútil bajo el peso aplastante del hombre enorme. Alex le sujetó los brazos y los inmovilizó con una mano, mientras usaba la otra para bajarle los vaqueros y la ropa interior al chico.

—Eres guapo, David, ese es el problema realmente —dijo Alex mientras forcejeaba con su propio cinturón—. Que te jodan por ser tan guapo.

Sturridge luchó un par de segundos más antes de someterse. Luego, gritó con fuerza cuando Alex se forzó dentro de él.

Yorke se llevó una mano a la boca.

Topham se pasó una mano por el pelo. —Maldito enfermo.

23

Era muy tarde, pero Yorke necesitaba investigar lo que acababa de ver. También sabía que tan pronto como terminara su turno, tendría que lidiar con su viejo amigo, Harry Butler. Harry era un policía viudo y caído en desgracia que necesitaba mantenerse lo más alejado posible de su antigua vida en los cuerpos de seguridad. Contactar con Yorke definitivamente no cumplía con ese criterio. Había notado que su teléfono vibraba varias veces durante el trayecto de vuelta a la comisaría con Topham, pero sensatamente lo había mantenido en el bolsillo.

En el coche, le había ofrecido a Topham la oportunidad de irse a casa y descansar un poco, pero este la había rechazado. Yorke podía ver un fuego familiar en los ojos de su colega. Un fuego que ardía habitualmente en los ojos de las personas con las que solía trabajar.

Antes de entrar en la sala de interrogatorios con Sturridge, Yorke se volvió hacia su colega. —Lo que ese chico sufrió es horroroso e indescriptible. Pero sigue siendo responsable de destrozar las vidas de otras personas.

Topham dijo: —Fui uno de los primeros en llegar al lugar esta mañana. *Yo sostuve esa lengua.* No se preocupe por mí, señor, la compasión escasea.

Yorke miró a través de la puerta de cristal al detenido que contemplaba el vacío. *Un monstruo, sí. Pero un monstruo que había sido creado por otro monstruo. ¿Cuántas veces había visto esto en su carrera?*

Sturridge sabía que ellos lo sabían. Yorke podía notarlo mientras tomaba asiento frente a él. Habían desaparecido por completo la confianza y el desdén. Ahora realmente parecía la persona que era.

Un chico destrozado.

Yorke miró a Topham, dio la fecha y la hora para la grabación, enfatizando el nombre *David Sturridge*, y luego dijo: —Eres un joven inteligente, David, sabías que descubriríamos quién eras eventualmente.

Sturridge se encogió de hombros.

Bien, pensó Yorke. *Está respondiendo. Sabe que es el momento.*

Yorke empujó un bloc de notas y un bolígrafo hacia él.

—¿Por qué mataste al agente Ryan Simmonds?

Escribió algo y luego se lo devolvió a Yorke.

Yorke lo leyó en voz alta para la grabación: —David Sturridge ha escrito: *No pretendía que muriera.*

—Pero está muerto, ¿no? Así que es asesinato, David —dijo Topham.

—Tenemos tu identidad, las pruebas de que cometiste el crimen, no necesitamos tu confesión —dijo Yorke—, pero si nos ayudas a entender y nos explicas todo, podría ayudarte en los días venideros.

Sturridge miró a Yorke fija y duramente. La mirada parecía decirle a Yorke: *¿De verdad no lo entiendes? ¿No es obvio?*

Yorke tocó el bloc de notas y Sturridge escribió.

—David Sturridge ha escrito: *¿Se siente solo alguna vez?*

Instintivamente, Yorke respondió a la pregunta en su cabeza, pero sensatamente se abstuvo de decirlo en voz alta. Sin embargo, se sintió afectado por su propia respuesta.

Sturridge recuperó el bloc de notas de nuevo y Yorke le vio escribir las palabras:

¿Siente alguna vez la necesidad de contraatacar?

De nuevo, la mente de Yorke buscó automáticamente una respuesta, y sus pensamientos volaron inmediatamente hacia su hermana muerta, Danielle, y la llamada telefónica de Harry Butler.

Topham debió notar que su jefe había sido pillado con la guardia baja porque leyó el mensaje para la grabación y luego continuó con el interrogatorio. —David, sabemos lo que te pasó. Fuimos al squatt. El lugar que *alquilas* a Alex Drake prostituyéndote. Conocimos a Sylvia, y ella te quiere. Al menos quería al David Sturridge que ella conocía; no creo que conozca a este que está sentado frente a nosotros. Abrió la tableta y vimos la película tuya con Alex. No puedo imaginar cómo debes sentirte...

Sturridge golpeó la mesa con el puño. Alcanzó el bloc de notas y garabateó.

Topham lo recuperó y dijo: —David Sturridge ha escrito: *ver arriba*. Y ha dibujado una flecha hacia las dos preguntas anteriores que han sido registradas en esta entrevista.

Yorke volvió a intervenir. —David, ¿por qué hiciste esa película?

Sturridge escribió su respuesta.

—David Sturridge ha escrito: *exposición* —dijo Yorke—. Entonces, David, ¿querías exponer a Alex Drake como homosexual?

Sturridge escribió:

Entre otras cosas

—¿Como violador también? —preguntó Yorke.

No esperaba que hiciera eso

—¿Qué esperabas conseguir exponiéndolo?

Quería destruir su reputación

—Entonces, ¿por qué no seguiste adelante con el plan? *Tenías* la munición.

Encontré otra opción

—¿Matarlo directamente?

Sturridge no escribió una respuesta.

—Mira —dijo Yorke—, a pesar de lo que has hecho, no puedo evitar sentir simpatía por lo que te ha ocurrido, pero con la verdad sobre la mesa, podemos cerrar esto. Todo será mucho mejor así.

Sturridge escribió:

La verdad no es simple

—Raramente lo es, pero tenemos que empezar por algún lado. David, ¿mataste a Alex Drake?

Sturridge reflexionó y escribió:

No

Pero formo parte de la experiencia

¿Y ahora qué demonios significa eso? pensó Yorke. Miró a Topham. Los ojos de su colega le transmitieron un pensamiento similar.

—¿Entonces estuviste allí?

No

—¿Pero sabes que está muerto?

Sí

—¿Quién lo hizo entonces?

Sturridge no escribió una respuesta.

Yorke sintió crecer su frustración. Miró hacia el aire acondicionado averiado, deseando una ráfaga de aire fresco. Decidió que era momento de llevar la entrevista a otro nivel. —¿Christian Severance?

Sturridge se sobresaltó. No esperaba eso. *Lo tengo.*

—¿Cómo conoces a este hombre? —dijo Yorke.

Sturridge se mantuvo firme e inmóvil.

—Severance tenía motivos para matar a Ryan Simmonds. ¿Has hecho esto por él?

Sin respuesta.

—Te preguntaré por última vez sobre este hombre. Después de esto, se acabará mi buena disposición hacia ti. ¿Dónde está Christian Severance? ¿Cómo le conoces? ¿Y mató él a Alex Drake?

Sturridge lo pensó y luego escribió:

No me corresponde a mí hablar sobre Christian Severance

Yorke se mordió el labio inferior y entornó los ojos.

Sturridge escribió:

No me presionarán sobre esto

Topham intervino. —¿Tenéis un pequeño acuerdo entre vosotros? ¿Tú matas a este hombre por mí y yo mato a este otro por ti?

Ya os lo dije

Simmonds no debía morir

—¿Por qué no te ocupaste de tus propios problemas? ¿No sería más satisfactorio así? —dijo Topham.

No lo entendéis

—Pues ayúdanos a entenderlo —dijo Yorke.

No tiene sentido

—Entonces podemos ayudarte.

No es necesario
Estoy sanado

—¿Sanado? —dijo Topham, levantando las cejas—. Mírese, David. ¿Todavía conserva la lengua?

Sturridge abrió la boca para mostrarles que no la tenía.

Yorke insistió.

—Te han mutilado y te van a declarar culpable de asesinato... ¿en qué momento vas a darte un maldito respiro?

He aceptado en lo que me he convertido

—¿Christian Severance te cortó la lengua? —preguntó Yorke.

Sturridge hizo una pausa para mirar a Yorke a los ojos durante unos instantes y luego escribió:

He compartido y ya no estoy solo

Yorke apartó la mirada.

Topham señaló a Sturridge.

—¡Parece que le han lavado el cerebro!

Y he desplazado mi dolor hacia otros

Yorke empujó suavemente hacia abajo el dedo de Topham, que estaba demasiado cerca de la cara de Sturridge para su comodidad. Asintió al guardia en la esquina y dio por finalizada la entrevista.

24

Topham tiró su bolsa al suelo y se desplomó en el sofá. Extendió la mano hacia el lado vacío, deseando desesperadamente que no estuviera desocupado en ese momento, y agarró un cojín. Lo colocó bajo su cabeza y cerró los ojos.

El sueño que lo invadió fue agitado, y las pesadillas implacables. Colegas, personas que conocía y amaba, lo miraban fijamente mientras la sangre brotaba de las comisuras de sus bocas. Frente a ellos, Alex Drake lo señalaba y lo llamaba maricón una y otra vez, interrumpiendo la repetición de vez en cuando con las palabras: «No soy como tú».

Despertó con lágrimas en los ojos, y Neil estaba ahora sentado a su lado en el sofá, secándole la frente con una toalla.

—Parecía que estabas teniendo una pesadilla, pensé en despertarte con suavidad.

Topham levantó la mano y acarició el rostro de Neil.

—Te lo agradezco. No creerías las cosas que han pasado hoy.

—¿Quieres hablar de ello?

Topham negó con la cabeza, y luego pasó el dorso de su mano por la nueva perilla de Neil.

—Todavía no estoy seguro de este nuevo look.

—¿Eso significa que no me gano un beso? —Neil arqueó las cejas.

Topham se incorporó, rodeó la nuca de Neil con el brazo y lo atrajo hacia sí para besarlo.

Cuando se separaron, Neil dijo:

—¿Te ayuda eso a acostumbrarte?

—Es un comienzo —contestó Topham, guiñándole un ojo.

Se tomaron unos momentos para mirarse el uno al otro, antes de que Neil dijera:

—Has estado llorando, ¿verdad?

—En sueños, creo.

Neil le acarició el rostro.

—¿Qué ha pasado hoy?

Topham suspiró.

—No debería hablar de ello. Además, realmente no quieres saberlo.

—Es sobre ese policía muerto, ¿verdad?

Topham asintió.

—Por favor... hablemos primero de tu noche. ¿Cómo te fue con Martin Adams?

—Bueno, no fue fácil ir a cenar después del banquete de boda, pero me lo comí todo de todas formas. ¡No quería parecer desagradecido!

Topham sonrió.

—¿Y?

—¿Y? —respondió Neil, devolviéndole la sonrisa.

—Lo has conseguido, ¿verdad?

Neil se iluminó.

Topham se incorporó.

—¿*En serio*?

—¡Sí!

—¿En *su* equipo?

—Le encantó mi segundo libro. El de estrés postraumático. No paró de hablar de él.

—¡Toma ya! —exclamó Topham, chocando los puños con Neil—. Ese es mi chico. Son todas esas preguntas de entrevista que te di ayer. ¿Me llevo algo de mérito en esto?

Neil se rio.

—Siento decepcionarte, Mark, pero no fue realmente una entrevista. Martin dijo que la cena era solo una formalidad. Solo

necesitaba saber que no era tan socialmente torpe como la mayoría de su equipo.

—Bueno, definitivamente no eres socialmente torpe.

—Gracias.

—Quiero decir, ¿acaso le dejaste meter baza?

—Una o dos.

Topham entrecerró las cejas, fingiendo sospecha.

—No será gay, ¿verdad?

—No fue la primera pregunta que le hice, ¡créelo o no!

Topham se incorporó y rodeó a Neil con sus brazos. Le susurró al oído:

—Estoy muy orgulloso de ti —Luego juntaron sus frentes.

Después de otro breve beso, Topham dijo:

—¿Y cuándo empiezas?

—Mañana.

—¡Joder! Tiene ganas. Realmente has causado buena impresión.

—Creo que va a ser una especie de prueba.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, solo quiere que vea a un paciente. Un paciente de larga duración, y notoriamente difícil. Sospecho que Martin quiere ver cómo lo manejo.

—Bueno, si es una prueba, la superarás con creces. Dios, Neil, estoy tan orgulloso de ti.

Se abrazaron.

—Entonces, ¿no hay absolutamente ninguna posibilidad de que me cuentes lo de tu día? —preguntó Neil.

Topham se puso de pie.

—El trabajo para otro momento. Champán, sexo, dormir. En ese orden.

—Si insistes.

—Sí, *joder*, insisto.

25

Afortunadamente, Patricia estaba dormida. Si no lo hubiera estado, habría descargado sobre ella el tóxico guiso que hervía en su cerebro, y eso no habría sido amable.

No en el día de su boda.

Hacía un calor sofocante, incluso con las ventanas abiertas. Estaba tumbado, desnudo, junto a su nueva esposa, también desnuda, escuchando los coches que pasaban por la calle.

Se volvió de costado y alargó el brazo para acariciar su vientre, intentando sentir algún movimiento de su hijo nonato. Después, pasó a acariciar las cicatrices de su espalda. Esquiando, según ella.

Una mentira. Cada vez que hablaban de ello, ella apartaba la mirada. Y después, cuando terminaba la conversación, siempre quedaba un rastro de tristeza en sus ojos. Pero la verdad estaba cerca. Lo sentía. Cada vez que lo mencionaba, ella parecía acercarse un poco más a él. Confiar en él un poco más.

Le besó las escápulas y dijo:

—Lo siento.

Y realmente lo sentía. Le había estropeado el día de su boda.

¿Sería esto un presagio de lo que estaba por venir? ¿La vida que le estaba ofreciendo?

Se tumbó boca arriba y pensó en la pregunta de David Sturridge escrita en aquel bloc.

¿Te sientes solo alguna vez?

Pasó la mano por el pelo de Patricia. *Ojalá, ojalá de verdad, no me sintiera así. Te debo mucho más que eso.*

Pensó en Harry Butler y los tres mensajes en el buzón de voz. Todos exigiendo que Yorke le llamara inmediatamente porque las noticias eran urgentes. No había devuelto la llamada porque ese hombre no se merecía una llamada telefónica. Un mensaje de texto tendría que ser suficiente.

¿Qué quieres?

Aún no había recibido respuesta.

Pensó en la segunda pregunta de Sturridge: *¿alguna vez sientes la necesidad de contraatacar?*

La respuesta a eso era muy simple.

Danielle lo había sido todo para Yorke durante su infancia. Mientras su madre buscaba drogas y hombres, comunicándose con sus hijos solo en una bruma drogada, Danielle permanecía *centrada* en Yorke, alimentándole y llevándole al colegio. A medida que Yorke crecía, volviéndose más introvertido y torpe, ella se volvió más protectora y le llevaba a todas partes. Una chica de catorce años no tenía por qué ir acompañada de un niño prepúber. Sus amigas tampoco lo veían claro. No tardó mucho en quedarse sin muchas de ellas. Todo por su compromiso de criar a un niño del que nadie más quería ocuparse.

Sí. Danielle siempre se *sacrificaba* por él.

Pero luego se convirtió en una chica de dieciocho años, derrumbándose bajo la presión de no solo querer y mantener a un niño, sino también a los otros dos hijos de su madre. Ambos acabaron finalmente en centros de acogida. Una noche memorable, Danielle le dijo a Yorke que había fallado a sus hermanos.

Pero, ¿por qué era su fracaso? Simplemente porque su madre nunca habría permitido que fuera su propio fracaso. Había estado demasiado ocupada con drogas y hombres para asumir ninguna responsabilidad.

Cuando Danielle cumplió los veinte, encontró alivio en las mismas adicciones que su madre.

Dejando a Yorke solo.

Danielle pronto quedó consumida por el oscuro mundo en el que se había sumergido. Tom Davies, un joven egoísta y rencoroso, ayudó a fomentar su adicción a la heroína. La dejó embarazada dos veces, pero nunca fue al hospital para sostener su mano después de que ella perdiera los bebés. Davies estaba con ella la noche que murió. En un agujero mugriento en algún lugar con un traficante llamado William Proud. Un hombre que tomaba demasiado del mundo y lo dejaba frío a su paso.

Proud intentó violar a la hermana de Yorke en la cocina. Cuando Danielle se resistió, le sujetó la cara contra una cocina caliente hasta que murió. ¿Quizás no esperaba que muriera? La causa de la muerte fue un ataque al corazón. Proud huyó, dejando a Davies con el cuerpo, porque en el fondo, bajo todo el rencor, la amaba. Lloró con ella durante horas, hasta que la policía llegó y le arrestó por un asesinato que no había cometido.

Se suponía que Yorke, entonces agente de policía, debía mantenerse al margen del asesinato. Identificar su cuerpo debía ser su única participación. En aquella mesa, giraron el lado quemado de su cara lejos de él, lo que permitió que su imaginación hiciera su macabro trabajo, y los recuerdos preservados de su hermoso rostro se desmoronaron.

Mirando atrás ahora, sus recuerdos estaban nublados y borrosos. No era de extrañar. Había sido una época ahogada en alcohol.

El inspector detective Harry Butler, su mejor amigo, había sido nombrado investigador principal. Manos capaces.

Yorke esbozó una mueca de desprecio.

Lo único de lo que Harry había sido capaz en aquella investigación era de mantener a Yorke informado sobre los detalles del caso en desarrollo. Algo que realmente no debería haber estado haciendo.

¿Quizás esa fuera la razón? ¿Tal vez la participación secreta de Yorke en el caso había empujado a Harry demasiado lejos? Esas reuniones clandestinas y llamadas telefónicas —en las que Yorke había llorado y exigido que Harry encontrara justicia.

Harry no era ajeno a la pérdida, habiendo perdido a su propia esposa a manos de un recluso asesino, así que había actuado con rapidez.

Davies se convirtió en víctima de esa rapidez. Cuando no se pudo localizar a William Proud, Harry consiguió una confesión de Davies. Lejos de la grabadora, le mintió a Davies. Le dijo que el ADN indicaba que Proud nunca estuvo presente. Que era su ADN, el de Davies, lo que le aseguraría una cadena perpetua. Harry también le dijo a Davies que procesaría a su madre por tráfico de heroína, tras haber encontrado una gran cantidad en su casa cuando la registraron. Esto, por supuesto, nunca habría funcionado —las drogas pertenecían a Davies y nadie en su sano juicio habría creído que fueran de su madre—. Pero, con todos sus defectos, Davies amaba mucho a su madre, así que accedió a confesar y fue a la cárcel por el asesinato de Danielle Yorke. Parece que, en su desesperación por la rapidez y la necesidad desesperada de apoyar a su mejor amigo, Harry realmente había empezado a creer en sus propias invenciones.

Cuando Davies se suicidó en la cárcel, dejando una nota en la que deshonraba a Harry por forzar confesiones y nombraba a Proud como el legítimo heredero de esta condena, Harry no solo perdió su trabajo, sino que también sufrió una crisis nerviosa.

A Proud, buscado en relación con el asesinato de Danielle Yorke, no se le había vuelto a ver desde entonces.

Y Yorke culpaba a Harry.

Y su ira y resentimiento ardían con intensidad.

Ver a este hombre, desesperado por su perdón, desesperado por expiar sus pecados, le revolvía el estómago, así que mirar el teléfono ahora le enfurecía.

Mientras repasaba mentalmente estos traumáticos sucesos de años atrás, se había puesto una bata y había salido al jardín trasero con su teléfono móvil. Los muros de su jardín eran bajos y las casas adosadas vecinas se cernían sobre él —alguna ventana ocasional se iluminaba, disipando la sensación de aislamiento que había salido a buscar—.

Miró su teléfono móvil otra vez. Seguía sin haber respuesta.

Su bata se abrió, pero llevaba ropa interior, y era otra noche calurosa, así que no se molestó en cerrarla. Vio los ojos verdes brillantes de un gato mientras pasaba junto a él y desaparecía en la oscuridad al fondo de su jardín.

Correr. Eso era lo que quería ahora mismo.

Había encontrado un consuelo indescriptible en correr. No era solo esa sensación de libertad, sino más bien ese *espacio mental* que no conseguía encontrar ahora mismo.

Que le dejaran en paz. Dejar de pensar. Solo sentir.

Pero era demasiado tarde para salir a correr, así que metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo.

Pensó en la mirada de Gardner sobre él. No solo una colega cercana, sino una de sus amigas más íntimas y madre de su ahijado. Ella desaprobaba que fumara. *Vehementemente.* Lo que podía resultar bastante irritante, especialmente cuando estaba fuera de la escena del crimen con la adrenalina por las nubes.

Antes de encender su cigarrillo, su teléfono emitió un pitido.

> Mañana, 13:00. Wyndham. Tienes que estar allí, Mike.
> Se trata de Proud.

El asesino de su hermana. Yorke dejó caer su cigarrillo para devolverle la llamada. Su corazón latía con fuerza y sus manos temblaban. Le salió el buzón de voz.

Lo intentó cinco veces más, pero el cabrón había apagado su teléfono móvil.

26

Gardner estaba sentada en la cocina, sola, escribiendo sus pensamientos. Luego, cuestionaba estos pensamientos con evidencias contrarias, antes de adaptarlos a otros nuevos, más llevaderos.

La terapia cognitivo-conductual iba bien, pero aún no dormía adecuadamente.

Se bebió un vaso entero de agua, se tragó un ibuprofeno para aliviar los dolores menstruales y escribió un flujo de conciencia nacido de sus nuevos pensamientos:

A pesar de tener un trabajo intenso, soy una buena madre. Muchas personas tienen trabajos exigentes y siguen siendo buenos padres. Ayudo a la gente todos los días. Eso es lo que siempre quise hacer. Así que, al trabajar muchas horas, no estoy sacrificando mi vida y felicidad. Esto es algo importante que siempre quise hacer. Mi hija es feliz y me quiere. Nos lo dice a Barry y a mí todos los días.

Pero entonces sus pensamientos volvieron a centrarse en Barry. Él era el marido que se quedaba en casa, el que rompía con las convenciones. Pasaba mucho tiempo con su hija. Había sacrificado el

trabajo que amaba. ¿Por qué no lo había hecho ella? ¿Era ella la egoísta?

Siguió escribiendo.

Porque tu trabajo paga más. No es egoísta querer mantener a tu familia. No es egoísta querer lo mejor para todos...

Un coche petardeó fuera y ella se sobresaltó.

Pensó en el disparo.

Pensó en el hombre muerto tirado en el suelo frente a ella.

Pensó en la pistola en su mano.

Y pensó en la verdadera razón por la que su mente había empezado a desmoronarse todos aquellos meses atrás.

27

Era tarde, pero Jake decidió afeitarse la cabeza.

El pelo había comenzado a clarear bastante estos últimos meses, y mantener un estilo, por muy simple que fuera, empezaba a parecer bastante inútil. Sobre la bañera, se pasó la maquinilla al número uno por toda la cabeza, y sonrió para sí mismo pensando en los treinta segundos que ahorraría cada mañana frente al espejo del baño.

Mientras examinaba su nuevo aspecto en el espejo, pensó en las cejas arqueadas que vería mañana en el trabajo. *Con suerte*, pensó, *si esa sociópata de Lacey vuelve algún día, no será capaz de reconocerme.*

A pesar de sus intentos por distraerse, su mente volvió al asentimiento que le había hecho a Marcus Long.

Por favor, agente
Ayúdela
Se lo ruego

El asentimiento de Jake. Una afirmación de que la ayudaría.

Suspiró y pasó la mano por su cabeza rasposa.

¿Por qué prometiste ayudar a alguien que probablemente ya está muerta?

Su hijo, Frank, comenzó a llorar, y por una vez, Jake se alegró de ello.

Ofrecía una distracción bienvenida de Lacey Ray, Susie Long y su ridículo nuevo corte de pelo.

28

Yorke no había dormido, y Ewan, siempre observador, se lo señaló inmediatamente. —¿Estás bien, Mike? Tienes mala cara.

Yorke tragó un bocado de copos de maíz y dijo: —Ha sido una noche larga.

—¿Y será un día largo?

—Probablemente.

—¿Cuando deberías estar yendo a Sudáfrica?

Yorke dejó la cuchara en el cuenco y arqueó las cejas. —¡No empieces tú también! De todas formas, al menos tendremos tiempo para planear esa fiesta de cumpleaños que eclipsará a todas las fiestas de cumpleaños.

—Qué va —dijo Ewan, sentándose a la mesa de la cocina con Yorke—. He cambiado de opinión. Me estoy haciendo demasiado mayor para todo eso.

—¡Joder! No tienes por qué convertirte en el típico adolescente estereotipado el día que cumples trece años, ¿sabes?

—Vale, entonces, ¿quizás algo tranquilo? El año pasado, papá me llevó a Alton Towers, y luego mamá me llevó al cine después. ¡Creo que ya tuve mi parte entonces!

Yorke asintió. —Vale, de acuerdo. Lo que tú quieras, Ewan. Es lo mínimo que podemos hacer.

Ewan alargó la mano para coger los copos de salvado.

—Hay Coco Pops en el armario —dijo Yorke.

—No, gracias. Estoy volviendo a correr, tengo que intentar adelgazar.

Yorke sonrió. —Dos cosas: una, ¡eso es genial! Dos, ¡no tienes nada que adelgazar!

Ewan se puso de pie, se giró de lado y se alisó la parte superior del pijama para intentar mostrarle a Yorke su barriga.

—Me reafirmo en lo dicho —dijo Yorke—. Ahora, toma algo de comer.

Mientras comían, a Yorke se le ocurrió algo. —Este tema de adelgazar y correr no tendrá nada que ver con esa jovencita que vimos ayer en nuestra boda, ¿verdad?

Ewan se puso rojo como un tomate.

—Vale —dijo Yorke—, no contestes a eso.

Patricia entró en la cocina. —Déjale en paz, Mike.

Yorke sonrió y abrió las manos en un gesto que sugería confusión. —¿Qué?

—Ya sabes qué.

—Yo también tuve trece años, ¿sabes?

—Ahora mismo, empiezo a preguntarme si todavía los tienes.

Ewan y Yorke se rieron. Patricia se acercó y besó a Ewan en la parte superior de la cabeza. —¿Ya has hecho la maleta para ir a casa de tu abuelo?

—Sí —dijo Ewan, y suspiró.

Patricia y Yorke intercambiaron una mirada, y ella dijo: —Normalmente estás entusiasmado por ir a casa de tu abuelo...

—Sí —dijo Ewan—. Supongo. Solo quería salir a correr, ya sabes.

—¡Estoy segura de que puedes hacer eso en Harrogate! —dijo Patricia.

—Sí, pero no es lo mismo allí.

Yorke no pudo contenerse. —¿Quieres decir que esa jovencita no está allí?

—¡Mike! —dijo Patricia. No estaba sonriendo.

—Perdona. Bueno, ¿supongo que podrías quedarte ahora que Sudáfrica se ha aplazado? —dijo Yorke.

—De ninguna manera —dijo Patricia—. Vas a ver a tu abuelo. Te encantará cuando estés allí. Siempre te gusta.

Ewan asintió. —Supongo que podemos ir a esa tienda de mascotas enorme y mirar serpientes.

Yorke y Patricia intercambiaron otra mirada. Habían pasado siete meses desde que había perdido a su serpiente del maíz, Freddy, y desgraciadamente, ahora parecía que estaba listo para otra.

—Solo mirar, ¿eh? —dijo Yorke.

Ewan sonrió. —Dijiste antes: *lo que tú quieras*.

Yorke abrió la boca para responder, pero Patricia intervino. —Lo hablaremos cuando vuelvas, Ewan.

Minutos después, después de que Ewan hubiera subido a comprobar su equipaje, Patricia se sentó frente a Yorke. —¿Te has mirado al espejo esta mañana?

Yorke sonrió con ironía. —Siempre sabes cómo hacerme sentir especial.

—Estuviste en el jardín durante Dios sabe cuánto tiempo, y luego diste vueltas toda la noche.

Yorke bajó la mirada. —Lo siento. Sé que no fue la noche de bodas que imaginabas.

Ella se acercó y le cogió la mano. —No es eso. Es que estoy preocupada por ti. No quiero que te subas a una ola de agotamiento nervioso como... como...

—¿...la última vez?

Patricia suspiró. —Sí, como la última vez.

—No lo haré —dijo Yorke—. La boda de ayer fue maravillosa, y los acontecimientos posteriores me afectaron. Me recordaron al año pasado, y lo que pasó con Iain. Te lo compensaré, Patricia. Te lo prometo...

—Ni se te ocurra decirlo, Mike. No tienes que compensarme nada. Sé quién eres, con quién me he casado. No tienes que fingir conmigo ni ocultarte. Cuéntamelo todo, y yo *aceptaré* todo.

Pero ¿me estás contando todo? pensó Yorke. *¿Esa cicatriz en tu espalda? ¿El supuesto accidente de esquí?*

Se maldijo internamente por su momento de desconfianza, pero sabía que tenía fundamento, y sabía que los pensamientos volverían.

Ella le agarró la mano con fuerza. —Llámame hoy. Solo un par de veces para que sepa que estás bien.

—Lo haré —dijo Yorke.

—¿Lo prometes?

Yorke hizo una pausa, sabiendo que realmente se estaba comprometiendo aquí, pero sabiendo que no tenía margen de maniobra. —Lo prometo... pero ¡prométeme que no vamos a traer una serpiente a esta casa!

29

Jake se despertó cuando su hijo de dos años, Frank, comenzó a acariciarle la cabeza. Después de subir a su pequeño sobre su pecho, Jake le hizo cosquillas en la barriga. Frank arqueó la espalda y rió histéricamente.

Luego, Jake le dio la vuelta para poder levantarlo y mirar su hermoso rostro.

—Papá... ¿pelo?

Recordando su encuentro con la maquinilla eléctrica la noche anterior, colocó suavemente a su hijo a un lado y se llevó la mano a la cabeza rapada. —Me lo he cortado todo, Frankie.

Frank lo aceptó con una sonrisa.

¡A Frank le resbala todo como el agua sobre el aceite! Dudaba que Sheila reaccionara de la misma manera.

Miró alrededor de la habitación de invitados. Apenas tenía muebles. Desde que habían comprado la casa, Jake había estado permanentemente ocupado con el trabajo extra que su ascenso le había traído. A Sheila no le hacía ninguna gracia esta ocupación constante, ni su negligencia con las tareas del hogar. Su argumento de que si no hubiera aceptado el ascenso no habrían podido permitirse la casa caía en saco roto.

Casi todo caía en saco roto últimamente, de ahí que estuviera en la habitación de invitados otra vez. Había pasado tantas noches allí que Frank ya sabía dónde encontrarlo por las mañanas.

Bajó con su hijo en brazos y encontró a Sheila en la cocina. Llevaba un fino camisón amarillo y fumaba un cigarrillo mentolado por la ventana.

Miró a Jake y luego apartó la vista. Era una advertencia para que se preparara para la ley del silencio. Jake no se lo creía. Ella nunca aguantaba mucho tiempo. Corrió al salón, dejó a Frank en una zona de juegos llena de clasificadores de formas, su pasatiempo favorito, y luego se acercó a su mujer.

—No —dijo ella, lanzando el mentolado por la ventana y cerrándola.

—Es mejor que hablemos ahora, tengo que ir...

—¿...al trabajo pronto?

—Sí. Curiosamente, tengo que hacerlo.

—Todo es trabajo y nada de diversión para Jake últimamente, ¿verdad?

Bueno, pensó Jake, *así ha sido durante mucho tiempo, a decir verdad*.

—Tenemos responsabilidades. Tenemos una hipoteca.

—No conozco a nadie más que trabaje sesenta horas a la semana. —Su tono era cualquier cosa menos tranquilo, pero mantenía el volumen bajo. Nunca permitiría que Frank les oyera discutir.

—¿De verdad vamos a hacer esto ahora?

—¡Nunca parece haber otro momento para hacerlo! Lo de ayer en la boda fue simplemente ridículo. Largarte y dejarnos así.

Jake suspiró. —Sé que no es lo ideal, Sheila, de verdad. Pero era importante. Una chica joven ha desaparecido, y me gustaría pensar que si eso nos pasara a nosotros, alguien podría ayudarnos.

—¡No me vengas con esas, Jake! ¡Haciéndote pasar por un héroe! No haces estas cosas por nadie más que por ti mismo.

—Eso no es justo, Sheila, y sabes que no es verdad.

—¿Ah, no? Todo es siempre sobre ti y tu ego. Tu próximo éxito. ¿Y qué hay de mí y de tu hijo? ¿Qué hay de tu mejor amigo, Mike? ¡Te largaste de su puta boda!

—¿Y no crees que él habría hecho lo mismo?

Ella no respondió.

—¡Ni siquiera se va de luna de miel! —dijo Jake.

—Bueno, si alguien más quiere arruinar su vida, es cosa suya, ¡pero tú no tienes que seguirlos por el precipicio como un jodido lemmings!

—¿Qué sentido tiene? —dijo Jake—. No escuchas. Nunca lo has hecho.

—¿Papá? —dijo Frank.

Jake se dio la vuelta y su hijo estaba en la puerta de la cocina. —Frankie, ¿estás bien? —Lo cogió en brazos y le besó en la cabeza—. Ve con mamá ahora, papá tiene que prepararse.

Entregó a Frank a Sheila. Ella lo abrazó y lo besó, lo dejó en el suelo y él corrió de vuelta a sus clasificadores de formas.

Jake se dio la vuelta y salió de la habitación.

Detrás de él, Sheila dijo: —Y tu pelo se ve jodidamente ridículo.

30

Tumbado desnudo en la cama, Topham observaba a Neil vestirse. —Por eso siempre me levanto segundo.

Neil sonrió. —Eso suena bastante raro.

—¿Por qué? Me encanta verte moverte.

—Suena más raro todavía.

—Podría mirarte todo el día...

—Vale, déjalo ya.

Ambos se rieron.

Después de que Neil se vistiera, se giró para mirar a Topham. —¿Qué tal estoy?

—Bien. ¿Los médicos llevan traje?

—Algunos sí, otros no.

—Bueno, supongo que es tu primer día.

—Exactamente. Entonces... ¿esta corbata queda bien con esta camisa?

Topham asintió, saltó de la cama y se acercó para abrazarle. Después del abrazo, Topham intentó arrastrarlo de vuelta a la cama.

—¿Estás de broma? —dijo Neil—. ¡Si acabo de vestirme!

—¡Te ayudaré a ponerte la ropa otra vez! ¿A qué hora tienes que estar allí, de todos modos?

Neil lo apartó, riéndose. —¡Pronto!

Topham hizo una vuelta de comandos en la cama y luego desapareció bajo las sábanas.

—Qué atractivo —dijo Neil.

—Bueno, quizás tenga que entretenerme yo solo si...

Neil se abalanzó sobre él y se colocó a horcajadas sobre Topham. Entonces, juguetonamente le sujetó los brazos por encima de la cabeza. —Ni lo sueñes. —Se inclinó y le besó lentamente.

Después de hacer el amor, se quedaron tumbados frente a frente, recuperando el aliento. Neil acarició el rostro de Topham. —Me preocupé por ti anoche.

—No hacía falta.

—Tómatelo con calma hoy, Mark. Ya haces un trabajo estupendo, pero a veces se te pone esa mirada en los ojos.

Topham cruzó los ojos. —¿Así?

Neil le dio un golpecito suave en la frente. —¡No! Ya sabes a qué me refiero. Es como si... te hubieras obsesionado.

—Bueno, nunca había oído que lo describieran de una forma tan dramática antes, pero supongo que sé a qué te refieres. Peligros del oficio, me temo.

—Entonces, ¿te lo tomarás con más calma hoy?

—Bueno, siempre planeo tomármelo con calma, si te soy sincero. Pero siempre hay algo que se interpone. Te prometo intentarlo. Ahora, ¿podemos hablar de ti un minuto...?

—Vale, ¿qué quieres preguntarme?

—¿Estás nervioso por lo de hoy?

—Un poco. Pero Martín, bueno, tiene algo especial. Habló muy bien de mi libro, y luego simplemente me hizo sentir cómodo. Aunque ese paciente que mencioné anoche... Espero que sea realmente difícil.

—¿Por qué?

—Bueno... este tipo ha tenido algunas experiencias realmente traumáticas. Realmente espero poder ayudarle.

—Si alguien puede ayudarle, Neil, ese eres tú.

—Sí, pero me preocupa que pueda ser una prueba.

—Si es una prueba, la superarás con creces. Estoy muy orgulloso de ti.

—Yo también estoy orgulloso de ti. Simplemente tómatelo con calma hoy, como has prometido.

—Sí, señor.

31

Gardner metió la mano en la nevera y sacó un tarro de mermelada de fresa. Abrió la tapa y miró dentro. *Bien*, *ninguna capa fina de moho. No como la última vez.*

Mientras cerraba la puerta de la nevera con la otra mano, de repente la asaltó la imagen del hombre al que había disparado en acto de servicio siete meses antes. Él se agarraba la herida de bala en el cuello mientras la sangre brotaba a chorros entre sus dedos.

El tarro de mermelada se estrelló contra el suelo a sus pies y ella trastabilló hacia atrás, cayendo en los brazos de alguien.

—¿Estás bien, Emma? —dijo Barry.

Gardner miró su mano temblorosa y luego la cerró en un puño. —Sí, se me ha resbalado.

—Ve a sentarte. Yo me ocupo de esto.

Ella se giró entre sus brazos y le besó. —Gracias, te lo agradezco.

—He notado que anoche te acostaste tarde y, cuando por fin viniste a la cama, estabas inquieta.

—Solo ha sido un mal día con lo que le pasó a Simmonds.

—Sí, me lo imagino, pero ¿estás segura de que no hay nada más que te preocupe?

Ella abrió mucho los ojos fingiendo sorpresa. —¿Como qué?

—Ya sabes a qué me refiero, Emma.

—Todo eso ya es agua pasada, Barry, la terapia cognitivo-conductual está funcionando. Como te he dicho, es solo que hemos

perdido a uno de los nuestros ayer, me ha dejado un poco conmocionada.

—¿Por qué no te tomas un día libre para aclarar tus ideas?

Gardner se zafó del agarre de su marido y se dirigió a la mesa de la cocina. —Hay mucho trabajo ahora mismo. Estaré perfectamente bien. Gracias por preocuparte por mí, de todos modos.

Oyó a Barry suspirar detrás de ella. Cogió su tostada seca y dijo: —Creo que me la comeré por el camino, cariño, si no te importa. Voy un poco tarde.

Se dio la vuelta, se acercó y le besó de nuevo. —Gracias por recoger mi desastre, nos vemos luego.

Él asintió. —Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella, y salió tan rápido como pudo, antes de que él intentara convencerla de nuevo para que se quedara.

32

Impulsada por la adrenalina que surge de la desesperación, Susie Long empujó una última vez contra el techo de su prisión de plástico, observó cómo el mecanismo de cierre se tensaba, amenazando con ceder pero sin llegar a hacerlo, y luego se desplomó en un charco de su propio sudor, jadeando en busca de aire.

Podía sentir las lágrimas acumulándose de nuevo, pero las contuvo y cerró los ojos. Llorar era inútil. Ya había dedicado suficiente de los últimos dos días a la desesperación, y no había conseguido mover la tapa de esta caja.

Respiró hondo y abrió los ojos. *¿Pretendía matarla? Pero si quisiera matarla, ¿no estaría ya muerta?*

Se preguntó, como había hecho mil veces, si la habían secuestrado. *Pero si se trataba de un rescate, ¿por qué no lo habían pagado ya?*

Su madre la adoraba. Habría pagado sin pensarlo.

A menos que —y esto realmente le helaba la sangre— él hubiera cobrado pero ahora hubiera decidido mantenerla para siempre como una mascota.

Había muchas posibilidades, y esta incertidumbre no se veía ayudada por el hecho de que él simplemente no hablaba. Nunca.

Desearía que, solo una vez, pensó, *abriera la boca y me dijera por qué estoy aquí.*

Al menos había dejado la luz encendida, así que podía ver el agujero infernal donde la tenía almacenada. Un sótano lleno de cosas rotas y cajas viejas. También le permitía ver la comida basura que le pasaba a través de una ranura en la caja. Hamburguesas y pizza.

Deseaba que la dejara salir para ir al baño. Aunque fuera una vez. Había perdido el control de su vejiga varias veces, pero había conseguido no cagarse encima. Rezaba a Dios poder aguantar. Ya había perdido bastante dignidad.

Susie pensó en la señora Stradling del colegio, y en aquellas largas conversaciones sobre la vida y su significado que las llevaban hasta las altas horas de las cuatro, o incluso las cinco de la tarde. La señora Stradling había experimentado muchas pérdidas en su vida, incluida la de su marido, y tenía un lema muy sensato: *En este mundo, hay que estar preparada para cualquier cosa.*

Entonces Susie, ¿por qué no estabas preparada para ese cabrón en el aparcamiento de los Claustros?

Tres años de Tae-Kwon-Do a temprana edad deberían haberla ayudado. Podría haberle golpeado en las espinillas, las rodillas o incluso en los huevos, pero había fallado. El recuerdo de sus fuertes brazos rodeándola por detrás la hacía temblar. Se estremeció al recordar el sonido de su móvil al caer al suelo —Dios, cómo deseaba tenerlo ahora—. Se le secó la boca al pensar en aquel trapo apretado contra su boca que la dejó inconsciente.

Si no había sido una persona claustrofóbica antes, ciertamente lo era ahora. Estaba en un ataúd de plástico de aproximadamente medio metro de alto y un metro de ancho. Pateó la tapa otra vez. Apenas se movió. *¿La caja estaba hecha a mano? ¿Cuánto tiempo había planeado contenerla así?* Había tres cerraduras a lo largo del lateral que mantenían la tapa cerrada. Estaban profundamente incrustadas en el plástico, pero ella seguía pateando y forzando contra ellas de todos modos. *¿Qué otra opción tenía? ¿Y si, por algún milagro, se soltaba, entonces qué?*

No sabía dónde estaba, qué hora era ni con quién estaba.

Planificar, razonar, pensar... todo era completamente inútil cuando no se tiene conocimiento del contexto.

¿Quién eres? pensó Susie Long de nuevo.
¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?
¿Eres el hombre al que mi padre hizo daño?
¿Eres Christian Severance?

33

El sonido de golpes despertó a Christian Severance. Se incorporó y escuchó. Sin duda era Susie pateando la tapa de su ataúd de plástico.

A pesar de haber apartado las sábanas durante otra noche sofocante, la camiseta de Severance estaba húmeda. La ola de calor realmente comenzaba a apretar su garra sobre Salisbury. Se la quitó y la arrojó a un lado.

Los golpes continuaron.

Respiró hondo. El aporreo era incesante, pero se trataba de una casa independiente, así que no le preocupaba demasiado que alguien pudiera oírlo. Combatió la irritación y dejó que su mente vagara hacia los acontecimientos del día anterior.

El agente de policía Ryan Simmonds.

Su muerte había sido un efecto secundario del *desplazamiento.* No desafortunado, porque no restaba valor al éxito del *desplazamiento,* pero había sido imprevisto. No debería afectar a cómo se desarrollaba el plan. Muerto o vivo, una agresión así a un agente habría traído una presión significativa de todas formas.

David Sturridge. Bajo custodia. Pero, de nuevo, esto era como Severance lo había planeado. Sturridge les proporcionaría la información cuidadosamente, al ritmo adecuado, para que el resto del plan pudiera surtir efecto. La policía se centraría en él mientras el *desplazamiento* continuaba.

Susie Long era implacable. No temía que escapara. No podía liberarse. Sin embargo, el sonido y su repetición realmente empezaban a irritarle. Volvió a su hilo de pensamientos.

Marcus Long.

Severance *todavía* no sabía si este *desplazamiento* había tenido éxito. ¿Había hecho lo que se le había pedido en su carta? Era poco probable que esta información llegara a las noticias con rapidez. Tendría que esperar en este caso. Tenía un amigo dentro de la comunidad penitenciaria que le informaría por teléfono más tarde. Si Marcus había respondido a la amenaza, y el *desplazamiento* había tenido éxito, ya no necesitaría su póliza de seguro. Susie. Se libraría de esas incesantes patadas.

Sacó los pies de la cama y pensó en la noche anterior con el Conducto. La meditación y las visualizaciones habían sido particularmente gratificantes. Había revivido el momento en que había llorado, sin control, al otro lado de la mesa frente a Ryan Simmonds mientras le explicaba su temor de que Marcus Long estuviera buscando venganza. Había suplicado a Simmonds que le apoyara.

—Me está *vigilando*. Cada vez que salgo de casa. Dondequiera que voy, él está observando.

—¿Le has *visto* realmente?

—Sé que está ahí. Puedo sentirlo. No puede tenerme y no lo acepta. No creo que nunca se vaya. Por favor, ayúdame.

—Por supuesto. Por supuesto que te ayudaremos.

Pero eso había sido una mentira, ¿verdad, Simmonds? ¿Dónde estaba la ayuda? Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses, y aún así no hubo ayuda. Sí, Simmonds, me ayudaste después de que me abriera un agujero en la cara y ya no pudiera hablar. Pero, ¿no fue eso demasiado poco y demasiado tarde?

Aceptar estos momentos de trauma, de dolor intenso, mientras meditaba y visualizaba, ofrecía pequeños momentos de alivio, y había dormido bien.

Las patadas abajo continuaban. Era insoportable. Se puso de pie.

Sí, la necesitaba viva, por ahora. Al menos hasta que la llamada telefónica confirmara que el *desplazamiento* hacia Long había tenido

éxito. Sin embargo, ciertamente podía hacer algo en este mismo instante con esas patadas, algo que aseguraría que ella parara.

Y nunca volviera a hacerlo.

34

Operation Autumn y Operation Coldtown estaban vinculadas. Firmemente. Las cejas se alzaron y el murmullo dentro del equipo de investigación principal alcanzó niveles récord. La fragilidad rota y espeluznante de ayer había desaparecido. Un fuerte sentido de propósito había llegado con las recientes revelaciones, y la solidez estaba regresando merecidamente a un equipo que tenía una larga historia de éxitos a sus espaldas.

Jeremy Dawson, el operador de la base de datos HOLMES, ya no trabajaba solo. Su homóloga femenina, que había sido asignada a Operation Autumn, tecleaba ocupada a su lado, estableciendo esos vínculos entre los casos que podrían resultar invaluables en el camino por delante.

Yorke se situó frente a ellos como el SIO de esta nueva operación global. Flanqueado a un lado por Gardner, originalmente SIO de Operation Autumn, y al otro por Topham, originalmente SIO de Operation Coldtown.

Se produjo un repentino momento de silencio cuando Jake entró.

—Bonito corte, sargento —dijo uno de los agentes.

Jake se sonrojó, y hubo risas entre los oficiales. Yorke apreció el momento. Las bromas ayudaban a crear camaradería.

Yorke comenzó explicando al equipo de más de veinte personas todos los detalles. Era necesario porque todos los agentes tendrían una idea confusa de los detalles de una de las dos operaciones. Hizo

lo posible por crear una cronología y se alegró de ver a muchos de sus agentes tomando notas.

Empezó con el secuestro de Susie Long en las afueras de The Cloisters. Repasó los pormenores: las imágenes de CCTV que mostraban el secuestro, el teléfono móvil caído, las entrevistas con el novio y la familia, y el supuesto distanciamiento de Marcus Long, su padre encarcelado. Permitió que Gardner interrumpiera frecuentemente con detalles relacionados con esta investigación y, en varias ocasiones, Jake completó algunas lagunas. Especialmente destacable fue que Susie y su padre habían estado realmente en contacto.

Luego, Yorke les explicó nuevamente los sucesos relacionados con el asesinato de Simmonds. El ambiente en la sala era más optimista que ayer porque Sturridge había sido acusado del asesinato, así que Yorke repasó los hechos de manera concisa y formal, sin eufemismos.

En este punto, Yorke notó que Parkinson se removía en su silla. Yorke esperaba no experimentar una repetición de lo ocurrido anoche, cuando Parkinson había expresado continuamente su frustración.

—Sabemos que Ryan realizó una entrevista con Christian Severance. —Ya había decidido referirse a Simmonds por su nombre de pila, porque muchos de los presentes en la sala habían estado muy unidos a él—. Severance y Marcus Long se encontraron en un supermercado casi quince años después del crimen original. Es probable que Long redescubriera sus sentimientos por Severance en ese momento y empezara a seguirle. Severance presentó un informe a Ryan sobre estas preocupaciones. Un informe que nunca fue investigado. Por favor, consultad HOLMES para leer el informe después de la reunión.

Al igual que anoche, la mano de Parkinson se agitaba en el aire.

—¿DC Parkinson? —dijo Yorke.

—Lo he leído, pero no había pruebas de que Long estuviera realmente acosando a Severance.

—Así es —dijo Yorke, queriendo añadir: *pero ¿no habría sido prudente que Simmonds al menos interrogara a Long?* Sin embargo,

no lo añadió, porque el equipo estaba sensible y no quería dar a Parkinson combustible para iniciar una campaña de amargura contra él.

—¿Es justo culpar a Ryan por no actuar basándose en una corazonada? —dijo Parkinson.

—Nadie está culpando a Ryan —dijo Topham.

—Excepto Severance, claro.

—Sí —dijo Yorke—, ese parece ser el caso. Severance quedó gravemente dañado por el posterior encuentro con Long. Le dispararon en la cara y perdió la lengua. Por tanto, no puede ser coincidencia que a Ryan le cortaran la lengua. Solo podemos suponer que Severance piensa que Ryan podría haber evitado que la situación se descontrolara y por tanto es parcialmente responsable.

—¿Por qué entonces Severance no atacó a Ryan él mismo? —dijo Parkinson.

—Llegaré a eso en un momento. Como muchos de vosotros sabéis, el asesino de Ryan, David Sturridge, también tiene un historial que no resulta agradable de leer.

Yorke repasó los detalles de su investigación de anoche: la visita al edificio ocupado, la prostitución y la brutal violación de Sturridge por Alex Drake. También añadió que Alex estaba desaparecido, pero no profundizó en ello por el momento.

—Anoche, el DI Topham y yo hablamos con Sturridge. Se comunica con notas porque tampoco tiene lengua.

Hasta este momento, muchos miembros del equipo desconocían este dato. Un murmullo nervioso se extendió por todo el grupo.

—¿Le cortó Severance la lengua? —preguntó Willows.

—No lo sabemos —dijo Yorke—. Pero él ofreció algunas sugerencias sobre por qué podría estar ocurriendo todo esto. Sturridge claramente proviene de un entorno infeliz que incluye indigencia y prostitución masculina. En las entrevistas, se ha referido a su soledad y deseo de venganza.

Yorke señaló una imagen en la pizarra blanca. —Alex Drake, proxeneta, traficante de drogas y violador de David Sturridge. También lleva más de una semana desaparecido. Sturridge nos ha dicho que está muerto.

Otra mano se alzó. —¿Mató Sturridge a Alex Drake?

—Él afirma que no. Y no implicará a Christian Severance. Pero sospecho que Severance es el asesino.

Parkinson dijo: —¡Esto no es una película de Hitchcock! ¿Habéis visto Extraños en un tren? ¿Dos personas intercambiando asesinatos para no ser atrapadas? ¡Venga ya!

Yorke tomó una bocanada brusca de aire por la nariz y exhaló lentamente por la boca. El hombre estaba jugando peligrosamente con una acción disciplinaria. Se mostraba antagonista en situaciones que requerían trabajo en equipo.

Archivó ese pensamiento para después de la investigación.

—Sturridge afirmó haber compartido su sufrimiento con otros y haberse curado —dijo Yorke, recordando los detalles de la entrevista —. Aquí hay algo más grande en juego que solo dos personas encubriendo sus huellas. Lo que, por cierto, no han intentado ocultar con especial esmero. No, hay un panorama mucho más amplio, especialmente cuando consideras que la historia hasta la fecha no termina ahí. Anoche, Marcus Long fue llevado de urgencia al hospital después de morderse y arrancarse la lengua.

Hubo más murmullos nerviosos entre su audiencia, pero Yorke no iba a darles tiempo para respirar.

—Recibió una carta de Christian Severance. La carta, ahora en nuestro poder, será analizada con más detalle por el DS Pettman, pero en ella se exigía que Long se mordiera la lengua a las once en punto de anoche o su hija sería asesinada.

Ahora sí les dio tiempo para asimilarlo. Parkinson estaba murmurando algo, pero Yorke no podía distinguir las palabras. Tímidamente, seguía levantando la mirada, lo que hizo que Yorke se preguntara si finalmente se había dado cuenta de que se estaba ganando un expediente disciplinario.

—He leído la carta —dijo Jake—, y de nuevo, puede encontrarse en HOLMES. La carta es serena y reflexiva. No parece haber amargura ni resentimiento. En la introducción, describe su comprensión del dolor de Marcus Long.

Jake miró sus notas. —Estoy leyendo directamente de la carta: *Aprecio el amor que sentiste por mí. Yo era un niño pequeño, y sé*

que eso te atormentó con culpa. Sé que tu propia situación doméstica te llevó a comportarte de maneras impensables. Ahora sé todo esto. Lo sé todo porque me he curado.

—Curado —dijo Yorke—. Es la misma expresión que utilizó Sturridge.

—He aceptado en lo que me he convertido —continuó Jake—. Aceptado y compartido. La carta sigue así durante un tiempo antes de detallar sus exigencias. Muérdete la lengua o Susie tendrá que morir. También se le dijo que destruyera completamente la lengua para que no pudieran volvérsela a implantar.

—Una exigencia que cumplió cuando tiró su lengua por el váter —dijo Yorke—. Ahora está recuperándose en el hospital y ha sido brevemente interrogado por el DS Pettman. Sé que estoy señalando lo obvio, pero la prioridad del caso en este momento es recuperar a Susie Long si él no cumple con su parte del trato de liberarla.

—Poco probable —murmuró alguien.

—Pero nuestras preocupaciones van mucho más allá —dijo Yorke —. ¿A quién más tiene Severance señalado para su venganza? Parece haberse tomado muchas molestias con Ryan y Long, así que si hay alguien más en su punto de mira, podría estar viviendo tiempo prestado. Esta mañana, mientras organizábamos las tareas, preparé una lista de las personas involucradas con Severance durante esos años de abusos, hasta llegar al intento de asesinato. Si de alguna manera podemos anticipar dónde podría atacar a continuación, podríamos prevenir más tragedias, encontrarle y recuperar a Susie.

Le entregó un montón de papeles a Jake. —¿Podrías repartir estos, por favor? Son las notas que he tomado.

35

Christian Severance siempre se detenía a mirarse en el espejo cuando estaba en el sótano. Si alguna vez necesitaba motivación, la encontraba en su reflejo desfigurado.

Detrás de él, Susie Long pataleaba y gritaba. —¡DÉJEME SALIR! ¡POR FAVOR! ¡NO ENTIENDO POR QUÉ ME ESTÁ HACIENDO ESTO!

Era fuerte. Le había rociado el gas en la abertura de su contenedor de plástico hacía unos minutos y la adrenalina la mantenía activa. Se preguntó si necesitaría otra dosis. Eso sería extraordinario.

Cerró los ojos y se acarició el rostro, imaginando por un momento los dedos de una de sus anteriores amantes acariciándole. Anhelaba el contacto. El Conducto le ayudaba a encontrarlo en sus meditaciones, pero a veces deseaba que el propio Conducto simplemente le tocara.

Los golpes y gritos cesaron, y Severance abrió los ojos.

Pasó por encima de las bicicletas oxidadas y se abrió camino hasta el fondo del sótano donde el cuerpo estaba envuelto en plástico. Lo había movido fuera del campo de visión de Susie para evitar que se despertara y gritara aterrorizada durante la noche.

Después de desenvolver el cuerpo, Severance lo liberó del plástico, dejando un rastro de sangre en el suelo. Contempló a la víctima que había mantenido cautiva en la casa durante más de una semana.

Tenía los pantalones alrededor de los tobillos y sus genitales habían desaparecido.

36

Yorke pensó en Harry Butler y miró su reloj. La reunión era a la 13:00 y apenas acababan de dar las 10:00. Supuso que estaría mirando su reloj muchas veces hoy mientras esperaba esa reunión. Ya había intentado llamarle seis veces, sin éxito en todas ellas.

Le he encontrado. Harry había soltado ese cebo, provocando un estado frenético en Yorke, y luego había apagado su maldito teléfono. *Bueno,* pensó Yorke, *si tanto quieres hablar cara a cara, de acuerdo, pero no esperes amabilidades.*

Todos en la sala de incidencias miraron a Yorke con interés, esperando que continuara la historia de Christian Severance y los acontecimientos que habían conducido a su desaparición en el silencio. Comenzó con un breve resumen de su infancia. Nada demasiado significativo allí. Expediente académico excelente, relaciones familiares cercanas, todo iba bien hasta... la captación y el abuso sexual.

La primera persona en la lista de Yorke de posibles objetivos de Severance era Amanda Werrell, actual directora de un instituto cerca de Old Sarum. Ella era la subdirectora durante los años que Severance estuvo allí y fue investigada durante el incidente.

—Hay un archivo que quiero que todos miréis después de la reunión —dijo Yorke—. Varios miembros del personal declararon que habían acudido a Werrell con informes sobre comportamientos inapropiados de Marcus Long. No solo hacia Severance, sino también

hacia otros adolescentes. Se le acusó de no dar seguimiento a estos informes, pero finalmente fue absuelta de toda responsabilidad.

—¿Qué tipo de comportamientos inapropiados? —preguntó un agente.

—Largos períodos de tiempo hablando a solas con los niños después de la escuela, prestándoles libros y DVD, conectando con ellos en redes sociales. Cosas que podrían ser inocuas o la base de una captación. Los dos miembros del personal sostuvieron firmemente que habían presentado estos informes a ella. Ella mantuvo que no lo habían hecho. El juicio no duró mucho. Sus palabras contra las de ella.

—Culpable o inocente —dijo Topham—, esto podría haberla puesto en el radar de Severance.

Yorke dijo: —Por eso la DI Gardner y yo iremos a hablar con ella a primera hora hoy. He asignado al agente Willows para hablar con los dos profesores que hicieron las acusaciones contra Werrell; ninguno está ya en la profesión docente, pero ambos trabajan en Salisbury.

Willows asintió y tomó notas.

Yorke entonces les explicó la siguiente etapa de la vida de Severance. La investigación, el juicio, la condena de cuatro años para Marcus Long.

Tras el encarcelamiento de Long, la vida de Severance siguió un camino productivo. Trabajó en un doctorado investigando antivenenos de serpientes para países del tercer mundo, financiado por la Fundación Bill Gates.

—Según todos los informes, era un excelente orador que viajaba por todo el mundo para llevar esperanza. Consiguió una financiación significativa, y en un momento dado se convirtió en la "cara" de la investigación para estos países desfavorecidos. Todo iba bien hasta que Marcus Long volvió a su vida.

Yorke hizo una pausa para tomar un sorbo de agua.

—Las cosas se vuelven confusas después del ataque. Tras el encarcelamiento de Long, Severance desapareció del mapa en cierto modo. Pasó mucho tiempo cobrando una pensión por discapacidad, y mucho tiempo bajo el cuidado del NHS por daños psicológicos, así

como físicos. Vivía con su madre, con quien se ha hablado extensamente durante las investigaciones de la Operación Autumn, pero no hará daño hacerle otra visita. Luego, hace aproximadamente un año, desapareció.

—Esta desaparición provocó su propia investigación. No he aprendido nada significativo de un breve vistazo a esta investigación; sin embargo, he asignado este caso al agente Johnson para un examen exhaustivo.

—También estoy interesado en seguir la pista de Alex Drake. Sturridge afirmó que está muerto e insinuó que fue Severance. Si podemos reconstruir los últimos movimientos de Drake, podríamos encontrarnos en el territorio de Severance, así que creo que esta pista es crucial. El DI Topham seguirá esta línea de investigación.

Yorke tomó otro sorbo de agua.

—Una vez más, os pido que reviséis todo lo que hay en HOLMES, y luego comprobad vuestras asignaciones en el tablón de la entrada. Entiendo que hay muchas cosas sucediendo en este momento, y espero que podamos reducir el campo de investigación a medida que avanza el día.

37

En la puerta principal, Susie alzó la mirada hacia el rostro de su padre. Él la levantó en el aire y juntó sus caras. A ella le gustaba cuando hacía eso, incluso cuando su barba incipiente le dejaba un sarpullido que picaba.

Mientras seguía frotando sus mejillas, repetía —Susie, Susie, quiero a Susie— una y otra vez con esa voz cantarina tan familiar de la que nunca se cansaba.

Finalmente, se sintió ahogada e intentó apartarse, pero no pudo. —¡Papá, me estás aplastando!

Él la apretó aún más fuerte y toda su pequeña cara parecía hundirse en la mejilla de su padre. Intentó suplicar de nuevo, pero su voz quedó amortiguada. Su corazón latió más rápido, y abrió la boca para respirar, pero simplemente succionó la piel de él.

Golpeó con sus pequeños puños contra el pecho de su padre y desesperadamente intentó apartarse, pero su agarre se intensificó aún más. Su padre la estaba asfixiando...

Abrió los ojos, echó la cabeza hacia atrás golpeándola contra el plástico que tenía detrás, y después respiró profundamente. Lanzó un brazo al aire, pero rebotó contra el plástico volviendo hacia ella. La conciencia regresó de golpe.

Atrapada en un ataúd.

Sus ojos se abrieron de par en par, su corazón latía frenéticamente, y aplastó su cuerpo contra el lateral del contenedor

con toda la fuerza que pudo, deseando que se agrietara, estallara y la liberase. Ya no estaba sola aquí dentro.

Había tenido su boca contra la cara del hombre que yacía a su lado. Respirando su piel como si fuera la piel de su padre.

Sintió náuseas subiendo por la parte posterior de su garganta, las saboreó y se tapó la boca con ambas manos para cuando saliera el vómito. Pero nunca llegó.

Los ojos del hombre estaban abiertos, pero la forma en que se hundían en su rostro azulado y apuntaban ligeramente hacia adentro confirmaba la ausencia de vida. Sus labios también estaban ligeramente separados, dejando al descubierto los dientes frontales. O había estado burlándose o haciendo una mueca de dolor cuando le alcanzó la muerte.

Sus ojos recorrieron el cuerpo y se detuvieron en la entrepierna expuesta, que era un amasijo pulposo de sangre coagulada y carne desgarrada. La adrenalina volvió a aparecer, ardiente, pero esta vez no sintió ganas de vomitar. Aspiró profundamente, se giró sobre su espalda y con la parte inferior de sus puños golpeó el techo de plástico una y otra vez. Su corazón latía tan fuerte que dolía. Pero no le importaba. Prefería que le explotara en el pecho antes que quedar atrapada allí.

—¡DÉJAME SALIR DE UNA PUTA VEZ!

Golpeó y golpeó.

—¿QUÉ COÑO ME ESTÁS HACIENDO?

Christian Severance ahora se cernía sobre el ataúd de plástico. Le había reconocido antes cuando bombeó algún tipo de gas en el ataúd y la dejó inconsciente. Nunca podría olvidar haber visto su imagen en los periódicos una y otra vez tras el intento de su padre de matarlo. Excepto que los periódicos nunca habían revelado una imagen de la destrucción causada en la cara del chico. Esa sorpresa especial había sido reservada para hoy, el día en que se dio cuenta de que ella sería la castigada por los crímenes de su padre.

—¡DÉJAME SALIR, CABRÓN!

Él colocó un cuchillo ensangrentado sobre el ataúd y un trozo de papel con las siguientes palabras:

A tu lado duerme la última persona que intentó escapar. Ahora quédate quieta o únete a él en su eterno sueño. La elección es tuya.

38

Yorke y Gardner fueron conducidos a través de una gran academia que se asemejaba a una prisión: un enorme espacio abierto con largas escaleras que conducían a una sucesión de plantas con aulas colocadas contra los laterales como celdas. Yorke se imaginó a los niños asomados a las barandillas, lanzando libros de texto en llamas, cantando y exigiendo una jornada escolar más corta a cambio de poner fin al motín. La realidad era que los estudiantes estaban todos contenidos dentro de las aulas estudiando en silencio, lo que daba a la amplia y moderna estructura una sensación tranquila y, por tanto, inquietante.

Pasaron junto a unos aseos modernos: dos filas enfrentadas de cabinas individuales que conducían a un espacio abierto con lavabos.
—Al menos no hay dónde esconderse en este edificio —dijo Yorke, recordando una ocasión en la que tres chicos mayores le acorralaron contra la puerta de una cabina y amenazaron con apagar sus cigarrillos en su frente—. Debería reducir el acoso escolar.

—¿Te acosaban? —preguntó Gardner.

—¿No se nota?

La recepcionista los detuvo fuera del despacho de la directora y llamó a la puerta. Esta se abrió de inmediato.

Amanda Werrell era una mujer severa e imponente con el pelo gris corto. Llevaba gafas bifocales y una rebeca, una elección extraña considerando la ola de calor que asfixiaba a Inglaterra.

Les ofreció su mano. Su apretón fue firme. Yorke y Gardner se presentaron. Ella no sonrió. A pesar del exterior sólido, Yorke detectó inmediatamente una fragilidad. Sus años en la policía le habían hecho sabio ante tales apariencias.

—Por favor, sentaos —dijo, apartándose para dejarlos pasar. Cerró la puerta de su despacho.

Yorke observó un escritorio inmaculado encabezado por dos fotografías enmarcadas de un joven y una mujer con togas de graduación. Ella fue al otro lado del escritorio, y Yorke se fijó en un anillo de boda. Otra apariencia. Yorke había investigado y sabía que llevaba divorciada tres años: él se había marchado poco después que los hijos. Ella era un pilar de la comunidad, así que claramente solo estaba manteniendo las apariencias.

Se alisó la falda y tomó asiento. Finalmente, les ofreció una sonrisa inclinada. Si Yorke no hubiera comprendido que estaba intentando fingir un comportamiento agradable, habría pensado que les estaba mirando con desprecio.

Yorke comenzó con una cortesía. —Visité este colegio hace varios años. Definitivamente ha progresado.

—Sí —dijo Werrell—. Cuando nos convertimos en academia, nos concedieron un nuevo edificio. También fuimos patrocinados por uno de los colegios privados de Hampshire.

—Todo lo que recuerdo de mi propio colegio son los techos con goteras, las ventanas tapiadas y las tuberías congeladas. Me alegro de que las cosas hayan avanzado. Gracias por recibirnos. —Yorke sacó una libreta y preparó un bolígrafo. Por el rabillo del ojo, vio que Gardner hacía lo mismo—. Queríamos preguntarle cuándo vio o supo por última vez de Christian Severance.

Era el turno de Yorke para fingir. Tenía el lápiz suspendido sobre el papel, listo para escribir. Sabía que ella se quedaría atónita por la pregunta. Dejó que la situación se desarrollara durante diez segundos.

—Disculpe. —Yorke levantó la mirada—. ¿Quiere que repita la pregunta?

Amanda Werrell tomó una brusca bocanada de aire por la nariz. —Déjeme ver... hace más de quince años, creo. Si necesita la fecha

y hora exactas, tendré que consultar SIMs, nuestra base de datos.

—Puede proporcionarnos eso más tarde hoy, señora Werrell. ¿Qué ocurrió la última vez que le vio? —Yorke volvió a mirar su libreta.

—¡Usted ya sabe lo que pasó, detective, o no estaría aquí!

—Por favor, responda a las preguntas, señora Werrell —dijo Gardner.

—Christian Severance reveló sus experiencias con Marcus Long al responsable designado de protección. Sus padres vinieron a recogerle. Por razones obvias, nunca regresó a este colegio.

—¿Razones obvias? —dijo Gardner.

—Acusó a Marcus Long de abusar sexualmente de él, pero ¿por qué me están haciendo preguntas cuyas respuestas ya conocen?

—Es más rápido, señora Werrell, si simplemente hacemos las preguntas —dijo Yorke—. ¿Creyó usted las acusaciones?

Werrell se ajustó las gafas. —Se le ha declarado culpable, así que la respuesta es sí. Confío en nuestro sistema.

Yorke la miró. *Las personas que confían en este sistema no suelen ser tan hostiles*, pensó.

—¿Y antes de que fuera declarado culpable? ¿Creía las acusaciones entonces? —dijo Gardner.

Werrell se mordió el labio inferior por un momento antes de responder. —No era mi posición juzgarle. Era simplemente mi posición actuar ante las acusaciones y proteger al niño.

—Esa es la postura correcta, sin duda, señora Werrell, pero ¿podría decirme si, en el fondo, creía que Marcus Long era capaz de esto?

De nuevo, hizo una pausa antes de responder. *No eres impulsiva, ¿verdad? Eres una persona muy calculadora.*

—Nunca vi nada en su comportamiento que sugiriera que esto fuera a ocurrir. Pero cuando se produjo la revelación, actué únicamente en interés del joven. Los registros mostrarán que Marcus Long fue suspendido inmediatamente.

—¿Su relación con Marcus Long era completamente profesional? —preguntó Yorke.

Werrell se quitó las gafas bruscamente y comenzó a limpiarlas con su rebeca. —¿Qué quiere decir con eso?

—¿Tenían una relación fuera del trabajo? —dijo Gardner.

—Éramos amigos, sí. Pero también era amiga de su esposa. Mi marido y yo solíamos salir a cenar con ellos.

—¿Y durante cuánto tiempo fueron amigos?

—Marcus comenzó a trabajar aquí aproximadamente al mismo tiempo que yo... éramos cercanos, sí, no lo negaré, pero como he dicho, en innumerables ocasiones, nunca sospeché que estuviera ocurriendo algo.

—¿Se le acercaron dos miembros del personal con respecto a su conducta poco profesional? —dijo Yorke.

—Sabrás que he negado esto vehementemente desde que se hicieron las acusaciones, y que fui exonerada de cualquier irregularidad.

—Aun así —dijo Gardner—, puedo entender una falsa acusación, pero dos. Esto me parece más improbable.

—Los dos profesores de educación física en cuestión, que debo añadir ya no están en el ámbito educativo, eran poco profesionales. Había hablado con ambos, en innumerables ocasiones, sobre comportarse de manera más adulta con los niños. Admito que estos dos profesores recién titulados eran jóvenes, pero eso no justifica un comportamiento coqueto con las chicas de 4º de ESO. Pillé a ambos hombres cambiándose la camisa delante de la clase después de una sesión de educación física. Yo les estaba siguiendo los pasos por su conducta, así que vieron la oportunidad de darle la vuelta a la situación. Todo esto quedó registrado, Detective, tras la audiencia en la que fui exonerada de cualquier irregularidad. Siéntase libre de comprobarlo.

—Lo hemos comprobado, señora Werrell —dijo Yorke—. ¿Y ha estado en contacto con Marcus Long desde entonces?

Ella se estremeció. —No, no lo he estado. —Apartó la mirada—. Nos defraudó a todos.

Yorke miró a Gardner, y luego de nuevo a Werrell. —Ha habido algunos acontecimientos desde entonces.

Yorke tenía que ser muy cuidadoso con la forma de explicar los recientes sucesos a Werrell. Había muchos detalles que la prensa aún no conocía. Intentó explicar la conexión entre Simmonds y Christian Severance. Ella sabía lo que le había ocurrido a Severance, incluyendo los detalles de su desfiguración, ya que esto había salido en la prensa muchos años antes. Yorke recalcó que quería que estuviera vigilante.

Werrell se encogió de hombros. —Pero soy inocente. Fui exonerada de cualquier irregularidad. Seguramente él lo sabría, ¿no?

—Como le he dicho, señora Werrell, todo esto es por precaución. Necesito que sea consciente de que esta investigación sigue en curso, y que Christian Severance podría considerarla a usted como parte de la cadena de acontecimientos que llevaron al incidente.

Se frotó la frente. —Pobre chico. Le había ido tan bien. Su trabajo para la Fundación Gates fue inspirador. Realmente pensé que había dejado atrás los malos tiempos.

—Vamos a apostar a un agente fuera del colegio y de su casa hasta que esto termine —dijo Yorke—. ¿Está de acuerdo?

—Realmente no creo que haya necesidad, pero sí, Detective, haga lo que deba hacer.

39

Después de que Amanda Werrell cerrara la puerta tras los dos agentes, llegaron las lágrimas.

Se acercó al escritorio desde el que los detectives la habían interrogado y advertido, colocó las manos sobre la superficie y la utilizó como apoyo mientras su cuerpo se sacudía con sollozos.

Se quitó la alianza del dedo y la arrojó a través de la habitación. Desapareció detrás de una estantería llena de libros de texto de ciencias. *¡Cómo añoraba aquellos días en los que solo enseñaba ciencias! ¿Por qué se había cargado con tanta responsabilidad?*

Tras deslizarse de nuevo en la silla donde se había sentado el pomposo agente, cerró los ojos y recordó un momento en que Marcus Long le había agarrado la mano con fuerza y le había dicho: —Les vi juntos, detrás del restaurante, comiéndose el uno al otro. Ya lo sospechaba desde hace tiempo, por eso les seguí cuando salieron a fumar. Estaban tan absortos el uno en el otro que ni siquiera me vieron allí parado, observándoles. Y tampoco era la primera vez. Sabían bien lo que hacían. Cabrones los dos. ¿No te diste cuenta de mi conmoción cuando volvimos todos a la mesa? Ven aquí, apóyate en mí, llevo días llorando, no te avergüences de llorar ahora. Es tu derecho. Bueno, ayer se lo pregunté directamente, ya no podía seguir dándole vueltas. ¡Llevan seis meses con esto! ¡Seis jodidos meses! La última vez fue la semana pasada durante la reunión de padres. ¿Te lo puedes creer? ¡Mientras nosotros trabajábamos para mantener a nuestras familias! Egoístas, malditos egoístas.

Werrell salió del recuerdo, se levantó las gafas y se secó las lágrimas.

Contrólate.

Cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

No podía culpar a la policía por reabrir viejas heridas. Intentaban protegerla. Aunque no creía estar en peligro. Christian Severance no tendría motivos para ir a por ella. Había sido absuelta de cualquier delito y nadie sabía que había mentido... excepto Marcus Long.

Cerró los ojos de nuevo y recordó un momento en que él le había acariciado la espalda. Estaba sentada desnuda al borde de la cama con la cabeza entre las manos.

—Intenta no sentirte culpable. Nosotros no empezamos esto. Sí, nos han dicho que ha terminado, pero ¿eso excusa seis meses? ¡Seis meses! Venga ya. También merecemos algo de felicidad. Además, ¿realmente sabemos si han parado? ¿Les estamos siguiendo cada movimiento? ¿Sus descansos para comer? No me fío de ellos. Ven aquí, Amanda, recuéstate. No olvidemos que nosotros no empezamos esto. Te quiero.

Lo cierto es que, en aquel momento, ella también le quería a él.

De vuelta al presente, tomó otra respiración profunda y purificadora y se preguntó si aún lo seguía haciendo.

40

Mantuvieron la voz baja mientras seguían a un recepcionista a través del edificio hacia la salida.

—Por supuesto que está mintiendo —dijo Yorke—. Está frágil, a la defensiva, aferrándose a los vestigios de un matrimonio muerto hace tiempo. Puede que nunca sepamos exactamente qué ocurrió, pero de una cosa estoy seguro: intentó proteger a Long.

—Pero la cuestión es: ¿lo sabe Christian Severance?

—No puedo responder a eso con certeza —dijo Yorke—, pero vamos a suponer que sí. Y si es así, esto es un punto crítico. Hasta que llegue el agente que he solicitado, Emma, ¿puedes quedarte en recepción y vigilar? No espero realmente que Christian Severance se presente sin más, pero no tomemos riesgos. Y recuerda que Severance podría haber reclutado a otros como Sturridge. Cualquier cosa es posible.

Miró su reloj. Era más de mediodía. Quería llegar a The Wyndham Arms antes que Harry, para convertirlo en su territorio.

Justo antes de llegar a la recepción, Yorke le puso una mano en el hombro. —Emma, me dirías si no estuvieras bien, ¿verdad?

Gardner se sonrojó. —Por supuesto, ¿por qué lo preguntas?

—Últimamente pareces más callada. No pareces estar echándome la bronca tanto como de costumbre.

—No has estado fumando, así que no ha habido necesidad.

Yorke sonrió, pensando en cómo su fuerza de voluntad había flaqueado anoche en el jardín. —Aun así, siempre puedes hablar

conmigo.

Gardner sonrió. —Lo haría, Mike, pero sinceramente, no hay nada de qué preocuparse.

La puerta de la recepción se abrió antes de que llegaran, y un fuerte olor a perfume mezclado con humo de tabaco les llegó. Saliendo de la recepción, vestida con una blusa escotada y unas mallas blancas, había una mujer de unos veintitantos años. Su maquillaje era llamativo y Yorke pudo ver que se trataba de un intento desesperado por cubrir un grave caso de acné. Llevaba unos aros enormes como pendientes y sujetaba un pequeño bolso rosa contra su costado. Un cordón de visitante rebotaba sobre su abdomen expuesto.

Mientras marchaba detrás de ella, una recepcionista dijo: —Esta es la señorita Lang, señor. Viene a una reunión sobre su hija. — Luego puso los ojos en blanco, sugiriendo que la hija de la señorita Lang era problemática.

En recepción, Yorke explicó que Gardner se quedaría de servicio hasta que llegara un agente de paisano para reforzar la seguridad. Las recepcionistas se mostraron curiosas sobre el motivo, pero Yorke las evadió con toda la educación que pudo.

Se volvió hacia Gardner. —Tengo una cita. Estaré fuera de contacto durante una hora. Después, nos encontraremos en la comisaría para la reunión de la tarde, a menos que surja algo más. ¿Tienes tus Tic Tacs?

Gardner sonrió y dio unos golpecitos en el bolsillo de su chaqueta.

Yorke le devolvió la sonrisa cuando los oyó sonar.

41

Hacía un calor sofocante en el ataúd de plástico y, a juzgar por el hedor, el cuerpo que tenía al lado se estaba descomponiendo. La biología había sido una de sus asignaturas favoritas y uno de sus puntos fuertes en el instituto, y sabía cómo funcionaba la muerte. Para ella era evidente que el cadáver se encontraba en plena autodigestión. Las enzimas estaban devorando las células de los órganos desde dentro hacia fuera.

Susie tuvo arcadas, pero, como había hecho en numerosas ocasiones durante las últimas horas, logró contener el vómito.

Se había quitado toda la ropa que había podido para soportar las temperaturas extremas. El sujetador y las bragas estaban húmedos, y un brillo de sudor resplandecía en su piel pálida. Sin embargo, no estaba dispuesta a quitarse la ropa interior y permitir que este hombre, Christian Severance, la viera desnuda.

A su lado, el rostro del hombre muerto también resplandecía, no por el sudor, sino por las pequeñas ampollas que estaban reventando por todo su cuerpo.

Su piel parecía suelta, colgando libre, y ella cerró los ojos para evitar quedarse mirándole. Otro día atrapada allí con él, y comenzaría a hincharse. Entonces el olor realmente se intensificaría y aparecerían los insectos.

Comenzó a llorar. *¿Qué podía hacer?* Severance le había mostrado el arma homicida. El silencio era su única opción. Si el

cadáver mutilado a su lado no le demostraba que iba en serio, nada lo haría.

Cerró los ojos y recordó el día en que su padre había salido de la cárcel. Aquella vez, la *primera* vez que había ido a la cárcel, ella le había perdonado. *¿Por qué?* Porque le adoraba. Siempre había sido así. Se había aferrado fuertemente a él fuera de los muros de la prisión. Le había suplicado que volviera a ser su padre. Había aceptado sus innumerables disculpas: que había amado al chico, pero sabía que había hecho mal.

—¿Todavía le quieres? —le había preguntado ella.

—Claro que no —había mentido él.

Abrió los ojos.

¿Por qué? Papá, ¿por qué? ¿Por qué no pude ser suficiente? ¿Por qué tuviste que volver?

Pensó en el cuchillo ensangrentado, la nota clavada en el ataúd de plástico y su rostro desfigurado.

¿Por qué creaste a este monstruo?

De repente se le ocurrió una idea.

Levantó las rodillas hasta situarlas justo debajo de la tapa y se deslizó hacia abajo. Cuando estuvo al alcance, maniobró su mano sobre los genitales destruidos del cadáver y agarró sus vaqueros. Tiró de ellos hacia arriba por sus piernas hasta el punto en que pudo investigar los bolsillos.

Primero sacó una cartera. Una colección de tarjetas de crédito y un par de tarjetas de puntos de varios supermercados. Todas etiquetadas con el nombre: *Alex Drake*. También había un par de tarjetas VIP de varios clubes de striptease.

Continuó hurgando en sus bolsillos pero solo pudo encontrar un juego de llaves. Cuando las acercó a su cara para examinarlas, la adrenalina recorrió su cuerpo.

Una navaja suiza roja colgaba del llavero.

42

La joven empapada en perfume parecía tímida. Se encontraba en la puerta del despacho de Amanda Werrell con el rostro ligeramente agachado y, aunque sonreía, había un leve temblor en sus labios.

—Pase, señora Lang, me alegro mucho de que haya podido venir hoy —Werrell se apartó a un lado, permitiendo a su visitante espacio para entrar en el despacho—. Sé que no es en las mejores circunstancias, pero estoy segura de que podremos llegar al fondo de lo que le preocupa a Alicia.

La señora Lang entró en el despacho, aferrando con fuerza su bolso rosa.

Werrell se levantó las gafas y se frotó los ojos mientras rodeaba el escritorio hacia el otro lado, preocupada de que la madre de esta niña pudiera ver las evidencias de sus lágrimas anteriores. Eso sería inaceptable. Su posición como directora de este colegio era firme. Debía parecer inquebrantable.

Ambas tomaron asiento y entonces Werrell señaló el teléfono en su escritorio.

—¿Le gustaría que pida un café o quizás una taza de té?

La señora Lang negó con la cabeza.

—Bueno —dijo Werrell—, dígamelo si cambia de opinión.

Ella asintió.

Werrell abrió la carpeta.

—Hace más de dos semanas, suspendí a Alicia durante dos días por insultar a un miembro importante del personal. Hablamos por

teléfono sobre ello y usted pareció aceptar nuestra decisión, ¿verdad?

Volvió a asentir.

—Bueno, todo iba marchando sin problemas. Recibí un par de informes excelentes de Matemáticas y Francés. Desafortunadamente, esta mañana, ha vuelto a ocurrir. Ha insultado a otro miembro del equipo directivo.

La madre no respondió.

—Disculpe, señora Lang, ¿ha oído lo que acabo de decir? Ha vuelto a ocurrir. Su hija insultó a la señora Friars después de que le preguntaran por qué la habían expulsado de su clase de Inglés.

Todavía, sin respuesta. La situación empezaba a resultar bastante extraña para Werrell.

—Está en aislamiento, y voy a emitir otra suspensión. ¿Puede por favor indicarme sus sentimientos sobre este asunto?

La señora Lang señaló su boca y lentamente movió la cabeza de lado a lado.

—Lo siento, no entiendo...

Del escritorio de Werrell, la señora Lang cogió un montón de notas adhesivas y un bolígrafo. Empezó a escribir.

El teléfono sobre el escritorio comenzó a sonar. Con el corazón latiéndole en el pecho, Werrell lo cogió y se lo colocó en la oreja.

—¿Sí?

—Disculpe, soy Clark, solo queríamos informarle de que tenemos a Alicia en recepción, cuando haya terminado su reunión con la señora Lang...

—Clark, ¿qué le dijo la señora Lang en recepción?

—Bueno, nada, pero supongo que ya lo sabrá usted, ¿no? El dentista le ha dejado la boca un poco maltrecha... se comunicó conmigo mediante tarjetas escritas a mano...

La señora Lang entregó una nota adhesiva a Werrell.

La caligrafía era desordenada pero pudo leerla: *no soy la srta lang*

El teléfono se deslizó de la mano de Werrell.

43

Yorke hizo un saludo, como siempre hacía, a Dionisio, Dios del Vino, representado sobre la puerta de *The Wyndham Arms.* Decir que Dionisio se parecía al fauno de *El león, la bruja y el armario* no sería inexacto. Este pub albergaba la cervecería *Hopback*, responsable de la mejor bebida conocida por el hombre: *Summer Lightning.*

Para su decepción, Yorke encontró a Harry Butler, ridículamente temprano, en la sala delantera. *Vaya, adiós a mi plan de hacer de este mi territorio*, pensó.

Harry estaba dando buena cuenta de una pinta. Yorke sospechaba que era *Crop Circle*, la favorita de Harry. Una cerveza rubia clara elaborada con maíz en copos. Yorke se mordió el labio. El olor a cerveza era intenso allí dentro. Siempre suponía una verdadera prueba para su fuerza de voluntad.

—Lo siento, Mike, debería haber elegido una cafetería. Acabo de recordar que nunca beberías estando de servicio.

—Si hubieras tenido el móvil encendido, Harry, podría haberte recordado ese detalle.

Cuando Yorke se sentó frente a Harry, se sorprendió al ver lo dramáticamente que se había reducido su cabello. Su rostro también estaba demacrado y sus ojos hundidos.

—Antes de que preguntes... *quimioterapia* —dijo Harry.

—Lo siento, Harry.

—No lo sientas. Tenía un recuento notablemente bajo de algo en la última revisión que me hicieron. Va bastante bien.

—¿Lo suficientemente bien como para que bebas eso? —Yorke señaló su pinta.

—¡Siempre va lo suficientemente bien para esto! —Harry sonrió —. Hubo un tiempo en que habrías estado de acuerdo conmigo en eso.

—Ese tiempo quedó muy atrás. —Yorke miró su reloj—. ¿Podemos hacer esto rápido?

—¿Por qué? Has llegado temprano, ni siquiera es la una todavía.

—Ando escaso de tiempo. El ventilador está aventando mucha mierda ahora mismo.

—Enhorabuena, por cierto.

Yorke lo miró confundido.

—Por el anillo en tu dedo.

—Gracias, Harry, pero en serio, ¿podemos ir al grano? —A pesar de su necesidad, *su desesperada necesidad*, de alejarse del hombre que le había fallado, la culpa le aguijoneaba, y no solo por el cáncer. Harry había perdido a su esposa en circunstancias violentas, y nadie se recupera jamás completamente de una experiencia así—. No te lo tomes como algo personal, Harry... es solo que no dispongo de tiempo.

—Lo entiendo —dijo Harry—. Lo recuerdo bien. Uno de los riesgos del oficio... —Dio un trago a su cerveza—. Echo de menos cada uno de esos *malditos* riesgos.

—¿William Proud? —Yorke se inclinó hacia delante—. Me sueltas ese nombre... es como si me lanzaras una bomba.

—¿Recuerdas que te dije hace mucho, mucho tiempo, Mike, que lo arreglaría?

—Y yo te dije que no quería que lo hicieras, ¿*recuerdas eso*?

Harry se agachó junto a él y levantó un sobre de papel marrón tamaño A4.

—Entonces supongo que no te interesarán estas, ¿verdad?

Yorke extendió la mano y Harry retiró el sobre. Yorke intentó mantener baja la voz. No lo consiguió.

—Ahora no, Harry. *En serio*. Ahora mismo no, maldita sea.

—¡Michael, ha pasado una eternidad!

Era Kenny, una leyenda local de más de setenta años, que frecuentaba la mayoría de los pubs de Salisbury, *casi a diario*, y a quien casi todos los dueños consideraban un amuleto de buena suerte. Si el viejo Kenny se pasaba a tomar una pinta, los ingresos seguramente aumentarían antes de que acabara la noche.

Kenny se balanceaba al extremo de su mesa. Los últimos posos de cerveza chapoteaban en el fondo de su vaso. *Y afortunadamente*, pensó Yorke, *no por los pantalones de pana del viejo como en ocasiones anteriores*.

—¿El trabajo ha sido criminal? —Kenny sonrió. Agitó el dedo—. ¿Lo pillas, *criminal*?

—Los viejos chistes son los mejores, Kenny —dijo Yorke.

—Eso es lo que todos siguen diciendo de mí.

Yorke fingió reírse.

—He estado ocupado. ¿Y tú? ¿Kenny? ¿Cómo estás?

Kenny dio un paso atrás, extendió los brazos y giró.

—Bueno, sigo aquí jodidamente vivo, ¿no?

Yorke sonrió y miró el sobre en las manos de Harry. Harry estaba mirando fijamente a Yorke en lugar de a Kenny.

—Y el secreto de mi éxito es... —balbuceó Kenny con un fuerte acento de Wiltshire—. Venga, ¿qué crees que es?

Yorke dijo:

—¿Alimentado por el *Lightning*?

—Qué va... bueno... quizás eso sea parte... más bien, es la libertad que me permito. —Se acarició la frente—. Aquí dentro. No cargo con nada que no necesite ser cargado. Un amigo mío dice que soy *minimalista*.

Yorke pensaba que un *minimalista* era alguien que mantenía sus posesiones al mínimo, pero decidió no desafiar la línea de pensamiento de Kenny.

—Aprendí hace mucho tiempo, Michael, que incluso la cosa más pequeña —chasqueó los dedos—, puede hacerte *¡boom!* Así que libera tu mente. Ese es el secreto. Siempre lo ha sido y siempre lo será. —Sonrió, abrió la mano para despedirse y se dio la vuelta para marcharse.

¡Las cosas más pequeñas pueden hacerte estallar!

Qué cierto sonaba ahora mismo. *¿Cuánto tiempo había estado cargando con esto? ¿Con su hermana muerta? ¿Habría podido salvarla? ¿No lo había intentado tantas veces antes de que muriera?*

Libera tu mente.

Miró hacia la puerta de salida del *Wyndham Arms*, y consideró levantarse e irse.

Luego, volvió a mirar a Harry y dijo:

—Dame el maldito sobre.

Rasgó el sobre y vació las fotografías sobre la mesa.

Todas las fotografías eran de William Proud, el asesino de su hermana.

—Ha vuelto —dijo Harry—, y voy a matarlo por ti.

44

Los labios de la joven mujer se crisparon, y un tic se manifestó en el lado izquierdo de su cara. Aferraba el bolso tan fuertemente sobre su regazo que sus huesudas manos parecían las patas de una tarántula agazapada.

—Déjeme ayudarla —dijo Werrell, mostrándole la mano a la mujer, antes de moverla lentamente sobre la mesa. Justo cuando parecía que Werrell iba a conseguir deslizar una palma tranquilizadora por su brazo, la mujer echó hacia atrás la silla bruscamente y mostró los dientes.

Werrell retiró las manos y las mantuvo en el aire.

—Solo quiero ayudar.

La mujer abrió su bolso con un chasquido y metió la mano dentro. Werrell tomó aire profundamente y se puso de pie.

—Creo que deberíamos...

La última palabra se le quedó atascada en la garganta cuando vio el cuchillo que la mujer sostenía. Entonces, antes de que hubiera decidido cómo reaccionar, la mujer ya estaba de pie. Arrojó el bolso a un lado, levantó el cuchillo por encima de su hombro, y se abalanzó.

Werrell consiguió esquivarla, pero la punta de la hoja atravesó su chaqueta de punto y se clavó en su hombro. El cuchillo no se quedó enganchado, y la mujer se tambaleó sobre la mesa. Werrell dirigió la mirada hacia la puerta del despacho. Rodeó el escritorio y se apresuró a cruzar la oficina. La herida en su hombro le quemaba.

Prácticamente arrancó la puerta de sus bisagras y se lanzó fuera de la habitación, girando sobre sí misma mientras lo hacía, para poder agarrar el pomo.

La mujer ya estaba de pie, con el cuchillo alzado nuevamente, y cargando contra ella.

Werrell cerró la puerta de golpe y escuchó cómo el cuchillo se clavaba en la madera. Miró hacia abajo, a la cerradura de la puerta, y maldijo. La *puta* llave estaba sobre su escritorio.

Werrell agarró el pomo con ambas manos mientras su agresora tiraba de la puerta. A pesar de parecer frágil, la mujer era todo lo contrario. La puerta cedió ligeramente. Werrell tomó aire profundamente y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas. La puerta se cerró. Pero la decidida mujer volvió a entreabrir la puerta.

Mientras forcejeaban, el ardor en el hombro de Werrell se intensificó, y jadeó cuando miró hacia abajo y vio que la manga de su chaqueta de punto brillaba con sangre. El cuchillo debía de haber penetrado más profundamente de lo que había pensado. Estaba sangrando abundantemente.

Aunque tenía las manos empapadas de sudor, mantuvo el agarre, pero sabía que una vez que la sangre llegara a sus manos, estaría perdida. Se le resbalaría y su agresora se le echaría encima.

—¡*AYUDA! ¡AYUDA!*

La puerta se abrió.

—¡JODER, AYUDADME!

La puerta se cerró de golpe.

Los recientes recortes presupuestarios habían dejado a su colegio con escasez de personal y, mientras miraba por el pasillo desierto y abierto, maldijo al gobierno.

Su mejor opción era recepción, a su derecha, y el agente de policía que aquellos detectives habían prometido.

—¡AMANDA!

Levantó la vista. Pauline Thompson se inclinaba sobre la barandilla del segundo piso, mirándola directamente.

—¡PAULINE, AYÚDAME. HAY UNA PUTA LOCA CON UN CUCHILLO AQUÍ DENTRO!

Varios estudiantes se colocaron junto a Pauline, reflejando la misma expresión aturdida de su profesora.

—¡AHORA!

Pauline finalmente reaccionó y corrió hacia las escaleras. Podía oír un creciente murmullo nervioso. Niños y profesores estaban saliendo de las aulas de arriba. Miró hacia recepción. La puerta seguía cerrada.

—¡QUE ALGUIEN AVISE A RECEPCIÓN!

La puerta de la oficina se abría más con cada tirón agresivo, y Werrell vislumbró unos ojos desorbitados y dientes al descubierto.

—¿QUÉ QUIERES?

Consiguió cerrar la puerta, pero ahora su sangre había llegado a la palma de su mano. Cuando la mujer tiró de nuevo, el pomo de la puerta se le escapó.

La mujer cayó hacia atrás. Werrell aprovechó el momento. Se dio la vuelta y corrió hacia recepción. Arriba, podía ver que Pauline había llegado al primer piso y estaba comenzando el segundo tramo de escaleras.

—¡RECEPCIÓN! —Werrell señaló hacia delante mientras corría. Detrás de Pauline, otros miembros del personal la seguían, gritando continuamente hacia las barandillas, ordenando a los niños que mantuvieran la distancia y permanecieran donde estaban.

A pesar del caos, Werrell podía oír la respiración de la mujer detrás de ella. *Mierda*. Debía de estar cerca. No podía mirar. Si lo hacía, perdería terreno y entonces no solo estaría oyendo la respiración de la zorra, sino que la sentiría en la nuca. Apretó los dientes. Recepción estaba solo a unos cien metros.

Y entonces ocurrió la cosa más maravillosa. La puerta de recepción se abrió y el detective de antes estaba allí con los ojos como platos.

Estaba salvada. *Jodidamente salvada*. Esa vil mujer iba a ir a la cárcel por apuñalarla.

Miró hacia arriba. Los rostros de los niños, en ambos pisos, se asomaban.

Entonces tropezó.

45

Yorke mantuvo su voz en un susurro. Era temprano y el pub estaba tranquilo, pero aún había que tener en cuenta al camarero. Esta era una conversación que no debía ser escuchada.

—¿Has perdido la cabeza, Harry? Acabas de informarme de tu intención de cometer un delito.

—Sí, en tu nombre.

Yorke se esforzó por no estallar. —¿De qué *demonios* estás hablando? ¿En mi nombre?

Harry terminó su pinta de dos tragos y extendió las manos sobre las fotografías de William Proud, para luego recogerlas. —Has vivido sin justicia demasiado tiempo, Mike, por mi culpa. Déjame conseguirla para ti.

—¿Cómo vas a conseguir justicia desde el interior de una celda, Harry?

—Nunca veré el interior de una celda, Mike, ¡mírame! —Se bajó el cuello de la camiseta para mostrar su pecho. Su caja torácica sobresalía a través de su piel amarillenta.

—La quimioterapia... ¡dijiste que estaba funcionando! —dijo Yorke.

Harry soltó su camiseta. —La dejé hace meses. Demasiado ocupado... —Agarró un puñado de fotografías y las sacudió—. Buscando a este cabrón.

Yorke se masajeó las sienes. —Esto es una locura.

—Sí —dijo Harry—, lo es. Pero me estoy muriendo, y antes de morir, quiero arreglarlo.

Yorke tomó una profunda inhalación por la nariz. —¿Todo esto por *mi* perdón?

—No quiero tu perdón. No lo esperaría. Mis acciones te han torturado.

—Entonces es solo para ti, ¿no? El último acto egoísta de un hombre egoísta.

—¿Es así realmente como lo ves, Mike? ¿No podría ser también porque este cabrón no merece seguir respirando? Ha destruido muchas vidas, y es hora de que se detenga.

—No vas a salir de aquí para matar a un hombre. No con mi conocimiento y complicidad. No importa quién sea ese hombre... no lo permitiré.

—Lo harás, Mike, no tienes elección.

—¡Escúchate! Siempre has tenido tendencia hacia lo ridículo, pero esto es un juego completamente nuevo. Voy a detenerte...

—Y te digo ahora mismo que si me detienes, nunca sabrás dónde está William Proud. Es escurridizo, como bien sabes, y actualmente vive bajo un nombre diferente. Me ha llevado años encontrarlo. ¿Realmente quieres que desaparezca de nuevo? Si me detienes, Mike, no te daré su dirección, moriré con ella bajo custodia.

—¡Eso no me suena a redención!

—Si no puedes conceder el deseo de un moribundo, entonces no lo mereces. Parece que no eres el hombre que pensaba.

—Si realmente me conocieras, Harry, sabrías dónde trazo la línea. ¿Aceptar un asesinato? Vamos, ¿por qué me estás contando esto si ya has tomado una decisión?

—Porque, esta noche, tanto William Proud como yo desapareceremos de tu vida para siempre y quería que lo supieras. *Nunca* quiero que vuelvas a preguntarte dónde están el hombre que mató a tu hermana y el amigo que te traicionó. No mereces vivir en la duda. Mi última acción es darte un cierre.

46

Gardner captó la escena rápidamente: muchos estudiantes observaban desde los dos balcones superiores, varios miembros del personal bajaban apresuradamente por ambas escaleras, Amanda Werrell estaba arrodillada en el suelo, y la joven madre, que había pasado nerviosamente junto a ella y Yorke hace poco, blandía un cuchillo a la altura del hombro. —¡ALTO! ¡POLICÍA!

La joven madre clavó el cuchillo con fuerza en la cara de Werrell.

El murmullo nervioso de los estudiantes de arriba se transformó en silencio.

Los ojos de Gardner se abrieron de par en par, tomó una respiración profunda, la adrenalina recorrió su cuerpo y comenzó a correr.

La mujer luchó, pero logró liberar el cuchillo de la cara de Werrell. Le había entrado por la mejilla izquierda y salido por la derecha.

—¡POLICÍA!

La distancia se acortaba, pero la mujer seguía impasible. Retiró el cuchillo y lo hundió en la cara de Werrell una y otra vez.

—¡DIOS, PARA! —dijo Gardner.

A su alrededor, el silencio se convirtió en gritos. Los estudiantes de arriba habían comenzado a moverse en masa. El personal en las escaleras corría de vuelta hacia arriba intentando calmarlos. Una profesora había llegado al final de la escalera. Estaba corriendo hacia Gardner.

Gardner estaba lo suficientemente cerca para oír la respiración entrecortada de la mujer mientras hundía y sacaba la hoja de la cara de la directora arrodillada. Estiró un brazo para agarrar la muñeca de la mujer.

Y falló.

La mujer giró, sus miradas se encontraron, y entonces el cuchillo atacó de nuevo.

—*¡Mierda!* —Gardner sintió el ardor en la palma de su mano izquierda. Sus ojos volaron hacia la herida. La hoja había atravesado completamente su mano—. ¿Qué demonios...?

La zorra extrajo la hoja. Gardner gritó de dolor y agarró su mano destrozada.

La mujer se abalanzó, con el cuchillo en alto otra vez, pero Gardner fue rápida, giró alrededor de su atacante, agarró la muñeca de su mano libre y le retorció el brazo por detrás en un arco firme.

Gardner apretó los dientes a pesar de la agonía que le producía esta maniobra, pero lo único que veía era a su hija Annabelle, sin madre y triste, y no iba a permitir que eso ocurriera.

La mujer seguía agitando el cuchillo frente a ella, frenética e indiferente. A varios metros de distancia, la profesora, que no había huido escaleras arriba como el resto del personal, permanecía indecisa sobre qué hacer a continuación.

—Aléjate —le dijo Gardner—. No querrás acercarte demasiado.

La mujer se negaba a rendirse. Tiraba y se retorcía furiosa en el agarre de Gardner.

Gardner sintió algo en su pierna y miró hacia abajo.

Werrell había rodeado con sus brazos la pierna de Gardner. La directora temblaba en un charco de su propia sangre. Su cara era una máscara roja. Las líneas oscuras y los pliegues de piel mostraban lo extensamente que había sido cortada. —Ayúdame — toda su cara parecía abrirse mientras hablaba—. Ayúdame.

Gardner intentó liberar su pierna. —*¡Suéltame!*

El agarre de Werrell se intensificó. —Ayúdame.

—Eso estoy haciendo, *¡suéltame!*

Gardner vio todo blanco, sintió un dolor ardiente y escuchó cómo su nariz se astillaba. La mujer había aprovechado el momento de

distracción, había echado la cabeza hacia atrás y le había roto la nariz.

Y ahora la zorra estaba libre de nuevo.

Instintivamente, las manos de Gardner volaron hacia su nariz. Dio un rápido paso atrás y se preparó para enfrentarse a la mujer otra vez, pero las cosas se movieron rápidamente en la bruma mareante. La mujer se giró, el cuchillo brilló, y Gardner sintió una presión extrema en su pecho. Levantó la mirada para ver a la profesora a quien había dicho que se mantuviera alejada, tapándose la boca horrorizada. Luego, bajó la vista hacia la hoja clavada en su pecho.

Negándose a aceptar que estaba vencida, especialmente con esta criatura peligrosa suelta, Gardner utilizó lo último de sus fuerzas para golpear a la mujer en la cara con toda la fuerza que pudo. La mujer voló hacia atrás, soltando el cuchillo, que aún sobresalía del pecho de Gardner, y cayó en los brazos de la profesora. La profesora no perdió tiempo en sujetar a la exhausta chica con una llave de cabeza, arrastrándola al suelo y subiéndose a su espalda para inmovilizarla.

En la neblina, Gardner observó a otras personas correr en la refriega para ayudar. Entonces, comenzó a toser sangre.

47

Yorke ya no susurraba y estaba señalando la cara de Harry, quien permanecía sentado apenas a un metro de distancia. —Si te quedara una pizca de integridad, *una pizca*, me darías ahora mismo la dirección de ese asesino.

—¿Y entonces qué harías, Mike?

—¿Qué demonios crees que haría? Mi deber.

—¿Detenerlo? Primero tendrás que demostrar quién es. Ha cambiado de identidad.

—Entonces lo demostraremos.

—¿Y mientras tanto, se entera y huye? No, mi método es más limpio.

—Mi método es el *correcto*.

—Quizás lo sea, Mike, pero no te estoy dando a elegir.

—No te creo, ni por un segundo. Si te detengo, me darás la dirección antes que dejarle escapar. Te conozco... no lo olvides.

—Mírame. —Harry abrió los brazos mostrándose—. No soy el hombre que conocías. ¿De verdad quieres arriesgarte?

El teléfono de Yorke sonó. Vio que era Topham.

Volvió a señalar a Harry y dijo: —No te muevas o emitiré una orden de búsqueda contra ti.

Yorke salió para contestar la llamada, y lo que escuchó al otro lado del teléfono fue una pestilencia. Una pestilencia que le quemó hasta lo más profundo del alma. Una pestilencia que Yorke sabía, mientras apoyaba su cuerpo tembloroso contra una pared, le dejaría

marcado para siempre. Ninguna cantidad de tiempo, sanación o incluso pérdida de memoria podría jamás adormecer este momento. Le acompañaría el resto de sus días.

Tras finalizar la llamada, volvió furioso a *The Wyndham Arms.*

Se alzó sobre Harry, secándose las lágrimas de los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Harry, comenzando a levantarse.

—Quédate en tu asiento —dijo Yorke.

Harry obedeció.

—Solo prométeme una cosa. Solo una. Me debes al menos eso.

—Por supuesto —dijo Harry.

Yorke respiró hondo; era todo lo que podía hacer para no derrumbarse.

—No hagas nada hasta que hables conmigo otra vez.

—¿Cuándo será eso?

—Más tarde hoy.

—De acuerdo, tienes mi palabra.

Yorke se secó más lágrimas. —Y mantén tu *maldito* teléfono encendido.

Con eso, dio media vuelta y salió del pub para enfrentarse a la pestilencia.

48

Susie Long se inclinaba, sudorosa y medio desnuda, sobre un cadáver mutilado y en descomposición, trabajando con el sacacorchos de la navaja suiza en la cerradura de su ataúd de plástico. Estaba a escasos centímetros de la cara ampollada del hombre muerto. Cada respiración que tomaba rebotaba, trayendo consigo un olor dulce pero nauseabundo que le provocaba arcadas, pero seguía trabajando incansablemente con la navaja suiza en la cerradura, porque deseaba, con todo su corazón, vivir.

Y solo tenía dos opciones.

Liberarse y sobrevivir o quedarse allí y morir.

49

Severance siempre encontraba suave el paso a la hipnosis porque el Conducto utilizaba palabras *delicadas* y visualizaciones *serenas*. Sin embargo, el destino final siempre era turbulento.

En realidad, era difícil para el Conducto manipular las visualizaciones porque Severance ya no podía hablar, y escribir en este estado meditativo resultaba tedioso y a menudo ineficaz. Así que el Conducto se las arreglaba con sus detalladas notas y las respuestas físicas de Severance para guiarlo.

—¿Todavía no le escucha? —dijo el Conducto.

Severance negó con la cabeza.

—Christian, cuénteselo todo otra vez, todo, de principio a fin. Aunque continúe mirándole con esa expresión de desinterés, *dígaselo*.

Severance se inclinó hacia delante en su silla y le volvió a contar todo a su subdirectora, la señora Werrell. Su mirada seguía acuosa. De hecho, su expresión ni siquiera cambió cuando él se refirió a aquel primer momento en que Marcus le hizo sentir especial, le hizo darse cuenta de que ya no era un *don nadie*. Que su interés por la música de los sesenta era una pasión auténtica. Que la fascinación por Charles Dickens y la lectura no era una anomalía. Y que el desinterés por el fútbol no era motivo de preocupación.

Para Severance, se sentía bien poder hablar de nuevo, aunque la respuesta fuera cualquier cosa menos agradable.

Severance miró a la señora Werrell con los ojos llenos de lágrimas —*lágrimas que claramente podía ver, maldita insensible*— y dijo: —Y entonces me hizo hacer estas cosas, que yo sabía que estaban mal, pero...

En ese momento, ella apartaba la mirada. *¿Acaso le avergonzaba lo que había escuchado?*

—¿Le ha contado el momento en que dijo que le quería? —dijo el Conducto desde fuera de la visualización.

Severance se lo contó y ella se estremeció.

—Lo dijo más de una vez —añadió él.

—*¡Tonterías!* —exclamó la señora Werrell—. *¡Tonterías, tonterías, tonterías!*

El Conducto volvió a hablar en la visualización de Severance: —Y después de que le diga que son *tonterías*, quiero que luche contra su instinto natural de llorar, de cerrarse, de no decir nada más y marcharse, *destrozado*. Esta vez tiene que ser diferente.

Severance asintió.

En la visualización, Severance se inclinó hacia delante, señalando: —*¡No son tonterías!* Y escúcheme bien, vieja bruja. Usted tiene el deber de cuidarme. Me dijo que cualquier cosa que le revelara aquí, *ahora*, tendría que ser denunciada. Eso es lo que he hecho, ¡así que denúncielo!

—No haré nada de eso —respondió Werrell—. El señor Long es un hombre decente. Un hombre honorable. He oído hablar de sus recientes arrebatos hacia él...

—¡Porque es un mentiroso!

—No, es porque usted no puede controlar su comportamiento, y alguien le ha llamado la atención por esto. ¿Y así es como responde? ¿Con comentarios difamatorios?

—Lo llevaré a otra persona.

—Hágalo, si alguien quiere denunciar este veneno vil, ¡que caiga sobre su cabeza!

—La denunciaré por ignorar...

—Su palabra contra la mía. ¿De verdad pensaba que este era un lugar para airear sus quejas? ¿Para contaminar el aire con su veneno?

—Ahora, cálmese —habló de nuevo el Conducto en el sueño—. Retroceda. *Congele*. Ha alterado el resultado de la reunión. No ha interiorizado la frustración y el dolor por la traición de Werrell; ha *aceptado* su traición por lo que era: su propio fracaso. Y al expresarlo, ha *compartido* sus frustraciones.

Severance asintió.

—Pero comprendo —dijo el Conducto— que esto no es suficiente. Nunca puede ser suficiente para mitigar el dolor que ella le ha causado, así que quiero que *desplace*.

Así que Severance puso a Werrell de rodillas y la hizo gritar. Su cara estaba destrozada y murmuraba de forma incomprensible porque su lengua había sido destruida por la hoja.

—Esto es más que una visualización, Christian. Es una realidad. Chloe ha tenido éxito. Se ha informado en las noticias. Así que puede volver ahora, sintiéndose más completo, sintiéndose curado, porque ha conseguido liberarse de su aflicción y su dolor. Ha *compartido* y ha *desplazado*.

El Conducto lo trajo de vuelta con suavidad mediante más visualizaciones serenas y palabras delicadas. Y cuando Severance emergió, mantuvo los ojos cerrados e inspiró profunda y lentamente por la nariz, deleitándose en el placer y el paraíso que le proporcionaba este alivio.

Solo minutos después, mientras se bañaba en un cálido contentamiento, recibió un mensaje de texto en su teléfono. Abrió los ojos y miró al Conducto, un hombre mayor, corpulento y fuerte. El Conducto jugueteó con su largo bigote blanco y luego asintió. Severance abrió el mensaje.

Y después de leerlo, Severance cerró los ojos de nuevo y suspiró, porque esa sensación de euforia regresó. Diez veces más fuerte que antes.

El mensaje era de su contacto en la prisión. Estaba confirmado. Marcus Long se había cortado, *y se había deshecho de*, su propia lengua.

Se incorporó en su silla. Susie Long ya no necesitaba ser una carga.

—Tengo que irme ahora —dijo el Conducto—. No puedo llegar tarde. Hay que mantener las apariencias y todo eso.

El salvador de Severance se levantó, se cernió sobre él un momento, le puso una mano en el hombro y luego se dirigió hacia la puerta principal.

Después de que el Conducto cerrara la puerta tras de sí, Severance se puso de pie.

Era hora de librarse de la carga.

50

El edificio que tenía delante no era una monstruosidad, pero aun así resultaba abrumador. Se apoyó en un bolardo y cerró los ojos. Intentó ordenar sus pensamientos y terminar con la repentina inestabilidad. No servía de nada. Los últimos veinte minutos eran un borrón. Apenas recordaba haber conducido hasta aquí, y no tenía ni idea de dónde había dejado el coche.

Una y otra vez su atención volvía al momento en que Topham le dio la noticia, o al menos *intentó* hacerlo. *—Alguien vino... Werrell... apuñalada... pero, señor, Emma... Dios, señor, Emma también...*

Concéntrate, pensó Yorke. *Ahora mismo, concéntrate, como si todo dependiera de ello... porque así es. Todo y todos dependen de ti. Así que concéntrate de una maldita vez.*

—*Concéntrate* —dijo en voz alta.

Una joven, que empujaba a un paciente en silla de ruedas, hizo una pausa en su camino para preguntarle si estaba bien.

—Sí. —Aunque no lo estaba en absoluto, y ciertamente no lo parecía, encorvado e hiperventilando—. Es solo el calor, estaré bien cuando entre.

—Bueno, déjeme ayudarle...

—No, no, señorita, gracias de todos modos. —Yorke se enderezó —. No soy yo quien necesita ayuda, son otras personas. Y usted está ocupada. Gracias por su amabilidad, pero ya estoy listo para entrar.

Cuando llegó a la recepción del hospital, Jake le interceptó. Yorke le cogió con fuerza por la parte superior del brazo y su amigo le

agarró del hombro. Yorke respiró hondo y cerró los ojos con fuerza. —¿Emma?

—Aún está luchando. En cirugía.

Yorke exhaló pero no se atrevió a sentir ningún alivio todavía.

Cuando abrió los ojos, vio que la cara de Jake estaba hinchada y roja. Envidió su capacidad para expulsar la furia que llevaba dentro.

—El cuchillo le perforó un pulmón, pero llegaron a tiempo.

—¿Los médicos están confiados, Jake?

—No he hablado con ellos personalmente. Barry está aquí, pero yo le daría unos minutos más antes de preguntarle.

Yorke se frotó la frente. *Mierda*. *Pobre hombre.* —¿Y Annabelle? Por favor, no me digas que Annabelle está aquí...

—No, Mike. Está en preescolar.

—Bien. De acuerdo. —Yorke se frotó la frente de nuevo—. ¿Tenéis al agresor bajo custodia? ¿Werrell también está en cirugía?

—Sí, y sobrevivirá. Sus lesiones le cambiarán la vida... pero sobrevivirá.

—¿Qué más necesito saber?

—Bueno, hay algo...

—¿Inspector Jefe Yorke? —Era una voz familiar. Una voz que a partes iguales podía tanto calmar como intimidar. Y que podía tanto destruirte como reconstruirte. La superintendente Joan Madden.

—Señora. —Yorke se dio la vuelta.

Joan era una mujer alta, fuerte y ágil, testimonio de una vida de ejercicio extremo. Llevaba un traje a medida, y su pelo estaba recogido hacia atrás con firmeza, y afilado en un duro moño.

—¿Cómo te sientes, Michael? —dijo Madden.

—Bien —mintió Yorke.

—¿Comprometido?

—No estoy seguro de entenderla, señora.

—Demos un paseo, Michael. Sargento Detective Pettman, ¿nos disculpas, por favor?

—Por supuesto —dijo Jake.

Fuera, en el jardín del hospital, el horizonte resplandecía. Madden se quitó la chaqueta del traje. Debajo llevaba una camisa de

manga corta, y dejó al descubierto unos brazos delgados y fibrosos. Se sentaron en un banco.

Yorke intentaba desesperadamente controlar su respiración. Enterarse de que Gardner estaba viva le había calmado en cierto modo, pero su cuerpo seguía ahogado en adrenalina, y podía sentir cómo sus entrañas se retorcían. Necesitaba demostrarle a Madden que no estaba *comprometido*. Si no lo hacía, encontrar a Christian Severance y acabar con esto caería en manos de otra persona.

—Michael —dijo Madden—, ¿te reuniste con Harry Butler hoy temprano?

El mundo entero se inclinó. Yorke miró hacia abajo. Cerró los ojos. *¿Cómo lo sabía?*

—¿Michael?

Abrió la boca para hablar, perfectamente preparado para decirle que había visto a Harry, ya que obviamente lo sabía, pero no podía hablar, estaba simplemente demasiado desorientado por la línea de interrogatorio.

—Te tengo en alta estima, Michael, así que te lo preguntaré de nuevo...

—Sí, lo hice. —Sintió alivio al dejar finalmente salir las palabras.

—¿Por qué?

¿Y ahora qué? ¿Hacer que arresten a Harry? ¿Denunciar su amenaza de morir con la verdad sobre el paradero de William Proud?

Respondió con toda la honestidad que pudo sin correr ese riesgo. —Lo de siempre, señora. Para disculparse y decirme que no le queda mucho tiempo, se está muriendo de cáncer.

—¿Algo más?

¿Cuánto sabían? ¿Habían escuchado la conversación? ¿Harry llevaba un micrófono? ¿Estaban tendiendo una trampa a Yorke? ¿Y por qué alguien querría hacerle eso?

Su mente podía vadear este pegajoso guiso de preguntas todo el día, pero tenía que tomar una decisión. Se arriesgó. —No realmente.

—¿Algo sobre William Proud?

Entonces ella conocía el tema de la conversación entre Harry y Yorke. *¿Qué demonios estaba pasando aquí?*

—Sí, por supuesto, como siempre. Prometió encontrar a Proud antes... antes de morir. Lo dejé pasar, esto es lo habitual en Harry.

—¿Cómo te sentirías si te dijera que creemos que Harry puede haber encontrado realmente a Proud?

Yorke se quitó el sudor de la frente. —¿Sorprendido? Harry está al borde de la muerte.

—Escucha atentamente, Michael, lo que voy a decirte. Y piensa muy sabiamente en tu próximo movimiento. Harry ha estado cobrando viejos favores de algunos de nuestros colegas. Hemos tenido que suspender a dos agentes en los últimos días.

—¿Quiénes?

—No es relevante para ti en este momento, Michael, pero creemos que Harry ha sido capaz de localizar a William Proud.

Le dio tiempo para responder. Tenía que ser muy cuidadoso aquí. Si Yorke admitía que Harry había confesado su intención de cometer un asesinato, su cuello estaría en juego. Pero, en cierto modo, le gustaba lo que estaba escuchando. Si Harry había utilizado información de estos agentes para localizar a Proud, ellos podían repetir el proceso. Harry ya no era dueño de la verdad. La ubicación de Proud no moriría con él. —Entonces, ¿tenemos *nosotros* la ubicación de Proud?

—Los dos agentes en cuestión no han sido muy comunicativos con esta información filtrada desde que los suspendimos. Quieren usarla como rama de olivo para salvar sus empleos.

—¿Y va a aceptarlo?

—¡Claro que no! Están acabados, pero los estamos presionando, así que no tardará mucho. Podrían evitar algo de tiempo en prisión.

—Entonces, ¿puede traer a Harry?

—¿Con qué fundamento? ¿Le ha sugerido que está a punto de actuar con esta información de alguna manera?

—Le conté todo. La reunión fue breve. Recibí una llamada del inspector Topham poco después de comenzar nuestra reunión. Los detalles de los sucesos en la academia.

—Sí. Un desastre, y la otra razón por la que necesitamos hablar.

—¿Cree que estoy comprometido por el intento contra la vida de Emma?

—Será un milagro si continúa siendo un *intento*. Acabo de hablar con el médico.

Yorke se estremeció.

—Así que sí, creo que estás comprometido. No es ningún secreto que sois amigos cercanos. No es ningún secreto que eres el padrino de su hija.

—Tiene razón...

—Pero tampoco es un secreto que eres el mejor que tenemos.

—Gracias, señora. No estoy seguro de estar de acuerdo, pero gracias de todos modos.

—Puedes fustigarte todo lo que quieras por esto, pero recuerda que todos cometemos errores. Reconozco que, por tu culpa, me enfrento a la mayor tormenta de mierda de mi carrera. Potencialmente, tengo dos agentes muertos en dos días, *aunque* estábamos en la escena del crimen gracias al buen trabajo que hiciste identificando posibles objetivos. Pero eso no quita el hecho de que esto ocurrió bajo nuestra vigilancia. Martin Price y sus amigos de la prensa estarán aullando como una manada de lobos.

—Hablaré...

—Ni se te ocurra, Michael. Mírate, estás hecho un *jodido* desastre. Comprometido. Eso es lo que estás. Tienes a Harry, el puñetero Butler, pisándote los talones, una mejor amiga en la UCI, y una investigación de asesinato abierta que acaba de volverse muy *jodidamente* personal. ¿Cuántas veces acabo de usar esa palabrota, Michael?

—Tres veces.

—¿Cuántas veces me has oído usar esa palabrota antes?

—Nunca.

—Entonces, ¿aprecias la gravedad de la situación?

—Sabes que sí.

—Aquí va la *cuarta* vez que la uso para dejarlo claro. Entra ahí, despídete de tu amiga, por si acaso, reúne a tu equipo y cierra este *jodido* caso.

—Lo haré.

51

Apenas Severance entró en el sótano, supo que algo iba mal.

Miró a su alrededor y vio lo habitual: el moho que devoraba las paredes; el óxido que corroía las bicicletas; las moscas que se estrellaban contra la bombilla; y el rastro de sangre del hombre castrado.

Sus ojos se abrieron como platos cuando vio los trozos de los candados rotos junto al ataúd. Corrió para confirmar que ella había desaparecido.

Tenía que seguir en el sótano porque la puerta en lo alto de las escaleras había estado cerrada con llave.

Sus ojos recorrieron el lugar. Había cajas apiladas por todas partes. Unas sillas viejas estaban amontonadas en una esquina. En otra esquina había dos estanterías de más de dos metros de altura.

Las estanterías.

Sería el lugar más obvio para esconderse.

Examinó la bicicleta y otras piezas de chatarra junto al ataúd de plástico, y se agachó para coger una llave inglesa grande. Lo hizo en silencio, aunque sabía que ella estaría al tanto de su presencia —su entrada había sido bastante dramática— y también sabía que ella habría tenido el suficiente sentido común para armarse.

Con la mano derecha, preparó la llave inglesa. Con la izquierda, se limpió el sudor de la frente echándolo hacia atrás en su pelo, y luego puso esta otra mano también sobre la llave. Sosteniéndola a la altura de la cabeza, se acercó sigilosamente a las estanterías.

Su corazón latía más rápido de lo habitual, pero no acelerado. Se sentía en control. Como lo había estado la mayor parte del tiempo últimamente. El Conducto se había encargado de eso. Se detuvo en el borde de la primera estantería. Ella había estado orinándose durante días y el olor a orina era intenso aquí. Curvó el labio superior con disgusto.

Giraría y golpearía. Le golpearía la cabeza una y otra vez hasta que el hedor de su orina quedara ahogado por el aroma de la sangre y la materia gris. Pensó en la reacción de Marcus Long cuando se enterara de la noticia. Entonces su corazón *realmente* comenzó a latir rápido...

Se lanzó entre las dos estanterías y descargó la llave inglesa sobre el vacío. Confundido, miró al suelo y vio su ropa amontonada.

Hubo un destello y el mundo entero pareció arder. Se desplomó de rodillas. Otro destello, y su cara estaba en el montón de ropa empapada. Rodó sobre su espalda. Por encima de él, el mundo giraba, pero pudo ver a Susie sosteniendo lo que parecía una llave de tuercas.

Todo desapareció.

52

—Lo siento —dijo Yorke, abrazando a Barry en la sala de espera.

Barry tenía los ojos enrojecidos y el cuerpo le temblaba. Tardó un tiempo en articular palabra. —No es culpa tuya.

Pero lo es, pensó Yorke, *realmente lo es.*

—Sé que no puedes verla, aún no, pero cuando salga de cirugía y yo esté con ella, ¿quieres que le diga algo? —continuó Barry—. Sé lo mucho que te aprecia. Puede que no esté despierta, pero quizás pueda oírnos.

Yorke contuvo sus propias lágrimas. No era *su momento* para llorar. No tenía derecho a robar ese instante. Puso una mano en el brazo de Barry. —Dile que entraré a verla en cuanto me lo permitan.

—Lo haré.

Y dile, pensó Yorke, *que no volveré a tocar un pitillo en mi vida si se recupera. Te lo garantizo, lo juro por lo más sagrado.*

—Es la mejor agente de policía con la que he trabajado nunca —dijo Yorke—. Puedes decírselo si quieres. Aunque ya lo sabe.

—Sí, me ha contado que se lo dices a menudo.

Yorke sonrió. —Es verdad. —Volvió a contener las lágrimas.

El cirujano se acercó, quitándose la mascarilla.

—¿Señor Gardner?

—Sí.

—Ha ido bien. Mejor de lo que esperaba.

—¿Va a recuperarse?

—Es demasiado pronto para decirlo. Si viene a sentarse aquí, podemos hablar de ello.

Barry miró a Yorke, quien asintió. Extendió el brazo una vez más para agarrarle del brazo. Luego, Barry y el cirujano se dirigieron al sofá.

Yorke se volvió hacia la salida porque, en palabras de la superintendente Joan Madden, tenía que *cerrar este maldito caso de una vez por todas*.

53

Susie miró al canalla que yacía en su propia sangre. No creía que estuviese muerto, pero tampoco iba a aplastarle el cráneo para asegurarse. Eso era algo que no llevaba dentro. No realmente.

Sí, había gritado a muchas heroínas de películas que remataran al malo, pero ahora que se encontraba en esa situación real, sabía que tal comportamiento solo volvería para atormentarla mentalmente. No iba a darle a Christian Severance la victoria de arruinar su vida. Con la esperanza de estar a kilómetros de él antes de que despertara, se dio la vuelta y echó a correr.

A mitad de las escaleras del sótano, se dio cuenta de que solo llevaba sujetador y bragas. ¿Era esto positivo? Si llegaba a su destino fuera de esta casa, ir prácticamente desnuda le atraería más atención de los vecinos. Entonces realmente sería libre.

Al girar en lo alto de las escaleras hacia un estrecho pasillo, intentó escuchar los sonidos de Severance persiguiéndola. *¿Vendría tras ella? ¿Subiría esas escaleras corriendo?* La sangre le retumbaba en los oídos.

El pasillo estaba iluminado. Conducía directamente a una puerta principal. Su camino hacia la libertad era una preciosidad. Corrió junto a la escalera y chocó contra un mueble. Un jarrón cayó al suelo, pero no se rompió sobre la alfombra.

Ahora, estaba en la puerta principal y, parecía como si los dioses le sonrieran desde arriba, porque estaba abierta.

Al salir de la mazmorra en la que había pasado aquellos días aterrorizada, encarcelada dentro de un ataúd de plástico, sintió ganas de gritar de alegría.

Estaba realmente libre. *¡Jodidamente libre!*

Era un día brillante y estaba medio cegada, pero no le importaba. La calle, repleta de grandes casas modernas separadas entre sí, se bañaba en la luz del sol. Céspedes verdes recién cortados y flores coloridas. El mundo nunca había parecido tan delicioso.

Casi lloró de felicidad cuando vio a un hombre en su coche subido a la acera.

Corrió a través del césped. Él había arrancado el coche y estaba indicando que iba a salir, pero no había más tráfico, así que se marcharía en segundos.

—¡AYUDA! ¡AYUDA!

Él se giró para mirarla. ¡Debía de ser toda una visión! Una joven en ropa interior, cubierta de suciedad y sudor. Su pelo desaliñado y sin vida. Ella agitó la mano mientras se acercaba.

El hombre salió del coche. —¿Está usted bien?

Era un hombre mayor musculoso con cara amable.

—*Ayúdeme.* —Las lágrimas corrían por su rostro.

—Por supuesto, venga aquí, querida. Siéntese en este coche y cuénteme qué está pasando.

—*Sáqueme de aquí*.

—Por supuesto, suba.

Ambos subieron al coche. —Por favor —dijo ella, limpiándose las lágrimas de los ojos—. Por favor, simplemente conduzca.

Él la miró, sonrió y luego comenzó a juguetear con las puntas de su bigote blanco.

54

De vuelta en el cuartel general de Wiltshire, en su despacho, Yorke visionaba las grabaciones de las cámaras de seguridad de la academia con Topham. Negó con la cabeza durante toda la grabación y se estremeció cuando apuñalaron a Gardner. Después, temblaba. Se bebió un gran vaso de agua antes de articular una respuesta. —Pasó justo delante de nosotros... justo delante de nosotros.

—Pero ¿cómo podías saberlo? —Topham le agarró el hombro.

—Estaba diciéndole a Emma que necesitaba comprobar de nuevo a todos los que se registraban en recepción, y justo en ese momento esta mujer pasa, ¿y no hablamos con ella? ¿No ves el problema? —Yorke se llevó las manos a la cabeza.

—¡Mírala! ¡No hay nada en su aspecto que sugiera que se dirigía a... ya sabes... hacer lo que hizo!

Yorke apartó las manos de su cabeza y miró fijamente a Topham. —¿Desde cuándo juzgamos por las apariencias?

—Sabes a lo que me refiero.

Yorke suspiró. Nada de lo que dijera Topham aliviaría su culpa. El hecho era que Yorke había estado demasiado maldito ansioso por llegar a esa reunión con Harry, y ahora Gardner luchaba por su vida.

—Escucha, Mike, ¡fue tu corazonada la que nos llevó allí en primer lugar! Date algo de crédito. Al menos Werrell fue avisada. Podría haber terminado mucho peor si la hubiera pillado completamente desprevenida.

—¡Le dejó la cara hecha trizas!

—Sí, pero está viva.

—¿Que me dé crédito? Mark, ¿te escuchas? Emma no habría estado allí si yo no le hubiera dicho que se quedara. —Hizo una pausa para ponerse en pie—. Ahora, sal ahí fuera, Mark, y averigua si esta mujer está lista para ser interrogada. Consigue un montón de tarjetas para que pueda escribir. Yo esperaré la confirmación final de que es quien dice ser.

La mujer bajo custodia ya se había identificado como Chloe Ward. También había mostrado su carné de conducir para respaldarlo.

Topham salió y cerró la puerta. La desesperación estaba llegando, pero Yorke logró cerrar las persianas justo a tiempo. Con las lágrimas corriendo por su rostro, recorrió la habitación como un animal enjaulado, con las imágenes de aquel momento en que Chloe Ward pasó junto a ellos grabadas en su mente.

El fuerte olor a perfume mezclado con humo de tabaco. El maquillaje intenso. El pequeño bolso rosa. ¿El cuchillo dentro?

Extendió la mano, esparciendo carpetas y papeles por todo su despacho. Agarró una taza de café y la lanzó contra la pared. Se sentó sobre sus manos. Estaba haciendo demasiado ruido. La gente estaría ahora mirando hacia su oficina.

Liberó una de sus manos y se secó las lágrimas.

Había sido un necio. Y si Gardner moría, nunca podría perdonarse.

55

Yorke recibió la confirmación de que la mujer bajo custodia era Chloe Ward y reunió algunos antecedentes sobre ella. Era una joven de veintinueve años que había pasado por un calvario. Adopción, tutela estatal, familias de acogida: había recibido el paquete completo de ayudas de los Servicios Sociales. En los últimos años se había visto envuelta con las drogas, lo que eventualmente la relacionaría con Sturridge y los okupas de Tidworth.

Había tenido una serie de novios desastrosos. Los registros mostraban que había presentado cargos contra uno de ellos por maltrato, aunque finalmente los retiró.

Hacía seis meses que había desaparecido del radar. Sus prestaciones sociales habían sido congeladas y se había denunciado su desaparición. Se llevó a cabo una breve investigación, pero no la habían encontrado.

Y ahora estaba aquí, bajo custodia, sin lengua, con la sangre de un respetado director y una condecorada oficial de policía en sus manos. En sentido figurado, por supuesto. Una vez tomadas las muestras, fibras y otros rastros, la habían aseado.

Yorke y Topham observaban a Chloe en un monitor, esperando en la sala de interrogatorios. La habían vestido con un mono azul y un guardia la vigilaba. Parecía bastante indiferente. Al menos no sonreía como una lunática como había hecho Sturridge.

¿Dónde has estado durante seis meses?, pensó Yorke.

Había que conectar los puntos, y estaba seguro de que Christian Severance sería uno de esos puntos.

Cuando Yorke y Topham se sentaron frente a ella, fue como si no existieran. Le habían proporcionado un lápiz para que pudiera escribir sus respuestas a sus preguntas en unas tarjetas, pero en vez de eso, simplemente se quedó sentada dibujando. Con gran concentración.

Yorke logró formular tres preguntas sin respuesta antes de golpear la mesa con el puño. No lo suficientemente fuerte como para preocupar a Topham y al guardia que se cernía sobre la joven, pero sí lo bastante como para llamar la atención de Chloe y apartarla del dibujo.

Solo cuando deslizó el dibujo hacia ellos, Yorke se dio cuenta de que ella no había sido realmente distraída por su puñetazo. Simplemente había terminado su boceto.

Los ojos de Yorke se abrieron de par en par. A su lado, Topham murmuró: *Dios santo*.

Era un impresionante boceto del rostro de Gardner. Tan impresionante como cualquiera que hubiera hecho un dibujante forense con el que Yorke se hubiera cruzado. Había captado perfectamente su cara, ojos y cabello.

Lo que resultaba aún más impresionante era que Chloe solo había visto a Gardner durante un breve momento, y no cualquier momento, sino uno lleno de caos y sangre.

Yorke estaba demasiado aturdido para hablar, así que Topham tomó las riendas. Desafortunadamente, su pregunta fue completamente inapropiada: —¿Te estás quedando con nosotros?

Ella pareció confundida por un momento. Luego miró la tarjeta en blanco, hizo una pausa y escribió de nuevo.

lo sinto

Su escritura, a diferencia de su dibujo, era atroz. Topham la leyó en voz alta para la grabación.

—La mujer a la que apuñalaste —dijo Yorke— es madre de una niña pequeña.

Ella escribió de nuevo. Su ortografía era pobre.

lo sinto mucho bine por la otra eso fue un herror

—¿Por qué viniste a por Amanda Werrell? —preguntó Yorke.

Chloe miró a Yorke, desvió la mirada hacia Topham, y luego se dedicó a otro boceto.

—¿Conoces a Christian Severance? —dijo Yorke.

Ella asintió pero continuó dibujando.

—¿Y a David Sturridge?

De nuevo, asintió.

—Chloe, ¿entiendes la gravedad de la situación en la que te encuentras?

Chloe no respondió esta vez. Simplemente continuó dibujando. Yorke y Topham intercambiaron miradas y luego le permitieron un par de minutos para terminar su boceto con la esperanza de que pudiera ofrecer algún tipo de esclarecimiento.

Finalmente, Chloe les pasó un dibujo a lápiz de una niña pequeña, de no más de cinco años, sentada junto a un lago. De nuevo, era una imagen extremadamente impresionante.

Yorke la miró. Tenía lágrimas en los ojos. Escribió lo siguiente en una tarjeta:

porfabor darle esto a ella dile que lo sinto ella no deveria sufrir

Topham lo leyó en voz alta para la cámara.

—Chloe, no sabemos si sobrevivirá. —Yorke contuvo las lágrimas, desesperado por mantener toda esta lamentable situación en el ámbito profesional.

Ella se secó las lágrimas con la manga. Luego se detuvo para rascarse el estómago. Yorke se fijó en esto. Recordó a Sturridge

rascándose el antebrazo. *¿Quizás una infestación de chinches en el squat?* Más pruebas de que había estado allí durante los últimos seis meses después de haber desaparecido del radar de los Servicios Sociales. Ya había enviado por correo electrónico una imagen de Chloe al agente Jeff Powers para ver si la había visto en los squats durante su tiempo allí. El teléfono de Yorke, guardado en el bolsillo de su chaqueta, aún no había vibrado con una respuesta.

—¿Por qué acabas de dibujar a una niña pequeña, Chloe? —preguntó Yorke.

Ella deslizó otra tarjeta:

hasi es como me himajino que se veria ahora

—¿Quién?

mi ija

—¿Su hija?

Chloe asintió.

—¿Dónde está su hija ahora, Chloe?

muerta

—No tenemos constancia de que usted tenga una hija —dijo Yorke.

Chloe escribió otra tarjeta, la deslizó y luego señaló su vientre.

muerta aki dentro

Durante los siguientes diez minutos, Chloe reveló las circunstancias que rodearon su aborto. Un exnovio maltratador la había empujado por un tramo de escaleras de madera, matando a su hija nonata de siete meses en el vientre y dejando a Chloe desangrándose casi hasta morir en el último escalón. La habían

salvado en el hospital, pero el precio había sido alto: nunca más podría concebir.

Yorke miró de nuevo el dibujo de la niña pequeña. *Así es como imagino que se vería ahora*. Chloe Ward era otra persona rota como Sturridge. ¿Era otra persona reclutada por Christian Severance?

La entrevista continuó a un ritmo muy lento. Ella tenía dificultades con la escritura y era evidente que iba pronunciando las palabras en su cabeza mientras las plasmaba en el papel.

Pero era más comunicativa de lo que había sido Sturridge, y lo que le faltaba en inteligencia, parecía compensarlo con emoción y amabilidad. Cuanto más se alargaba la entrevista, más le costaba a Yorke creer que esta fuera la mujer de las grabaciones de las cámaras de seguridad que había mutilado la cara de Werrell y apuñalado a Gardner en el pecho.

Dejó claro que fue Severance quien había iniciado el incidente en el colegio hoy. Se refirió a él como su *hermano* una y otra vez.

Los detalles completos de cómo lo había llevado a cabo eran confusos, porque la propia Chloe no los entendía del todo, pero fue más o menos así: Christian Severance había coaccionado a alguien dentro del colegio, usando amenazas contra miembros de su familia, para acceder y obtener información sobre la agenda en línea de Amanda Werrell. Cuando se programó la reunión de padres con Debbie Lang, madre de la problemática alumna Alicia Lang, Severance había enviado a Chloe en su lugar. Debbie Lang había pasado el día en casa, drogada con heroína, administrada por un hombre llamado el Conducto.

—¿Quién es el Conducto? —dijo Yorke.

el hombre ke nos kuro

—¿Perdón? ¿Os curó?

Ella escribió cuatro tarjetas y se las entregó a Yorke. Yorke leyó cada tarjeta en el orden en que las había escrito:

kuracion

acectasion

compartision

desplazamieto

Topham se echó hacia atrás en su silla. Estaba blanco como el papel. —Eso no es posible.

Yorke se volvió hacia él. —Perdone, Inspector Detective, no he entendido del todo...

—He dicho que eso no es posible. —Miró fijamente a Chloe—. ¿CACD? ¿Se refiere a CACD?

Ella asintió.

Topham se volvió para mirar a Yorke. Había empezado a temblar ligeramente. —*Curación a través de Aceptación, Compartición y Desplazamiento*.

Los ojos de Yorke se agrandaron.

—Creo que necesitamos continuar esta conversación fuera, señor.

Yorke dio por terminada la entrevista.

56

—CACD es un innovador tratamiento cognitivo-conductual para el TEPT —dijo Topham—. Está en sus inicios pero está dando resultados excelentes.

—Lo siento, Mark —dijo Yorke, paseando por su despacho—. Pero ¿cómo sabe usted sobre esto?

Topham dio un sorbo a un vaso de agua. Todavía estaba pálido y temblaba ligeramente. —Neil.

Yorke asintió. Conocía bastante bien a la pareja de Topham, el Dr. Neil Solomon. Había estado en su boda el día anterior. —Continúe.

—Mientras el CACD ha ido ganando terreno, han estado reclutando más profesionales para realmente poner las técnicas en el mapa. Neil es muy respetado en su campo por su trabajo en TCC como tratamiento para el TEPT, así que conoció al pionero del CACD, Martin Adams, y fue invitado a formar parte del equipo.

—Ya veo. De acuerdo. Entonces, ¿cómo funciona exactamente el tratamiento?

—Por lo que entiendo, la persona se *cura* mediante un proceso de *aceptación* del trauma, *compartiendo* el conocimiento de la experiencia dolorosa con otros y, finalmente, *desplazando* el dolor hacia aquellos dispuestos a aceptarlo, es decir, el psiquiatra.

—¿Implica medicamentos? —dijo Yorke.

—No estoy seguro.

—Entonces, *si* Chloe Ward ha sido tratada con CACD, ¿cómo habría funcionado exactamente?

—Creo que me lo está preguntando a la persona equivocada. Solo puedo darle mi versión basada en varias largas veladas escuchando a Neil hablar sin parar. Para empezar, el paciente revive el trauma —en el caso de Chloe, supongo que la agresión y el aborto involuntario. En el caso de Sturridge, habría sido la violación. Se guía al paciente a *aceptar* el trauma como parte de su vida, en lugar de como una fuerza externa despiadada. Se introducen nuevos pensamientos para reemplazar los traumáticos, de modo que vean este suceso como nada más que parte de su ser, no algo que les define.

—Obviamente, el suceso seguirá siendo una especie de batería de ansiedad, así que la siguiente fase es *compartir* con otros —explorar y describir la ansiedad y el suceso con el mayor detalle posible para que otros puedan *sentir* y *empatizar* con el trauma. Este proceso de *compartir* se realiza como parte de un grupo.

—La fase final, el *desplazamiento*, se lleva a cabo en un entorno controlado con el terapeuta. El paciente puede visualizar y trasladar el dolor y las experiencias a otros. Les permite liberarse de su propio trauma personal durante un breve período de tiempo y observar a otros experimentándolo en lugar de ellos mismos. Tiene dos funciones: les hace sentir menos aislados y solos en su experiencia, y les permite ver que siguen siendo la misma persona sin el trauma. Pueden seguir siendo quienes siempre fueron y quienes realmente quieren ser.

Yorke le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Está usted bien, señor?

—Sí. Solo estoy asombrado de que sepa tanto y lo articulado que es usted sobre el tema.

—Gracias, hice algunos módulos de psicología en la universidad. ¿Neil está en peligro?

Yorke continuó paseando. —No lo sé, pero si le pides que venga a la comisaría ahora para ayudarnos a desentrañar todo esto, entonces no lo estará. ¿Puedes hacer la llamada mientras vuelvo a ver a Chloe?

—Por supuesto.

—Pero insiste, Mark. Necesitamos a alguien que conozca el tema. He convocado una reunión de emergencia para comenzar justo después de que termine con Chloe y quiero un profesional que pueda explicar todo lo que me acabas de contar. Además, envía a algunos agentes a casa de Debbie Lang para ver si está bien, después de haber sido drogada hasta las cejas por este chalado que se hace llamar el Conducto.

57

—Pero necesitamos tu ayuda —dijo Topham a Neil por teléfono.

—Ya lo entiendo, pero tengo a mi primer paciente en dos minutos, ¿y quieres que me vaya sin darme ni una pista de por qué?

—Bueno, es sobre CACD.

—¿Quién te está hablando sobre CACD? Ni siquiera es algo que esté muy difundido todavía.

—Un sospechoso. Pero eso es todo lo que puedo contarte. Mira, Neil, esto es grande. Muy grande. Está conectado con todo lo que ha ocurrido últimamente, todo lo que has leído en los periódicos. No puedo enfatizar suficientemente lo importante que es que vengas.

—Falta poco más de un minuto para que esté con mi primer paciente, y quieres que ponga en peligro todo por lo que he trabajado. *Todo lo que siempre he deseado.*

Hubo silencio en la línea telefónica. Topham no sabía cómo responder a eso.

—Menos de un minuto, Mark.

Topham cedió. —¿Cuánto durará la sesión?

—Una hora.

—¿Y entonces vendrás?

—Sin dudarlo.

Topham suspiró. —Te quiero muchísimo.

—Espero que me quieras tanto como yo a ti.

58

Dr Louis Mayers llegaba tarde.

A Neil le venía bien porque le daba un par de minutos más para repasar su expediente por enésima vez.

Mayers había sido un psiquiatra de éxito durante treinta años y, al igual que el propio Neil, había seguido una trayectoria clínica centrada en la terapia cognitivo-conductual. La especialidad de Mayers había sido el insomnio, y contaba con varias obras publicadas sobre el tema. Había dado conferencias por todo el mundo y gozaba de renombre en los círculos más prestigiosos de la psiquiatría.

La vida había tratado bien a Mayers, y Mayers había tratado bien a las vidas bajo su cuidado, hasta aquel fatídico día cinco años atrás.

Dos de los pacientes con insomnio crónico de Mayers, ambos banqueros de alto nivel adictos a la cocaína, habían entrado en un estado de psicosis debido a la privación prolongada de sueño. Ambos pacientes se conocían bien. De hecho, uno de ellos le había recomendado a Mayers al otro.

En ese estado de psicosis, estos pacientes encontraron un punto en común. Creían que en realidad eran Mayers y su consulta quienes les impedían dormir. Se consideraban víctimas de una conspiración: el experimento de un científico corrupto sobre los efectos de la privación del sueño.

Ser ricos y tener contactos facilitaba mucho la adquisición de armas.

Tres pacientes más, dos recepcionistas y el propio Mayers fueron abatidos a tiros aquel fatídico día. Solo el doctor sobrevivió. Los dos banqueros después se suicidaron con las armas.

Tras sufrir una crisis nerviosa y abandonar a su familia, Mayers emprendió su propio viaje personal por la TCC para combatir su trastorno de estrés postraumático. Durante este tiempo, intentó suicidarse en tres ocasiones. Hace dos años, se convirtió en uno de los primeros pacientes de Martin Adams en CACD. Ahora era uno de los amigos más cercanos de Adams y colaboraba siempre que podía en el desarrollo de este tratamiento.

Neil no era tonto. Sabía que esto era una práctica de entrenamiento. Mayers estaba tan avanzado en su tratamiento CACD que sería difícil que Neil pudiera ayudar *o* estropear esto. Estaba seguro de que Adams habría informado a Mayers sobre cómo responder, y cómo ayudar a Neil en su desarrollo profesional durante esta sesión.

Era una sesión basada enteramente en la *aceptación* e implicaba *aceptar* el trauma como parte de tu vida en lugar de como una fuerza externa.

Neil había investigado intensamente la experiencia traumática de Mayers durante toda la mañana. Conocía los detalles de cada momento de la horrible experiencia de Mayers aquel día, hasta el instante en que esa bala le destrozó las costillas y le rozó el corazón.

Su supervivencia había sido un milagro pero, dos días después de despertar, les había dicho a los médicos que era un milagro que no había deseado.

Alguien llamó a su puerta. —Adelante —dijo Neil, poniéndose de pie.

La puerta se abrió.

—Dr. Mayers —dijo Neil—. Encantado de conocerle. —Extendió su mano.

—Igualmente, Dr. Solomon. —Mayers cruzó la habitación para estrecharle la mano.

Era un hombre corpulento y su apretón de manos era firme.

Neil estaba nervioso, pero inmediatamente se relajó con la amplia sonrisa de Mayers. Dejaba ver unos dientes manchados de

café enmarcados por un espeso bigote blanco que se curvaba hasta las comisuras de sus mejillas.

59

De camino de vuelta a Chloe Ward, Yorke recibió una llamada telefónica del agente Jeff Powers de la brigada de Vicio.

—Sí. Chloe Ward estaba en el edificio ocupado. La reconocí al instante por la imagen. También acabo de pasar a hablar con Sylvia para confirmarlo y establecer una cronología. Chloe comenzó a quedarse y a trabajar allí hace seis meses. Desapareció del edificio hace dos meses. Sylvia la describe como una joven frágil que evitaba la plaga de drogas que invadía los edificios ocupados, que "atendía" a algunos clientes. Claramente no lo hacía con agrado y se negaba a hacer la calle la mayor parte del tiempo.

—Alguien está reclutando en esos edificios ocupados. Alguien llamado el Conducto.

—Un momento, señor, déjeme coger un bolígrafo. ¿El Conducto? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Dígamelo usted. ¿Puede apoyarme en esta investigación? Lleve a un par de sus agentes y entreviste a todos los que trabajan allí. Podría usar a mi gente, pero sospecho que usted preferiría utilizar a agentes más sensibles a las necesidades de estos entrevistados en particular.

—Sí... por supuesto. ¿Qué enfoque vamos a seguir?

Le explicó, con detalle, su comprensión de la situación hasta ahora. El trauma personal de Chloe, el hecho de que había sido tratada con CACD por el Conducto, y una versión resumida de lo que era el CACD.

—¿Así que este hombre ha tratado a Chloe y a David por un trauma y el resultado es que salen y mutilan a otras personas?

—Esa es la esencia.

—No suena como el tratamiento más eficaz, ¿verdad?

—No creo que vaya a recibir una recomendación brillante de la Organización Mundial de la Salud a este ritmo, *a menos que*...

—¿A menos que qué, señor?

—A menos que esté haciendo algo diferente. ¿Alterando el tratamiento, quizás? Pero primero, necesitamos identificarlo. Llévese una foto de Christian Severance con usted; creo que es el tercer hombre que ha sido reclutado por el Conducto. Y lleve también una foto de Martin Adams. Él es el fundador del CACD. Y por favor, llámeme cuando sepa algo.

—Por supuesto.

Yorke se detuvo en la puerta de la sala de interrogatorios. Se desabrochó dos botones de la parte superior de su camisa húmeda. Su teléfono vibró en su bolsillo, y miró para ver quién llamaba. Era Patricia. Ella ya sabría lo de Gardner y estaría preocupadísima por él. Le debía una llamada rápida. Se hizo una nota mental para hacerlo tan pronto como terminara con Chloe.

Cuando se sentó frente a Chloe de nuevo, se dio cuenta de que era como una niña. No solo por su apariencia juvenil, sino más bien por la mirada ausente en sus ojos y su expresión inocente y despejada.

¿Cómo podía ser responsable de esas atrocidades? ¿En serio? ¿Cómo?

—¿Qué estás dibujando ahora, Chloe?

Ella le pasó un dibujo. De nuevo, el parecido era notable.

—¿Christian Severance?

Ella asintió.

—Eres una artista con talento, Chloe. ¿Alguien te lo ha dicho alguna vez?

Ella negó con la cabeza.

—¿Este hombre, Christian Severance, te hizo cortarte la lengua?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿El Conducto?

Ella escribió en un trozo de cartulina:

nadie fue mi elecsion

Él leyó su respuesta en voz alta para la grabación.

—¿Me explicarás cómo fue tu elección?

Chloe asintió y comenzó a escribir.

La revelación de Chloe fue larga y ardua. El aire acondicionado de la sala seguía estropeado. Yorke y el guardia sudaban profusamente. Pero nadie sudaba como Chloe, que escribía largos pasajes en respuesta a las preguntas incisivas de Yorke.

Claramente le costaba expresarse con palabras. Fruncía el ceño y se mordía repetidamente el labio inferior. El sudor corría por el costado de su cara y oscurecía el cuello de su mono azul.

Chloe había conocido a Severance y Sturridge en el edificio ocupado de Wiltshire. Aunque no lo escribió, Yorke dedujo que todos ellos se habían visto atraídos por esta "opción" debido a experiencias catastróficas en sus años de juventud.

Severance había sido abusado antes de convertirse en un científico exitoso, ayudando a millones de personas que sufrían mordeduras de serpientes en países del tercer mundo. Todo lo cual se vio truncado por Marcus Long y su obsesión implacable con él.

Estaba Sturridge, que había sido rechazado por quienes deberían haberlo amado y quedó sin hogar. Luego estaba Chloe, infantil y con poca inteligencia, abusada por las personas que había amado, golpeada hasta la infertilidad.

Todos ellos habían coincidido en el edificio ocupado de Alex Drake.

Todos rechazaban el azote de las drogas, pero se veían obligados a vender sus cuerpos a cambio de alojamiento. No era sorprendente que hubieran encontrado consuelo el uno en el otro.

Y entonces llegó el Conducto.

no sabemos su nonbre nunca nos dijo su nonbre

nunca queria sexo solo queria ablar

luego quiso ayudar

fuimos a el para ayuda

El Conducto había visitado el edificio ocupado una y otra vez, pero no para mantener relaciones sexuales. *¿Había estado buscando a personas dañadas?* Un lugar como este probablemente daría resultados en ese sentido. Seguramente conoció a muchas personas, pero finalmente se decidió por estas tres: Severance, Sturridge y Chloe. Tres individuos extremadamente dañados a los que podía tratar.

¿Y mejorarlos?

¿Se podría considerar una mejora la automutilación y la comisión de crímenes atroces?

—¿Cómo te trató, Chloe?

Chloe intentó explicar lo mejor que pudo los pormenores de su tratamiento, pero le resultaba difícil por muchas razones. Tenía que escribirlo todo, y no solo tenía problemas con la ortografía, sino también con el vocabulario. También explicó que su memoria era muy confusa.

me hizo comer y beber cosas

Tras el asesinato de su hermana, Yorke había leído algunos libros sobre autohipnosis para intentar mejorar su estado mental. Recordaba haber leído que drogas como el LSD y el alcohol podían aumentar significativamente la susceptibilidad a la hipnosis. Recordaba haber pensado que esto era algo bueno en aquel momento, porque estaba bebiendo muchísimo.

—¿Qué *puedes* recordar?

Chloe recordaba que había habido muchas sesiones. Al principio, él realizaba las sesiones en su habitación por la noche mientras pagaba por sus servicios. Afirmó que muchas de estas sesiones giraban en torno a revivir su experiencia más traumática —el aborto involuntario— repetidamente hasta que fuera *aceptado* como parte de su vida, no como algo externo e influyente, sino como un recuerdo que poseer y sobre el que reflexionar, de la misma manera

que se reflexiona sobre la primera vez que pruebas un helado. Explicó cómo las experiencias eran dolorosas pero la hacían sentir mejor. Mucho menos avergonzada y más tranquila.

me sentia normal

Severance había sido el primero en irse. Chloe explicó cómo un día simplemente se marchó y solo más tarde, cuando ella también se había ido, se dio cuenta de adónde había ido. Uno por uno, el Conducto los había llevado a su casa. Había acordado reunirse con ellos en el aparcamiento del skate park de Tidworth después del anochecer. Ella había viajado a su casa en el maletero de su coche, para que no pudiera identificar la ubicación de la vivienda.

—¿Y cuando saliste de su casa esta mañana para ir a la academia? ¿Recuerdas el trayecto entonces?

No lo recordaba porque el Conducto había tomado precauciones similares también en esa ocasión.

Luego describió su experiencia en la casa del Conducto, lo que podía recordar de ella. Durante meses, había sido tratada por el Conducto hasta cinco veces al día. Había sido sometida a una variedad de medicamentos y visualizaciones.

Escribió:

estaba completa otra vez

¿Pero a qué precio? pensó Yorke.

Habían *compartido* sus aflicciones. Al principio, esto se había hecho en una discusión grupal. Severance, Chloe y Sturridge se habían sentado juntos con el Conducto mientras él los unificaba en el dolor. Habrían podido, como Topham lo había descrito antes, *sentir* y *empatizar* con el trauma de los demás.

La verdadera curación llegó, según informó Chloe, cuando el Conducto les hizo *compartir* físicamente sus aflicciones.

Yorke respiró hondo y se enderezó en la silla. Durante la mayor parte del día, había estado luchando contra la necesidad de echarse

a llorar. En ese momento, estaba luchando contra la necesidad de vomitar.

Para compartir el trauma de Severance, el Conducto había extirpado las lenguas de Chloe y Sturridge. Pero no se había detenido ahí y, mientras Chloe continuaba revelando, Yorke llevó un puño cerrado a su boca.

Para compartir el trauma de Chloe, el Conducto había esterilizado a Sturridge y Severance. Chloe no sabía cómo lo había hecho, pero Yorke supuso que les había practicado vasectomías a ambos.

Finalmente, para compartir las experiencias de Sturridge, el Conducto había violado tanto a Chloe como a Severance. Chloe afirmó que el Conducto no había obtenido placer de ninguna de estas acciones.

pero funciono de verdad nos entendimos unos a otros

Luego, Chloe le explicó la tercera etapa del tratamiento —el *desplazamiento*— y todo encajó.

60

Fue en plena sesión de *aceptación* del Dr. Louis Mayers cuando el Dr. Neil Solomon se dio cuenta de que había un problema.

A pesar de haber sido tratado con CACD durante casi dos años, era evidente que Mayers no había *aceptado* realmente nada.

¿Podría ser este el verdadero motivo por el que el Dr. Martin Adams le había asignado a Mayers como su primer paciente? ¿No como una prueba, sino más bien como un ejemplo del paciente más resistente, el más difícil de quebrar? Quizás Adams creía que él podría ser la pieza final del rompecabezas. ¿La persona que podría llevar este tratamiento hasta la línea de meta?

O quizás, pensó Neil, esto solo era un deseo irrealizable.

Una y otra vez, bajo hipnosis, Mayers revivía el momento en que fue arrastrado de su despacho por el pelo y arrojado al suelo entre la sangre y la masa encefálica de sus colegas y pacientes. Se había acurrucado bajo una mesa, pero a los hombres armados no les llevó mucho tiempo encontrarle.

Los hombres armados. *Sus* pacientes.

Y ahí estaba el problema de Mayers, se dio cuenta Neil. Estaba completamente centrado en el hecho de que habían sido sus pacientes, y que él *debería* haberlos tratado y evitado todo esto. Los cadáveres que habían quedado esparcidos a su alrededor eran una consecuencia directa de su *fracaso*.

Después de despertar en el hospital, Mayers había dicho a los médicos: «Están todos muertos y, injustamente, yo estoy vivo».

Incluso ahora, con Neil, después de revivir el momento en que le dispararon en el pecho y había despertado en el hospital con un corazón dañado, pero aún funcionando, repetía lo mismo: «Están todos muertos y, injustamente, yo estoy vivo».

Así que Neil intentó durante casi una hora modificar pensamientos que seguramente Adams y otros habían intentado alterar durante años.

Probó con: «Estos hombres estaban tan colocados de cocaína que era imposible detenerlos».

Y: «¡No se puede esperar que detenga un comportamiento tan despiadado con solo una hora de terapia a la semana!».

También: «Usted intentó ayudarles a eliminar los factores estresantes de sus vidas; si ellos decidieron no seguir los consejos, ¿cuánta responsabilidad debería asumir realmente?».

Ninguna de estas razones estaba ayudando a Mayers a alcanzar la *aceptación* en esta sesión. Así que, si no podía aceptar estos pensamientos alternativos específicos, Neil tendría que intentar algo más filosófico. Le dijo que este suceso ya formaba parte de él, como innumerables otros acontecimientos.

—Es importante estar *definido* por todo —dijo Neil—. No solo por este momento.

Y mientras Neil hacía esto, notó algo que le llenó de gran preocupación. Mayers no paraba de frotarse las muñecas que se había cortado en tres ocasiones desde la experiencia traumática.

—Están todos muertos y, injustamente, yo estoy vivo —dijo Mayers, y luego abrió los ojos. Había salido de la hipnosis—. Lo siento, mi mente está siendo bastante terca hoy. Tiende a hacer eso. Especialmente cuando hace tanto calor.

—Debería dejar que le saque de la hipnosis correctamente, doctor Mayers...

—¿Y arriesgarme a que llegue tarde a su próxima sesión? —Mayers señaló con la cabeza el reloj en la pared. Seguía frotándose las muñecas.

—No tengo otra sesión.

—Bueno, me temo que yo sí tengo que estar en otro sitio. No se preocupe, Dr. Solomon, soy un veterano en esto. Entrar y salir de la

hipnosis es como encender y apagar la televisión. No se tome mi mente obstinada como algo personal.

—Dr. Mayers, ha repetido la afirmación: *están todos muertos y, injustamente, yo estoy vivo*, varias veces. Esto sugiere que sigue creyendo que su vida es injusta. Eso me deja... preocupado.

—Bueno, no lo esté. He dicho esta frase, bajo sugestión, miles de veces. La he cuestionado repetidamente. No ha descubierto nada nuevo hoy.

—Pero usted ha hecho tres intentos contra su vida hasta la fecha, y ahora ha hecho esta sugerencia hoy. Me preocupa que pueda ser un peligro para sí mismo.

—¡*Tonterías!* —Mayers se puso en pie—. Me cae bien, Dr. Solomon. Mi primera impresión sobre usted es acertada. Y soy amigo íntimo del Dr. Adams, como bien sabe. Él le permitió tratarme primero por razones obvias. Queremos que experimente una resistencia obstinada. Una resistencia que no puede ser derribada, ni siquiera mellada, en una primera sesión. Si desea informar que soy un peligro para mí mismo, adelante, pero si quiere presentarse como objeto de burla ante Martin en su primer día, no diga que no se lo advertí. Ahora, joven, déme la mano y permítame acudir a mi cita para cenar.

61

Yorke envió un mensaje de texto a Patricia asegurándole que estaba aguantando a pesar de los impactantes acontecimientos de la mañana. Realmente debería haberla llamado, pero tenía que dirigir una reunión informativa en cuestión de minutos y no quería arriesgarse a las lágrimas manteniendo una conversación íntima con su esposa.

Como siempre, Yorke fue el primero en llegar. Caminaba de un lado a otro al frente de la sala de investigación mientras los agentes iban entrando. Muchos parecían cansados y afectados, después de haber completado ya un largo turno. HOLMES rebosaba de nueva información. En los últimos treinta minutos, desde que concluyó la entrevista con Chloe, ya le habían puesto al día sobre algunos de los hechos más relevantes.

Habían encontrado a Debbie Lang, la madre suplantada por Chloe, bajo los efectos de drogas. Ya había recuperado suficiente compostura para explicar que la jeringuilla vacía que yacía a su lado no era suya, y que tenía un vago recuerdo de haber abierto la puerta a un anciano de aspecto amable. También había notado su bigote blanco inusualmente largo. Este hombre, que Yorke sospechaba era el Conducto, había afirmado ser de Servicios Sociales, y que estaba allí para hacer seguimiento a una preocupación reportada por la academia. Al principio, Lang se había sorprendido, pero luego él le había ofrecido palabras tranquilizadoras. Le había dicho que solo era una charla, que estaba

de su lado y que nada grave saldría de todo esto. Su identificación parecía muy auténtica. Ella no recordaba haber prestado atención a su nombre. De hecho, recordaba muy poco de los siguientes minutos. La habían forzado al suelo y la habían pinchado con esa aguja. Los técnicos forenses estaban actualmente examinando la escena en busca de fibras y pruebas. Se estaba llevando a cabo el habitual puerta a puerta. Las cámaras de CCTV de la zona estaban siendo analizadas para detectar entradas y salidas.

Los agentes que entrevistaban al personal de la escuela ya habían identificado a la filtración como Julia Hayder, madre soltera. Era la asistente personal de la directora y se había derrumbado inmediatamente, admitiendo sus acciones incluso antes de que el interrogatorio hubiera realmente comenzado. Su calvario había empezado cuando una foto de su hijo de trece años fue introducida en su buzón la noche de un domingo. La foto tenía una dirección de correo electrónico y un mensaje garabateado en el reverso. Las instrucciones habían sido claras: todas las citas que Amanda Werrell tuviera programadas para la semana siguiente debían ser enviadas por correo electrónico a la mañana siguiente. El remitente había mantenido la amenaza tradicional:

> Haz lo que se te ordena o te quitaré a tu hijo. Informa a la policía y te quitaré a tu hijo.

Había seguido las instrucciones y luego recibió una respuesta a su correo electrónico al día siguiente:

> Si cambia alguna cita y no lo envías por correo, te quitaré a tu hijo.

Los analistas estaban actualmente intentando rastrear la respuesta del correo electrónico hasta una ubicación.

El uso de personal en Wiltshire estaba en su punto más alto. Un agente de policía muerto, otro en cuidados intensivos, una directora

mutilada y una chica de instituto desaparecida ciertamente lo justificaban.

Yorke caminaba de un lado a otro frente al panel, examinando las imágenes tanto de la Operación Otoño como de la Operación Coldtown, que se habían fusionado en una sola mezcla tóxica. Luego, usó blu-tack y añadió una foto de Chloe. Tenía otra hoja de papel A4 en su mano, doblada. Comenzó a desplegarla, sopesando si colocarla también en el panel. Decidió que no y la mantuvo pegada a su costado.

Finalmente, los agentes estaban reunidos. Dawson de HOLMES y su homóloga femenina tenían sus portátiles zumbando y listos para funcionar.

Notó que el olor del verano era fuerte aquí. Un aroma floral había entrado desde el exterior y se había mezclado con el penetrante olor corporal de la gran multitud. Sentado justo en medio de la multitud con los brazos cruzados, con aspecto achaparrado y presuntuoso, estaba Parkinson.

Yorke sintió que su irritación aumentaba. Si ese cretino opositor comenzaba a hacer comentarios, como había hecho en las dos reuniones anteriores, Yorke no estaba seguro de poder contenerse.

Asintió hacia Jake, quien pasaba su mano hacia adelante y hacia atrás sobre su corte de pelo militar, claramente no acostumbrado a él. Topham estaba de pie junto a él al frente, mirando a Yorke, negando con la cabeza, indicando que Neil aún no había llegado. Yorke miró hacia su otro lado donde habría pedido a Gardner que se situara. Hizo una mueca.

Comenzó atenuando las luces, encendiendo el proyector y mostrándoles a todos el metraje de CCTV de la escuela del violento ataque tanto a Werrell como a Gardner. Nadie habló. Muy pocos agentes *parecían* respirar. Todo estaba mortalmente quieto. Yorke sintió que las lágrimas le picaban los ojos. Decidió que ya no le importaba cómo se veía. Al menos si se notaba, lo considerarían humano. *¿Realmente era llorar tal debilidad?*

El silencio continuó durante segundos después de que Yorke detuviera el metraje. Les estaba dando tiempo para asimilarlo, para

presionarles sobre la importancia de, en palabras de Madden, cerrar este *puto* caso.

Los segundos parecían minutos. Algunos agentes miraban fijamente la mesa.

—Estamos cayendo como moscas —dijo Parkinson.

Yorke aspiró bruscamente por la nariz. Fue claramente audible. La mayoría de los agentes mantuvieron la mirada baja. Algunos tomaban notas. Algunos miraban sus relojes.

Parkinson, con los brazos aún cruzados, miraba directamente a Yorke.

Topham se colocó junto a Yorke y respondió a Parkinson:

—¿Y cuál es su punto, agente Parkinson?

Parkinson se encogió de hombros. Yorke miró a Topham con gratitud porque su propia respuesta a ese comentario probablemente habría causado problemas. Desvió la repentina irritación y el aumento de adrenalina hacia poner en marcha la sala de incidencias. Este era el corazón palpitante de la investigación y, ahora más que nunca, este corazón necesitaba latir.

Yorke se movió alrededor del mural, conectando los hilos del caso. Proporcionó los antecedentes sobre el reclutamiento de Chloe, Sturridge y Severance por un hombre llamado el Conducto. Explicó que muchos de los sucesos revelados por Chloe en la sala de interrogatorios habían sido corroborados por Sylvia y varios otros testigos del edificio ocupado. Muchos de estos testigos recordaban al Conducto. Muchos de ellos habían pasado tiempo a solas con él después de que pagara por sus servicios. Nunca mantuvo relaciones sexuales con ninguno. Solo les preguntaba sobre su pasado. Cuando regresaba, normalmente pedía a alguien diferente.

—Obviamente no estaban lo suficientemente dañados para él —dijo Yorke—. Así que siguió volviendo hasta que encontró a los tres que quería.

—En este punto voy a cederle la palabra al inspector Topham para que os explique el CACD. Os sugiero tomar notas. Hay mucho que asimilar aquí.

Topham les explicó la práctica del CACD de manera similar a como lo había hecho con Yorke anteriormente en la oficina. Al

mismo tiempo, Yorke escribió la lista en la pizarra con rotulador permanente, poniendo en mayúscula la inicial de cada palabra para deletrear el acrónimo.

Curación
Aceptación
Compartir
Desplazamiento

Willows hizo una pregunta. —¿No sería razonable suponer que este Martin Adams, fundador del CACD, es el Conducto?

Yorke dijo: —Es una muy buena pregunta, detective Willows. Volveremos a eso en un momento.

Rodeó con un círculo la palabra *Aceptación*. —Consideremos esto la fase uno del proceso. No tengo idea si ellos realmente se refieren a esto de esta manera, pero hasta que tengamos a nuestro experto —hizo una pausa para mirar a Topham, quien le respondió con un encogimiento de hombros—, lo consideraremos fase uno. Creo que él logró la fase uno, *aceptación*, de manera directa en el edificio ocupado. Regresaba una y otra vez para sesiones con ellos, mientras su proxeneta, Alex Drake, simplemente asumía que estaban manteniendo relaciones sexuales. No es que a Alex le importara de todos modos, ya que el Conducto seguía pagando por su tiempo. Así, en el edificio ocupado, utilizando visualización, hipnosis y técnicas de TCC, les ayudó a aceptar sus traumas pasados. En consecuencia, comenzaron a confiar en él, por lo que pudo convencerlos de irse con él. A su casa.

Yorke explicó cómo el Conducto mantuvo esta parte del viaje en secreto llevándolos en el maletero de su coche.

Luego rodeó con un círculo la palabra *compartir*. —Aquí es donde las cosas se vuelven más inquietantes. Fase 2. Ahora, quiero que consideréis lo que el inspector Topham acaba de contaros sobre *compartir*. Suena muy tradicional, ¿verdad? Personas *compartiendo* traumas pasados en grupos, utilizándose mutuamente para apoyo, compasión y empatía. Después de interrogar intensivamente a

Chloe, y enfatizo lo de *intensivamente*, hemos descubierto que tiene una comprensión bastante infantil del mundo. Su capacidad para comunicarse, como podéis imaginar, es limitada. Pero su confesión indica que la Fase 2 es donde el Conducto comenzó a adaptar el enfoque normal del CACD.

Hizo una pausa para dar un sorbo de agua y respirar profundamente.

Señaló las tres fotografías. —Todos *compartieron* sus aflicciones. *Literalmente.* No solo a través de visualizaciones, sino también físicamente.

Hubo un momento de charla nerviosa. Yorke dejó que pasara, y luego elaboró. —El trauma de Christian Severance fue la pérdida de su lengua. Chloe y Sturridge han compartido esto. El de Chloe fue la pérdida de fertilidad. De nuevo, esto es compartido por Severance y Sturridge, supongo que a través de vasectomías. Finalmente, Sturridge fue violado —hizo una pausa, todos los ojos en la sala estaban sobre él—, y por lo tanto Severance y Chloe también fueron violados por el Conducto.

—Enfermizo —dijo Willows.

—Así que —dijo Yorke—, podemos suponer que el Conducto está adaptando la técnica CACD de Adams fuera de un entorno científico. Lo que nos lleva a la Fase 3. —Rodeó con un círculo *desplazamiento*.

Levantó una mano y señaló hacia la pizarra, y todas las víctimas mostradas en ella.

—Este es el *desplazamiento*. Se acabó el entorno controlado en el que el psiquiatra utiliza visualizaciones para realmente desplazar su dolor hacia otros para ofrecer un alivio temporal. Esas visualizaciones se volvieron muy reales.

—Así que —dijo, señalando las fotografías de Simmonds, Long y luego Werrell—, sabemos por qué se les extirparon las lenguas.

—¿Para ofrecer alivio a Christian Severance? —dijo Jake.

—Sí. Y podemos suponer que Alex, el proxeneta que violó a Sturridge, también ha experimentado este *desplazamiento*. En qué forma, solo podemos hacer hipótesis, pero Sturridge nos ha informado que está muerto. Chloe, cuando la interrogué, no conocía los detalles específicos de su destino.

—¿Y el agresor de Chloe? ¿El que causó el aborto?

—Ya lo comprobé —dijo Yorke—. El destino se les adelantó. Estuvo involucrado en un accidente de tráfico mortal hace cinco meses.

—Suerte para él —dijo Parkinson—. Probablemente evitó una muerte más espantosa.

—Y en todo esto —continuó Yorke—, Susie Long sigue desaparecida.

Topham dijo: —Y ahora realmente no parece bueno.

—No —dijo Yorke—. Si asumimos que Severance sabe que su plan para conseguir que Long se extirpara la lengua tuvo éxito, no tendría más necesidad de ella.

—¿Podría liberarla? —dijo Willows.

Todos la miraron fijamente. Nadie le concedió una respuesta.

Un oficial llamado Prior dijo: —Pero señor, ¿por qué todos estos individuos se tomarían tantas molestias para sanarse a sí mismos de una manera tan bárbara y compleja solo para pasar el resto de sus vidas en la cárcel?

—Es una buena pregunta —dijo Yorke—, y una que no puedo sacar de mi cabeza. Se entregaron con demasiada facilidad. ¿Por qué? Chloe y Sturridge permanecieron en las escenas del crimen. Estoy de acuerdo, tiene poco sentido.

—Tal vez piensan que la verdadera sanación no se puede lograr —dijo Jake—. ¿Quizás simplemente se están rindiendo?

—Podrían creer —dijo Topham—, en su retorcida manera, que si el proceso funciona, ellos son la *evidencia* de que funciona. Quizás el Conducto se está regodeando en el éxito de su programa CACD adaptado y quiere demostrar que es exitoso.

—Creo que esta es la explicación más probable —dijo Yorke—. Debemos asumir que es un médico. La investigación lo es todo, y luego las pruebas son su pan de cada día. Además, no olvidemos que Severance sigue ahí fuera, lo que significa que aún no ha terminado.

—¿Y si hay más reclutas? —preguntó un agente desde el fondo de la sala.

—Las entrevistas en los okupas, que todavía están en curso, sugieren lo contrario. Estos son los tres reclutas. A menos que haya reclutado en *otro lugar*, pero aún no tenemos pruebas de ello.

Hizo una pausa para tomar otro sorbo de agua. Notó que Parkinson susurraba algo al oído de un compañero, y sonreía con suficiencia. *Ya está bien*, pensó Yorke. *Voy a hablar con él después de esta reunión*. Yorke se dio cuenta de que estaba apretando el puño. Avergonzado, por si alguien lo notaba, lo metió en el bolsillo.

—Los cometidos están preparados, pero puedo deciros cuál es la prioridad ahora mismo. —Levantó la hoja A4—. Chloe es toda una artista. Este es el Conducto.

En el papel había un hombre corpulento, inclinado sobre un escritorio, sonriendo. Jake miró de cerca. —Nadie pasará por alto ese bigote.

Yorke dijo: —Pondré esto en el tablón después de que haya sido copiado, familiarizaos con la imagen. Antes, la agente Willows me preguntó si deberíamos entrevistar a Martin Adams. Y sí, lo haremos. Pero después de ver una imagen de Adams antes, no creo que él sea el Conducto. No se parece en nada al hombre de esta imagen. Sin embargo, necesitamos ver a Adams inmediatamente porque el Conducto puede estar conectado de alguna manera con el equipo CACD.

Fue en ese momento cuando Yorke notó que Parkinson tenía su teléfono móvil fuera. Su oleada de irritación ya no pudo contenerse más. —*¡Agente Parkinson!*

La sala quedó en silencio. Parkinson levantó la mirada. Yorke comenzó a moverse hacia él.

Parkinson mostró confusión con el ceño fruncido, pero sus mejillas sonrojadas revelaban que estaba avergonzado.

Yorke se paró a un metro frente a él, dominando desde arriba al hombre sentado. Abrió los ojos, bajó la voz a un siseo. —Dame tu teléfono, agente.

—No, no voy a...

—¿Está desobedeciendo una orden directa?

—No, pero es inapropiado...

—*¡Ahora!*

Parkinson se lo entregó con mano temblorosa.

—En los colegios confiscan los teléfonos por interrumpir las clases, y lo que estamos haciendo aquí tiene una importancia mucho mayor. ¿Está de acuerdo?

Parkinson bajó la mirada. —Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, señor.

Yorke señaló a Parkinson. —Si vuelve a interrumpir mi sala de incidentes, le pondré una amonestación.

Abandonó la silenciosa sala.

62

De camino a ver al Dr. Martin Adams en la Universidad de Southampton, Yorke tomó la ruta panorámica para poder detenerse en un tranquilo camino rural. Alcanzó debajo del asiento y sacó un teléfono desechable. Hacía más de diez minutos que había enviado un mensaje a Harry.

> Llama a este número desde una cabina telefónica que esté al menos a quince minutos de tu casa.

Rápidamente llamó a Jake en su teléfono principal para decirle que llegaría un poco tarde a su cita en la universidad para ver a Adams. Mintió, diciendo que había tenido que parar y hacer cola para repostar. No tenía necesidad de contactar con Topham, porque lo había dejado en la comisaría esperando la llegada de Neil y coordinando al resto del equipo en sus tareas.

Después de cinco minutos, la frustración de Yorke aumentó. *¿Dónde estás, Harry?*

No quería tener que llamar a Jake para disculparse de nuevo.

Finalmente, el teléfono desechable empezó a sonar.

—¿Sí, Mike?

—Lo saben todo —dijo Yorke.

—¿Qué?

—Tu plan. Joan Madden me ha confrontado. Te están vigilando. La información que sonsacaste a dos de nuestros agentes ha sido

comprometida, y han sido suspendidos.

—*¿Qué? ¿Bradley? ¿Suspendido?*

Bradley. Un agente mayor, cerca de la jubilación, ahora tendría que adelantarla. Yorke conocía muy bien a Bradley y sus métodos de la vieja escuela.

—Sí. Exactamente, Harry. Tus esfuerzos siguen arruinando vidas. Y la ironía es que ahora tenemos la información para actuar *nosotros mismos*, así que te estoy diciendo que te retires, antes de que causes más problemas.

—No puedo hacer eso, Mike.

—¿De qué demonios estás hablando, Harry? Está hecho. Terminado. Madden y compañía te están vigilando.

—Bueno, gracias por el aviso. Me aseguraré de darles esquinazo más tarde.

—¡Pero lo saben! Probablemente llegarán a Proud antes que tú.

—¿Pero realmente lo saben? ¿De verdad lo han descubierto ya, Mike?

—Por supuesto.

—Entonces dime, Mike, ¿dónde está Proud?

Yorke golpeó el volante con el puño. —No lo sé, *pero* estoy seguro de que ellos sí.

—Bueno, me arriesgaré.

—Podría ir yo mismo a hablar con Bradley ahora mismo y conseguir la ubicación.

—Podrías, e incluso podrías llegar antes que yo, pero entonces ¿qué? Tendrías que admitir que estás trabajando conmigo.

—Aun así, me arriesgaré. Nadie lo creerá. Y haré cualquier cosa para evitar que cometas un asesinato.

—Me estoy muriendo de todos modos.

—Ese no es el punto.

—Sí que lo es. Tú estabas allí. Sostuve a mi mujer muerta en mis brazos. Estaba acribillada con perdigones. ¿No te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—Ahora tengo la oportunidad de hacer *algo* bien por una vez. De equilibrar la balanza.

—No la traerá de vuelta y no conseguirás mi perdón.

—Quizás no, pero lo intentaré. Adiós, Mike.

—Espera, Harry...

Pero el teléfono estaba muerto. Yorke golpeó el volante de nuevo. Se mordió el labio inferior para contener su ira. No quería que le oyeran. Salió del coche y se abrió paso entre unos arbustos, llevándose algunos arañazos en las manos. Finalmente, llegó a un estrecho riachuelo.

Comprobando que no hubiera nadie alrededor, destrozó el teléfono contra una roca, y dispersó los restos en la corriente.

63

Susie Long sentía que su mundo pulsaba como el corazón de una criatura demente.

Era consciente de que estaba en un salón, porque entre el caos hinchado y palpitante que la rodeaba, logró identificar un televisor y unos sofás.

El hombre corpulento con bigote atravesó aquella especie de sopa y se arrodilló frente a ella. Le limpió la cara con un pañuelo. Tardó un rato en recordar que era el mismo del coche de antes.

—Tranquila, Susie. La medicina puede hacerte babear al principio, pero pasará, igual que el mareo. Entonces podremos empezar.

—¿Qué está haciendo? —dijo ella.

—No entiendo ni una palabra de lo que dice, Susie, intente relajarse un momento.

—¡DÉJEME SALIR, JODER!

—Por favor, cálmese. La mitad de su boca no se mueve en este momento. Quizás sienta que está hablando, pero le aseguro que no es así.

Empezó a llorar, pero al igual que con el habla, no estaba segura de si realmente estaba ocurriendo. Nunca se había sentido tan *disociada*.

—Por favor, asiente con la cabeza si puede entender lo que le estoy diciendo, Susie.

Supuso que había conseguido asentir porque él continuó hablando.

—Me llamo el Conducto. Soy un canal. Me convierto en la pieza que falta dentro de las personas, y permito que los pensamientos, sentimientos y comportamientos fluyan a través de mí y dentro de ellas. Asiente si lo entiende.

Asintió de nuevo.

Él le inclinó la cabeza para que pudiera ver a Severance sentado en el sofá. Tenía una pierna cruzada sobre la otra y se acariciaba la barbilla mientras observaba. Se presentaba de manera casi profesional, como un médico, y no como un asesino despiadado que había castrado a aquel hombre en el ataúd de plástico.

—Ya conoce al Dr. Severance, por supuesto. ¿Sabía que fue un médico de éxito? Logró mucho en su corta carrera.

Severance apartó la mirada.

—Y habría logrado mucho más si su padre no le hubiera destruido la cara. Pero usted ya sabe todo esto, ¿verdad? Si no fuera por mí, Susie, ya estaría muerta. ¿Lo sabía?

Ante tal comentario, esperaba que su corazón latiera desenfrenadamente. El hecho de que siguiera palpitando lentamente en su pecho la hizo sentirse aún más inestable. Todo estaba en contradicción consigo mismo.

—Repetiré la pregunta: ¿lo sabía?

Susie negó con la cabeza.

—Así que la he salvado, y me debe algo. Espero que con algo de tiempo juntos, con un poco más de mi medicación, pueda ayudarme a avanzar en mi investigación. ¿Le parecería bien?

—No... quiero irme a casa.

El Conducto negó con la cabeza y chasqueó la lengua. —He entendido su negativa, pero no lo que ha dicho después. —Levantó una jeringa—. ¿Será necesario administrar más de esta medicina? Esperaba que no fuese necesario. —Le sujetó el brazo y orientó su muñeca hacia arriba, en dirección a él.

Intentó apartarla, pero no se movió. No estaba segura de si era por la firmeza de su agarre o por su falta de control motor.

Negó con la cabeza. —No más.

—Bien —dijo el Conducto, soltándole el brazo.

Se estremeció, o al menos creyó estremecerse, cuando se dio cuenta de que Severance ahora estaba de pie detrás del Conducto. Se acariciaba la maraña de cicatrices y marcas que se retorcían alrededor de su boca como garras de animales delgadas.

—Hay oscuridad en todas nuestras vidas, Susie. *Tanta oscuridad.* Nadie está exento. Eso es lo que he aprendido a lo largo de los años, a través de mis propias experiencias y las innumerables experiencias de otros. En lugar de intentar siempre sofocar la oscuridad, alejarla, contenerla... a veces necesitamos abrazarla. La sensación de libertad que surge de eso es indescriptible. Pregúntele al Dr. Severance, que está detrás de mí.

Miró hacia arriba y él estaba asintiendo.

—Así que voy a ayudarle a encontrar esa oscuridad dentro de usted.

Sacó un pequeño artilugio de su bolsillo y lo encendió. Producía una luz de destello lento. —Para hacerlo, debo hipnotizarla. Las drogas en su sistema ayudarán con esto. Si da su consentimiento, el impacto será más poderoso. Déjeme ser su conducto, Susie, déjeme encontrar la oscuridad dentro de usted, y permítame ayudarla a abrazarla. ¿Da su consentimiento, Susie?

No podía identificar la razón exacta por la que asintió. Podría haber sido la voz del Conducto, que era reconfortante y protectora como la de su padre tantos años atrás. Podría haber sido el hombre cicatrizado intimidándola. Posiblemente, fueron las drogas enredando su sistema en nudos.

Habiendo dado su consentimiento, el Conducto sostuvo la luz parpadeante frente a sus ojos.

64

Con gafas de sol puestas, Christian Severance dejó al Conducto con su trabajo. Su tiempo, al igual que el de Chloe y Sturridge, estaba llegando a su fin. Miró su reloj, fijándose en la hora. Su plan final ya se había puesto en marcha, las moscas estaban siendo atraídas, y él, la araña, necesitaba asegurarse de estar allí, con tiempo de sobra, para activar la trampa.

Mientras descendía por el sendero, disfrutaba del sol. El Conducto, hacía tan solo unos momentos, se había referido extensamente a la oscuridad en sus vidas. Y tenía razón, Severance había experimentado más que su parte justa. La luz, el resplandor ardiente, era algo que saborear en estas horas finales.

Se rascó el muslo. Tenía un picor allí que estaba empezando a molestarle de verdad.

Cuando entró en su coche al final del camino de entrada, sacó su cartera del bolsillo interior y miró una fotografía.

Siempre que tenía alguna duda sobre si estaba haciendo lo correcto, miraba esta fotografía.

Arrancó el coche. Era hora de terminar lo que había comenzado.

65

Para ser un hombre de tanto éxito, que estaba rompiendo nuevos horizontes en el mundo de la psiquiatría, a Yorke le sorprendió lo pequeño que era el despacho del Dr. Martin Adams. Sobre la mesa había un par de tazas de té a medio beber, pilas de apuntes de conferencias y ensayos, y un viejo ordenador de sobremesa que zumbaba más fuerte que el ventilador en la esquina de la habitación. Sí, todavía daba clase, pero seguramente su fama, obras publicadas y tratamiento de tantos pacientes le habrían proporcionado una cantidad razonable de dinero, ¿no? ¿Quizá esto era todo lo que una universidad ofrecía a una mini-celebridad?

Yorke seguía alterado por su llamada telefónica con Harry, que había terminado abruptamente y sin resolución. Sabía que su único curso de acción era localizar al agente suspendido, Bradley, y obtener la información que había llevado a Harry hasta Proud. Sin embargo, no podía hacerlo ahora mismo. Entrevistar a Adams era la prioridad número uno. No abordar esto primero parecería demasiado obvio para Madden y sus otros colegas. Yorke sentía que se le acababa el tiempo en ambas situaciones. Se sentía asfixiado.

No solo el entorno era una sorpresa, sino también el hombre en sí. Era un tipo nervioso, que movía papeles y tazas de té para despejar espacio, murmurando:

—Disculpen el desorden, agentes.

Finalmente, tomó asiento frente a ellos. Se quitó las gafas y mordisqueó una patilla mientras escuchaba el motivo por el que

Yorke y Jake estaban allí. Yorke le felicitó por su éxito con el CACD y le preguntó por qué no estaba recibiendo más reconocimiento y recompensa.

—Siempre lleva tiempo que la gente se dé cuenta del impacto de las técnicas más nuevas. El CACD ha sido un proceso largo y arduo —sonrió—. Pero uno que he disfrutado. Nunca he sido una persona que se precipite hacia el éxito, inspector Yorke. Llegará a su debido tiempo.

Te darás cuenta de que no llegará pronto cuando te explique por qué estoy aquí, pensó Yorke. —¿Ha oído hablar de un hombre llamado Christian Severance?

—Me temo que no.

—¿Chloe Ward o David Sturridge?

—No, y no otra vez, agente.

—Acabo de conocer los principios básicos del CACD hoy, Dr. Adams, y como pronto sabrá, mi conocimiento es justamente eso... básico. ¿Podría decirme cuántos pacientes han sido tratados con el CACD?

—¡Cientos, por supuesto!

—Entonces —dijo Jake—, ¿es posible que Chloe Ward y David Sturridge fueran tratados con el CACD?

—Supongo. Podría comprobarlo, pero sospecho que la respuesta seguirá siendo la misma. Mi memoria es excepcional. He examinado mis casos de estudio al milímetro.

—¿Cuántas personas hay en su equipo? —dijo Yorke.

—Ocho en total.

—Necesitaremos hablar con todos ellos. Hoy, si es posible.

—Por supuesto, les daré sus nombres. Cinco están en el campus. Tres están fuera del campus hoy. También tengo un nuevo miembro que empieza hoy...

—¿El Dr. Neil Solomon? —dijo Yorke.

—Sí... es correcto. Ha hecho sus deberes.

—Sí.

—Entonces, ¿va a decirme *por qué* este repentino interés en el CACD?

Yorke y Jake se miraron. Esta era siempre la parte más difícil. Revelar la información importante, pero no toda. Los filtros de control debían mantenerse en su lugar. Cuando la gente se acercaba a ellos con información, tenían que asegurarse de que la información fuera fresca y no estuviera contaminada por conocimientos que se habían retenido estratégicamente.

—Tenemos motivos para creer que se ha cometido una serie de crímenes utilizando el tratamiento CACD.

Adams alzó una ceja y negó con la cabeza. —No entiendo. Eso suena... ridículo.

—¿Conoce a alguien llamado el Conducto?

—¿El qué? ¿El Conducto? No, por supuesto que no.

Yorke explicó cómo el CACD podría haber sido adaptado de manera similar a como se había explicado en la sala de incidentes en la sede. Omitió nombres y crímenes específicos. Adams palideció y comenzó a temblar.

—Entonces, ¿esto está relacionado con lo que le sucedió a ese agente de policía, el detective Ryan Simmonds, y a esa directora de escuela, Amanda Werrell?

Yorke miró a Jake y luego de nuevo a Adams. —Sí que tiene usted buena memoria para los nombres.

Adams asintió. Se quitó las gafas, se puso de pie y suspiró. Luego comenzó a dar vueltas detrás de su escritorio, deteniéndose ocasionalmente para mirar por su pequeña y sucia ventana.

—La adaptación de la práctica médica no es nada nuevo. Pero nunca he oído hablar de algo tan... bárbaro. Habría que remontarse a la época victoriana para encontrar acciones tan despreciables.

—¿Así que no tiene idea de quién podría ser el responsable de esto?

—No, pero espero que los encuentren y los detengan pronto, porque parece que los últimos tres años de mi trabajo están a punto de arder en llamas.

Yorke miró a Jake y luego sacó la imagen del Conducto dibujada por Chloe.

—¿Reconoce a este hombre?

Adams se giró hacia un lado, se tapó la boca por un momento y tuvo una fuerte arcada, luego, vomitó en el suelo.

66

Susie Long podía sentir al Conducto en su cabeza. No solo su voz, que parecía variar esporádicamente entre lo hipnótico y lo reconfortante, sino más bien a *él* - todo su ser.

Como resultado de esto, él fue capaz de arrastrarla de vuelta a su recuerdo más oscuro.

Susie recordaba tener solo ocho años en este recuerdo, pero ella aún no había hecho acto de presencia. Él los había llevado a esta habitación antes de lo que ella originalmente había estado allí. Miró al Conducto, que estaba de pie junto a ella en la visualización. Le recordaba a un espíritu de *Cuento de Navidad*, mostrándole a Scrooge el camino hacia la iluminación.

La habitación estaba bien iluminada. Las ventanas estaban abiertas, permitiendo la entrada del aire fresco. Las cortinas ondeaban suavemente.

Como habían llegado temprano, su querida abuela aún estaba viva. Su respiración era superficial, y entraba y salía de la consciencia con frecuencia, pero la mujer que había sido una parte tan importante de la vida de Susie hasta ese momento todavía estaba presente.

Susie se acercó. Podía sentir al Conducto a su lado, pero él se detuvo a los pies de la cama, mientras ella rodeaba el lateral para mirar el rostro de su abuela. Estaba dormida, soñando durante sus últimos momentos. Susie miró hacia el Conducto. Él le ofreció una expresión comprensiva.

Luego, miró por encima de la cama a su tío Roland. Estaba preparando una jeringuilla.

Le dijo que se detuviera, pero no sirvió de nada, porque ella aún no estaba físicamente allí. Su verdadero yo estaría, más o menos ahora, saliendo del salón de su abuela donde otros miembros de la familia esperaban su turno para pasar unos últimos minutos con ella. Todos esperaban que muriera esta noche, nadie, excepto su tío, esperaba que terminara en este preciso momento.

Lo estaba haciendo *por* ella, se dio cuenta, para aliviar su gran sufrimiento.

Pero, aun así, a pesar de su gran dolor, se sentía incorrecto. No solo su tío estaba jugando a ser Dios, sino que estaba asumiendo una carga que no debería.

Entonces, lo intentó de nuevo, decirle que parara, pero él no la escuchó, *no podía* escucharla, y empujó la aguja en su brazo. En ese momento, Susie de ocho años entró en la habitación. Vio a su yo más pequeño mirar a su tío con sorpresa. —¿Qué estás haciendo, tío Roland? ¿Qué le estás poniendo a la abuela en el brazo?

Su tío retiró la aguja y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Hizo un gesto a la pequeña Susie para que se acercara y la rodeó con un brazo. Agarrando juntos la mano de su abuela, la vieron tomar sus últimas respiraciones, y desaparecer.

La Susie mayor habló al Conducto en la visualización. —No entendí completamente lo que había presenciado entonces. No fue hasta años después cuando me di cuenta. Pero lo acepté. La quería, y fue un acto de piedad. Lo hizo porque la amaba y su dolor lo estaba destrozando.

67

Mayers observó a su paciente que babeaba. Había entendido la mayor parte de lo que acababa de decir. Su cóctel, que incluía una dosis más alta de dietilamida del ácido lisérgico de la que solía utilizar, casi la había reducido a un despojo incomprensible, pero ahora, se volvía más coherente.

Esto, por supuesto, le emocionaba. Estaba delicadamente equilibrada entre la claridad y el desorden, haciéndola increíblemente maleable. Ella le había permitido acceder al lugar de su trauma, y en circunstancias normales, ahora trabajarían en la *aceptación*. Pero esto nunca había sido sobre circunstancias normales y, además, ella ya había *aceptado* el trauma.

Así que tendría que trabajar en deshacer esa *aceptación*.

¿Cómo podría denominar esta técnica? ¿Rechazo?

Trabajaría para que ella *rechazase* su trauma, y luego, cuando estuviese en su punto más bajo, podría *alterar* su comportamiento.

Pasó los dedos por su bigote. *Podría llevar mucho tiempo*.

Miró su reloj. Severance regresaría al principio de la tarde.

Lo que significaba que tenía un par de horas para matar.

68

El Dr. Neil Solomon estaba sentado solo en su coche observando la casa a la que había seguido a Mayers, sintiéndose cada vez más poco profesional con cada segundo que pasaba.

Había aparcado varias casas más atrás, en el lado opuesto de la calle, protegiéndose con el aire acondicionado. Si no lo hiciera, ya estaría dormido. El indicador de temperatura exterior de su coche marcaba treinta y cinco grados.

No podía creer que esto estuviera ocurriendo, pero este hombre, Mayers, le había asustado. Tres intentos de suicidio previos junto con una sesión de terapia desastrosa no podían ignorarse.

¿Era esto una prueba de Adams? ¿Se suponía que debía informar a Adams sobre Mayers como riesgo de suicidio para demostrar que sabía lo que estaba haciendo?

O, ¿había sido Mayers preciso en su advertencia de que Adams lo vería como algo ridículo y le condenaría a empujar papeles en un cuarto trasero hasta que su contrato expirase?

De cualquier manera que lo mirase, estaba seguro de una cosa: seguirle hasta su casa para comprobar su estado era poco profesional y peligroso.

Sin embargo, dos cosas le habían mantenido clavado en el sitio. En primer lugar, Mayers había cerrado las cortinas del salón cuando llegó a casa. ¿Por qué? Era un día caluroso y soleado. Por supuesto, podría haber miles de razones: ¿quizás la luz daba en la pantalla de

su televisor? Pero aun así, había sido suficiente para enviarle otra descarga de adrenalina y mantenerle anclado allí por más tiempo.

Luego, estaba el hombre que se marchó. ¿Quién era? El expediente de Mayers le pintaba como una especie de recluso con muy poca familia. No tenía hijos, y su esposa le había dejado hace mucho tiempo. ¿Era esta una nueva pareja? ¿Era Mayers homosexual? De nuevo, podría haber miles de razones, pero su curiosidad se había despertado aún más.

Pero tenía que decidirse tarde o temprano: marcharse o comprometerse con la ridícula tarea de llamar a la puerta de Mayers. Repasó el escenario. Tendría que admitir que le había seguido, luego tendría que afirmar que era por bondad de su corazón, y finalmente, tendría que rezar para que Mayers no le denunciara.

¡Maldita sea! ¿A esto te llevaba la paranoia?

Su teléfono sonó. *Mark Topham* apareció en pantalla.

—Mierda.

No había olvidado por completo que tenía que ir a la comisaría. ¿Cómo podría? Eso en sí mismo había sido una petición curiosa, y en circunstancias normales, habría salido disparado hacia allí. Pero estas no eran circunstancias normales.

Sin embargo, ver ahora el número de su compañero, le envió una bala de culpabilidad, que se sumaba al catálogo de neurosis ya acumulado.

—A la mierda —dijo.

Salió de su coche, lo cerró con el mando a distancia y se dirigió a la puerta principal de Mayers.

69

Después de que el Dr. Adams dejara de vomitar, comenzó a llorar e identificó al hombre representado por la talentosa mano de Chloe como el Dr. Louis Mayers.

—Pero... debe haber algún error —dijo mientras se limpiaba el vómito de las comisuras de la boca con un pañuelo—. Está con nosotros desde el principio. Fue el primer paciente —movió el pañuelo hacia las lágrimas—. Y... es mi amigo. ¿Quién dibujó eso?

—Una víctima del Conducto. Creo que esta representación es precisa —Yorke se volvió hacia Jake—. Inspector Pettman, ya sabe qué hacer. Déjeme terminar aquí. Únase al equipo, pero recopile toda la información posible sobre este hombre mientras va de camino.

—Sí, señor. —Jake solicitaría la Respuesta Armada en casa de Mayers. Ahora había motivos claros para creer que Susie estaba allí, y su vida corría peligro. Jake abandonó la habitación sin más comentarios, tenía que regresar a Salisbury a toda prisa.

Yorke dijo:

—Cuéntenos todo lo que pueda, Dr. Adams. Tenemos una situación aquí, basada en su proyecto, y se ha descontrolado.

Yorke tomó notas mientras Adams le contaba todo lo que sabía. El Dr. Mayers fue la primera persona a la que había tratado hace tres años. Su experiencia había sido particularmente traumática: un tiroteo en su consulta que resultó en la muerte de pacientes y trabajadores de oficina. Habían logrado avances revolucionarios. Fue

su tratamiento lo que hizo que Adams creyera que todo era posible.
—Si no fuera por él, no habríamos llegado tan lejos.

—Si no fuera por él —dijo Yorke—, yo no estaría sentado aquí.

Describió su relación en profundidad. —Es brillante, ¿sabe? El mejor psiquiatra con el que he trabajado jamás. Su sabiduría, entusiasmo y, lo más importante, su *creatividad* son incomparables.

Adams evitaba el contacto visual. Estaba destrozado, las normas sociales se habían esfumado.

—Míreme, Dr. Adams, y escuche con atención la siguiente pregunta.

Adams obedeció.

—¿Cree usted que era lo suficientemente creativo como para modificar, adaptar y, potencialmente, desarrollar su propio tratamiento a partir del suyo?

Adams suspiró. —¿No es esa la señal de cualquier buen médico?

70

No era como Susie lo recordaba. Las ventanas estaban cerradas. Las cortinas no se agitaban suavemente bajo una brisa acogedora. En su lugar, había un empalagoso olor a muerte.

Como habían llegado temprano al evento, su querida abuela aún estaba viva. Su respiración era superficial y entraba y salía de la consciencia frecuentemente, pero la mujer que había sido una parte tan importante de la vida de Susie hasta ese momento aún estaba presente.

Susie se acercó. Podía sentir al Conducto a su lado, pero él se detuvo a los pies de la cama, mientras ella rodeaba el lateral para mirar el rostro de su abuela. Estaba delgada y amarillenta. Susie miró hacia atrás al Conducto. Él le ofreció una expresión compasiva.

Luego, miró por encima de la cama a su tío Roland. Estaba preparando un cuchillo.

Le dijo que se detuviera, pero no sirvió de nada, porque ella aún no estaba físicamente allí. Su verdadero yo estaría, justo en ese momento, saliendo de la sala de estar de su abuela donde otros miembros de la familia esperaban su turno para pasar unos minutos finales con ella. Todos esperaban que muriera esa noche. Nadie, excepto su tío, esperaba que terminara en ese preciso instante.

Su abuela abrió los ojos y miró a su hijo. En cuestión de segundos, sus mejillas estaban húmedas de lágrimas. El tío de Susie miró a su madre con malicia.

Así que intentó de nuevo decirle que se detuviera, pero él no la escuchó, *no podía* escucharla, y mostró los dientes.

—Eres una zorra —dijo—. Siempre me hiciste sentir tan insignificante.

Puso la hoja en su garganta. Ella abrió mucho los ojos y miró a su hijo. —Te quería —murmuró.

En ese momento, Susie de ocho años entró en la habitación. Observó cómo su yo más pequeña miraba a su tío con sorpresa. —¿Qué estás haciendo, tío Roland? ¿Qué tienes contra el cuello de la abuela?

Él arrastró el arma sobre los pliegues sueltos de piel, y se escuchó un sonido de desgarro.

Hubo pequeños chorros de sangre de los débiles latidos de un corazón que se apagaba, y el rojo floreció en sus sábanas blancas.

Su tío retiró el arma y examinó la hoja ensangrentada mientras su madre emitía sus últimos gorgoteos a su lado. Cuando finalmente se quedó inmóvil, él se volvió hacia la pequeña Susie y le hizo un gesto para que se acercara.

Ella se dio la vuelta y corrió.

71

Mayers notó que Susie Long estaba sudando. Era un día extremadamente caluroso, pero aun así, aquel sudor excesivo seguramente provenía de su experiencia visceral y de la adrenalina que burbujeaba en su interior.

Después de terminar de guiarla a través de la visualización, sintió que había tenido éxito. Ella ya hablaba del suceso como si fuera una experiencia completamente real, en lugar de una obra de ficción.

Entusiasmado, la dejó en su estado de hipnosis inducido por las drogas y se preparó para iniciar de nuevo la visualización. No tenía ni idea de cuántas veces tendría que repetirlo para lograr el *rechazo* total de los acontecimientos reales, pero no le importaba. Era placentero y esto era lo que mejor sabía hacer.

Comenzó la visualización solo para ser interrumpido por unos golpes en la puerta.

72

Severance estaba sin aliento, pero satisfecho. Estaba hecho y había sido un éxito.

Mientras observaba su obra dentro de la pequeña unidad, se inclinó y se rascó el muslo. Hizo una mueca. Ahora empezaba a arderle.

Se detuvo en la puerta de su trastero y, instintivamente, extendió la mano hacia el interruptor de la luz, conteniéndose justo a tiempo.

No. Necesitaba luz. Se volvió una última vez y contempló los últimos hilos de su telaraña.

Dos voces colisionaron en su memoria.

Anthony Morris y Andrew Salton.

Severance sonrió. Aquí estaba la fase final de su *desplazamiento*.

Miró con desdén a las figuras postradas, observó la sangre en su camisa y abandonó la unidad.

73

Jake logró volver a tiempo para ver cómo llegaban los BMW X5. Respuesta Armada. Normalmente solo acudían cuando había informes de armas de fuego, pero a Jake no le resultó difícil conseguir que la superintendente Joan Madden lo autorizara en este caso. La vida de una chica de diecisiete años pendía de un hilo. No habría disputa por emitir el comunicado de prensa si ella no sobrevivía y no hubieran echado toda la carne en el asador.

Mientras Jake estaba sentado en el capó de su coche, notó que la luz disminuía, así que levantó la mirada hacia las nubes cúmulos redondeadas e irregulares. Una tormenta eléctrica no tardaría en estallar. No era algo malo. La humedad resultaba insoportable, y necesitaba llover, pero no quería quedarse atrapado en un aguacero. *Hay que terminar esto rápido*.

Los agentes de Respuesta Armada se congregaron frente al bungaló del Dr. Louis Mayers. No era el bungaló más bonito, consideró Jake. El hormigón se desmoronaba, y el tejado de tejas rojas estaba desigual y necesitaba reparaciones. Destacaba en una calle de propiedades bien cuidadas.

Un hombre pequeño apareció junto a la valla que recorría el perímetro del jardín al lado de Jake. Llevaba pantalones cortos y una camiseta, y sostenía en una mano una espátula manchada de grasa. Jake se fijó en la barbacoa que humeaba en el jardín del hombre.

—¿Qué está pasando? —dijo—. Hay muchos de ustedes aquí.

—Por favor, asegúrese de ponerse a cubierto, señor. Me gustaría que volviera a su casa.

—¿Por qué van armados los policías?

—Por favor, señor... si pudiera entrar.

Mierda. Jake notó que otros residentes comenzaban a salir a sus jardines delanteros para echar un vistazo. No se les podía culpar. Esto no era algo cotidiano en la calle Elm Grove.

Esperaba que no hubiera espectáculo. Esto tenía que salir sin complicaciones. Los teléfonos móviles ya empezaban a aparecer. Hizo una mueca al pensar lo hambrientos que estarían los periodistas por esas imágenes.

Bajó por la calle, ordenando a los residentes que empuñaban móviles que entraran en sus casas. Algunos regresaron a sus hogares, otros fingieron obedecer, pero se quedaron merodeando.

A sus espaldas, podía oír a los agentes armados golpeando la puerta del bungaló de Mayers y exigiendo que les abrieran. No lo estaban consiguiendo.

Jake se sobresaltó cuando los agentes derribaron la puerta principal de Mayers.

Varios residentes corrieron hacia sus casas.

Eso hizo efecto.

Se secó el sudor de la frente y se dio la vuelta, notando que una residente seguía de pie en su jardín. Mientras cruzaba la calle, levantó la palma de la mano en el aire, indicándole que abandonara su puesto de observación y entrara en casa.

Hizo una pausa cuando llegó al otro lado de la acera. *La reconocía.* Sintió una opresión en el estómago que amenazaba con explotar. Se agarró a una farola para mantener el equilibrio y respiró hondo.

Era su exnovia sociópata, Lacey Ray.

74

—Dr. Neil Solomon —dijo Mayers, mirando al psiquiatra desaliñado en su puerta—. Diría que me sorprende verle, pero realmente no es así.

—Sí, disculpe, Dr. Mayers...

Mayers le hizo callar con un dedo en los labios. —No se disculpe, doctor, sé por qué está aquí. ¿Cuándo ha sido un delito preocuparse por sus pacientes?

—Sí, perdóneme. Hace calor. Un calor *implacable*. Y es mi primer día... y sentí que nuestra sesión fue mal. Y estaba preocupado.

—¿Por mí? —Mayers extendió los brazos—. Como puede ver, estoy perfectamente. No sea tan duro consigo mismo. De hecho, ya que está aquí, doctor, puede ayudarme con algo.

—Por supuesto, lo que sea.

Mayers se apartó a un lado y dejó entrar a Neil en la casa. Cerró la puerta tras ellos. —Por aquí, por favor, la primera puerta a su izquierda. El salón.

Neil caminó delante de Mayers. —¿Con qué necesita mi ayuda?

—Con arreglar algo.

—De acuerdo... —Neil miró hacia atrás y sonrió—. ¡Le advierto que mis habilidades de bricolaje no son las mejores!

—No, no me entiende, necesito ayuda para arreglar a una paciente.

Neil se detuvo antes de llegar a la puerta, y se giró. —¿Tiene una paciente ahí dentro?

—Sí —dijo Mayers—. Una joven. Se llama Susie. Y está perturbada, y necesita ser arreglada.

—Pero, ¿usted ya no ejerce?

Mayers se encogió de hombros. —¿Qué se le va a hacer? Una vez médico, siempre médico.

Neil palideció. —Aun así. Esto no me parece correcto...

Mayers le hizo callar de nuevo. Suavemente. —Solo escúcheme. Esta chica ha sufrido inmensamente. ¿Sabe lo que presenció, doctor? Un asesinato del diseño más atroz. Su propia abuela, a quien adoraba, degollada por su tío, a quien también adoraba.

—Dios santo.

—Sí, y tenía ocho años.

Neil suspiró. —Qué cosa tan terrible de presenciar.

—Lo sé —dijo Mayers, asintiendo—, así que, aquí estoy, tratándola con CACD. Ya sé, inapropiado. Y, desde luego, cuando salga de esta casa, denúncieme. Estoy cansado. Tan, tan cansado. Pero primero, debe dejarme terminar lo que he empezado. Y puede ayudarme con eso, doctor, realmente puede. Ella ha *aceptado* y *compartido* su experiencia. Ayúdeme a terminar esto ahora. Ayúdeme con su *desplazamiento*.

—Pero mi formación en *desplazamiento* es limitada, doctor. Las instrucciones del Dr. Adams son claras. Debo perfeccionar mi enfoque de *aceptación* antes de practicar *compartir*. Es decir, ¿qué proceso está siguiendo para el *desplazamiento*?

—Conoce la *Ruta 4*, ¿verdad?

—Por supuesto. Visualizar la experiencia ocurriendo a otra persona, *compartir* verdaderamente la experiencia, y liberarse completamente de ese aplastante sentimiento de aislamiento. Es la cumbre del tratamiento. Pero es realmente el tratamiento más extremo, y solo se hace con meses de preparación, y varios profesionales.

—Por eso le he pedido ayuda.

—¡Pero ni siquiera estamos en un entorno clínico, doctor! Debo insistir, el tratamiento está en su infancia.

—Solo échele un vistazo primero, doctor, es todo lo que pido. Vea, y luego decida.

—Ya he decidido. —Suspiró, se giró y abrió la puerta—. Pero echaré un vistazo...

Mayers observó, y sonrió, mientras Neil corría hacia Susie Long, quien estaba recostada en el sofá, babeando. Murmuraba para sí misma, y sus párpados temblaban. Neil cayó de rodillas y le agarró las manos.

—¡Dios mío, doctor! Está sudando y temblando. Tiene que llamar a una ambulancia. ¿Qué ha pasado? *¿Qué le ha hecho?*

Mayers se acercó a Neil por detrás y se agachó lo suficiente para pasar su brazo izquierdo alrededor de su cuello. Luego, con su muñeca derecha, aplicó tanta presión en la parte posterior de la cabeza de Neil como fue necesario para cortarle el suministro de sangre.

—La rompí.

Neil intentó luchar, y se retorció en la llave de cabeza durante unos momentos, pero Mayers era fuerte, y no pasó mucho tiempo antes de que perdiera el conocimiento.

—Y ahora voy a arreglarla.

75

—¿Estás bien?

Jake miró la mano perfectamente cuidada que se posaba en su brazo, y luego el rostro atractivo de la mujer que había confundido, gracias a Dios, con Lacey Ray.

—Sí —Jake soltó la farola y se enderezó, ajustándose el traje—. Hace demasiado calor para llevar traje. Me ha dado un mareo.

La mujer tenía el pelo rubio cortado a la altura de la barbilla con un flequillo perfectamente recto y unas cejas bien definidas. Llevaba un vestido veraniego con estampado floral y unas caras sandalias de Louis Vuitton. Era fácil confundirla a distancia. Realmente se parecía a Lacey Ray.

—¿Estás con ellos? —Señaló con la cabeza hacia el Grupo de Respuesta Armada.

—Sí.

—¿Estás al mando? —Una sombra de sonrisa flotó en su rostro, y de nuevo pensó en Lacey Ray, quien siempre dominaba el arte del comentario coqueto.

—En parte —dijo él.

—Me lo imaginaba, el traje te delata.

Jake se dio cuenta de que ella seguía con la mano en su brazo. También observó que no llevaba alianza matrimonial, y luego se reprendió internamente por fijarse en eso.

No seas tan duro contigo mismo, pensó, *acabas de llevarte un susto de muerte*.

Ella retiró la mano y luego rápidamente la extendió de nuevo para un apretón. —Soy Caroline.

—Jake —Estrechó su mano.

—¿Policía?

—Sí.

—¿Necesitas entrar a tomar un vaso de agua? Aún te veo algo pálido.

—No, realmente tengo que volver al servicio. Pero, señora, ¿podría pedirle que entre en casa por el momento, al menos hasta que los de respuesta se retiren?

—Caroline, por favor —sonrió—. Y sí, claro. Si coges mi tarjeta.

Le entregó una tarjeta. Era esteticista.

—Gracias —sintió cómo la palabra le raspaba los lados de la garganta al salir.

Ella sonrió. —Háblale a tu mujer de mi servicio de micropigmentación. Estoy ofreciendo un descuento para nuevas clientas.

—Sí.

Sonrió. —Y cuando necesites un vaso de agua, ya sabes dónde estoy.

—Sí... gracias... Caroline.

La mente de Jake daba vueltas mientras regresaba hacia el Grupo de Respuesta Armada.

¿Por qué Lacey Ray?

Había relegado a esa mujer a lo más profundo de su mente durante estos últimos meses, tanto que apenas lograba ocupar algún espacio en sus pensamientos. Pero aquí estaba, astuta como siempre, emergiendo de su subconsciente, anunciándose de nuevo, arañando su cordura.

Pero hacía calor. La Operación Otoño y la Operación Coldtown habían pasado factura a su sueño. Ningún buen detective dormía cuando la investigación llegaba a su punto álgido y la adrenalina fluía. No debería darle demasiadas vueltas.

Así que, mientras se acercaba a la casa de Mayers, intentó concentrar sus pensamientos.

Y fue entonces cuando su mente volvió a la hermosa mujer que acababa de conocer.

Caroline.

76

Yorke conducía alejándose de la Universidad de Southampton cuando recibió la llamada de Jake informándole de que la casa del Dr. Louis Mayers estaba vacía. La acumulación de correo en la puerta principal y los cubos de basura podridos en la cocina indicaban que probablemente había estado desocupada durante semanas.

Según el Dr. Adams, el Dr. Louis Mayers había asistido a una cita previa con el Dr. Neil Solomon. Si esto se confirmaba, al menos sabrían que Mayers seguía en Wiltshire, y no a medio camino de Australia.

Al final de la llamada, Jake dijo: —¿Estás bien, Mike?

—¿Mike en vez de señor, eh? ¡Parece que estás preocupado! ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, es solo que...

—¡Vamos! ¡Suéltalo de una vez!

—Bueno, perder los nervios con el teléfono de Parkinson. Nunca te había visto reaccionar así.

—Es agradable ser menos predecible.

Jake se rio. —Pero en serio, señor, con lo que le ha pasado a Emma hoy, nadie esperaría que siguieras presionándote de esta manera.

—No tiene nada que ver con Emma, Jake. Tiene que ver con Parkinson. Ya sabes cómo es.

—Sí, estoy de acuerdo en que es un gilipollas colosal, pero simplemente no es tu estilo habitual.

—¿Y cuál es mi estilo habitual?

—No sé. Más callado, más formal, supongo.

—¿Asesino silencioso?

—Algo así.

—Por cierto, estoy bien Jake, gracias por preguntar... —Suspiró —. Sin embargo, admito que me cegué. Había un millón de formas mejores de reaccionar. Lección aprendida. ¡La próxima vez seré más callado y formal!

—Te veré en la comisaría.

Después de que Jake colgara, Yorke reconoció para sí mismo que su reacción exagerada hacia Parkinson era inevitable. Una de sus colegas más leales, y amigas, estaba gravemente enferma en el hospital. Suma a eso el hecho de que existía una amenaza inminente para la vida de Proud. Una amenaza frente a la que no estaba haciendo nada.

¿Y por qué era eso? ¿Por qué no estaba haciendo nada?

¿Sería porque secretamente quería que ocurriera?

Negó con la cabeza. *Ridículo*. *¡Contrólate! ¡Estás buscando un problema donde no lo hay!*

Es decir, ¿cómo podría hacer algo ahora mismo? No había tenido ni un segundo para respirar, y conseguir los datos de contacto de la agente Bradley y encontrar a Proud antes que Harry requería un segundo de respiro.

Tardó más de una hora en llegar a la sede central en Wiltshire. Por el camino observó cómo las nubes se hinchaban y oscurecían. El cielo parecía a punto de estallar. Mientras aparcaba frente al largo edificio de ladrillo rojo, respondió a otra llamada telefónica de Topham.

—Estoy fuera ahora —dijo Yorke—. Eras la primera persona a la que iba a ver.

—Neil *todavía* no está aquí, y no se ha puesto en contacto.

Yorke salió de su coche. Sintió un aleteo en el corazón. —Vale, sigue intentando llamar a su móvil.

—Le he llamado una y otra vez. Esto no es propio de él, señor, dijo que estaría aquí.

El aleteo en el pecho de Yorke se volvía más rápido ahora. —¿A qué hora hablaste con él por última vez, Mark?

—Estaba a punto de reunirse con un paciente. Poco antes de la una, creo.

Manteniendo el teléfono pegado a la oreja con el hombro, Yorke sacó su libreta del bolsillo y repasó sus notas.

La cita de Neil con el Dr. Louis Mayers había sido a la 1 p.m.

Y ahora Neil estaba desaparecido.

Mierda.

—De acuerdo, Mark, espera ahí, subiré a verte en cinco minutos.

Yorke puso sus manos sobre el techo del coche. *Piensa... piensa.*

¿Qué querría el Conducto de Neil? ¿Realmente lo habría secuestrado durante la sesión? ¿Con qué fin? No había habido ninguna conexión entre ellos hasta hoy...

¿O sí?

Su mente estaba a mil por hora. Realmente le vendría bien una palabra tranquilizadora de Gardner ahora mismo. Ella siempre sabía exactamente qué decir para recuperar el enfoque.

Tardó tres minutos en formular un plan.

Asignó a dos agentes para que regresaran a la universidad y a los despachos en los que el Dr. Louis Mayers habría recibido tratamiento de Neil hoy, para formar una imagen inmediata de lo que sucedió después de esa sesión. Las grabaciones de las cámaras del aparcamiento mostrarían a Mayers y a Neil saliendo, por separado o juntos, y luego podrían usar las cámaras para seguir los vehículos hasta su destino, si no se desviaban a zonas sin vigilancia. También hizo una llamada para que rastrearan el teléfono móvil de Neil.

Todo esto llevaría una cantidad considerable de tiempo. Tiempo del que probablemente no disponían. Pero al menos la maquinaria estaba en marcha.

Tras las llamadas telefónicas, se dirigió a la sede central. Las numerosas ventanas le observaban desde la larga fachada del edificio. Sería muy fácil considerar cada habitación de este lugar como una entidad separada, pero no lo eran. Cada habitación era

parte de un todo. En tantas ocasiones a lo largo de su historia, había funcionado tan perfectamente como una unidad.

Pero hoy no. Toda esta lamentable investigación era un desorden de partes que no funcionaban con fluidez. Cada pieza de este maldito rompecabezas rondaba alrededor de las otras, con los dientes al descubierto, sin querer compartir, sin querer unificarse.

Susie Long, Louis Mayers, Neil Solomon, David Sturridge, Chloe Ward.

Para unificar todo esto, sabía que tendría que volver al origen de todo.

Christian Severance.

Y los secretos de su pasado.

77

Mayers no tenía que preocuparse de que Neil se despertase. Había mezclado agua con un anestésico y luego, usando una jeringuilla oral presionada contra el interior de su mejilla, lo había inyectado lentamente. Los reflejos de Neil habían tomado el control y había tragado.

Mientras tanto, la concentración de los productos químicos en el torrente sanguíneo de Susie había disminuido ligeramente. Ahora tenía los ojos completamente abiertos y estaba observando su entorno. Él arrastró un sillón para colocarlo frente a ella y acomodó a Neil en él.

Susie se quedó mirando fijamente el rostro inconsciente de Neil.

—Este es el tío Roland —dijo Mayers.

Ella arrugó el rostro con confusión.

—¿Quién es este, Susie? —le preguntó.

Ella intentó mover la cabeza de lado a lado para indicar que no lo sabía, pero simplemente se le desplomó contra un hombro y luego contra el otro.

—Este es el tío Roland —repitió.

De nuevo, ella mostró su incertidumbre.

Así que repitió la afirmación y la pregunta una y otra vez, notando que, cada vez, su expresión se volvía menos confusa.

Después de presionarla durante un tiempo considerable, hizo un último intento. —¿Quién es este, Susie?

Esta vez ella murmuró algo. Era incomprensible, pero fue suficiente para darle a Mayers motivos para celebrar. Sonrió. *Progreso.*

Así que continuó. Repitió este proceso innumerables veces durante la mayor parte de una hora, hasta que pudo preguntar: —¿Quién es este, Susie?

Y ella pudo responder: —El tío Roland.

Entonces, le dio más de su cóctel, preparándola para la visualización final.

78

Lo primero que hizo Yorke en su despacho fue algo que seguramente acabaría pasándole factura. *Severamente*. Buscó los datos del agente Wayne Bradley, consciente, mientras los apuntaba en una nota adhesiva, de que esta búsqueda quedaría registrada si Madden y compañía decidían revisar su cuenta más adelante.

Pero, por ahora, se encogió de hombros. Tal y como iban las cosas, era poco probable que tuviera tiempo más tarde para perseguir a Harry antes de que la misión del vigilante estuviera finiquitada. Y si, por algún milagro, tuviera tiempo *y* evitara el asesinato de Proud, ¿no serían estas circunstancias atenuantes?

¿No serían circunstancias para *hacer la vista gorda*?

De alguna manera, con el estricto Madden involucrado, lo dudaba.

Luego, con el asunto de la localización de Bradley tachado de su lista, fue a la sala de investigación donde Topham estaba contemplando un tablero rebosante de información.

Yorke se mantuvo a distancia un momento, observando cómo Topham iba de una imagen a otra, garabateando notas en un bloc. Su colega estaba tan absorto que cuando Yorke se colocó a su lado, dio un respingo.

Yorke sabía que este era el momento en que debía contarle a su amigo sobre la cita de Neil con Louis Mayers, alias el Conducto, pero hacerlo lo catapultaría de útil a Dios-sabe-qué, y la única forma de *zanjar todo este maldito asunto*, por usar una expresión de Madden

que atormentaba cada uno de sus pensamientos, era tener a alguien tan útil como Topham a su lado.

—La cadena pertenece a Severance —dijo Yorke—. Siempre ha sido suya. Desde el *principio*.

Topham asintió.

—La respuesta está ahí —dijo Yorke, señalando el batiburrillo de información que goteaba por el tablero—. Siempre ha estado. En la cadena de Severance.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Yorke volvió al principio y puso un dedo sobre una foto de Christian Severance cuando era colegial.

—Empezamos desde el principio de la cadena y volvemos a *intentarlo*.

79

Mayers siempre había estado fascinado por cuánto del mundo real se podía alterar dentro de una visualización. Ajustes de iluminación, manipulación de la temperatura, modificaciones del sonido... Hasta cierto punto, el mundo podía ser tu campo de juego. Sin embargo, *alterar* la narrativa del evento real era un asunto completamente distinto. No solo era poco ético, sino también inútil.

La mente del paciente siempre contraatacaría.

Pero esta vez las cosas se sentían diferentes. La combinación de su cóctel y el proceso adaptado de CACD le había llevado por un camino prometedor.

Aún así, comenzó con lo básico. *Los ajustes*. La habitación en la que Susie presenció los últimos momentos de su abuela estaba ahora más oscura. Una ligera separación en las cortinas permitía que un rayo de luz lunar proporcionara algo de visibilidad, pero nada más. La ventana estaba cerrada, y la habitación resultaba asfixiantemente calurosa. Finalmente, la coronó con un hedor, no solo de sudor, sino de excrementos, y la pestilencia que uno asociaría únicamente con los lugares más impregnados de muerte: mataderos y lugares de genocidio.

Mayers permitió que parte de la narrativa original se desarrollara: la respiración superficial de la abuela, su lucha entre la consciencia y la inconsciencia, y el tío desesperado inclinado sobre ella. La principal diferencia esta vez era que la Susie adulta ya no era una

observadora pasiva. Ella *era* la niña de ocho años obligada a soportar las acciones de su tío.

Mayers se llenó de alegría cuando Susie, desde dentro de esta visualización, cuestionó la apariencia del tío Roland. —Parece diferente de alguna manera. Se ve distinto. Pero sé que es él. Sé que es ese... ese... asesino.

Mayers jugueteó con un extremo de su bigote blanco, conteniendo gritos de deleite.

¡Lo vio! ¡Vio a Neil Solomon en lugar de su tío original! Estaba funcionando.

La llevó a través de la parte de la narrativa adaptada en la que Roland preparaba el cuchillo.

—Obsérvalo —dijo Mayers—. *Observa* cómo el tío Roland mira a tu abuela con odio.

—Está llorando —dijo Susie.

—¡Sí! ¿Y qué está diciendo ahora?

—Está diciendo: *¡maldita zorra! Siempre me hiciste sentir tan insignificante.*

Mayers se puso de pie. *Pensar*, reflexionó, *que podría alterar una narrativa real hasta este punto... ¡Adams, te quedarías maravillado!*

—¡Dios! —gritó Susie—. Tiene un cuchillo en su garganta.

—¿Y dónde estás tú, Susie?

—Estoy en la puerta. Me dijeron que no viniera. Dije que iba al baño. Mentí.

Mayers avanzó hacia la siguiente parte de la narrativa alterada. —Pero presentiste que algo iba mal, ¿verdad?

—Sí, de alguna manera sabía que iba a hacerle daño.

—Mira tu mano, Susie, ¿ves el cuchillo ahí? ¿El cuchillo que recogiste de la cocina de camino aquí?

—No... estoy confundida... el cuchillo está en *su* mano.

Maldición, pensó. *¡Intentando correr antes de saber andar!*

Necesitaba enseñarle a coger el cuchillo de la cocina.

—Un cuchillo grande —le diría, una y otra vez—. Un cuchillo más grande que el que él tiene.

Luego, después de pulir esa parte de la narrativa, le enseñó qué hacer con el cuchillo. Le dijo una y otra vez que "salvara a su

abuela". Le explicó, detalladamente, cómo podía hacerlo.

¡Y ella siguió sus instrucciones con más entusiasmo del que había anticipado!

Mayers se dio cuenta de que estaba al borde de algo muy especial. *¿Qué mejor desplazamiento existe? ¡Erradicar totalmente la experiencia, como si nunca hubiera ocurrido!*

Suspiró cuando comprendió, con gran tristeza, que las únicas personas con las que jamás compartiría esta experiencia serían Christian Severance, Susie Long y, por supuesto, Neil Solomon.

80

Anthony Morris sentía la boca como si estuviese llena de papel de lija. La consciencia le llegó en pequeñas chispas, y pasó un tiempo antes de que finalmente se despejara por completo. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Podrían haber sido semanas por lo que sabía. Mientras emergía de la neblina, sus ojos se fijaron en un solitario fluorescente que parecía temblar. A medida que comprendía su situación, se dio cuenta de que no temblaba, sino que simplemente estaba rodeado de moscas y mosquitos.

Se incorporó contra la pared de hormigón de lo que debía ser un almacén de unos treinta metros cuadrados. A su izquierda había una puerta enrollable de acero. Delante de él, nada. A su derecha, un hombre encadenado a una silla metálica con la cabeza caída hacia delante.

Los recuerdos le golpearon como una excavadora. Un hombre desfigurado rociándole algo en la cara. Tragó aire y su mano voló hasta su boca.

Le llevó uno o dos minutos recuperar la compostura y darse cuenta de que él, a diferencia del otro hombre, no estaba encadenado.

Miró la puerta enrollable de acero. Incluso si estaba bien cerrada, podría golpearla y gritar como un condenado.

—No te preocupes, nos sacaré de aquí —le dijo al hombre inconsciente.

Cuando empezó a levantarse, lo cual fue difícil porque se sentía débil y mareado, notó que había un teléfono móvil atrapado bajo su muslo. Lo recogió y pulsó el botón. El teléfono estaba desbloqueado, y la imagen que servía de fondo de pantalla le hizo soltar un grito.

Era su hija de diez años, jugando en el jardín delantero de su casa, sonriendo a quien fuera que se hubiera detenido para tomar esa foto.

81

Topham y Yorke trabajaron juntos y de forma metódica a través de la cadena de Severance nuevamente. Solo se detuvieron para que Topham intentara contactar con Neil otra vez, y para que Yorke recibiera novedades sobre Gardner.

Ella aún no estaba fuera de peligro. Yorke miró hacia el cielo —no era un hombre religioso, pero sabía que un rápido y silencioso gesto hacia el todopoderoso, fuera real o no, no haría ningún daño.

Y cuando Yorke bajó la cabeza tras su plegaria, sus ojos se posaron en un recorte de periódico donde aparecía Severance recogiendo un premio por un descubrimiento extraordinario. Lo había leído antes, pero lo leyó de nuevo para confirmar su repentina intuición.

Severance agradeció a su mentor, un hombre llamado Robert Webster, un total de tres veces durante aquel discurso de aceptación.

Yorke sintió el repentino golpe de adrenalina. Robert Webster era la clave para desentrañar toda esta lamentable cadena.

Cogió el teléfono e hizo las llamadas necesarias.

82

El Conducto le abrió la puerta principal.

Severance notó el orgullo en la cara de su doctor y arqueó las cejas.

—Sí, parezco bastante feliz, ¿verdad?

Severance asintió.

—He logrado un avance extraordinario. Se podrían llenar libros con el progreso que he hecho hoy. *Lo que he demostrado*. Es realmente una pena que tenga que marcharme por un tiempo.

El Conducto miró por encima del hombro de Severance hacia el viejo Fiesta en el que había llegado. Tenía una mirada hambrienta en los ojos. —¿Dónde está la chica? ¿En el maletero?

Severance negó con la cabeza y pensó, *ya es suficiente. Ya se ha saciado, Doctor. No más*.

El Conducto cerró la puerta tras Severance. —No entiendo, Christian, ¿dónde está la hija de Anthony Morris?

Severance le condujo al salón. Encontró papel para notas y escribió un mensaje para el Conducto:

Está controlado. No necesitamos tenerla aquí con usted.

—No estoy de acuerdo. Habría sido más seguro si la hubiera traído aquí.

Primero fui a la tumba de Robert. Allí tomé mi decisión.
Hemos terminado, Doctor.

—Habremos terminado cuando yo diga que hemos terminado. —La cara del Conducto se sonrojó.

Severance mantuvo el contacto visual con el Conducto. Nunca antes lo había desafiado a este nivel. Era esencial que no mostrara debilidad.

Severance esperó hasta que el rojo se desvaneció de la cara del Conducto y entonces le escribió otro mensaje:

Terminado.
Y ahora me voy.
Como estaba planeado.

El Conducto suspiró.

Severance vio un teléfono en el sofá que no reconocía. Se acercó para recogerlo.

La imagen de fondo era de dos hombres de mediana edad que no conocía. Tenían las mejillas pegadas. Uno de ellos sostenía la cámara con el brazo extendido para hacer el selfie. Notó que había doce llamadas perdidas en este teléfono. Todas las llamadas eran de un tal *Mark Topham*.

Severance arqueó las cejas para expresar curiosidad.

—¡Sí, mi avance! Realmente tiene que venir a verlo.

Severance asintió y se metió el teléfono en el bolsillo del pantalón.

Severance siguió al Conducto bajando las escaleras hacia el sótano donde Susie le había dejado inconsciente muchas horas antes. Podía oír movimiento procedente del interior.

El Conducto se volvió para mirarlo. —No se preocupe, Christian. Es perfectamente seguro. La tengo en un bucle. Congelada en un momento. No se detendrá hasta que las drogas pierdan su efecto, o hasta que se desmaye por el agotamiento.

Asintió y abrió la puerta del sótano.

Christian Severance había visto y experimentado muchas cosas horribles en su vida.

Pero nunca nada como esto.

83

La información sobre Robert Webster llegó rápidamente.

Al igual que Severance, Webster había sido un científico excepcional y, según este artículo periodístico, un mentor fenomenal.

Cuando Severance había recibido el premio del que informaba este artículo, Webster estaba a tres años de jubilarse. Había recorrido el mundo científico más de unas cuantas veces.

Rápidas búsquedas en Google revelaron más pruebas de que Severance y Webster habían sido cercanos. Webster se había referido a él, en una entrevista en el *New Scientist*, como uno de los «científicos jóvenes más extraordinarios que había conocido jamás». En otra entrevista más informal, Webster se refirió a Severance como «el hijo que nunca tuvo».

Yorke no habría estado haciendo bien su trabajo si no hubiera considerado todas las explicaciones posibles para esta estrecha relación, incluida una sexual. Sin embargo, consideraba más probable que Severance simplemente hubiera encontrado a un hombre al que admirar, en lugar de a un hombre que solo quería aprovecharse de él. Un hombre como Marcus Long.

Tras el intento de asesinato contra Severance, dos años antes de su jubilación prevista, Webster había sufrido un infarto cerebral.

—¿Este infarto fue provocado por el hecho de que acababan de destruir la vida de su protegido? —dijo Topham.

—Bueno, no habría ayudado precisamente —dijo Yorke—. Supongo que todo depende de cómo interpretara Severance los

acontecimientos, así que sospecho que tendría algo que ver.

Más llamadas telefónicas indicaron que Webster había dejado todas sus posesiones a su hermano, Frederick Webster, que actualmente residía en Australia.

Yorke logró contactar con Frederick. Después de disculparse y proporcionar algo de contexto sobre su llamada, le preguntó por qué había dejado la casa de su hermano vacía durante tanto tiempo.

Frederick había emigrado a una edad temprana, por lo que su acento australiano era marcado. —Bueno, no está vacía.

Yorke se puso de pie con el corazón latiéndole con fuerza.

—Robert me pidió, menos de un año antes de morir, que permitiera a un buen amigo suyo vivir allí gratuitamente si alguna vez pasaba por dificultades.

Yorke miró a Topham con los ojos muy abiertos.

—Le dije que cambiara su testamento, obviamente, y que le dejara la maldita casa al chaval. Él dijo que lo haría, eventualmente, pero siempre estaba tan ocupado. Dijo que se ocuparía de ello cuando se jubilara. No tenía de qué preocuparse. No me faltan unos cuantos dólares. Podía confiar en mí.

—¿Cómo se llama el chico, señor Webster?

—Christian Severance.

84

Cuando Anthony Morris oyó a alguien pasar junto al trastero, sintió una frustración como nunca antes había sentido. Solo haría falta sacudir levemente la puerta plegable de acero o un grito pidiendo auxilio y estaría saboreando la libertad. Volvió a mirar la fotografía de su hija de diez años. Sugería que estaba en peligro. Correr hacia la libertad ahora conllevaba un riesgo. Un riesgo que no tenía ningún deseo de asumir.

El teléfono no tenía cobertura. No es que importara. Llamar a los servicios de emergencia habría sido demasiado arriesgado. Le dio la vuelta al teléfono y observó una pequeña etiqueta blanca pegada en la parte trasera. Escrito en bolígrafo rojo había unas palabras: *comprueba el bloc de notas.*

Volvió a darle la vuelta al teléfono y entró en la aplicación del bloc de notas. Solo había un archivo y se llamaba: *Para Anthony.*

Lo abrió.

Anthony, por favor, no se alarme. Me gustaría que disfrutase de estos últimos momentos de paz antes de que se le requiera actuar.

Mi nombre es Christian Severance. Supongo que habrá hecho una pausa en este punto para intentar recordar quién soy, ¿verdad? Bueno, si le está costando, tengo una memoria

extraordinaria, así que permítame darle una pista. ¿Recuerda estas palabras?

—Señoría. Le pido que considere el papel de Christian Severance en todo esto. Entiendo la naturaleza controvertida de nuestro contraargumento, pero considere las pruebas que le hemos mostrado. El testimonio de Logan Burns, su compañero de clase, sobre los avances sexuales de Christian, y la necesidad de Logan de amenazar con acción policial para poner fin al acoso. Además, las entradas del diario que se presentaron como prueba mostraban las tendencias obsesivas de Christian hacia los hombres que encontraba atractivos. Nada de esto excusa la culpabilidad de Marcus Long, pero le pedimos que tenga en cuenta estas circunstancias atenuantes al dictar sentencia.

Mi memoria es excelente, pero perdóneme si me equivoqué en algunas palabras. Estoy seguro de que ahora me recuerda.

Hoy, me gustaría preguntarle esto: si su propia hija, una menor, esa joven tan guapa con la que estoy sentado en este momento, experimentara lo que yo experimenté, ¿consideraría todas las circunstancias anteriores como atenuantes? Sí, era un joven que luchaba por entender su sexualidad, pero ¿no es ir demasiado lejos considerar mis atracciones hacia estos individuos como obsesivas? ¡Tenía catorce años! Usted es abogado, Anthony, no médico. ¿En qué momento se sintió cualificado para hacer este diagnóstico de obsesión? Tal vez nunca lo creyó usted mismo. Después de todo, es hábil creando narrativas para adaptarlas a sus propios fines. Y fue convincente, se lo reconozco. Lo

suficientemente convincente para el juez Andrew Salton, que ahora está sentado junto a usted.

Anthony hizo una pausa para mirar al anciano con un mechón de pelo blanco. Estaba encadenado a una silla metálica. ¿Era realmente el juez Andrew Salton? Anthony había comparecido ante él en muchas ocasiones a lo largo de su carrera. Era difícil saberlo ahora porque tenía la cabeza inclinada hacia delante.

Los ojos de Anthony volvieron a posarse en el bloc de notas del teléfono.

¿Recuerda las palabras del juez Andrew Salton antes de dictar sentencia? Yo sí. Quizás cuando todo esto acabe, ¿podría buscarlas? Refrescar su memoria. No es necesario que yo lo haga. Estas palabras me atormentan. A diario.

Tuvo éxito con su atenuante, Anthony, ¿verdad? Dos años y salió. Dos años por lo que hizo.

—Sí —dijo Anthony en voz alta—, pero lo que te pasó a ti habría ocurrido de todas formas. Fue muchos, muchos años después. ¡Así que esto no me hace responsable!

Anthony sintió lágrimas en los ojos. Este era un caso que no iba a poder presentar ante un juez y un jurado.

Lo que voy a pedirle que haga ahora será rápido. ¿Puede ver la cámara en la esquina de su habitación?

Una pequeña cámara CCTV con domo negro estaba fijada al techo.

Estoy observando todos sus movimientos.

En este momento, estoy pasando la mano por el fino cabello rubio de su hija. No se preocupe, esto no tiene nada

de siniestro, no tengo esas inclinaciones. Simplemente he estado peinándole los nudos del pelo.

¿Quién sabe? Si mi vida no hubiera terminado de esta manera... podría estar experimentando esto con un hijo propio.

Está dormida en mis brazos, Anthony. En paz. Estoy feliz de mantenerla así. Es su decisión si sigue así.

—¡QUE TE JODAN! Perdí a mi esposa el año pasado, y ahora apareces tú y amenazas con quitarme lo único que me queda en la vida. ¡QUE TE JODAN! —señaló a la cámara mientras gritaba.

Después de secarse las lágrimas, continuó leyendo.

En esa silla está sentado el hombre que redujo la condena de Marcus Long. Imagino que todavía duerme. Es mucho mayor que usted y le di una dosis más fuerte. Lo que le voy a pedir ahora le confundirá, pero eso es irrelevante. Lo relevante es que haga todo lo que le pido. Mire a la cámara otra vez. Imagine que es mi ojo. Haga todo lo que le pido y volverá a ver a su hija. Estará diferente, cambiado como yo, pero la volverá a ver. Si no lo hace, le romperé el cuello. No lo haré mientras esté despierta porque veo la inocencia en ella. Una inocencia que todos tuvimos en algún momento. Una inocencia que ninguno de nosotros merece que nos arrebaten. Así que lo haré mientras duerme.

Se apartó del mensaje, incapaz de seguir leyendo. Su corazón latía con demasiada fuerza.

—Si le haces daño, te mataré —Anthony apuntó con el dedo a la cámara otra vez—. *Te mataré, joder.*

Miró alternativamente al hombre encadenado y a la puerta plegable de acero. Se imaginó a su hija en el regazo del hombre desfigurado. Oyó el *chasquido* en su mente.

No podía vivir sin su pequeña. Eso lo sabía. Siguió leyendo, consciente de que haría cualquier cosa que le pidieran.

85

El sargento de guardia Livingstone se limpió la mayonesa de la comisura de la boca cuando se abrió la puerta de la comisaría, y rápidamente escondió el sándwich de pollo bajo el mostrador.

Hacía calor en la comisaría de Bourne Hill, y el ventilador estaba a varios metros de distancia, apuntando directamente a su cabeza, así que desvió rápidamente la trayectoria del ventilador para evitar que los pocos mechones de pelo que le quedaban simularan una ola mexicana.

Un hombre alto y delgado se acercó, vestido con una camisa blanca recién planchada y pantalones negros. Livingstone desvió la mirada, dándose cuenta de que estaba observando las cicatrices y marcas que se retorcían por la parte inferior del rostro del hombre, y dijo: —Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre desfigurado colocó un trozo de papel sobre la mesa. La caligrafía era pulcra y cursiva.

Soy Christian Severance y creo que me están buscando.

86

Yorke colgó el teléfono después de dirigir al Equipo de Respuesta Armada a la casa de Webster en las llanuras de Salisbury. Había expresado cautela. —Si Susie Long sigue viva, creo que está ahí dentro.

También había salido de la habitación para que Topham no le oyera mencionar la posibilidad de que el Dr. Neil Solomon estuviera allí.

Cuando volvió a entrar en la sala de incidencias, recibió otra llamada telefónica. Sus ojos se abrieron de par en par mientras escuchaba lo que el agente al otro lado de la línea tenía que decir.

Cuando colgó, se quedó sin palabras.

—*¿Qué?* —dijo Topham.

—Bueno, puedo asegurarle una cosa: Christian Severance no estará en la casa de Webster.

—¿Por qué?

—Porque acaba de entregarse en la comisaría de Salisbury.

Los ojos de Topham también se abrieron de par en par.

87

Después de confiscar sus pertenencias y registrarle al desnudo, esposaron a Severance y lo encerraron en la parte trasera de un furgón policial. No le dijeron adónde se dirigían, pero tampoco era necesario. Resultaba obvio. Lo llevarían a la jefatura de Devizes para que los detectives de alto rango pudieran interrogarle.

Estarían desesperados por saber dónde estaba Susie Long.

Que se distraigan con lo irrelevante, pensó, *y den tiempo a que se desarrolle la situación entre Anthony y Andrew*.

Severance se preguntó si Anthony estaría mirando fijamente esa cámara tipo domo en este momento, imaginando que era su ojo. *¿El Gran Hermano?* No realmente. ¡La cámara ni siquiera estaba conectada a nada!

Una cosa que había aprendido de todo este proceso era lo fácil que resultaba jugar con la desesperación y la paranoia de la gente. Hacer que creyeran lo impensable era suficiente para doblegar voluntades. El Conducto ciertamente le había enseñado bien.

Ahora, mientras todo este asunto llegaba a su fin, se preguntaba si tenía algún remordimiento.

Lo que había visto lograr al Conducto antes había asqueado a una parte más antigua de sí mismo. La parte más nueva, por supuesto, estaba insensibilizada y entumecida, así que simplemente lo había ignorado, pero aun así... *¿era este realmente un camino que podría haber seguido recorriendo?*

No, estaba acabado, quemado. Pero no tenía remordimientos.

¿Cómo podría tener remordimientos cuando pensaba en Robert Webster?

Su mejor amigo.

Sí, el Conducto le había apoyado. Y hubo momentos en que su familia, en sus años más jóvenes, le había mostrado amor y amabilidad. Pero nadie podía compararse con Robert.

Deseaba poder mirar ahora la fotografía de su mentor, pero no podía porque la policía se la había quitado. Así que cerró los ojos y le imaginó. Un hombre enjuto, con arrugas que destacaban en su rostro como líneas en un mapa de carreteras. El hombre más sabio que jamás había conocido.

Este hombre le había ofrecido a Severance una rama de olivo. Había estado dando vueltas en un mundo vacío. Un joven maltratado y suicida buscando significado o muerte, dependiendo de cuál llegara primero. Robert le había encontrado, había nutrido su gran intelecto, sin la motivación sexual de gente como Marcus Long, ni los intereses egoístas de personas como Amanda Werrell, y le había hecho tan completo como alguien podía ser después de lo que había pasado.

Habían viajado juntos por todo el mundo, *descubierto* cosas juntos, y *aprendido* el uno del otro. Severance había ofrecido tanto, había ayudado a tanta gente con sus descubrimientos a lo largo de los años, y Robert le había ayudado a entenderlo.

Recordaba el día en que se enteró de que su mentor había muerto. Severance estaba tumbado en una cama de hospital, sometido a meses de cirugía para reconstruir su rostro destrozado, y alguien había venido a contarle sobre el derrame cerebral fatal de Robert.

¿Le había matado el impacto de lo que le había ocurrido a su protegido?

Sin duda.

No, no había remordimientos por parte de Severance.

Solo alivio, en realidad, ante el hecho de que pronto podría descansar.

88

Yorke fue informado por Jake de que el Equipo de Respuesta Armada ya estaba en la casa de Webster, adoptando, según le aseguraron, un enfoque cauteloso, porque Susie y tal vez incluso Neil, podrían estar dentro. Después, se reunió con Topham en la sala de interrogatorios con el aparato de aire acondicionado averiado. Podrían haber optado por la otra sala, donde el aire acondicionado había sido reparado hacía una hora, pero como Topham lo había expresado tan elocuentemente: «Que el cabrón sude, es lo mínimo que se merece».

Condujeron a Severance a la sala. Al tomar asiento frente a ellos, hizo un gesto señalando sus esposas.

Yorke negó con la cabeza. *Se iban a quedar puestas.* Severance se encogió de hombros.

Uno de los dos agentes que lo habían traído se marchó, mientras que el otro, un oficial de rostro juvenil y complexión rolliza, se quedó atrás.

—Me llamo Detective Inspector Jefe Michael Yorke, y este es el Detective Inspector Mark Topham.

Severance se reclinó en su silla. Podría haber estado sonriendo con suficiencia, pero Yorke no estaba seguro de si era el daño en su rostro lo que daba esa impresión.

—Ha rechazado usted un abogado —dijo Yorke—. Del mismo modo que sus predecesores, Chloe Ward y David Sturridge. No tengo reparos en compartir sus nombres con usted ahora, Christian,

ya los hemos vinculado a todos ustedes. Ya sabemos, sin ninguna duda, que actuaron en su nombre.

Severance escribió en una tarjeta frente a él y la deslizó sobre la mesa.

Yorke miró a la cámara. —Christian Severance ha escrito: *eso es correcto*.

—Vayamos al grano. Se acabó, Christian. Ha tomado la decisión correcta al entregarse. Esto, y la demás información que nos proporcione ahora, podría ayudarle de cara al futuro. El juez puede tener en cuenta todos estos factores al dictar sentencia.

Severance escribió una respuesta.

Sí, los jueces son muy buenos teniendo en cuenta las cosas cuando dictan sentencias.

Topham dijo: —¿Qué quiere decir?

Exactamente lo que acabo de escribir.

Yorke intervino. —No nos distraigamos de la situación actual, Christian. ¿Dónde está Susie Long? ¿Y dónde está el Conducto?

No pareció sorprenderse por la mención del Conducto. Probablemente había previsto que Chloe compartiría su conocimiento sobre él con la policía.

Aquí es donde elijo ejercer mi derecho a guardar silencio.

Severance hizo un gesto hacia su boca con la mano y puso los ojos en blanco. También pareció sonreír con sorna otra vez.

—Sabemos lo de Robert Webster —dijo Yorke.

Severance se sobresaltó.

Yorke aprovechó la ventaja. —¿Sorprendido? Sí... sabemos todo sobre su amigo y mentor.

¿Y qué? No cambia nada. Está muerto.

—Y conocemos su casa. Tengo un equipo allí ahora mismo, esperando para entrar.

Severance tomó aire con un siseo.

No importa. Es demasiado tarde para detenerlo. Ya casi está terminado.

Yorke miró a Topham. Estaba preocupado por hacer la siguiente pregunta. Preocupado de que la respuesta revelara el paradero de Neil y expusiera su secreto.

—¿Está Susie Long en esa casa?

Lo está.

—¿Está viva?

Sí.

Yorke sintió que le invadía el alivio. —¿Está allí el Conducto?

No, se fue cuando yo me fui. Ha elegido un camino distinto al mío. No vendrá.

—¿Entonces es seguro enviar a mi equipo? ¿Ella no está en peligro inmediato?

No lo está. Tiene usted mi palabra.

Yorke se inclinó hacia Topham y le susurró al oído. —Pause la entrevista, por favor, y quédese aquí con el guardia. Avisaré al

equipo de que puede que sea seguro entrar. Luego, volveré enseguida.

Fuera, Yorke hizo la llamada a Jake antes de que Tyler lo agarrara. Estaba blanco como el papel.

—¿Qué ocurre, Sean?

—Tiene que ver esto, señor. No me lo puedo creer...

—*¿Qué pasa, Sean?* Suéltalo ya, estoy en medio de una entrevista...

Tyler ya se había dado la vuelta y se dirigía por el pasillo. —Por aquí.

Se detuvieron frente a la sala de conferencias 7. Dentro, el oficial de pruebas, Andrew Waites, trabajaba afanosamente, refunfuñando como de costumbre mientras examinaba las evidencias, asegurándose de que estuvieran debidamente registradas y etiquetadas.

Sin mediar palabra, empujó una pequeña bolsa de plástico para pruebas en dirección a Yorke. Yorke cogió la bolsa. Dentro, la pantalla de un teléfono se encendió cuando la tocó. Topham y Neil, mejilla con mejilla, lo miraban desde un selfie.

Waites habló por primera vez. —Estaba en el bolsillo de Christian Severance.

A Yorke se le heló la sangre mientras su teléfono empezaba a sonar de nuevo. Era Jake. Contestó.

—Hemos entrado, señor... ¡Dios mío, Mike... Apenas puedo respirar!

—Jake, ¡por el amor de Dios, habla! ¿Qué habéis encontrado?

89

Topham quería continuar interrogando al cabrón. Quería preguntarle por qué había orquestado todo este horror y destrucción.

Sí, ya sabía más o menos por qué, y también conocía la respuesta que probablemente recibiría, pero resultaba demasiado insatisfactorio. *¿CASA? ¿Curación, Aceptación, Compartir y Aplazamiento? ¿Era esa realmente la respuesta? ¡Venga ya!*

Topham había sido una de las primeras personas en la iglesia aquel día. Uno de los primeros en sentir el hormigueo del mal en aquel aire infectado. El primero, después de Sturridge, en sostener la lengua cercenada de Simmonds.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Miró de reojo al oficial sudoroso. Parecía que estaba a punto de quedarse dormido de pie.

—Esto no se trata solo de CASA, ¿verdad? —dijo Topham.

Severance le miró.

—Quiero decir, ¿quién se cura con asesinatos y violencia? Nunca había escuchado tanta *mierda* en toda mi vida.

Severance comenzó a asentir, demostrando que estaba escuchando el razonamiento de Topham por muy provocador que fuera.

—Nos hemos encontrado antes con gente como usted, Severance. Personas con el cableado equivocado. Ha hecho todo esto porque lo ha disfrutado.

De nuevo, un atisbo de sonrisa pareció aparecer en el rostro de Severance, pero era difícil asegurarlo, su piel estaba tan gravemente dañada.

—¿Recuerda lo que dijo Martin Luther King? El odio engendra odio, la violencia engendra violencia. No hay nada sobre *compartir* y *aplazamiento* en esa triste historia. Es usted un puto farsante. Ha disfrutado con su venganza. Ha disfrutado destruyendo las vidas a su alrededor. Y ahora pasará el resto de su vida en la cárcel.

Severance se agachó para rascarse el muslo. Inclinó la cabeza hacia un lado y miró fijamente a Topham de nuevo. Luego, comenzó a escribir. Deslizó la tarjeta hacia Topham.

Reconocí su cara cuando entré, y luego también su nombre. ¿Quiere preguntarme por qué?

Topham entrecerró los ojos. —¿De qué demonios está hablando?

Severance continuó escribiendo. Topham miró al guardia, que ahora parecía mostrar un ligero interés.

Esta vez Severance tardó un rato. Finalmente, empujó una tarjeta.

El mundo es un lugar de coincidencias, Mark Topham. O al menos eso es lo que algunos quieren hacernos creer. Hoy en día, veo lógica y sentido en todo lo que sucede. Aprendí sobre el dolor y el sufrimiento desde muy joven, y me ha llevado mucho tiempo encontrar alivio. Me habla como si hubiera disfrutado de este viaje. He disfrutado del resultado, no tanto del viaje. Creo que, Mark, es hora de que usted emprenda un viaje similar.

Topham se puso en pie. Sentía como si toda la sangre estuviera abandonando su cuerpo. Señaló hacia abajo. —¿Cómo sabe quién soy?

He conocido a Neil.

Topham comenzó a tambalearse. De repente, las paredes parecían palpitar. —Está diciendo tonterías.

Severance escribió:

O al menos he conocido lo que queda de él.

Topham puso una mano sobre la mesa para estabilizarse. —*Está mintiendo.*

Severance deslizó la siguiente tarjeta. A Topham le costaba leer ahora, pero lo consiguió. Dios, cómo deseaba no haberlo hecho.

Había trozos de él por todas partes, Mark. Lo habían apuñalado miles de veces.

—¡Cierre la puta boca! ¡Cállese ahora mismo! —Topham sentía que iba a vomitar—. Le mataré, joder.

Y ella seguía haciéndolo cuando me fui. Apuñalándolo. Una y otra vez.

Topham arrebató el lápiz de la mano de Severance, agarró al asesino por el cuello y lo arrastró lejos de la mesa. Lo inmovilizó contra la pared y colocó la punta del lápiz contra su ojo.

90

Mientras Yorke corría de vuelta por el pasillo hacia la sala de interrogatorios, notó que el contenido de su estómago ascendía. A su alrededor, el aire parecía oprimirle. El mal que invadía sus vidas era ahora tan palpable como el calor que achicharraba el mundo que les rodeaba.

Oyó el alboroto procedente de la sala de interrogatorios, reconociendo de inmediato que sus peores temores se habían hecho realidad.

Topham lo sabía.

Yorke irrumpió por la puerta de la sala de interrogatorios.

Topham no era un hombre corpulento, pero era más grande que Severance y estaba lleno de adrenalina. Había levantado a Severance parcialmente del suelo agarrándolo por el cuello. El rostro del prisionero estaba enrojecido, lo que era una buena señal porque significaba que aún se encontraba en la primera fase de estrangulamiento y podía salvarse. El lápiz apuntando a su ojo no era una señal tan buena.

—Eres un *maldito* mentiroso —dijo Topham.

Detrás de Topham, el agente intentaba calmarlo. Una imagen patética. —Señor... por favor, señor.

—Mark —dijo Yorke—, soy Mike.

Topham miró hacia atrás a Yorke. —Mike, no te vas a creer las gilipolleces que salen de la boca de este desgraciado.

La boca de Severance estaba abierta, y el muñón de carne que una vez había sido su lengua se agitaba en el aire.

—Mark, tienes que soltarlo.

—Debería clavarle este lápiz en el ojo, Mike, y no detenerme hasta que esté enterrado en la pared detrás de él. El monstruo acaba de decirme que Neil está muerto. Que lo han apuñalado hasta matarlo. ¿Puedes creerlo? —Volvió a mirar a Yorke. Tenía lágrimas corriendo por su rostro.

—No sé por qué ha dicho esas cosas —mintió Yorke—. Pero esta no es la manera correcta de resolverlo. Ambos lo sabemos.

—Solo dime que no es verdad. Dime que está mintiendo.

Las palabras se le atascaron en la garganta. Mentir a su amigo le estaba destrozando por dentro.

Un tono azulado comenzaba a asomar en el rostro de Severance. La ventana de oportunidad para salvarlo se estaba reduciendo.

—¿Por favor? —dijo Topham.

—Mark, estás confundido, y lo entiendo perfectamente. Así que escúchame y concéntrate en mis palabras tanto como puedas. Tienes que soltarlo, y luego averiguaremos qué ha pasado.

—¿Qué encontraron en la casa?

—No lo sé.

—*¿Qué encontró Jake en la casa?*

—No he hablado con él, Mark.

—Fuiste a llamarle.

—Para decirle que Susie estaba allí, sola. No he tenido respuesta.

—Entonces llámale *ahora*. Necesito saber que esto es una mentira.

—Para cuando haga esa llamada, Severance estará muerto —dijo Yorke—. Tienes que soltarlo. Si pierde la vida ahora, no habrá nada que yo pueda hacer para evitar que tú también pierdas la tuya.

Topham no respondió. Yorke rezó para que sus palabras hubieran calado. —No vale la pena arriesgar tu vida, Mark. *En absoluto*.

Topham arrojó a Severance a un lado como si no pesara nada.

Miró a Yorke. —Consígueme la verdad. —Limpiándose las lágrimas de la cara, salió marchando de la habitación.

Por primera vez desde que comenzó el incidente, el agente dejó de agitar patéticamente los brazos y se lanzó en ayuda de Severance. Yorke dijo: —Agente, ponga a este monstruo de pie, sáquelo de esta sala y llévelo al otro lado del maldito edificio.

Yorke persiguió a Topham por el pasillo. Se tambaleaba de lado a lado, como un borracho. Cuando Yorke le alcanzó, le condujo a una oficina vacía.

Topham se volvió para mirar a Yorke. Había más lágrimas corriendo por su rostro, pero no estaba enrojecido. Estaba ceniciento.

Yorke puso una mano en el hombro de Topham. —Siéntate, Mark.

Topham se apartó y le dio la espalda. —No te atrevas, Mike. ¡No te *atrevas*!

—Mark, *necesito* que te sientes.

Topham se inclinó y barrió todo lo que había sobre el escritorio: un teléfono, un montón de archivos y algunas fotografías enmarcadas. Todo se vino abajo con estrépito. —No puedes hacer esto, Mike. No puedes mentirme, y luego traerme aquí para contarme algo diferente.

Caminó de un lado a otro entre el desorden que había tirado al suelo, durante un minuto, antes de volverse y señalar con el dedo. Su dedo estaba a centímetros de la cara de Yorke. —NO PUEDES HACER ESA MIERDA.

Yorke apartó su mano y puso las suyas propias sobre los hombros de Topham. Con firmeza esta vez. No forcejeó.

—Sí hablé con Jake, Mark. Siento haberte mentido.

—No... no... no... —Topham movió la cabeza de lado a lado. Las lágrimas fluían más libremente ahora.

—Susie Long estaba viva, pero había cuerpos allí. Dos. Sospecho que uno de ellos es Alex Drake...

—Por favor, Mike, para, te lo suplico. —Topham miró al suelo.

—Mírame, Mark. Por favor, mírame.

Topham levantó la mirada.

—Recuperamos una cartera del otro cuerpo en la habitación. Lo siento muchísimo, Mark. De verdad. Sospechamos que el otro

cuerpo pertenece a Neil.

Yorke estaba seguro de haber visto algo suceder en los ojos de Topham en ese preciso momento. No era tan obvio como una luz apagándose o algo muriendo en su interior. Era algo tan sutil que solo sería perceptible para alguien increíblemente cercano a Mark Topham. Una persona como Michael Yorke.

Yorke no podía determinar exactamente qué era, pero sabía que este momento, este sutil cambio en el carácter de Mark Topham, le perseguiría por el resto de sus días.

Topham se desplomó de rodillas y Yorke apretó la cabeza de su amigo contra su estómago.

Y el sonido de la desesperación de Topham destrozó el mundo de Yorke.

91

C*asi ha terminado.*

Yorke estaba solo en la sala de conferencias mirando el salvaje collage en la pizarra, reflexionando sobre las palabras de Severance.

Había dejado algo en juego. *¿Qué?*

Mordisqueó el extremo de un lápiz mientras pensaba intensamente.

Más palabras de Severance resonaban en su mente: *sí, los jueces son muy buenos teniendo cosas en cuenta al dictar sentencias.*

Fue a su despacho y se conectó. Identificó a los jueces de los dos juicios de Marcus Long. Contactó con los Archivos Nacionales y solicitó, de inmediato, las transcripciones de estos dos juicios. Actuaron rápidamente. Su correo electrónico sonó.

El correo estaba encriptado. La LOPD había endurecido las leyes más allá de lo imaginable. Una vez dentro, examinó los discursos de clausura de ambos jueces. Fue el juez Andrew Salton quien llamó su atención.

> *«Creo que Christian Severance persiguió a Marcus Long con gran determinación. De ninguna manera esto excusa su comportamiento, pero lo he tenido en cuenta al determinar la duración de su condena».*

Bingo. Andrew Salton estaba en la cadena de Severance.

Yorke llamó al juez Andrew Salton. Su esposa le dijo que aún no había llegado a casa. Yorke empezó a sudar. Contactó con los Juzgados de Salisbury y les pidió que comprobaran a qué hora había salido Salton y solicitó acceso a las grabaciones de las cámaras de seguridad que mostraran su salida en coche.

Mientras esperaba, Wendy le trajo una taza de café bien cargado. —¿Está bien el inspector Topham? No me lo puedo creer.

—Gracias por su preocupación, Wendy, pero ¿podemos hablar más tarde?

Ella asintió. Sonó su teléfono. Wendy salió de la habitación. Algo había ocurrido en el coche de Salton. Los juzgados le enviaron las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Yorke se remangó mientras veía el vídeo. Ahora podía sentir el sudor corriendo por su espalda. Se bebió toda la taza de café en dos tragos.

Las imágenes eran más nítidas de lo que esperaba. Antes solían ser muy granuladas. La claridad actual de una pequeña cámara era impresionante. Cuando Salton subió a su coche, Severance salió precipitadamente desde detrás de otro vehículo y saltó al asiento del copiloto. Llevaba un aerosol. Hubo cierta conmoción en el coche, que era difícil de ver debido a las ventanillas tintadas. Finalmente, Severance salió, arrastrando y maniobran do a Salton hacia el lado del pasajero. El juez obviamente había quedado inconsciente por lo que fuera que le habían rociado. Severance entonces cerró la puerta, corrió hacia el lado del conductor y subió. Arrancó el coche y se marchó.

¿Y ahora adónde?

El Ayuntamiento de Wiltshire había invertido casi 450.000 libras en un nuevo sistema de videovigilancia de última generación para el centro de Salisbury. Recientemente, la propiedad y la responsabilidad de su funcionamiento habían sido transferidas al Ayuntamiento de Salisbury. Contactó con la sala de control del ayuntamiento y dejó clara su petición. Proporcionó la marca del vehículo, la matrícula y solicitó que rastrearan su recorrido.

Le respondieron que este vehículo había sido conducido hasta Salisbury Solutions Storage Unit en el Polígono Industrial de

Churchfields. Les instruyó que mantuvieran las grabaciones como evidencia para evitar que fueran borradas en 31 días.

Respiró hondo y contactó con la recepción de Salisbury Solutions Storage Unit.

Dio sus credenciales y luego dijo: —¿Christian Severance alquila una unidad aquí?

Yorke oyó al recepcionista teclear. —No.

Yorke hizo una pausa para pensar. Una repentina descarga de cafeína en su sistema le ayudó. —¿Y Robert Webster?

Más tecleo. —Sí.

—¿Ha estado hoy?

Otra pausa. Yorke estaba de pie ahora. El combustible de cohete de Wendy burbujeaba en su interior.

—*Dos veces.*

—*¿Dos veces?*

—Sí.

Le dio las horas. Con más de una hora de diferencia. —¿Puede ver las grabaciones de vigilancia de sus movimientos, por favor?

—No podemos ver dentro de la unidad si la puerta está cerrada.

—No pasa nada. Solo dígame lo que pueda ver.

Y lo hizo.

Severance condujo con Salton hasta la unidad y bajó la puerta de acero tras él. Cuando salió, las imágenes de la cámara mostraron a Salton en las sombras al fondo de la unidad, apoyado en una silla. Severance se marchó conduciendo. Cuando Severance regresó más de una hora después, iba en un coche diferente. Había otra persona inconsciente en el asiento a su lado. De nuevo, entró conduciendo, y cuando salió, el segundo hombre estaba sentado contra la pared lateral.

Yorke no tenía ni idea de quién era el segundo hombre, y sabía que realmente no tenía tiempo para averiguarlo.

Salton y este otro hombre estaban en peligro.

Contactó con Jake. —Te necesito en la Unidad 42 de Salisbury Solutions Storage Facility ahora mismo. Tan rápido como puedas.

—¿Por qué?

Yorke le dio un breve resumen de la información.

Después de colgar, emitió una alerta sobre los dos vehículos. Ya tenían a Severance, pero existía la posibilidad de que Mayers estuviera usando uno de estos vehículos. El Reconocimiento Automático de Matrículas podría dar en el clavo.

Luego, regresó abajo para hablar de nuevo con Severance.

Esta vez tenía a un agente diferente detrás de él. Yorke había insistido en que cambiaran al otro por alguien más competente.

Miró a Severance fija e intensamente, y no habló durante un rato.

Severance le devolvió la mirada.

—Unidad 42 de Salisbury Solutions Storage Facility —dijo Yorke.

El color desapareció del rostro de Severance.

—¿Qué puede decirme sobre ella?

Los labios de Severance temblaron.

—¿Qué vamos a encontrar allí?

Severance abrió la boca para hablar, olvidando claramente, en este momento de sorpresa, que ya no poseía esta capacidad.

Cogió una tarjeta y garabateó su respuesta.

Llegará usted demasiado tarde.

Yorke puso su teléfono sobre la mesa. —No estaría yo tan seguro —dijo mientras cruzaba los brazos y se recostaba en su silla, continuando con la mirada fija en Severance.

Puede que Yorke pareciera confiado, pero se sentía de todo menos eso.

92

Sin moverse de la casa de Mayers, Jake pidió a varios agentes del equipo de Respuesta Armada que le acompañaran al almacén. Les informó que muy probablemente iban a recuperar víctimas y que no debería haber ninguna amenaza en el lugar, pero era mejor prevenir que lamentar, o incluso morir.

Le pidió a Willows que le acompañara y le explicó por qué. Ella estaba pálida tras el descubrimiento del cuerpo destrozado de Neil y de Susie, empapada en su sangre. Había estado balanceándose en un rincón del sótano, aferrando un cuchillo contra su pecho.

—No puedo asimilarlo, señor.

—Yo tampoco, y estoy seguro de que Mark tampoco podrá, pero necesitamos terminar esto.

Estas palabras precedieron a un viaje de veinte minutos de atónito silencio en el que contemplaron la repentina, inimaginable y violenta pérdida de un ser querido.

Era tarde, y el cielo estaba oscuro y cargado. La tormenta estaba cerca, pero hasta que llegara, persistiría la temperatura elevada. Jake subió el aire acondicionado.

Mientras giraban hacia el Polígono Industrial Churchfields, Jake dijo: —Sé que puede parecer ridículo advertirte de esto, después de lo que acabamos de ver, pero prepárate, Collette. Severance metió a dos personas ahí dentro, ¿recuerdas? Sí, seguían vivos cuando los dejó, pero no creo en la posibilidad de que estén bien. Se ha

entregado, ¿no? Salton y este otro hombre no están simplemente sentados ahí dentro tomando tranquilamente una taza de té.

Una mujer con chaleco reflectante estaba junto a una barrera. Jake detuvo el coche, abrió la ventanilla y ella se acercó. Le mostró su placa. —Sargento detective Pettman, señora.

—Sandra North —Parecía y sonaba nerviosa. Debía ser la recepcionista que había revisado las imágenes de seguridad para Yorke—. Como se solicitó, todos han sido evacuados. Las instalaciones están vacías.

Pero en realidad no lo están, ¿verdad?, pensó Jake.

Vio un BMW X5 en su espejo retrovisor. —Señora North, tenemos agentes armados con nosotros. Por favor, indíquenos la dirección de la Unidad 42, y luego, por favor, vaya y espere dentro de la oficina.

Ella le describió la ruta y luego se dirigió de vuelta a su oficina. Momentos después, la barrera se levantó, y Jake hizo un gesto de aprobación con el pulgar a los agentes detrás de él. Comenzaron a entrar en las instalaciones.

93

—Hay algo que todavía no acabo de entender —dijo Yorke, rotando el teléfono móvil sobre la mesa frente a él—. ¿Por qué te has tomado tantas molestias para sanar y, seamos sinceros, *te has tomado bastantes molestias*, solo para pasar el resto de tu vida en la cárcel?

Severance lo meditó un momento y luego escribió una respuesta.

Alguien me dijo una vez que el tiempo era el mejor sanador. Pero a mí nunca me interesó. ¿Cuál es el sentido de todo ese tiempo, todo ese dolor, con la promesa de que algún día estaré bien?

—Eso no responde realmente a mi pregunta.

Severance lo intentó de nuevo. Deslizó su respuesta hacia él.

Mi tiempo con el Conducto me trajo alivio, escapismo, unión, crecimiento... todas las cosas que tú das por sentadas en tu vida. Cada minuto de mi tiempo bajo el cuidado del Conducto, cada segundo, me sentí sanado. El tiempo que he tenido ha merecido la pena.

Yorke sonrió con suficiencia. —Podrías haber resumido todo eso diciendo que eres un cabrón bastante impaciente que busca gratificación instantánea.

94

Jake no quería demorarse. Los de Respuesta Armada sí. Un agente llamado Friars, de rango superior a Jake, planteó una interesante cuestión ante la persiana metálica. —¿Y si hay una bomba ahí dentro?

—No había nada en las imágenes de las cámaras de seguridad que sugiriera esa posibilidad, señor.

—Hay maneras —Friars masticaba chicle—. ¿Chalecos suicidas?

Jake le miró. —Déjeme correr el riesgo a mí. Mantenga a sus agentes a una distancia prudencial, y a Willows también.

—Señor, me quedaré con usted —dijo Willows.

Él la miró con expresión de disculpa. —Es una orden, Collette.

Friars parecía inseguro.

Jake dijo: —Hay vidas en peligro, señor... ya vio lo que había en la casa.

—Eso es lo que me preocupa. —Asintió y arrojó su chicle a un lado. En ese momento, se oyó un retumbo de truenos. Todos miraron hacia el cielo negro.

—Va a ser una tormenta de mil demonios, nos vendría bien acabar con esto cuanto antes —dijo Friars, mirando a Jake—. De acuerdo, está bien, escoltaré a su agente de vuelta.

Jake observó cómo Friars acompañaba a Willows hasta el BMW. Ella se subió, pero Friars no. En su lugar, sacó algo de la furgoneta. Volvió corriendo con una carabina semiautomática.

Frustrado, Jake dijo: —Christian Severance está detenido. No creo que estemos tratando con criminales. Por favor, mantenga el arma apuntando hacia abajo, señor.

—Lo haré, hasta que sea necesario apuntarla hacia arriba, agente.

Esperaron hasta que el BMW retrocedió a una distancia adecuada y entonces Jake levantó la puerta de acero.

95

Ahora estaban en la sala de interrogatorios con el aire acondicionado funcionando, así que Yorke utilizó el mando para subirlo. No, no quería hacer que Christian Severance se sintiera cómodo, pero tampoco quería sentarse en un charco de su propio sudor.

Yorke le dio la vuelta al teléfono y miró la pantalla como si de alguna manera eso fuera a animarlo a sonar, mientras Severance se rascaba el muslo y permanecía con una expresión indiferente.

Yorke nunca había visto a un prisionero con aspecto tan satisfecho. Sabía que a medida que el tiempo avanzaba, Severance estaba más cerca de ganar cualquier retorcido juego que estuviera jugando.

—Usted dirá, Christian. Dígame qué está pasando dentro de ese almacén.

Severance negó con la cabeza de lado a lado.

—Louis Mayers. ¿Adónde ha ido?

Sin respuesta.

Yorke seguía sudando a pesar del aire acondicionado. —¿Cómo pudo quedarse de brazos cruzados y permitir que dañara a personas inocentes? ¿Neil? ¿Susie? Me dicen que apenas está coherente. ¿Qué le hizo?

Severance escribió:

Cosas abominables.

—Precisamente. Puede sentarse ahí y justificar a Werrell, Simmonds, Long y Salton todo lo que quiera. A su manera retorcida, puede repartir entre ellos la responsabilidad de la tragedia de su vida, Christian. Pero ¿qué le hicieron jamás Susie y Neil?

Nada. Pero esto no fue elección mía. Esta fue la elección del Conducto. La investigación del Conducto.

—¿Y ahora qué? ¿Ha terminado con usted?

Sí, ha aprendido todo lo que podía de mí. Ahora, debe aprender de otros. Nos hemos ayudado mutuamente. Fue simbiótico.

—¿Aprender qué? Si esta versión adaptada del CACD se extiende, ¿no estaremos todos escondidos tras puertas cerradas?

El Conducto nunca quiso que se convirtiera en un método de curación. Solo quería demostrar su éxito. Ha llevado la investigación de Adams a un nuevo nivel. Ahora le corresponde a alguien más encontrar una manera de devolverla, de forma efectiva, a un entorno clínico.

—Christian, aprecio el trauma que debe haber sufrido, pero ¿en serio? El trabajo de Mayers se irá con él a una celda de prisión por el resto de su vida. Por el resto de todas vuestras vidas. Una buena persona, una de las mejores personas, está gravemente enferma en el hospital. Otra buena persona está destrozada, potencialmente sin posibilidad de recuperación, por culpa de vuestra investigación. ¿*Investigación?* Usted y Mayers no sois diferentes de aquel médico del campo de concentración de Auschwitz que realizó experimentos humanos abominables.

Severance entrecerró los ojos.

—Le llamaban el Ángel de la Muerte. ¿Cómo cree que llamarán a Mayers? ¿Cómo cree que le llamarán a usted, Christian? Trajo el silencio a todas sus víctimas. ¿El Ángel del Silencio? No, no lo creo. Creo que no se molestarán en ponerle un nombre. Con suerte, le deshumanizarán, como usted ha deshumanizado a todas esas personas. Quizás sea un capítulo en un libro al que todos podamos mirar retrospectivamente. Burlarnos. Un capítulo tranquilo e irrelevante porque nadie quiere leerlo, ni comprender lo que usted o ese otro monstruo estaban intentando hacer. Nunca tuvo nada que decir, Christian, no realmente, no desde que perdió su lengua, y luego su humanidad. Se perderá en el silencio. Sí... ese es un buen nombre para el capítulo. —Yorke asintió—. El Silencio de Severance.

96

Anthony Morris podía oír movimiento fuera. Alguien estaba a punto de entrar en la unidad. No era buena señal. Aún no había cumplido con las exigencias del cabrón.

El juez Andrew Salton seguía durmiendo. Cuando finalmente despertara, cuando tomara conciencia, Anthony necesitaría actuar. Cerró los ojos con fuerza y fragmentos de las exigencias de Severance le golpearon como balas.

tijeras de podar
súper ligeras
fáciles de manejar debe estar despierto
debe sentirlo todo, como yo lo sentí entonces, háztelo a ti mismo
ella duerme mientras le acaricio el pelo quizás incluso oigas el chasquido de su cuello, porque estoy más cerca de lo que crees

Las tijeras sujetaban una gran parte de la lengua de Salton. Severance había acertado al afirmar que eran súper ligeras y fáciles de manejar, pero no había contado con el temblor de las manos de Anthony. La sangre goteaba de la lengua de Salton.

La puerta de acero se levantó. Anthony miró por encima del hombro para ver a un hombre corpulento vestido con traje, flanqueado por un hombre más pequeño y fibroso que le apuntaba con un arma. Se acercaron.

97

Jake no esperaba que estuviesen *vivos* ahí dentro. Y, por eso, estaba agradecido. Sin embargo, no podía estar tan agradecido con otros aspectos de la situación. En particular, con Friars, demasiado dispuesto a apretar el gatillo, apuntando al hombre que sostenía las tijeras de podar.

—¡POLICÍA! ¡SUELTE ESO! ¡AHORA! —gritó Friars.

Decidiendo que tenía poco sentido discutir la situación con la arma andante y entrenada que tenía a su lado, Jake dio un paso adelante. —*¡Subinspector Pettman, retroceda, es una orden!*

Jake levantó una mano hacia Friars, pidiendo un momento de gracia, sabiendo que esta decisión, desobedecer una orden, probablemente le costaría caro.

El rostro del hombre, cubierto de sudor, brillaba y temblaba. Jake podía ver las lágrimas en sus ojos.

—*Subinspector Pettman, se lo pediré por última vez. RETROCEDA*.

Jake giró la cabeza. —¿No ve que está actuando contra su voluntad, señor?

Las fosas nasales de Friars se dilataron. Se detuvo a considerarlo. —Si sus manos hacen el más mínimo movimiento, disparo, ¿entendido?

Jake asintió y volvió a girarse.

Debía haber algo de humanidad en Friars, razonó Jake, porque las manos del hombre ya estaban temblando. Era una suerte que el

juez Salton siguiera dormido, porque tenía la lengua completamente extendida, y el agarre de las tijeras parecía firme. Si estuviera despierto, el pánico podría hacerle tambalearse hacia atrás, y eso provocaría un desastre.

Jake se dirigió al hombre que sostenía las tijeras. —Sabemos quién es el hombre dormido en la silla, pero por favor dígame quién es usted.

—No tengo elección —dijo el hombre.

—Su nombre, señor.

—*Tiene a mi hija*.

—*¿Nombre?*

—Anthony... Anthony Morris.

—¿Quién tiene a su hija?

—Christian Severance.

—No, no la tiene. Está detenido.

Los ojos de Anthony se abrieron de par en par, y luego su rostro comenzó a suavizarse. Jake sintió una repentina oleada de optimismo. Le ofreció un gesto de asentimiento y una sonrisa. Anthony abrió la boca para responder, pero entonces Andrew Salton, atado a la silla, comenzó a gemir.

Anthony miró a su víctima moviéndose en la silla y preparó las tijeras. —*¡No!* Está mintiendo. Me dejó un mensaje y está vigilando. Cuando despierte, debo hacerlo, y ni un momento antes.

Jake dio otro paso adelante.

—*¡SUBINSPECTOR PETTMAN!* —gritó Friars.

Jake se sobresaltó. —Escúcheme, Anthony, él se presentó en la comisaría hace un par de horas, después de dejarle a usted y al juez Salton aquí. ¿Cómo cree que sabemos que están aquí? Confesó.

Salton gimió de nuevo.

Anthony negó con la cabeza. —Ella es todo lo que tengo, *todo*. Me dejó una foto en ese teléfono de allí. *La tiene él*, y nos está observando. Esa cámara en la esquina.

Jake miró hacia la cámara. —Déjeme ver si está conectada.

—*¡NO!* Si te ve tocándola, le romperá el cuello. Dijo que lo haría.

Jake se dio cuenta de que no podía garantizar que ella no estuviera en peligro. Mayers podría tenerla, por lo que él sabía, pero

necesitaba continuar con esta farsa, o todo acabaría mal. —Le garantizo que está detenido. Ahora, *por favor*, Anthony, tiene que confiar en mí, y debe soltar esa arma.

Anthony miró las tijeras en sus manos. —Esta es la única garantía que tengo.

—Anthony, debe escuchar. Hay un oficial armado detrás de mí, que no está dispuesto a esperar. Si Salton despierta, le disparará, y entonces nunca volverá a ver a su hija.

—Al menos, ella vivirá.

—Vivirá, Anthony, *porque* él no la tiene.

Entonces una idea cruzó por la mente de Jake, pero tenía poco tiempo. Salton continuaba gimiendo. —¿Dónde está su hija ahora? Podemos llamarla.

—Con sus abuelos. Ellos cuidan de ella, desde que Maggie, mi esposa, falleció.

—*¿Número?*

Jake sacó su teléfono. No tenía cobertura, pero marcó el número mientras Anthony lo dictaba. —Mi suegro se llama Robson Morris.

—Por favor, señor —dijo Jake, pasando corriendo junto a Friars —, podemos hacer esto correctamente.

—Haz la llamada —dijo Friars, manteniendo el arma apuntando a Anthony—, ese hombre estará consciente en minutos.

98

Severance escribió en una tarjeta y se la pasó a Yorke.

Necesito ir al servicio.

—Está bien —dijo Yorke—, pero después de salir de esta sala, volverá a una celda. Hemos terminado. La próxima vez que le vea, será en el juzgado.

Lo entiendo.

Yorke señaló el teléfono. —¿Así que no le interesa el resultado?

Ya se lo dije. Ha terminado. No puede detenerlo.

Yorke se puso de pie y señaló a Severance. —¡No esté tan seguro! Hemos detenido a hombres antes que usted. Hombres con intenciones tan crueles y viles como las suyas.

Yo asumo toda *la responsabilidad de detenerme ahora. Se acabó, y puede descansar. La finalidad se acerca rápidamente.*

Yorke miró al guardia. —He cambiado de opinión. Llévelo al servicio y después tráigalo directamente de vuelta. Quiero que esté aquí cuando recibamos esta llamada. Necesito que experimente el fracaso.

99

La lluvia golpeaba el rostro de Jake, pero ese era el menor de sus problemas. Ya había intentado llamar por teléfono dos veces sin éxito. No queriendo compartir su enfado con los ocupantes de la unidad, se alejó de las persianas enrollables para darle una patada a la pared entre las unidades.

Luego lo intentó dos veces más. *Por favor... por favor... por el amor de Dios.*

Sin respuesta.

Venga, una última vez, pensó Jake, *o estamos realmente jodidos...*

Alguien respondió. —¿Diga?

—¿Es usted Robson Morris? —dijo Jake, con el corazón acelerado.

—¿Sí?

—Me llamo DS Jake Pettman. No hay *nada* de tiempo. Por favor, respóndame a esta pregunta: *¿está su nieta a salvo?*

—Eh... sí... por supuesto.

—Gracias a Dios, gracias a Dios. —Jake comenzó a moverse de vuelta hacia la unidad abierta.

—¿Por qué? *¿Qué está pasando?*

—Todo estará bien. Solo necesito decirle a su hijo, Anthony, que usted la tiene y que está a salvo.

—*¿Tenerla?* Bueno, no tengo a Briony aquí conmigo ahora. Está en casa de una amiga en este momento, pero está perfectamente a

salvo, se lo puedo asegurar.

A Jake se le heló la sangre. —Señor Morris, *por favor*, tiene que ir a por Briony y hacer que me llame. Hay vidas que dependen de la prueba de que está a salvo.

Jake oyó gritar a Friars. —¡Si vuelve a abrir los ojos, tendré que disparar. Por favor, suelte el arma!

Estamos jodidos, pensó Jake.

100

David Sturridge se bajó los pantalones de un tirón y se sentó en el inodoro. Fuera de su cubículo, podía oír al guardia que iba y venía. Rápidamente, se remangó el mono de prisión para dejar a la vista la tirita en su antebrazo. Pasó los dedos sobre la herida, sintiendo el pequeño bulto bajo su piel. Luego, despegó la tirita y la dejó caer entre sus piernas dentro de la taza del váter.

Observó los cinco puntos que mantenían cerrada su piel, respiró hondo por la nariz, y comenzó a abrirlos.

Cuando la sangre empezó a brotar de la herida reabierta, y el dolor se volvió insoportable, exhaló. Deseaba desesperadamente respirar con rapidez, ya que la hiperventilación le ayudaría con el dolor, pero el guardia estaría a través de la puerta del cubículo sin cerrojo en un segundo.

La sangre avanzaba por su brazo, sobre sus manos, y goteaba al suelo. No disponía de mucho tiempo. Si el guardia no oía el goteo constante, con toda seguridad vería la sangre serpenteando bajo la puerta.

Apretando los dientes, introdujo el pulgar y el índice tan profundamente como pudo en la herida. Necesitaba hacerlo bien a la primera.

Y lo hizo.

Su dedo y pulgar llegaron a su destino.

101

Yorke se removió inquieto en su silla. *Algo no iba bien.*

Jake todavía no le había puesto al día. A eso se sumaba la repentina necesidad de Severance de ir al baño.

Volvió a examinar las tarjetas de Severance. Una frase le saltó a la vista.

La finalidad se aproxima velozmente.

Dos revelaciones golpearon a Yorke simultáneamente, ambas con un impacto físico significativo.

La primera, que lanzó a Yorke de su silla hacia la puerta de la sala de interrogatorios, fue que los tres —Sturridge, Chloe y Severance— habían sufrido un picor peculiar en su presencia.

La segunda, que envió a Yorke corriendo por el pasillo hacia el baño, fue que cuando Severance ofreció su «finalidad», no se refería al desenlace de la situación de Salton en aquel almacén. Se refería al final de sí mismo.

Y, por supuesto, uno y uno sumaban dos. Lo compartían todo. El picor era la puerta de entrada a su finalidad compartida.

102

Cuando la guardia penitenciaria, Lucy Moss, abrió la puerta del cubículo, casi vomita.

En el lado izquierdo del ombligo de Chloe Ward, su estómago estaba abierto. La sangre borboteaba de la herida, fluía sobre su pubis y bajaba por sus piernas. Su cabeza estaba inclinada hacia delante, y su largo cabello formaba una cortina que cubría su pecho expuesto. Moss podía oírla luchar por respirar.

¿La habían apuñalado?

Pero ¿cómo?

Moss dio una vuelta completa. No había nadie más en los aseos con ellas. *Pero incluso si hubiera habido alguien, ¿cómo habrían entrado en el cubículo y apuñalado a Chloe? ¡Ella había estado de pie justo delante de la maldita puerta del cubículo!*

¿Ella misma? ¿Se habría apuñalado Chloe? Pero, de nuevo, ¿cómo? No habría ningún cuchillo en esos pantalones sin bolsillos. ¿Y por qué demonios se había quitado la camisa?

—¡AYUDA! ¡EMERGENCIA! ¡RECLUSA CAÍDA!

Se giró y se acercó a Chloe, consciente de que había pisado el creciente charco de sangre, y levantó la cabeza de la reclusa. Chloe inmediatamente vomitó sobre el pecho de Moss.

Moss retrocedió mientras Chloe se deslizaba del inodoro hacia el charco de su propia sangre y vómito, y comenzaba a convulsionar violentamente.

103

Los relámpagos atravesaron el cielo y varias gotas más de lluvia monstruosas golpearon su frente, pero Jake no buscó refugio. En su lugar, miró con horror hacia el interior de la instalación de almacenamiento, esperando a que la tragedia se desarrollara.

Salton estaba empezando a mover su cuerpo en la silla, y aunque sus ojos seguían cerrados, estaba recuperando rápidamente la consciencia.

Se le habían acabado las ideas. Sí, podría arriesgarlo todo. Entrar corriendo, apartar a un oficial superior de un empujón, lanzarse contra Anthony Morris, con la esperanza de poder desarmarlo antes de que las tijeras de podar se cerraran de golpe.

Pero, ¿qué clase de oportunidad era esa realmente?

Los ojos de Salton se abrieron de golpe. La señal para la carnicería.

El teléfono de Jake sonó. —¡NO! —gritó hacia el interior de la unidad. Contestó el teléfono—. ¿Diga?

Era una voz de chica. —Hola. ¿Es usted el subinspector Pettman?

—*¿Briony?*

—Sí.

Bajó el teléfono a un lado. —¡ANTHONY! ¡ES TU HIJA, ESTÁ A SALVO EN CASA DE UNA AMIGA!

Salton, atado a la silla, estaba murmurando y sus ojos se estaban abriendo más.

—¡ANDREW, NO ECHES LA CABEZA HACIA ATRÁS! —gritó Jake.

No podía entrar con el teléfono ya que perdería cobertura, así que pulsó el botón de altavoz. —*Dile a tu padre que estás a salvo, Briony, tan alto como puedas*.

—¡PAPÁ, ESTOY BIEN!

Retumbó un trueno. Sonaba como si el cielo se estuviera partiendo en dos. Las tijeras de podar cayeron al suelo.

—¿Qué está pasando? —dijo Salton, arrastrando las palabras.

Friars bajó el arma y Salton estalló en lágrimas. —¿Briony? — Salió corriendo con la mano extendida hacia el teléfono.

Jake se lo entregó, se arrodilló contra la pared entre las unidades y respiró hondo varias veces. Entonces, el cielo se abrió. La lluvia se desató.

104

Durante su carrera desde la sala de interrogatorios, Yorke había provocado un gran alboroto, así que no estaba solo cuando llegó a los aseos. Aunque fue el primero en atravesar la puerta a toda velocidad.

El guardia, que permanecía de pie fuera del cubículo central, retrocedió impactado cuando Yorke casi chocó con él.

Yorke abrió bruscamente la puerta del cubículo.

Severance estaba sentado en el inodoro con los pantalones y la ropa interior por los tobillos, y los dedos hundidos en su muslo. Sin levantar la mirada hacia Yorke, extrajo algo de la herida y lo acercó a su boca.

Yorke saltó, agarró la muñeca derecha de Severance y estampó su mano contra la pared del cubículo. Algo se desprendió de los dedos de Severance, cayó al suelo y rodó.

Después de soltar su mano, Yorke retrocedió fuera del cubículo. —Sujetadle y que reciba atención médica.

Los agentes obedecieron y se acercaron al cubículo.

Yorke se lanzó por el pequeño vial de plástico que Severance había dejado caer. Su propia ropa estaba manchada de sangre. No le importó limpiarlo en la pernera de su pantalón. —Polvo blanco. Algún tipo de veneno. Posiblemente cianuro. No parece mucho, pero podría haber más de 100 mg aquí, suficiente para matar a alguien.

Salió de los aseos y se dirigió a dos agentes en el pasillo. —Necesito que corráis y contactéis con las prisiones donde están

Chloe Ward y David Sturridge. Decidles que sospechen un intento de suicidio.

Ambos empezaron a correr, pero Yorke sabía que sería demasiado tarde. Severance había mirado el reloj en la pared antes de pedir ir al baño. Los tres habrían sincronizado este intento de suicidio. Si las pruebas confirmaban que era cianuro, y la dosis era lo suficientemente alta, podría matar en tres a cinco minutos tras la ingestión.

Tyler se acercó corriendo, sosteniendo su teléfono móvil, que debió haber cogido de la sala de interrogatorios. —Es el subinspector Pettman, señor. Ha intentado llamarle a su móvil, pero no respondía.

Atendió la llamada y escuchó las buenas noticias de Jake, suspirando aliviado.

Mientras terminaba la llamada, observó a Christian Severance siendo escoltado por dos agentes, cada uno sujetándole de un brazo.

Severance tenía aún los pantalones y la ropa interior por los tobillos, dificultando sus movimientos, así que estaba siendo arrastrado por los agentes. La sangre corría por su pierna desde el muslo, pero la hemorragia no parecía grave.

—¡Cubridle! —dijo Yorke, alzando la voz—. No es así como nos comportamos en esta comisaría.

Sonrojado, uno de los agentes subió la ropa interior y los pantalones de Severance. Este se estremeció cuando rozaron su herida abierta. La pernera del pantalón comenzó a teñirse de rojo donde la tela tocaba su muslo.

Los agentes volvieron a sujetarle por los brazos. Yorke se acercó a Severance hasta quedarse frente a él.

—Acabo de recibir una llamada de mi agente en su unidad de almacenamiento.

Severance levantó la mirada hacia Yorke. Sus ojos se entrecerraron.

—Ambos están bien.

Severance giró la cabeza de lado a lado.

—Ha fracasado, Christian.

Severance mostró los dientes.

—¿Señor?

Yorke se giró. Era la agente que había enviado para contactar sobre Chloe y Sturridge. Le dio una expresión triste y negó con la cabeza. Volvió a girarse. —Sus amigos han tenido éxito donde usted ha fracasado. No habrá una salida fácil para usted, Christian, me temo. Antes me dijo que no creía que el tiempo fuese el mejor sanador. Sinceramente espero que esté equivocado, porque pasará mucho, muchísimo tiempo bajo vigilancia por riesgo de suicidio.

Severance echó la cabeza hacia atrás y comenzó a gemir. Era un sonido como ninguno que Yorke hubiera escuchado antes. Un aullido sobrenatural que parecía quemarle por dentro. Retrocedió mientras Severance empezaba a forcejear contra los agentes que lo sujetaban.

Observó cómo arrastraban a Severance por el pasillo, su grito fundiéndose con el calor insoportable en el aire, haciéndole sentir a Yorke como si acabara de entrar en el infierno.

—Ya no eres tan silencioso, ¿verdad, Christian? —murmuró Yorke entre dientes, y se dio la vuelta.

105

Eran más de las nueve y la lluvia caía con fuerza. Aquellos lo bastante valientes para enfrentarse a la gran tormenta podían encontrarse ocupando alguno de los muchos pubs del siglo XIV repartidos por el centro de la ciudad, mientras que la mayoría simplemente se refugiaba en casa con sus seres queridos.

El DCI Michael Yorke no estaba haciendo ninguna de estas cosas porque estaba ocupado aporreando la puerta del DC Wayne Bradley.

Bradley abrió la puerta, vestido con pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Tenía un cigarrillo colgando de la boca y una lata de Red Bull en la mano.

Yorke señaló la lata. —¿No es un poco tarde para eso?

—No es como si tuviera que madrugar mañana, ¿no? Te invitaría a entrar, pero no quiero que me mojes la alfombra.

Yorke se abrió paso a empujones pasando junto a Bradley hasta el pasillo.

—Vaya —dijo Bradley—, ¿qué ha pasado con el educado DCI Yorke?

Fuera, el cielo rugió.

Yorke se echó hacia atrás el pelo mojado para evitar que la lluvia le entrara en los ojos. —Te lo voy a preguntar una vez, y solo una vez, ¿dónde puedo encontrar a William Proud?

—No sé de qué me hablas. —Bradley cerró la puerta.

—¿Dónde está?

Bradley se dio la vuelta, sonriendo. —Me lo acabas de preguntar dos veces.

—¿Qué?

—Dijiste que me ibas a preguntar dónde estaba una vez, y luego me lo has preguntado otra vez.

Yorke se acercó y Bradley le agarró la muñeca. Yorke le dio la vuelta a su propia mano sobre la muñeca del cabrón y luego aplicó presión en su codo con la otra mano. Bradley cayó de rodillas y el cigarrillo se le cayó al suelo. Yorke mantuvo la presión sobre su brazo y pisoteó el cigarrillo encendido.

—Me vas a romper el *puto* brazo —dijo Bradley.

—No lo necesitas. No es como si tuvieras que madrugar mañana.

—Listillo.

—Recordemos quién empezó.

—Se acabó el señor amable, ¿eh?

—*¿William Proud?*

—Así que, compartí esta información con Harry, y probablemente me haya costado el trabajo, y ahora quieres que la comparta otra vez. ¿Cuál es mi siguiente castigo? ¿La cárcel?

—Al menos tendrás tu brazo. Proud asesinó a mi hermana, así que créeme cuando te digo que voy en serio. ¿Dónde está?

—Harry está bastante decidido a acabar con él por ti, así que ¿por qué estás tan desesperado por involucrarte? Parece una victoria fácil.

Yorke presionó el codo. Bradley gimió.

—Porque, a diferencia de ti y de él, yo soy un agente de policía. Ahora, ¿dónde está Proud?

—¿Has probado alguna vez la cerveza Eagleshaw?

—Sí.

—Una mierda, ¿verdad? Proud dejó embarazada a la hija de un cervecero hace diez años. Rufus Eagleshaw. Eagleshaw estiró la pata hace unos cinco años y dejó la cervecería a su hija, Maria Eagleshaw. Ella contrató personal, pero consiguió llevarla a la ruina. No estoy seguro de si fue su culpa o la de la cerveza de mierda.

—¿Me estás diciendo que Proud se esconde en una cervecería?

—No sé. Esa es la información que le di a Harry. No he vuelto a saber de él. Si tengo noticias suyas, va a haber un enfrentamiento serio.

Yorke soltó a Bradley y este permaneció de rodillas.

—Sabes que se está muriendo, ¿verdad? —dijo Yorke.

Bradley giró la cabeza para mirarlo. —¿No nos estamos muriendo todos?

La Cervecería Eagleshaw estaba situada a más de treinta minutos. El viaje fue peligroso porque los limpiaparabrisas apenas podían hacer frente al repentino aguacero. Yorke se sorprendió cuando llegó vivo a Amesbury, la ciudad adyacente a Stonehenge.

Durante todo el trayecto, Yorke jugueteó con la idea de llamar a Harry. Pero, ¿respondería? E incluso si lo hiciera, ¿realmente querría tener una conversación telefónica que podría ser monitorizada y grabada? Además, mantenerse vivo en una carretera rural con esta lluvia ya requería suficiente atención.

Relámpagos atravesaban el cielo, y el trueno rugía. Su corazón bombeaba con fuerza. Se preguntaba qué encontraría cuando llegase a la cervecería. ¿Llegaría demasiado tarde? ¿Estaría Proud muerto, tirado a los pies de Harry? O, ¿podría ser Harry quien estuviera a los pies de Proud?

No tenía ni idea, pero sí sabía que tenía que llegar hasta el amargo final. Como siempre. Así era él. Llegar hasta el amargo final y que todo lo demás se fuera al diablo.

Esto le hizo pensar en Gardner y Danielle. Ambas habían comprendido su impulso implacable, su *necesidad* de terminar todo lo que se había propuesto comenzar.

Veía ahora a Gardner y Danielle, una al lado de la otra, dirigiéndole sus características miradas *conocedoras* mientras Yorke, tanto más joven como mayor, intentaba engañarlas. El entrenamiento de fútbol y la promesa de que volvería para la cena. Los deberes de francés que había hecho. Su promesa de que no iba

a trabajar hasta tarde. Y su afirmación de que no había tocado un cigarrillo en meses.

Gardner era como una hermana para él. Así que, cuando recibió una llamada de Barry en el camino, y descubrió que ella volvía a estar en cirugía para otra ronda, golpeó el salpicadero.

Esperaba por Dios que la cirugía tuviera éxito. Patricia y Gardner eran dos de las tres personas más especiales en su vida y tenían que permanecer con él.

La tercera, Danielle, ya no estaba. Nunca la recuperaría. Proud se había encargado de eso.

Yorke se secó las lágrimas de los ojos. Ella había sido como una madre para él, apoyándole cuando no podía apagar su implacable motor, animándole durante sus partidos de fútbol y carreras, y llevándole comida cuando estaba absorto en la historia criminal desde los dieciséis años. Su madre llamaba a este interés una obsesión. Danielle lo llamaba una pasión.

Miró el navegador. En unos diez minutos, podría estar mirando a los ojos de William Proud.

Que le jodan a la lluvia, pensó, pisando el acelerador, conduciendo a ciegas, *el destino me llevará hasta ese cabrón.*

YORKE NO HABÍA VISTO otro vehículo en un buen rato. El sol casi se había puesto por completo, así que cuando aparecían los relámpagos, iluminaban momentáneamente todo el paisaje. Las grandes colinas distantes parecían brotar de la oscuridad con cada descarga.

Yorke giró por un largo camino que atravesaba una franja de árboles y podía sentir el barro y el agua salpicando desde sus ruedas. Apretó los dientes. Quedarse atascado ahora sería un desastre.

La fábrica de cerveza Eagleshaw estaba ubicada en un viejo molino a orillas del río Avon. A pesar de ser un entorno idílico que atraía a turistas y excursionistas, a estas horas tardías se sentía

cualquier cosa menos idílico. Sería difícil encontrar un lugar que se sintiera más aislado y solitario.

A través del velo de lluvia, reconoció inmediatamente la gran fábrica de ladrillo rojo de una visita que había hecho muchos años atrás, antes de que cerrara. Era un edificio estrecho de cuatro plantas. Los ingredientes se izaban hasta arriba y el proceso de elaboración descendía aprovechando la gravedad.

Apagó el motor. Solo había otro vehículo aparcado allí. Un Peugeot plateado. ¿El de Harry?

Ahora que había llegado, comprendió lo ridículo que era todo esto. La única persona que sabía que estaba aquí era el agente Bradley, y no estaría comprobando su seguridad en un futuro próximo. Y aunque sobreviviera a esta lamentable situación, entrar ilegalmente en este edificio terminaría con su carrera.

Pensó en Danielle ajustándole la corbata y besándole la cabeza en la puerta del colegio. Danielle con la cara quemada. Danielle yaciendo muerta junto a una vieja estufa.

Su hermana. Su madre. Su todo.

Apretó los dientes, salió del coche y se enfrentó a la brutal lluvia en su marcha hacia el desenlace final.

YORKE RECORDABA una entrada lateral que los visitantes usaban durante las visitas guiadas. La puerta estaba abierta. Después de secarse el agua de los ojos, miró alrededor, encontrando la recepción más o menos como la recordaba. Había una zona de bar con tres grifos alineados. Uno para su cerveza insignia, otro para una lager y el tercero para una elaboración de temporada. Aquí, los turistas podían saborear una degustación gratuita tras observar el proceso de elaboración. Bradley había sido duro. La cerveza no era tan mala.

La barra estaba llena de vasos polvorientos, cada uno con el emblema de Eagleshaw de dos palos de hockey cruzados. Algunos vasos ya se habían caído y roto.

Yorke rodeó la zona del bar y entró en la planta baja de la fábrica, donde se realizaba el empaquetado. El ruido de la lluvia golpeando el estrecho molino era horroroso, y apenas podía oír nada más, lo que le hacía extremadamente vulnerable a una emboscada. Además, no había iluminación interior. Todo lo que Yorke tenía era el crepúsculo rojizo que se filtraba por los bordes de puertas y persianas. Tenía que tener cuidado para no tropezar.

Maniobró entre los barriles esparcidos por el suelo y pasó junto a las enormes puertas que permitían la entrada de furgonetas para recoger la cerveza. Para las visitas, había una escalera que recorría el perímetro de la fábrica, pero Yorke no tenía tiempo para usarla ahora. Tomó la ruta de los cerveceros, subiendo por la escalera del centro.

Creyó oír voces fuertes arriba, desde lo alto del molino, pero no podía estar seguro por encima de los turbulentos sonidos de la tormenta.

Sin aliento por la carrera y por subir la escalera en la humedad, se detuvo en el segundo piso y se apoyó contra un tanque de fermentación. El repentino hedor fue como una sal aromática, y cuando Yorke escuchó claramente un "¡QUE TE JODAN, PROUD!" desde arriba, experimentó una súbita descarga de adrenalina y subió por la siguiente escalera. Luchando contra la fatiga de sus brazos y piernas por la rápida subida, dejó atrás la última planta, llena de cubas para macerar el grano y hervir el lúpulo y el mosto, y trepó hasta la sala de molienda.

La sala de molienda era más pequeña que las otras plantas. También estaba en lo más alto del edificio, por lo que el agua se filtraba a través del envejecido tejado. Se deslizaba por las paredes laterales, y había grandes charcos formados casi en todas partes donde Yorke miraba. Salió de la escalera junto a una gran máquina de molienda eléctrica para el grano, y corrió, esquivando algunas máquinas de molienda más antiguas y pequeñas, operadas manualmente.

Junto a la gran puerta doble, por donde se izaban los ingredientes en sus días operativos, Harry y otro hombre estaban forcejeando en el suelo.

—¡ALTO! ¡POLICÍA!

Tuvo poco efecto. Continuaron revolcándose. Yorke se acercó y se le cortó la respiración.

Estaban luchando por un cuchillo.

Por el amor de Dios, Harry, ni siquiera esto pudiste hacer bien.

—¡SUELTEN EL CUCHILLO AHORA, O DISPARARÉ!

Pareció funcionar. Con las manos aferradas al arma, ambos miraron a Yorke...

Era William Proud. Más viejo, con barba gris y cabeza rapada, pero William Proud, sin duda. Yorke sintió que su corazón golpeaba contra sus costillas.

Ahora no, pensó Yorke, *sin emoción. Frío. Controlado.*

—No tienes ninguna puta pistola —dijo Proud.

Yorke estiró la mano hacia un lado y cogió un puñado de grano de una de las máquinas de molienda más pequeñas y lo lanzó contra los dos hombres. Ambos alzaron las manos para protegerse los ojos, aflojando parcialmente su agarre sobre el cuchillo. Sintiendo la ventaja, Yorke lo hizo de nuevo. Cada vez que arrojaba el grano, se acercaba más. Los dos hombres se alejaban de él ahora, cubriéndose los ojos, con el cuchillo aprisionado entre ellos.

Yorke consideró lanzarse a por él, pero Proud se giró sobre su estómago, de modo que el grano ya no le golpeaba en la cara. Esto le dio al asesino de su hermana la ventaja que necesitaba para arrancar el cuchillo de la mano de Harry.

—¡NO! —Yorke se lanzó hacia Harry, pero era demasiado tarde.

Proud hundió la hoja en el estómago de Harry. Luego se alejó a rastras.

Harry estaba jadeando. Sus manos estaban sobre el mango del cuchillo.

—No lo saques. Ni siquiera te muevas. Buscaré ayuda —dijo Yorke. Por el rabillo del ojo, podía ver a Proud poniéndose en pie.

Harry jadeó de nuevo. La sangre se derramaba sobre su camisa. —Solo detenle...

Proud pasaba corriendo. Yorke estiró la mano y derribó al asesino al suelo.

Yorke se levantó dejando a Harry y se volvió para enfrentarse a Proud. —¿SABES QUIÉN SOY?

Proud se giró sobre su espalda y le miró. Tenía sangre por toda la cara. —Sí, el policía con una hermana muerta.

—Levántate.

—¿Por qué?

—¡LEVÁNTATE!

Proud se puso de pie, sin aliento. Se tocó la frente y luego miró la sangre en sus dedos. —¿Brutalidad policial?

Yorke dio un paso adelante y le golpeó en la cara. Su cabeza rebotó contra una fresadora. Se quedó de pie, agarrándose la cara mientras Yorke lo rodeaba. —Eres un asesino.

—Despierta, poli. —Proud bajó las manos y miró fijamente a Yorke—. Solo soy el instrumento contundente.

—¿De qué demonios hablas? —Yorke apretó los puños, preparándose para atacar de nuevo.

—¿El instrumento contundente? No hago preguntas. Hago lo que me ordenan. ¿Lo entiendes?

Yorke negó con la cabeza y siguió avanzando. —Estás mintiendo.

—Mira entre los tuyos, poli. Hay un cabrón corrupto cagando en el mismo váter que tú.

—¿Quién entonces? ¿Dime quién?

Aprendiendo del ataque anterior de Yorke, Proud cogió un puñado de grano de la fresadora y lo lanzó. Yorke logró cerrar los ojos a tiempo, pero eso le dio a Proud la oportunidad de darse la vuelta y correr hacia la escalera.

Yorke le persiguió y se sintió aliviado al ver que Proud resbalaba en un charco de agua y caía. Cuando Yorke llegó hasta él, ya estaba de nuevo en pie y mantenía las palmas extendidas en señal de rendición. —Vale, tú ganas. ¿Qué quieres?

—Quiero saber quién es ese policía corrupto.

—¿Qué me ofreces a cambio?

Yorke dio un paso hacia él. —¿Tu vida?

Proud retrocedió un paso con las palmas aún extendidas. —Inmunidad.

—Dímelo, y conseguiré lo que quieras —mintió Yorke, dando otro paso.

—Vale, te lo diré, pero necesitas alejarte de mí, joder.

—¡DÍMELO! —Yorke avanzó.

Fue un error. Proud dio otro paso atrás y desapareció por el hueco de la escalera.

—Mierda, mierda... —Yorke miró hacia abajo y vio el cuerpo destrozado. Bajó y dio la vuelta al asesino de su hermana. Los ojos de Proud estaban abiertos de par en par.

Oyó los gemidos de Harry desde arriba. Dejando el cuerpo, subió rápidamente por los escalones y corrió hacia su viejo amigo, teniendo cuidado de no resbalar en el charco que había sido la perdición de Proud.

Se arrodilló a su lado. —¿Por qué demonios viniste aquí, Harry?

Harry agarró la mano de Yorke, abrió mucho los ojos y escupió las palabras: —Por ti... por mi amigo.

Yorke negó con la cabeza. —Incriminaste a un hombre inocente, Harry.

—No tuve elección.

—Todos tenemos elección.

—No... No lo entiendes... Me dijeron... No me dieron opción... Dijeron que si no lo hacía...

Harry tenía los ojos cerrados. Yorke le dio unas bofetadas, haciéndole reaccionar. —Quédate conmigo, quédate conmigo...

—Lo hice por ti... Si no lo hacía... si no lo hacía...

Yorke le abofeteó de nuevo. Ahora estaba pálido y sus párpados temblaban. Su camisa estaba empapada de sangre. Se acercaba el final.

—No confíes en ellos... —dijo Harry—. Querían que Proud estuviera protegido. Si no lo hacía, dijeron que me matarían... y que te matarían a ti.

—¿Quién?

Harry extendió la mano y la colocó en la cara de Yorke. Intentó hablar, pero sus palabras sonaban ahora como silbidos incomprensibles. Sus ojos estaban fijos en Yorke.

Los ojos de su mejor amigo.

Y siguieron fijos en él después de que la vida le abandonara.

Yorke besó la mano de su amigo, se levantó, se dio la vuelta y contuvo las lágrimas.

106

La lluvia había sido repentina e intensa pero, como suele ocurrir con estas tormentas de verano, breve.

Yorke estaba de pie bajo la ligera llovizna observando cómo se reunían los coches de policía frente a la fábrica. Esto no le sorprendió. Tampoco le sorprendió la repentina aparición de la superintendente Joan Madden dirigiéndose hacia él. Lo que sí le inquietó fue la presencia del agente Parkinson en un pequeño grupo de oficiales junto a los coches.

¿Estaría Madden intentando provocarle deliberadamente?

Ya había oscurecido, y varias de las luces policiales destellaban.

Madden vestía su ropa de gimnasio. Yorke sabía que sacarla de los entrenamientos por los que vivía no iba a jugar a su favor. Al menos Parkinson se mantenía atrás con esos otros cuatro agentes. Lo último que necesitaba era tenerle a tiro de saliva.

—Inspector Jefe, este es un camino por el que le advertí que no transitara —miró hacia la lejanía y suspiró.

—Lo sé, señora.

—¿Pero sus motivos fueron personales?

—Sí, señora, desafortunadamente, lo fueron.

—Habrá consecuencias, ya lo sabe.

—Soy plenamente consciente de ello, señora. Siempre hay consecuencias.

Se giró y miró hacia el río Avon, que centelleaba bajo el pulso de las luces policiales.

—Siempre me han gustado los ríos, Michael. Con un río sabes a qué atenerte. Siempre fluyen en una dirección.

—Sí, señora.

—¿Qué vamos a encontrar ahí dentro, Michael?

—A Harry Butler y William Proud.

—¿Muertos?

—Me temo que sí.

Volvió a suspirar. —Mejor echemos un vistazo. Confío en que no irá a ninguna parte, ¿verdad?

—Sabe que no, señora.

—Buen trabajo el de hoy. Has salvado vidas. *Otra vez*.

—No fui solo yo.

—¡Maldita sea, Michael! Eres mi mejor elemento.

—Lo siento, señora.

—No se mueva, no merece ser arrestado.

Madden hizo señas a un par de agentes y se dirigieron a la fábrica de cerveza.

Parkinson le miró desde donde estaba y esbozó una mueca burlona. Cuando Madden estaba ya lo suficientemente lejos como para no oírle, gritó: —Siempre supe que le gustaba la cerveza, señor, pero esto es ridículo.

Los otros dos agentes se rieron por lo bajo. Yorke les dio la espalda. Le tenían vulnerable. Más les valía esperar que esa situación durase.

Miró fijamente la fábrica de cerveza de ladrillo rojo, pensando en Harry. Sus últimas palabras. Su afirmación de que nunca había traicionado realmente su amistad. Que había estado protegiéndole.

¿Era esto cierto?

Y si era cierto, significaba que había pasado todos estos años rechazando a uno de sus amigos más cercanos. Alguien a quien admiraba y de quien dependía. Alguien a quien quería como a un hermano.

Ambos habían insinuado corrupción en la policía. Proud de manera más explícita: *policía corrupto.* Harry al decir que la policía había querido proteger a Proud. *¿Por qué?*

Pensó en los ojos sin vida de Proud mirándole fijamente. La muerte del hombre que había destrozado el mundo de Yorke. ¿Cómo se sentía al respecto?

La respuesta era que realmente no lo sabía. Durante tanto tiempo había ansiado justicia, y ahora que la tenía, aunque no de la manera que jamás hubiera imaginado, no le ofrecía ninguna paz.

¿Sería porque no se sentía como un final?

Policía corrupto... querían proteger a Proud...

¿O era por el viejo tópico de que la justicia no devolvería a nadie. Danielle, su hermana, su madre, la única persona que realmente le había querido antes que Patricia, nunca volvería.

Su teléfono sonó. Miró la pantalla, era Jeanette, la madre de Patricia.

—No conteste al teléfono, señor —dijo Parkinson.

—¡Tú no tienes autoridad para darme órdenes! —Yorke respondió al teléfono—. Hola.

—¿Michael?

—Sí, Jeanette, soy yo. Lo siento, no es un buen momento.

—Han llevado a Patricia al hospital a toda prisa.

—¿Por qué?

—Sangre, Michael. Lo siento, empezó a...

Yorke no escuchó la siguiente parte porque le arrebataron el teléfono de la mano.

Yorke se giró, extendiendo la mano para recuperarlo, pero Parkinson ya había dado varios pasos atrás, luciendo su ya característica sonrisa de suficiencia. —Señor, le pedí que no contestara a su teléfono.

—¡Devuélveme mi teléfono ahora mismo, Parkinson!

Los dos agentes junto a Parkinson dieron unos pasos atrás.

—Se parece un poco a mi teléfono. El que usted me confiscó, señor...

Con los puños apretados, Yorke cargó contra él. La sonrisa de Parkinson se desvaneció, pero estaba dispuesto a enfrentarse a Yorke. Con los brazos enlazados, cayeron al suelo embarrado.

Las palabras de Jeanette resonaban en su cabeza mientras forcejeaba con Parkinson.

A toda prisa... hospital... sangre...

Logró colocarse encima de Parkinson y se sentó a horcajadas sobre él.

¿Qué le estaba pasando a Patricia?

Estampó su puño en la cara de Parkinson.

¿Estaba teniendo un aborto?

Consiguió asestar otro puñetazo, antes de que le sujetaran los brazos y le levantaran del suelo.

¿Estaba su vida en peligro?

—¡SOLTADME!

Los dos agentes le sujetaban por los brazos. Se retorció, pero ellos mantuvieron su posición.

—¡OS ORDENO QUE ME SOLTÉIS!

Vio a Parkinson alejarse a rastras, sujetándose la nariz. —Me has roto la puta nariz.

Yorke se retorció de nuevo pero no logró liberarse. —¡LLAMAD A MI MUJER! ¡PATRICIA! ¡ESTÁ EN PELIGRO!

Epílogo

Yorke corría como si su vida dependiera de ello. Miró su reloj deportivo y vio que estaba marcando kilómetros a un ritmo de seis minutos por milla. Sus pulmones ardían y su boca estaba como papel de lija. Succionó el tubo que salía de su Camelbak, buscando una gota amiga, habiéndolo terminado un kilómetro atrás. Y entonces se maldijo, de nuevo, por olvidarse de rellenarlo después de la carrera de ayer.

Era la parte más calurosa de la tarde, durante uno de los veranos más calurosos de los que se tenía registro; probablemente debería dar el día por terminado.

No lo hizo.

Mientras corría, pensaba en Danielle, Gardner, Patricia, Harry y Topham. Pensaba en ellos sin un orden particular, pero pasaba de uno a otro, una y otra vez. Para cada persona, consideraba las formas en que podría haber evitado lo que había sucedido.

Si hubiera estado menos centrado en sí mismo y en su carrera, ¿podría haber estado ahí para Danielle en aquellos meses más oscuros? Los meses en que Tom Davies, y luego William Proud, se enredaron en su vida?

Avanzaba a toda velocidad por Odstock Road. Un conductor le tocó la bocina. Verlo corriendo a toda velocidad con temperaturas récord, desprendiendo un reguero de sudor, le hablaba a este conductor o bien de determinación o —como era más probable— de locura.

Si hubiera estado menos distraído por Harry y su desesperada necesidad de redimirse, ¿habría estado lo suficientemente concentrado para detectar antes la conexión con Robert Webster? ¿Para llegar al Conducto antes de que hiciera que Susie matara a la pareja de Topham, Neil?

Cuando sentía que ya no le quedaba nada y su cuerpo le decía, con firmeza, que parara, aceleró. Una pareja se quedó mirando a un hombre que ahora jadeaba por aire como un ahogado que emerge a la superficie.

¿Y Harry? Su mejor amigo durante tanto tiempo. Su enemigo durante muchos años. ¿Inocente? Había tratado a Harry como una mierda, cuando en realidad, le había cubierto las espaldas. ¿Y qué había pasado allí? ¿Estaba la muerte de su hermana realmente conectada con la gente para la que trabajaba?

Pasó corriendo junto a otro grupo de personas, preguntándose si podrían ver las lágrimas en sus ojos o si simplemente supondrían que estaba sudando profusamente.

Si hubiera dicho "no" a su trabajo, si se hubiera ido de luna de miel con Patricia, ¿estaría ella bien ahora? ¿Había finalmente comprendido a qué se había comprometido?

Se detuvo, puso las manos sobre una barandilla y se encorvó, con arcadas. Increíblemente, logró contener el vómito, pero le llevó un tiempo recuperar el aliento. Entonces, levantó la mirada hacia el hospital.

Gardner.

Si hubiera detenido a Chloe Ward en aquel pasillo de la escuela, como debería haber hecho, ¿estaría Gardner sentada en casa ahora mismo?

TOPHAM MIRÓ la botella vacía de cerveza en su mano, la puso sobre la mesa de café y fue a la nevera a por otra. Lo que realmente quería era whisky, pero deliberadamente no había comprado ninguno, optando por cerveza en su lugar.

Solo había un lugar al que podía llevarte una botella de whisky.

Después de sentarse, extendió la mano y acarició el asiento vacío en el sofá. Luego, cogió la camiseta que Neil siempre usaba para dormir. Ponía "Pink Freud" y tenía una imagen del famoso doctor, sombreada en rosa.

Un regalo de cumpleaños de Topham, y una que llevaba para dormir casi todas las noches. Llevó la camiseta a su boca y respiró profundamente, consiguiendo captar su aroma.

Cogió su móvil y volvió a llamar al número personal de Neil.

—Hola, soy Neil. Estoy ocupado desintoxicando o mi mente o la de alguien más, así que por favor deja un mensaje.

Topham colgó, bebió su cerveza y lloró.

El Dr. Martin Adams sabía que no debería estar aquí, no mientras él y todo su proyecto estaban bajo investigación, pero simplemente necesitaba saber si lo que estaban diciendo era cierto.

El Dr. Paul Walsh y él se conocían desde hacía mucho tiempo. Le permitiría unos minutos. Para observar, por supuesto. No podía haber comunicación con su paciente.

Sin embargo, cuando llevaron a Adams hasta la ventana unidireccional para verla, se dio cuenta de que la comunicación habría sido difícil, si no imposible de todos modos.

Con un uniforme azul claro, Susie Long estaba sentada junto a una ventana abierta mirando hacia los jardines del hospital. Tenía el pelo recogido en un moño apretado y Adams observó, aunque esperaba que fuera un efecto de la luz, que se estaba volviendo gris. Simplemente estaba sentada allí mirando, meciéndose hacia adelante y hacia atrás tan suavemente que se necesitaban unos segundos de observación para notarlo.

—¿Los medicamentos? —Adams miró a Walsh.

—Me temo que sí.

—Odio los medicamentos.

—Lo sé, Martin, pero sin ellos es propensa a momentos de manía extrema. Es por la seguridad de todos.

—¿Y la suya?

—Sí, por supuesto.

—El bastardo —dijo Adams—. ¿Qué le ha hecho?

—La ha reprogramado de alguna manera.

—Imposible en tan poco tiempo.

—Sí, pero ahí está.

Adams se quitó las gafas para limpiarlas con la manga. —¿Y están diciendo que utilizó CACD para hacer esto?

—Una versión de ello.

—¡Gilipolleces!

Walsh se encogió de hombros. —Como he dicho, ahí está.

Adams volvió a mirar a Susie. Ella había apartado la cabeza de la vista exterior y estaba mirando fijamente a la ventana unidireccional.

Tenía los ojos vidriosos y babeaba.

—Utilizó mi investigación para hacer esto —dijo Adams—. ¿Y ahora qué? ¿Adónde coño ha ido?

GEORGIA SHARPE ESTABA BAJO PRESIÓN.

Escudriñaba las estanterías de la biblioteca en busca de un libro que la sacara del apuro. Preparar un ensayo sobre Margaret Floy Washburn, la primera psicóloga que obtuvo un doctorado en 1894, no era tarea fácil, especialmente con solo un día por delante. Armada con libros sobre comportamiento animal, que cubrían en profundidad las teorías de Washburn, se dirigió a una mesa.

Intentando apartar las turbulentas experiencias de la última semana, experiencias que la habían retrasado mucho en la preparación de su ensayo, comenzó a investigar.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que su mente volviera a la infidelidad de su novio y a la mejor amiga que la había traicionado. Sin duda, las imágenes que inundaban su mente eran mucho más

gráficas que la realidad —eso esperaba—, pero no ofrecía consuelo alguno. Empezó a llorar.

—Era una época dominada por el estudio de las ratas —dijo un hombre, de repente, en el lado opuesto de la mesa—. Así que ella rompió las reglas y observó más de 100 especies. Abejas, elefantes, caracoles, lo que sea. *Incluso* tenía un capítulo entero sobre la ameba.

Georgia levantó la mirada hacia un hombre corpulento, mayor, que llevaba una gorra, pantalones cortos y una camiseta.

—¿Puedo? —dijo, señalando una silla.

Ella asintió y señaló sus lágrimas. —Perdone, ha sido una semana difícil.

—Ya veo. ¿Y tiene un ensayo que entregar?

—Sí, mañana.

El hombre sonrió. —Soy el Dr. Franks. Doy algunas clases a tiempo parcial en la Universidad, y tengo tiempo libre. ¿Necesita ayuda?

—¿Está seguro?

—Por supuesto. ¿Un bolígrafo, querida?

—Aquí tiene —dijo ella.

—Washburn fue innovadora al sugerir que las psiques animales contenían estructuras mentales similares a las de los humanos.

Georgia tomó notas y luego levantó la mirada. —Lo que la llevó a afirmar que la conciencia animal no es tan diferente de la vida mental humana.

—Exactamente —dijo Franks. Se llevó la mano al labio superior. Abrió el pulgar y el índice allí como si estuviera acariciando un bigote.

—No tan bueno para nosotros, los carnívoros —dijo ella, sonriendo.

—En efecto —dijo él—. Ahora, antes de continuar, jovencita, ¿por qué no me cuenta lo que ya sabe? ¡Claramente es más de lo que anticipé al principio!

—¿Está seguro de que tiene tiempo?

—Por supuesto. Esto es lo que más me gusta hacer. Ayudar a la gente. Piense en mí como un conducto, jovencita, utilíceme para

ayudar a que esa información fluya...

Había sido una discusión de más. Y, dos horas después, había sido una pinta de más. Así que, en esta tarde de sábado, Jake volvía tambaleándose a casa por Salisbury.

Afortunadamente, la batería de su móvil se había agotado treinta minutos antes, poniendo fin a la furiosa guerra de mensajes con Sheila mientras él bebía Summer Lightning a solas.

Después de la última pinta, había entrado en razón. Las discusiones con Sheila eran habituales. Demasiado habituales, sin duda, pero ya formaban parte de la normalidad. Los sábados alejado de su querido hijo, Frank, no lo eran. Aguantaría, aceptaría que estaba equivocado, *aunque se sentía de todo menos equivocado*, y terminaría el día con su hijo, después de tomarse una taza de café bien cargado.

Pero antes de darse cuenta, estaba tomando una ruta diferente hacia casa.

Quería decirse a sí mismo que no había tomado esta decisión conscientemente, pero estaba claro que lo había hecho. Hacía solo unos momentos, estaba pensando en la primera redada inútil en la casa de Mayers, y lo cerca que estaba de donde caminaba actualmente. Ahora, estaba caminando por la misma calle, y ciertamente no era para visitar la casa vacía de Mayers, que actualmente estaba precintada con cinta policial.

Cuando encontró la casa que buscaba, consideró dar la vuelta. Sabía que debería hacerlo, pero realmente no quería.

Después de varios minutos luchando contra la naturaleza imprudente de su yo borracho, se determinó a desistir, y comenzó a girarse, pero entonces la puerta principal se abrió. Volvió a mirar.

Caroline sonrió. —¿Has venido por ese vaso de agua entonces?

Jake asintió y se dirigió por el camino.

GARDNER DESPERTÓ y encontró a Yorke cogiéndole la mano. Tenía los ojos cerrados.

Le apretó la mano. —¡Eh! ¿Es esto lo que te hace estar sin trabajo? ¿Convertirte en un vago?

Yorke abrió los ojos y sonrió. —Solo estaba aprovechando un momento. Me he esforzado bastante ahí fuera hoy.

—¡Ya lo veo!

Yorke se reclinó en la silla y se miró a sí mismo, notando claramente que su camiseta de correr y los pantalones cortos estaban empapados. —Debo de tener un aspecto terrible.

Gardner se rio, tosió y luego hizo una mueca de dolor.

—¿Necesitas que llame a alguien? —dijo Yorke.

—No, déjalo. Es solo que los medicamentos están perdiendo efecto. Pasarán con más después de las horas de visita. Si empiezo a pedirlos, pensarán que no estoy lista para irme.

—¿Y lo estás?

Gardner miró alrededor de la habitación del hospital. —No es el Hilton, ¿verdad?

—Eso no es lo que he preguntado.

—Estoy lista para irme.

—¿Para irte, y luego coger la baja por enfermedad? —Yorke arqueó una ceja.

—No creo que tenga elección, ¿tú sí? ¿Me ves aguantando los malos chistes de Jake con un pulmón hecho picadillo? ¿Y tú, qué hay de ti?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Cómo lo llevas?

Yorke se encogió de hombros. —Solo estaba pensando en toda la diversión que tú y yo vamos a tener mientras vemos la televisión por el día durante los próximos meses.

—Y una mierda —dijo Gardner—. Voy a escribir un libro o algo así.

—¿Una novela romántica apasionada?

—Realmente te has pasado hoy, ¿verdad? De crímenes, probablemente.

—¡Joder, no tienes suficiente de eso día a día! Bueno, déjame fuera de este proyecto, no quieres que este viejo miserable y cabrón irrite a tus fans.

—No sé, Mike —sonrió ella—. Tienes tus cualidades.

Yorke le devolvió la sonrisa y ella le apretó la mano.

—¿El Conducto? —preguntó Gardner.

—La última vez que hablé con Jake —dijo Yorke—, seguían sin tener ni idea. Pero lo encontraremos... perdón... lo encontrarán.

—¡Basta de eso! ¿Tienes cosas más importantes en las que pensar ahora, no? ¿Como Beatrice? ¿Tienes más de esas fotos que me prometiste?

—Bueno, no podía sacarlas conmigo ahora, así que pasaré en coche y te las enseñaré mañana.

—No falta mucho ya, ¿verdad?

—Saldrá de la incubadora en un par de días.

—¿Y entonces la llevarás a casa para que vea ese precioso dormitorio nuevo que has decorado para ella?

—Bueno... primero lo primero.

Gardner le lanzó una mirada confusa.

—Primero, voy a llevarla a dar ese largo paseo de un extremo del hospital al otro para que conozca a su tía Emma.

Yorke vio cómo los ojos de Gardner se llenaban de lágrimas, y luego no pudo contener las suyas propias.

Continúa el viaje de Yorke con...

El Resurgimiento de los Ray

Dicen que el rayo no cae dos veces en el mismo sitio. Ojalá la gente de Wiltshire pudiera creerlo.

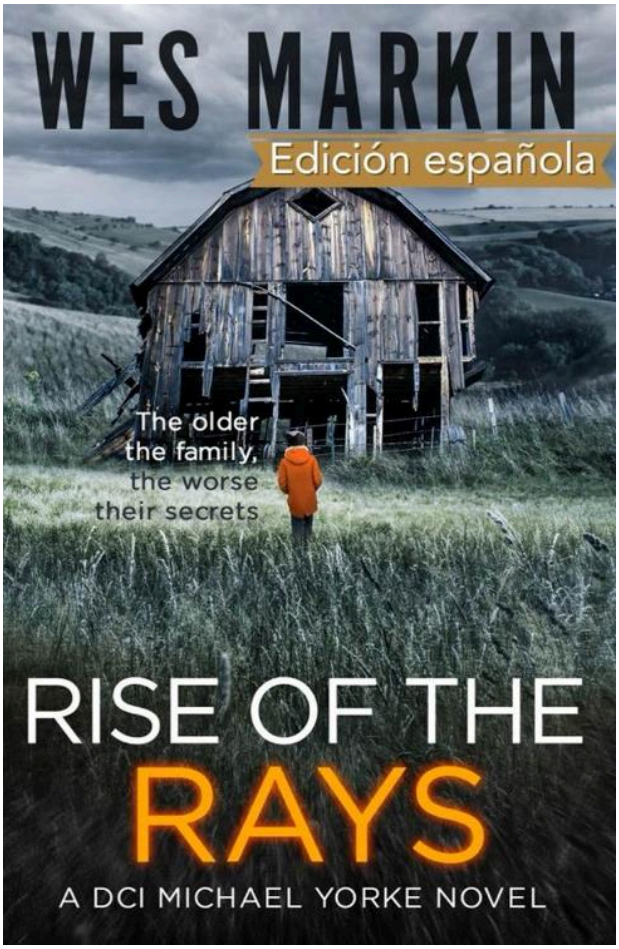
Cuando Paul Ray decide quemar el legado de su malvada familia, cae en las garras de aquellos que creía desaparecidos.

Y ahora el detective Yorke y su equipo se enfrentan a una carrera contra el tiempo para encontrar a Paul antes de que Wiltshire caiga de nuevo bajo el oscuro dominio de una familia despiadada.

Desafortunadamente para Yorke, las respuestas se encuentran en los lugares más siniestros. En el corazón palpitante de un asesino muerto hace tiempo.

¿Podrá Yorke encontrar la verdad antes de que sea demasiado tarde? ¿O la maldición de la familia Ray resultará demasiado fuerte?

El Resurgimiento de los Ray es un auténtico thriller que te mantendrá al borde del asiento y mordiéndote las uñas.



¡HAZ CLIC AQUÍ PARA LEERLO AHORA!

Agradecimientos

Como siempre, debo dar un enorme agradecimiento a Jake Lynn. Una máquina imparable que sabe una cantidad increíble. Siempre que flaqueo, me mantiene en marcha con palabras de motivación. Gracias de nuevo a Cherie Foxley, que realmente ha encontrado un estilo único para las portadas de Yorke.

Gracias a todos mis lectores beta que se tomaron el tiempo de leer los primeros borradores y ofrecer valiosas opiniones. Un enorme reconocimiento a Jenny Cook y Jo Fletcher por sus despiadadas —pero necesarias— ediciones finales. Gracias a los magníficos Eileen e Ian por su apoyo interminable durante estos tiempos ocupados. También, gracias a mis pequeños, Bea y Hugo, que me mantienen riendo durante todo el proceso.

Por último, gracias a cada lector y a cada maravilloso bloguero que continúan leyendo mi ficción. Espero que *El Silencio de Severance* os haya entretenido, y espero que todos estéis tan emocionados con *El Resurgimiento de los Ray* como yo...

Reseña

Si has disfrutado leyendo ***El Silencio de Severance,*** por favor dedica unos momentos a dejar una reseña en Amazon, Goodreads o BookBub.